



ELIJO ELEGIR

ANA FORNER

zafiro[♥]

Índice

[Portada](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Capítulo 1

Siempre he odiado los lunes; si fueran comida, serían un plato de acelgas hervidas, seguro. Nunca he podido ni con las acelgas ni con los lunes, pero, desde que estoy en el paro, he empezado a valorarlas, con ese color verde tan bonito, tan blanditas y tan insulsas... ¡Si es que no apreciamos nada! ¡Con lo buenas que están! Tanto quejarnos de los lunes cuando trabajamos y luego, si estamos desempleados, nos descubrimos mirando con envidia a los pringados que, con cara de no poder con su vida, se dirigen al curro y pensamos «¡yo también quierooooo!» Como para no querer... Tengo la cuenta corriente en números rojos, he tenido que volver a vivir con mis padres, con lo que me costó independizarme, y para colmo de males mi novio me ha dejado por WhatsApp. Si mi vida fuera un cuento corto, sería algo así: «Érase una vez una vida de mierda. Fin.»

Voy caminando cabizbaja hacia mi coche; otra mañana perdida, para variar. Suena mi teléfono y lo miro sin ganas; es Laura, mi mejor amiga.

—Dime —le suelto más seca que un esparto mientras llego hasta donde está aparcado mi vehículo.

—Desde luego, eres la alegría de la huerta, hija, desprendes simpatía por los cuatro costados.

—A ti querría verte en mi situación, chata, a ver lo simpática que estabas.

—¿Otro día en busca y captura de empleo?

—Y otro día desperdiciado.

—Estamos en La Lola; ven a tomarte una cervecita, a ver si entre todas conseguimos animarte.

—A mí sólo puede animarme un trabajo.

—No te creas... si empiezo a contarte las putadas que me hace mi jefe, casi preferirás estar en el paro. ¡Me tiene hasta las narices! ¡Venga, vente,

que no nos hemos visto en dos semanas!

—A tu jefe le hacía yo la ola —le respondo riéndome por no llorar. ¡Esto es deprimente!

—¡Tú estás un poco flipada! Con tu genio, durarías en mi puesto dos días.

—De eso nada. Alucinarías con lo comprensiva que me he vuelto, ni yo misma me reconozco; el Dalai Lama a mi lado no tiene nada que hacer, ¡te lo aseguro!

—¡Qué idiota eres! —me dice soltando una carcajada—. ¿Vas a venir o tengo que ir a buscarte?

—Voyyyy...

Cojo el coche y me dirijo a través de un tráfico infernal hacia La Lola, el pub donde solemos reunirnos todos los viernes las amigas para cotillear y desconectar después de toda una semana de duro trabajo, aunque en mi caso ya no recuerde ni lo que es eso. Somos como cotorras y, cuando nos juntamos, no hay quien nos calle, así que supongo que me vendrá bien pasar allí un rato, a ver si se me pasa el cabreo que llevo.

Cuando llego, las veo sentadas en la mesa del fondo. Saludo a Lola, la dueña del pub, y me acerco a ellas. Deben ir por la segunda ronda de cervezas, a juzgar por la cantidad de vasos vacíos que hay ya sobre la mesa.

—Mira que os gusta darle al *drinking* —les digo sonriendo y dándoles dos besos a cada una—. Anda, hazme un hueco, Laurita, que tú sola ocupas todo el banco —le pido mientras la empujo un poco para sentarme junto a ella.

—Joder, acabas de llegar y ya estás dando por saco, puñetera — comenta haciéndose a un lado—. ¡Lola! ¡Una cervecita para Paula! —brama desde la mesa.

—Vuelve a pedírselo, que no sé si te habrá oído —apuntillo con guasa—. ¡Mira que eres bestia!

—¡Mira quién fue hablar!

—¿Cómo vas con lo del curro? ¿Tienes algo a la vista? —me pregunta Sandra.

—Qué va... ya quisiera yo... Estoy valorando entre irme fuera a trabajar o meterme de cabeza debajo del primer tráiler que pase por delante.

—Tendrás que elegir una tercera opción... las dos primeras son una

mierda.

—Lo digo en serio, Laura, esta situación me está sobrepasando. Estoy pensado en irme a Francia, igual encuentro trabajo y a un francés que esté muy bueno y me susurre guarradas al oído. ¡Os juro que necesito las dos cosas! —les suelto con una carcajada.

—De eso nada, tú no te vas a ningún sitio, te quedas aquí conmigo, en los madriles, que se está muy a gustito; además, aquí también tenemos tíos buenos que pueden decirte todas las cochinas que quieras.

—Para tío bueno, éste —nos interrumpe Raquel, que hasta ese momento ha permanecido callada mirando una revista—. ¡Joder, qué macizo está!

—A ver —murmura Sandra—. ¡¡¡Madre míaaaaa, está tremendísimo!!! Seguro que es gay... ¡todos los gays están buenorros!

—Éste tiene de gay lo que tú de monja, chata, lo que yo te diga... ¿Sabéis qué pienso?, que los tíos que están tan buenos deberían considerarse patrimonio de la humanidad, para que todas pudiéramos catarlos —remata lamiéndose el labio y poniendo los ojos en blanco.

—¡Mira que eres bruta! —le espeto riendo.

—¿Bruta? ¡Míralo y alégrate el día! ¿Por qué no encuentro yo tíos así? ¿Se esconden de mí o es que tengo un imán especial para atraer a todos los cardos borriqueros de la zona?

—Yo más bien diría que te has vuelto un pelín quisquillosa... será la edad —añado para pincharla.

—Con éste no me pondría quisquillosa... te lo aseguro.

—Qué pesadita te estás poniendo, ¿eh, maja? Parece que no hayas visto un tío bueno en tu vida.

—Como éste, no —asegura convencida.

—¡Anda ya!

—No lo has visto, Paulita —me dice con retintín—. Estás haciéndote la dura con un tío de una revista; realmente lo tuyo ya es grave, tía.

Y suelto una carcajada sin poder evitarlo, ¡qué idiota es la pobre!

—Ni dura ni leches; por muy bueno que esté, seguro que no le llega ni a la suela de los zapatos a David Gandy. ¡Ése sí que está bueno! Os prometo que, si lo tuviera delante, no sabría por dónde empezar.

—¡Anda que no está tonta la tía! ¡David Gandy! En el anuncio de Dolce & Gabbana está para comérselo enterito, ¡ñam, ñam!

—¿Qué te comerías, cochina? —pregunta Laura acompañando la

pregunta con una sonora carcajada.

—¿Tú qué crees? —le contesta descojonándose—. ¡Te aseguro que yo sí sabría por dónde empezar! Lo dejaría exprimido.

—Pues no sé qué deciros, a mí me gusta más éste que David Gandy —murmura Sandra con la mirada aún fija en la revista—. Tiene una pinta de follador perdonavidas que te mueres.

—A ver, trae aquí que le eche un vistazo —le indica Laura quitándole la revista de un tirón—. ¡Madre mía! Paula, en serio, ¡míralo! ¡A éste sí que le haría yo la ola! ¡Y todo lo que quisiera! ¡Yo quiero uno así para mí! ¡Menudo rallador de queso tiene! ¡Eso son abdominales, leche!

—Tú ya tienes a Juan, no seas codiciosa —suelto y cojo la revista por fin—. A ver, exageradas, que no será para tanto.

—Juan es un amor, pero en su vida ha tenido esos abdominales, por eso compro el queso ya rallado —remata riéndose.

Oigo a Laura de fondo... estaba equivocada, sí que es para tanto; de hecho, creo que se han quedado cortas, pero lo que me asombra es cómo reacciona mi cuerpo ante su fotografía: mi mirada queda atrapada con la del hombre que me observa fijamente y dejo de respirar momentáneamente. Devoro las fotografías con ansia; en ellas se lo ve junto a la modelo Jenny Clause a bordo de un yate. Es un reportaje bastante extenso, en el que principalmente la fotografían a ella, pero también hay varias fotos en las que aparece él solo.

En una de las imágenes se los ve juntos haciéndose un *selfie*; en otra, él está de perfil mientras las gotas de agua se deslizan por su cuerpo y en la última... ésa me tiene fascinada, es un primer plano suyo, está mirando fijamente a la cámara y es como si llegase hasta mis entrañas, deshaciéndome. ¿Quién es este hombre que me está trastornando así? Busco su nombre en la revista y lo encuentro... Philip Jones.

—¡Paula! Estás babeando, jodida. ¿Era para tanto o no? —me demanda Raquel descojonándose—. ¡Ese tío desprende sexo por los cuatro costados! ¡Lo que daría yo porque me empostrara contra la pared! ¡Qué barbaridad!

Oigo a mis amigas tronchándose y empezando a soltar burradas, pero paso de ellas y leo el artículo a toda pastilla. ¿Están juntos? Pone que es un importante empresario de Sídney, pero no se menciona si son o no pareja, y mi vista va de nuevo a él. ¡Madre mía, está cañón! Pero no es sólo eso... hay más, aunque ni yo misma sé qué es.

Terminamos con las cervecitas y me marchó a mi casa. Mis amigas han quedado para salir esta noche, pero yo no estoy de humor, lo único que quiero es darme una ducha y dormirme. ¡Estoy molida después de patearme todas las empresas del polígono suplicando un trabajo! Total para nada, ¡mierda de crisis!

Ceno con mis padres, me ducho y me pongo el pijama, pero, a pesar de estar hecha polvo, no tengo sueño. No dejo de pensar en ese hombre y acabo conectándome a Internet para buscar información sobre él, aunque para decepción mía apenas hay nada, las escasas fotos que ya he visto en la revista y poco más. Así que decido buscarlo por Facebook y ¡¡¡ahí está!!! No tiene el perfil bloqueado y puedo acceder a él; no es que ponga mucho, pero me entero de que es dueño de una compañía de publicidad, Virmings Group. ¡Yo he estudiado publicidad! Como si realmente importara... y hablo inglés, francés y alemán, pero él vive en Sídney y yo en Madrid. «No creo que me diera tiempo a venir cada día a comer con mis padres», pienso con guasa.

Pero, aun así, le mando una solicitud de amistad y pongo un «Me gusta» en la página del Face de su empresa. Me acuesto y me duermo en seguida.

Las siguientes semanas son una copia de esta última: me pateo todo Madrid y todos los polígonos, total para nada; muchas empresas están cerradas, otras han reducido su plantilla a la mitad y las que no lo han hecho tampoco tienen necesidad de ampliarla.

Me siento en el coche desanimada. Al final tendré que ceder y ponerme a trabajar en el supermercado de mi tío Miguel; con veintiséis años, no puedo seguir dependiendo económicamente de mis padres... eso o largarme fuera. París estaría bien, o alguna ciudad de Alemania, para mejorar mi alemán... algo tendré que hacer seguro, si no quiero terminar con una depresión de caballo.

Voy a poner el vehículo en marcha cuando veo salir de un edificio de oficinas a Lucas, mi ex, con dos hombres más. Todavía no le he perdonado que me dejara por WhatsApp, ¡capullo cobarde!, y estoy tentada de salir del coche y montarle el numerito sólo para avergonzarlo delante de esos dos; además, me vendría de perlas para sacar fuera toda la energía negativa que me consume, pero, cuando voy a hacerlo, me doy cuenta de que me da igual; desde que me dejó aún no lo había visto... y ahora que está tan cerca de mí... me es completamente indiferente.

—Que Dios te guarde y ojalá se le olvide dónde —murmuro con todo mi amor.

La verdad es que, desde que vi el reportaje de Philip en *Stylo*, no dejo de pensar en él; debo de estar majara perdida, obsesionarme así por un tío que no conozco de nada y al que sólo he visto en fotografías... Continúo mirando a Lucas, veo cómo sube al coche y se marcha, y no he movido ni un sólo dedo ni he sentido nada.

Y, como cada vez que pienso en Philip, cojo el móvil para conectarme al Face y acceder a su perfil; es una necesidad que ni entiendo ni me cuestiono y, a pesar de que no es nada activo en las redes sociales, me sorprendo al ver que ha compartido una publicación de su empresa:

¡Te estamos buscando!

Necesitamos cubrir un puesto de secretari@ de dirección. Indispensable hablar francés. Si crees que eres la persona indicada para ocupar la vacante, pincha aquí y envíanos tu currículum. <http://www.virmingsgroup/25434>

«¿Me están buscando? ¡Pues ya me han encontrado! ¡Yo hablo francés y he estudiado publicidad y marketing! ¡Soy perfecta! Y me vendría de miedo ese cambio... ¡me ahogo aquí! Además... ¡lo conocería y trabajaría con él! ¡Madre míaaaaa! ¿Pero estoy loca? ¡Noooo! ¡Sería genial!» Me acelero con tan sólo pensarlo y, ni corta ni perezosa, me dirijo a mi casa a toda leche para mandarles mi currículum... total, ¿qué puedo perder? El «no» ya lo tengo.

Llego a mi casa y me conecto de nuevo al Face, pincho sobre el enlace, adjunto mi currículum... y, ¡¡zas!!, ¡enviado!

—¡Paula! ¿Estás en casa? —oigo cómo pregunta mi madre, que acaba de llegar, supongo que de hacer la compra.

—Sí, mamá —le contesto sin ganas saliendo de la habitación. ¿Quién si no iba a estar en casa a estas horas?

—¿Cómo te han ido las entrevistas de hoy, cariño?

—¿Tú qué crees? —le espeto de malas formas.

—¿Por qué no aceptas el puesto que te ofrece el tío? Hasta que te salga algo, más vale eso que nada —me dice mientras organiza la compra.

—¿Cajera de un supermercado de barrio? ¿Con todo lo que he estudiado, mamá?

—¡Oye!, que es un trabajo bien digno. ¿Prefieres estar sin hacer nada?

—¡Por supuesto que no! ¡Y nadie ha dicho que no sea digno! Pero tampoco quiero tirar la toalla tan pronto.

—¿Pronto? Hija, piénsalo, llevas demasiado tiempo sin trabajar y al final el tío cubrirá el puesto y te quedarás sin una cosa y sin la otra.

Suspiro ruidosamente y salgo de la cocina sin contestarle. Sé que tiene razón y que no sería la primera que, con un currículum fantástico, estuviese trabajando de cajera, o en producción en cadena, pero no puedo, antes me largo. Los meses que estuve currando en Lyon fueron geniales, y esa opción cada vez se perfila como mi mejor alternativa. Me iría un par de años y, cuando la crisis mejorara, volvería.

Pero eso mejor me lo callo de momento, no quiero despertar a la bestia tan pronto, ya tuve bastante con mi padre cuando me marché a Lyon; un poco más y me deshereda por el cabreo que pilló conmigo.

Paso el resto del día en mi casa; después de toda una mañana de pateo, estoy demasiado desanimada para continuar. Además, creo que mi currículum lo tiene hasta la tía María de enfrente.

Termino de cenar y, como no tengo sueño, me pongo *El diario de Noah*; nunca me canso de verla, soy una romántica empedernida sin remedio y este tipo de historias me llegan al alma, por no hablar de *Pretty Woman*, *Ghost* o *Dirty Dancing*. ¡Por muchas veces que las vea, siempre me derrito mirándolas y babeando como una tonta! Finaliza la película y, cuando cojo mi móvil para ponerlo a cargar, veo que tengo un mensaje por leer; supongo que será publicidad, pero aun así lo abro y... si me pinchan, no sangro... ¡Tengo un correo de Virmings Group! Me ahogo de los nervios y accedo al mensaje con las manos temblorosas. ¡Madre mía!, tengo que centrarme en enfocar la vista, porque las letras me bailan de lo histérica que estoy. ¡Quieren hacerme una entrevista!

Les contesto explicándoles que, como resido en España, no podré ir, pero añado que no tengo inconveniente en hacerla por videoconferencia o por teléfono dado el caso, recalcando que tengo total disponibilidad para trasladarme a Sídney a trabajar.

Espero impaciente y me sorprendo al recibir a los pocos minutos otro mensaje. Mañana, a las nueve de la mañana hora española, me harán la entrevista por videoconferencia. ¡Toma ya! ¡Ay, que me da algo!

¿Me la hará Philip? Ojalá, pero el correo lo manda un tal Sam. Estoy

por ponerme a gritar como una loca, pero me contengo y me obligo a respirar y a tranquilizarme. ¡Joder, joder, joder! ¿Pero cómo se supone que voy a poder dormir ahora si estoy al borde del colapso? Necesito saber todo lo que pueda sobre Virmings Group y, tras conectarme a Internet, me pongo a ello casi a la desesperada. ¡¡¡Madre mía!!! Es una de las compañías de publicidad más importantes de Australia. ¿Están de coña? Tiene la sede principal en Sídney y una delegación en Melbourne, pero lo que me asombra de verdad son las marcas para las que trabajan. ¡Son todas muy conocidas! Eso por no hablar de su página web, que es una pasada.

Hay una sección la mar de original e innovadora, ejem, «Conócenos», en la que aparece una fotografía y una breve descripción de cada miembro del equipo de Virmings, y ahí está Philip, guapísimo a rabiar mirándome con sus increíbles ojos azules; como descripción pone: «Nuestro jefe y un apasionado de la publicidad. Su misión: crear el anuncio perfecto y ayudarnos a resolver cualquier inconveniente que pueda surgirnos con sus miles de ideas y soluciones. ¿Tienes un problema? Búscalos».

Todas las descripciones son muy informales, incluso hablan de los *hobbies* de cada uno, y me doy cuenta de que quiero estar ahí, deseo formar parte de ese equipo y ver mi foto junto a la de ellos.

Busco a Sam y lo encuentro casi al final. ¡Qué joven! Leo la suya: «Aventurero y amante de los deportes de riesgo, es el responsable de buscar y encontrar a la persona adecuada para cubrir cada puesto; gracias a él estamos todos aquí. ¡Te queremos, Sam!».

Me río sin poder evitarlo y continúo leyendo las descripciones de todo el equipo, pero lo que me sorprende de verdad es lo jóvenes que son todos y el buen rollo que transmiten a través de esas breves frases, y me prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para conseguir este empleo.

Como me niego a hacer la entrevista con las ojeras llegándome a la boca, me obligo a acostarme. Aún recuerdo cuando era económicamente independiente y podía pagarme las clases de yoga. ¿Cuánto hace de eso?, ¿mil años? Así que pongo en práctica todas las técnicas de relajación habidas y por haber: respiraciones lentas y profundas para aflojar cada parte del cuerpo, pensamientos positivos, crear un lugar feliz, blablablá... Hoy no me duerme ni Dios... pero finalmente, en algún momento de esta

eterna noche, consigo hacerlo...

Me despierto a las siete y me levanto de un salto. «¡¡¡Tú serás mi día!!!», pienso mientras me meto en la ducha a toda leche. En la vida de toda persona hay momentos decisivos, y estoy segura de que hoy es uno de ellos... instinto femenino, corazonada, intuición, ¡yo qué sé!

Me seco el pelo marcando mis ondas, pero, cuando ya tengo la melena lista como para rodar un anuncio, pienso «¿recogido o suelto?» ¡Mierda! Suelto... definitivamente... sí... ¿sí?... ¡que sí! Soy un mar de dudas y ahora viene lo peor. ¿Qué me pongo? ¿Vestido? ¿Camisa? ¿Arreglada? ¿Informal? ¡Joder, qué estrés! Ni que fuera a casarme... Al final opto por una camisa blanca con vaqueros, total sólo me verán medio cuerpo y, cuanto más natural, mejor. Me maquillo disimulando las ojeras, que como me temía han hecho acto de presencia, y a las ocho y media ya estoy lista hecha un manojo de nervios. Por suerte mis padres ya se han largado a trabajar y no tengo que ir dando explicaciones.

Y por fin a las nueve comenzamos la videoconferencia. Reconozco a Sam de la página web y desde el principio me hace sentirme cómoda y tranquila. Es una entrevista muy informal, en la que le hablo de mi experiencia en el sector de la publicidad y, aunque en un principio empezamos hablando en inglés, pronto cambiamos al francés, supongo que para comprobar mi nivel, que por cierto es muy superior al suyo, pues tengo que repetirle varias veces lo mismo y al final me confiesa entre risas que es más que evidente por qué piden un nivel alto de francés.

No se me escapa que, a pesar del tono informal de la entrevista, me está sacando hasta el número de carné de identidad; aun así, no me importa y contesto a todas sus preguntas sin apenas titubear. Y entonces llegamos al quid de la cuestión.

—Paula, necesitamos cubrir el puesto urgentemente. ¿Cuándo podrías estar aquí?

—Pues no lo sé, un par de semanas como mínimo. Lo más importante sería buscar un piso; por lo demás, no tengo problemas.

—Piénsalo bien... en dos semanas, como máximo, deberías estar aquí, ¿puedes hacerlo?

«Madre mía, ¿eso quiere decir que estoy contratada? Pum, pum, pum... el corazón va a salirseme del pecho.»

—Por supuesto. —«Eso si mi padre no me mata antes», pienso para mis adentros.

—Contratada, entonces. Te haré llegar un enlace con varias inmobiliarias para que puedas gestionarte el alquiler. Nos vemos dentro de dos semanas. Bienvenida a Virmings.

—Gracias —murmuro. ¿Así de fácil? ¡Pim, pam, pum, ¿contratada?! ¡Ay, que a mí me da algo!

—Nos vemos —se despide y corta la conexión.

¡Madre del amor hermoso! Lo he conseguido... Todavía no puedo creerlo, ¡pero sí! Suelto una carcajada y me pongo a bailar en mi habitación. ¡Voy a conocerlo! ¡Trabajaré con él! ¡Ay, que me da un siroco! Miro de nuevo la sección de «Conócenos», imaginando ya mi foto entre la de todos, ¡¡¡madre míaaaaaa!!!

Capítulo 2

Necesito contárselo a Laura urgentemente. Supongo que estará trabajando, pero me da igual, si no se lo cuento, reviento, ¡no puedo más! Me tiemblan las manos de la emoción mientras marco el teléfono de mi amiga, un tono, dos...

—¡Dime, chata!

—Laura, ¿dónde estás? —le pregunto acelerada.

—En las Maldivas, tomándome una caipiriña, ¡no te jode! ¿Dónde voy a estar a estas horas? ¡Trabajando!

—¿Puedes hablar?

—¿No ves que sí?

—Qué idiota eres, me refería a si había moros en la costa.

—Los moros no llegan hasta después de la hora del almuerzo; mi jefe no es de los que madruga. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Tengo un empleo! —grito emocionada.

—¡Enhorabuena! ¡Me alegro muchísimo! Sabía que, con tu currículo, al final encontrarías curro.

—Laura, que ahora viene lo fuerte... —añado cogiendo aire.

—¿El qué? ¡Venga! ¡Suéltalo!

—Es en Sídney, en la empresa de ese tío bueno que vimos en la revista.

—¿El macizo que estaba con Jenny Clause? ¡Venga ya!

—¡Síiii! ¡Qué fuerte! ¿Verdad? ¡Tía, voy a conocerlo!

—¿Pero tú estás locaaaaa? ¡Dime que no es verdad! —Grita tanto que tengo que apartarme el auricular de la oreja.

—¡Claro que es verdad! Cuando lo vea, le haré la ola en tu honor —le digo emocionadísima entre risas.

—¡La madre que te parió!

—La madre que me parió va a matarme cuando se lo cuente. ¡Aún no puedo creérmelo, tía! ¡Es genial! ¿Verdad?

—Yo no lo describiría así, precisamente... —me suelta sin un ápice de alegría en la voz.

—¿Qué pasa? ¿No te alegras por mí?

—Pues no, Paula; ya sé que aquí la cosa está mal y andas muy desanimada, pero ¿es preciso irte a la otra punta del planeta a trabajar? Tía, que Sídney está muy lejos... ¿Lo has pensado bien? Además, ¿cómo has conseguido un puesto en su empresa?

—No sé qué me pasa con él, Laura, pero desde que vi el reportaje no he podido quitármelo de la cabeza. Reconozco que es una locura, pero es muy raro... es como si necesitara saber cosas de su vida, me siento conectada a él de alguna forma. Ese día, cuando llegué a casa, lo busqué por Facebook y le envié una solicitud de amistad, que no aceptó, por supuesto, pero empecé a seguirlo. Resulta que es el dueño de una importante compañía de publicidad y un día puso en su muro que tenían un puesto vacante como secretaria de dirección y como requisito indispensable pedían el francés, y ya sabes que a mí se me da de miedo. Les envié mi currículum y ahora mismo acabo de hacer la entrevista por videoconferencia y, ¡tachánnnn!, te presento a la nueva secretaria de dirección de Virmings Group.

—¿Pero qué me estás contando? ¿Me estás diciendo que te vas a Australia porque un macizo no te ha aceptado la solicitud de amistad y casi mejor te vas allí y lo conoces en persona?

—¡No! ¡Me voy a Australia porque allí me ha salido un empleo!

—¡Y una mierda! A mí no me vengas con cuentos, que nos conocemos; si hubiera sido por un puesto de trabajo, te hubieras ido a Francia, no a la otra punta del mundo. ¡Esa chorrada déjala para tus padres!

—Resulta que el empleo me ha salido en Sídney, no en Francia.

—¿Y por qué será? ¿Pero tú en qué mundo vives? ¿Qué te crees, que vas a llegar y te lo vas a tirar o qué? No te voy a negar que estaba para untar pan, pero aquí también tenemos tíos buenos, ¿sabes? Si quieres, el sábado salimos y empezamos a buscar macizorros, verás cómo encontramos un montón.

»Además, ¿sabes algo de su vida? A lo mejor es novio de Jenny Clause, o es de los típicos que un día están con una y otro día, con otra, jo

es gay! ¿Pero tú en qué estás pensando?

»No puedes poner tu vida del revés por alguien a quien ni siquiera conoces. ¿Y si es un estúpido, un creído, un imbécil? En fin... no sabes nada de él. Ya sé que, después de lo de Lucas, necesitas un cambio, pero ¿no te parece demasiado radical lo que estás diciendo?

—Pues no, Laura, me parece que así mato dos pájaros de un tiro: lo conozco y encima trabajo en lo que me gusta. ¿Qué puñetas te pasa? —le pregunto enfadada sin entender su reacción.

—Pues que a ti el trabajo en estos momentos te da igual, tú lo que quieres es conocerlo, y me parece una locura; tengo miedo de que vuelvan a hacerte daño. Cuando pasó lo de Lucas, estaba tu familia, y nosotras, para apoyarte, pero si allí te sale mal estarás sola... Me da miedo que vayas con demasiadas expectativas y vuelvan a lastimarte.

—¿Eres la voz de mi consciencia o qué? Sé que tienes razón en todo, pero te repito que no puedo dejar pasar esta oportunidad. Si me sale mal, sólo tengo que coger un avión y volver, aquí estaréis todos para apoyarme de nuevo, y no quiero quedarme con la sensación de no haberlo intentado.

—¿Cuándo tienes que irte?

—En dos semanas debo estar ahí —murmuro dándome cuenta de repente de que en nada me marchó y voy a echarlos muchísimo de menos.

—¿Dos semanas? —brama de nuevo—. ¿Y tus padres? ¿Qué te han dicho?

—No lo saben aún... quería ver tu reacción primero y me estás acojonando. Laura, ya sé que todo esto puede parecer una locura y puede que tengas razón y, cuando llegue, me lleve la peor decepción de mi vida, pero ¿y si no es así? Tengo que ir, no puedo dejar pasar esta oportunidad.

—Dices que te han dado el puesto, ¿no? ¿Es un contrato fijo o temporal?

—Tres meses, ampliable si todo va bien; total, voy y, si no es lo que esperaba, en tres meses me tenéis aquí otra vez.

—¡Yo a ti te mato! ¿Pero cómo puedes estar tan loca? ¿Cuándo vas a contárselo a tus padres? Es como para no aparecer por tu casa en unos días... La que se va a armar.

—Hoy, durante la comida. Santi viene a almorzar y así aprovecho para explicárselo a todos a la vez.

—Como tu hermano no te eche un cable, lo llevas claro. Lo que daría por ser un imán pegado a la nevera de tu cocina para ver la reacción de tu

padre... ¡De ésta no sale vivo! ¡Confíésalo! ¡Quieres matarlo y no sabes cómo!

—¡Qué capulla eres! —le digo soltando una carcajada—. Cruza los dedos.

—¡Y una mierda! No quiero que te vayas; ojalá tu padre te amenace con desheredarte o haga algo que te obligue a reaccionar.

—Sabes que las amenazas, conmigo, surgen el efecto contrario.

—Sí... blablablá... Esta tarde te llamo y me lo cuentas. ¡Qué chiflada estás!

—¡Bye, bye, Laurita! —Cuelgo con una sonrisa. ¡La que me espera!

Miro el correo y veo que tengo un nuevo mensaje de Virmings. Sam me ha enviado un enlace que contiene varias inmobiliarias y paso casi toda la mañana ojeando pisos. Hay varios que están bastante bien y los selecciono para que me manden información más detallada; con cada piso que veo, y pasado el momento de euforia inicial, me doy cuenta de que en nada dejaré todo lo que conozco y a todas las personas que quiero para viajar a la otra parte del planeta y conocer al hombre que, sin saberlo, ha puesto mi mundo del revés.

Y con el corazón latiendo desbocado, me pongo con lo siguiente: sacar un billete con destino a Sídney. Miro los horarios, los precios, las combinaciones... y al final reservo un vuelo para el 15 de agosto.

Se trata de un billete solamente de ida, un billete con el que podré conocer al hombre que lleva quitándome el sueño desde hace días; debo de estar loca, pero bendita locura.

Miro la hora, todavía es pronto. ¿Podrían pasar más despacio los minutos? Los nervios me consumen y al cabo de un rato decido ponerme el chándal, las zapatillas y salir a correr. Correr siempre me ha ayudado a tranquilizarme y hoy lo necesito más que nunca.

Después de correr una hora como si me fuera la vida en ello, llego a mi casa hecha polvo, me ducho y dejo que el agua caliente me relaje. Me visto y salgo hacia la cocina. Oigo a mis padres hablar con mi hermano. «Ha llegado puntual», pienso apoyándome en la pared y respirando profundamente. ¡A ello, Paulita!

Nos sentamos a comer; miro mi plato y soy incapaz de tragar nada, tengo la boca seca y bebo agua. ¡Venga... suéltalo!, pero no me atrevo. ¡La que se va a armar!

—Hija, ¿no tienes hambre? —me pregunta mi madre.

—No mucha... —«¡Vamos! ¡Ahora o nunca!», me digo, pero estoy acojonada. ¡Ni que tuviera diez años! Tengo la servilleta entre las manos y no puedo dejar de retorcerla—. Papá, mamá, Santi... hay algo que quiero contaros.

—¿Qué pasa, Paula? —me pregunta mi padre fulminándome con la mirada.

—Necesito que abráis un poco la mente y aceptéis lo que voy a deciros.

—¿No estarás embarazada, verdad? Yo a ti te mato, con lo joven que eres y con los medios que hay.

—No sé de quién, mamá, como no sea del espíritu santo...

—¿Entonces? ¡Habla ya, coño! —suelta mi hermano; la paciencia no entra dentro de sus virtudes.

—Me marcho a Sídney a trabajar en una importante compañía de publicidad; sabéis que llevo varios meses buscando trabajo, aquí está muy mal la cosa y es una buena oportunidad.

De Philip no digo ni mu; como mis padres sepan que el verdadero motivo de mi marcha es ir a conocerlo, me atan a una silla de por vida.

—¿Sídney, Australia? —pregunta mi madre con un hilo de voz—, ¿pero eso no está muy lejos?

—Sí, mamá, muy lejos. —Me da lástima, pobrecita.

—Ni lo sueñes, tú no te vas a ningún sitio, y menos al quinto coño —ruge mi padre ya fuera de sí. ¡Mal vamos!

—Papá, tengo veintiséis años, ¿no te parece que ya soy mayorcita para ir adonde quiera? —le pregunto armándome de paciencia.

—Y yo soy aún más mayor que tú y te digo que no vas. Fin de la conversación.

—Papá, he aceptado el puesto y ya tengo el billete. El 15 de agosto me marcho a Sídney, está decidido.

—Papá —interviene Santi por fin—, no puedes prohibírselo; es mayor de edad y aquí no encontrará nada relacionado con la publicidad, lleva demasiados meses buscando trabajo y no le ha salido nada.

—¡Me importa una mierda, puede ser todo lo mayor de edad que quiera, pero vive en mi casa y hará lo que yo diga!

—Pepe —le suplica mi madre—, ya está bien, tengamos la fiesta en paz, ¿quieres?

—¡Esto nos pasa por ceder con lo de Lyon, coño! —nos grita

levantándose.

—Papá, Lyon fue una gran oportunidad; gracias a esos meses pude perfeccionar mi francés —murmuro.

Pero mi padre lleva el cabreo del siglo y se marcha dando un portazo.

—Lo siento, pero voy a irme —les digo con los ojos llenos de lágrimas.

—No te preocupes, hija, tu padre recapacitará, dale tiempo.

Los siguientes días son una tortura. Mi padre no me dirige la palabra y me duele en el alma notar lo tan distante, pero siempre he tomado mis propias decisiones sin dejar que nadie decida por mí y no voy a empezar a cambiar ahora.

Mi hermano me ayuda con el tema del piso y al final encuentro uno que me gusta. Cada vez estoy más cerca de mi sueño. Cada vez estoy más cerca de conocerlo.

Es sábado, me marcho el miércoles y he quedado con mis amigas para hacer la despedida como Dios manda. Me pongo un vestido negro de tirantes con unas sandalias monísimas de la muerte, cojo mi bolso y salgo disparada dispuesta a pasármelo de miedo.

Llego al restaurante y mis amigas, que ya están esperándome, me reciben entre silbidos y mucho, muchísimo, cachondeo.

—Jodida, ¡suerte que no querías ver la revista! ¡Mala pécora, qué envidia me das! —suelta Raquel entre risas.

—Tía, ¡vas a trabajar con él! ¿Cómo vas a poder concentrarte? Terminarás babeando y tartamudeando —interviene Sandra, descojonándose.

—¡O arrancándole la ropa a mordiscos! —remata Raquel.

—Oye, que yo tampoco estoy mal. ¡A lo mejor es él quien acaba babeando por mí y arrancándome la ropa!

—¡Ilusa! ¡Eso querrías tú!

—Pues yo espero que sea un imbécil y que te canses pronto de él; te voy a echar mucho de menos —interviene Laura cogiéndome de la mano.

—Laura, no voy sólo por él, voy a trabajar.

—Eso díselo a tus padres, no a mí, chata. Todavía no puedo creer que te marches.

—Oye tía, déjala, no la amargues. ¡Di que sí, Paula! ¡Yo también me iría! ¡Menudo monumento de jefe vas a tener! ¡Y si puedes, túratelo muchas

veces en mi honor! ¡Eres mi ídolo! —suelta Sandra.

La cena gira en torno a Philip y mi empleo, y cuando terminamos nos vamos a un karaoke. De jovencitas estábamos en el conservatorio y todas las semanas teníamos una hora de coro sí o sí, y desde entonces le cogimos el gustito a cantar y ahora somos unas fanáticas de los karaokes. De hecho, cuando llegamos nos hacemos las dueñas absolutas del micro y, como soy yo la que se va, es a mí a quien le toca hacer un solo.

Elijo *Vuelvo a verte*,^[1] de Malú. Es una canción desgarradora y vuelco todos mis sentimientos en ella. Tengo una voz muy potente y puedo cantar cualquier tema sin el mínimo esfuerzo. Para mí cantar es una forma de expresarme, me sale tan natural como respirar, y dejo a todos mudos con mi actuación; a ésta le siguen muchas más, pero esta vez con mis amigas. Nos reímos y nos lo pasamos de miedo y de ahí nos vamos a Mama Racha, la discoteca de moda, donde se nos hace de día. Nos despedimos entre abrazos y lloros, sobre todo Laura, que parece que no vaya a volver a verme en la vida, y acabamos cogiendo el gran disgusto, hipos incluidos. ¡Cómo las voy a echar de menos! Pero sé que lo que me espera es mejor, mucho mejor.

Me despierto el domingo por la tarde y, a pesar de la resaca que llevo, me pongo con el equipaje; tengo muchas cosas ya en la maleta, pero aún faltan otras tantas cuando llaman a la puerta, es mi padre.

—Hola, papá. —Me apena mucho que esté enfadado conmigo.

—Hola, hija. Ven —me dice mientras se sienta en la cama y me hace sentarme a su lado—. Quiero que sepas que no apruebo lo que haces, pero también tengo claro que no puedo impedírtelo y no quiero que te marches estando enfadados.

»Ya sé que tienes veintiséis años, pero para mí siempre serás mi niña y, pensar que te vas tan lejos y no te veré todos los días, me entristece mucho. Sólo quiero decirte que, si llegas y no es lo que esperabas, vuelve a casa, nosotros siempre estaremos aquí esperándote con los brazos abiertos.

—Gracias, papá, os echaré mucho de menos —susurro y me abrazo por fin a él.

Capítulo 3

Es 15 de agosto; por fin ha llegado el día y mis padres me acompañan al aeropuerto. Están muy serios, no aprueban que su niña se vaya a las antípodas, pero saben que no pueden hacer nada.

—Paula, cariño, quiero que me llames cuando llegues, me da igual la hora que sea aquí, no podré estar tranquila hasta que sepa que estás bien — me ruega mi madre muerta de preocupación.

—No sufras, mamá, te llamaré cuando llegue y hablaremos todos los días; no quiero que estés triste porque yo estoy muy feliz. Es una buena oportunidad.

—Recuerda, hija: si no te gusta el trabajo, coge un avión y regresa a casa.

—No te preocupes, papá; os quiero.

Tras darles un fuerte abrazo, por fin me dirijo a la puerta de embarque dispuesta a subirme al avión que me llevará directa a mi sueño. Y a pesar de que odio volar con todas mis fuerzas, hoy estoy ansiosa por hacerlo; todavía no puedo creerme que en apenas unos días vaya a conocerlo.

Cojo mi móvil y me conecto de nuevo a Internet, donde devoro de nuevo las fotografías que le hicieron junto a Jenny Clause y, como siempre, mi corazón se acelera sólo con verlo. Hay algo en él que no me permite apartar la mirada y pienso en cómo me sentiré cuando estemos frente a frente, cuando deje de ser una imagen para pasar a ser un hombre de carne y hueso.

Llego a Sídney después de un viaje agotador. Cae una fina llovizna, hace frío y me subo el cuello de la chaqueta, subo a un taxi y me dirijo a mi nuevo hogar.

Mientras el coche avanza bajo la lluvia, miro embelesada a través del

cristal la ciudad que durante tres meses va a ser mi residencia. Es preciosa y, cuando por fin llego a mi pisito, lo miro como si fuera mi mayor tesoro. Mañana iré a Virmings para saber la distancia que hay desde mi piso hasta allí y así aprovecharé para conocer la empresa... pero, bueno, ¿a quién quiero engañar? Lo que quiero es ir a verlo; de hecho, no voy ahora porque ya es tarde... en caso contrario me plantaría allí seguro. Nunca he sido una persona paciente y los nervios me consumen.

Me acuesto y, para mi sorpresa, me duermo al segundo.

Es viernes y al fin ha llegado el gran día. A las siete suena el despertador y me levanto de un salto, ¿para qué alargar la espera? Me ducho, me lavo el pelo y me lo seco marcando mis suaves ondas. Puesto que aquí todavía es invierno, decido ponerme unos pitillos negros con un suéter de cuello vuelto color gris, mis botas negras, y una trenca también gris. Cojo mi bolso y salgo a la calle dispuesta a comerme el mundo y a él, si se deja.

Pero, claro, para ello antes tendré que encontrar el metro y por el camino me dedico a observar mi barrio; parece tranquilo y me gusta. Después de un rato localizo la boca del metro y, tras varias paradas, llego a la que me llevará a mi sueño; bajo presurosa y, preguntando, llego a Virmings Group.

Me quedo en la acera de enfrente paralizada mirando el edificio; es una nave industrial restaurada, con unas enormes puertas de cristal y con el nombre de Virmings Group en acero envejecido... No puedo creer que esté aquí, que vaya a conocerlo... a trabajar con él.

Veo cómo el semáforo se pone en verde y, como a cámara lenta, a la gente empezando a cruzar, pero tengo los pies clavados en el suelo a punto de echar raíces... Al cabo de unos segundos por fin la imito y, sin despegar la mirada del edificio, cruzo la calle llena de miedos, ilusiones y esperanzas.

Entro y miro embelesada todo lo que me rodea. La recepción es enorme, increíble, y está decorada con pósteres de sus principales campañas publicitarias. Busco con la mirada a la recepcionista y la veo detrás de una gran mesa de madera.

—¡Hola! Soy Paula Ferreño. Empezaré a trabajar aquí el lunes, pero, ya que estaba por la zona, he pensado que podría pasarme a firmar el contrato —le digo intentando controlar la voz. ¡Todavía no puedo creer que esté aquí! Estoy a un paso de verlo y también de tener un ataque de

nervios.

—Bienvenida —me contesta con una sonrisa—, soy Danielle. Espera un momento, por favor.

Mientras Danielle, que debe de tener mi edad, habla por teléfono, aprovecho para ver detenidamente los pósteres de las campañas llevadas por Virmings e intentar tranquilizarme.

—Paula —me llama—, puedes subir; el ascensor lo tienes al fondo. Tercera planta; allí pregunta por Sam, te está esperando.

—Muchas gracias —le contesto sonriendo. Me tiembla hasta la boca.

Entro en el ascensor, se cierran las puertas y me miro en el espejo mientras inspiro y expiro profundamente. Mi cara no refleja ni de lejos el terremoto que se está generando en mi interior. Se abren las puertas y me quedo paralizada unos segundos mirando al frente... Estoy aquí...

La actividad es frenética. Se oyen teléfonos, veo gente entrando y saliendo... Se respira marcha, entusiasmo, pasión, y me gusta. Hay un gran despacho con paredes de cristal que supongo que debe de ser la sala de reuniones, y un largo pasillo lleno de despachos. Me asomo al primero que veo, pero no es el de Sam y me indican dónde encontrarlo.

—Hola, soy Paula Ferreño —me presento por segunda vez cuando consigo localizarlo—, vengo a firmar mi contrato.

—¡Hola!, te recuerdo de la entrevista. ¿Ya estás instalada? —me pregunta sonriendo.

—Más o menos —le contesto devolviéndole la sonrisa con un hilo de voz.

—Siéntate y te cuento un poco en qué consistirá tu trabajo —me indica mientras busca mi contrato entre unas carpetas—. Aquí está, échale un vistazo —me pide mientras me lo tiende.

Lo leo con prisas; está todo claro y firmo emocionada donde me señala. Ya es oficial, ya formo parte del equipo de Virmings Group. ¡¡¡Bien!!!

—Vas a ser la secretaria de Philip; valoramos mucho que, además de hablar francés, hables español y alemán, puesto que queremos expandirnos por Europa, así que en algunas ocasiones tendrás que viajar con él o acompañarlo en las reuniones.

Me quedo muda y con la boca abierta. ¡¡¡Madre mía!!! ¡Voy a ser la secretaria de Philip! El puesto de secretaria era para ser ¡¡¡su secretaria!!! No me pongo a dar saltos porque no quiero parecer una loca, pero

¿podría ser mejor?! El corazón me late a mil por hora y estoy tan emocionada que tengo la sensación de que mi cuerpo es insuficiente para abarcar tantas emociones.

Sam, que interpreta mi estado de nervios por temor a mi nuevo trabajo, se levanta de su silla y con un gesto me señala que lo siga.

—No te preocupes, somos un equipo de gente bastante joven que disfruta con lo que hace y espero que tú también lo hagas; mira, ahí están Katia y Charlie —me dice.

Mirando a Katia se me cae la mandíbula a los pies. Es una tiarrona de piernas kilométricas, piel de porcelana, melena rubia y cara de supermodelo. ¡Qué mal repartido está el mundo, Señor! Al lado de Katia yo no tengo ninguna posibilidad de impresionar a Philip.

A su lado parezco hasta bajita... eso sí, con todo bien puesto, como dice mi amiga Laura, ¡una morenaza de la cabeza a los pies! ¡Cómo me río cuando suelta eso! ¿Cómo me describiría? Siempre dicen que mi cara es bonita, y que tengo unos preciosos ojos verdes, pero yo me veo una mujer normal y corriente; comparada con Katia, somos la noche y el día.

—Katia, Charlie, os presento a Paula, la nueva secretaria de Philip.

Katia me mira y una cálida sonrisa ilumina su perfecto rostro.

—Hola, Paula, bienvenida; encantada de conocerte y de tenerte aquí, pero... ¿tú no empezabas el lunes?

—Oh, sí, pero pasaba por aquí y he decidido entrar para conocer la empresa y firmar el contrato. —¡Será posible! ¡Pero si me lo he creído hasta yo! Menuda mentirosa estoy hecha.

—Bienvenida entonces.

—Por fin tenemos a alguien que sabe hablar francés, estoy harto de hacerle de intérprete a Philip, y de Ben, mejor ni hablamos —interviene Sam con una mueca.

—Me encanta que haya algo que a Philip se le resista, ¡no sabes cómo le jode no entender nada! —suelta Charlie acompañando su comentario con una sonora carcajada.

Charlie tendrá unos treinta años y es un morenazo con unos ojazos verdes de morirse.

—¡Qué capullo eres, Charlie! —Y el comentario viene acompañado de un leve puñetazo y una risa ronca y profunda.

Y yo, que desde que he oído que voy a ser la secretaria de Philip estoy levitando, me giro y, ¡ohhhhhh!, casi me caigo doblada de la

impresión. Detrás de mí está Philip, la perfección personificada, el Miguel Ángel hecho hombre, un adonis, un dios.

Medirá un metro ochenta; tiene la espalda ancha y la cintura estrecha. Lleva el pelo rubio corto cepillado hacia atrás. Sus ojos son de un azul imposible y su boca perfecta hace que me imagine mordiéndole el labio y luego besándolo lentamente hasta llegar a la pequeña cicatriz que tiene en la barbilla donde demoraría mis besos.

Me sonrojo de inmediato y tengo que centrarme en inspirar y expirar.

—¡No más que tú, capullo! —le responde Charlie devolviéndole el puñetazo.

De repente tengo la increíble mirada de Philip sobre la mía, atrapándola durante unos segundos, los suficientes para aislarnos de los demás. Si en la revista me fascinó, ahora, en persona... no tengo palabras para definirlo, pero entonces frunce el ceño y me da la sensación de haber hecho algo que le ha molestado.

—Philip, te presento a Paula Ferreño, será tu nueva secretaria. Como te dije, habla perfectamente francés, español y alemán.

—Encantado —me dice con un tono ronco que a su vez seca mi boca y humedece mi sexo—, pero usted comenzaba el lunes... ¿o estoy equivocado?

Tengo la lengua pegada al paladar y no puedo articular palabra; tiene tal magnetismo y su presencia me intimida de tal manera que me siento pequeña e insignificante a su lado.

—Ha venido para firmar el contrato —se me anticipa Sam, y suerte que lo ha hecho, porque la capacidad de expresión me ha abandonado por completo.

—¿Tendría inconveniente en asistir a una reunión conmigo? Necesito una intérprete como Dios manda de una vez —me confiesa fijando su vista en Sam, en una más que significativa mirada.

—Quien hace lo que puede no está obligado a más —se defiende riéndose.

¡Ahhhh! ¡Diossss míoooo de mi vida! Mi cuerpo es un volcán en erupción, por no hablar de lo roja que me estoy poniendo... un tomate estaría pálido a mi lado, me arden las orejas y temo que empiece a salir humo de ellas.

—Philip ella...—empieza a decir Sam, pero él lo corta en seco en un tono que no acepta replica.

—¿Te importaría que fuera ella la que me contestase? La señorita Ferreño sabe hablar, o eso espero. —Y me mira de nuevo con esos ojos tan increíbles haciendo que me haga chiquitina, chiquitina, chiquitina, tipo pulga, vamos.

«¡Reacciona, atontada!», me ordeno; estoy dando una impresión de pena y a este paso me despide nada más contratarme.

—Por supuesto que sé hablar, ¿en qué idioma prefiere que lo haga? —le pregunto con una media sonrisa. «¡Mierda! ¡Para soltar eso mejor me hubiera quedado callada! ¡Bocazas!» —. No tengo inconveniente en quedarme para la reunión —añado suavemente intentando solucionarlo.

—Charlie, acompáñala a su despacho para que deje sus cosas; os quiero en dos minutos en la sala de reuniones —ordena secamente mirándome de nuevo con el ceño fruncido.

Y, tras darse media vuelta, se marcha sin prestarme más atención. ¿Pero qué le pasa? ¿No le gustan las morenas? ¿Le he caído mal sin haber hablado apenas? Aunque, para lo que he dicho, mejor me hubiera quedado callada. Toda mi ilusión se esfuma de un plumazo, pero entonces más que nunca deseo demostrarle lo que valgo.

—Ven, preciosa —me invita Charlie cogiéndome por el brazo—. Éste será tu despacho, al lado tienes el de Philip y ése de ahí es el de Katia; si necesitas algo de mí, el mío está junto al de ella. ¿Qué tal? ¿Te gusta?

—Oh, claro, me encanta —respondo con una sonrisa. La verdad es que estoy más que fascinada con la empresa y con mis compañeros, pero la reacción de Philip me ha dejado descolocada, así que, sin poder callarme y aprovechando que estamos solos, decido sacármelo de encima —. Oye, Charlie, una pregunta —si no la hago, reviento—, ¿le he caído mal a tu jefe o es que sólo es simpático contigo?

—Mi jefe, que es el tuyo también —me contesta con una media sonrisa—, es muy perfeccionista. Tenemos una reunión importante con los directivos de Chocolat, y por eso está un poco tenso; no te preocupes, aquí hay muy buen ambiente y Philip no es de coger manías. Anda, vamos a la reunión.

Al final había supuesto bien y el despacho con paredes acristaladas es la sala de reuniones. A través del cristal veo a Philip guapísimo y con el ceño fruncido, a un chico que aún no conozco y a tres trajeados, pero yo sólo puedo prestarle atención a él y mi mente loca lo imagina empotrándome contra la pared con su perfecto cuerpo pegado al mío

mientras sus manos me recorren entera y su boca aprisiona la mía. ¡Ufffff!... siento mis mejillas arder de nuevo por la intensidad y realismo de mis pensamientos y pienso de repente en mi abuela para poder calmarme. ¡Joder, necesito un buen polvo!

Cuando entramos, se hacen las pertinentes presentaciones y Charlie me indica con un gesto que me siente al lado de Philip, que continúa mirándome con cara de cabreo; yo, que a pesar del calentón que llevo soy orgullosa hasta decir basta, cuadro la espalda y con un perfecto francés paso a traducir todo lo que allí se habla.

No es la primera vez que trabajo como intérprete y sé que es algo que se me da bien. Para hacer este trabajo, debes tener una buena capacidad de análisis y de síntesis, además de buena memoria, y lo que creo que es más importante, hay que saber transmitir... y a mí todo eso se me da de miedo.

La reunión dura más o menos una hora y, cuando terminamos, me doy cuenta de que estoy expectante. ¿Les habrá gustado cómo lo he hecho? Sólo faltaría que la respuesta fuera no y me despidiesen antes de empezar.

—¡Bien hecho, preciosa! —me dice Charlie cuando salimos.

¡Gracias a Dios! Suspiro aliviada y le sonrío encantada.

—Gracias, Charlie. Creo que me gustará trabajar aquí.

Veo pasar a Philip por nuestro lado y, a pesar de que estoy segura de que ha oído la conversación, sigue su camino. Ni un adiós, ni gracias por haberte quedado, ni bien hecho... ¡Vaya!, qué decepción... Pero, a pesar de todo, tengo que reconocer que es brillante en su trabajo; no me extraña que la empresa lleve tantas cuentas importantes. Ha sido increíble verlo trabajar; ha manejado la reunión de una manera impresionante, irradiaba seguridad y he tenido que concentrarme como nunca había hecho para poder traducirlo todo sin quedarme embobada mirándolo.

Después de despedirme de Katia, Charlie y Sam, recojo mis cosas y salgo de Virmings Group. ¡Joder, qué frío hace! Me subo la bufanda casi hasta los ojos y con las manos en los bolsillos vuelvo a mi piso dando un paseo. Mis pensamientos van continuamente a él. Mis amigas tenían razón, desprende sexo por los cuatro costados, pero sexo del bueno, de ese que no he catado, porque, para qué negarlo, mi vida en ese aspecto ha sido demasiado mediocre y predecible. ¡Una mierda, hablando claro! Una mamada, yo arriba, el abajo, dentro fuera, dentro fuera, para finalizar con un orgasmo que a veces he confundido con un simple espasmo, eso por no hablar de las veces que he pensado seriamente si tenía el sexo dormido

porque no he podido ni sentir el maldito espasmo y eso, con veintiséis años, es muy muy deprimente.

Camino cabizbaja para variar; mis pensamientos están llenos de sexo. Mi imaginación puede ser muy activa cuando quiere, pero hay que ser realista: ¿tengo alguna posibilidad de que se fije en mí? No es que sea un adefesio, pero tampoco soy la clase de mujer que está con hombres como él. Lo que daría en estos momentos por tener las piernas kilométricas de Katia y su cara... Él es demasiado increíble para fijarse en alguien tan corriente como yo.

A pesar de que no dejo de preguntar a todo ser viviente que se cruza en mi camino, como no tengo la atención puesta en lo que toca, termino perdiéndome y al final me rindo, cojo un taxi y vuelvo a mi casa.

Durante el fin de semana me dedico a instalarme y a hacer turismo, pero me siento sola y acabo llamando a Laura para contárselo todo. Alucina con lo que le cuento, pero, como siempre, consigue que me sienta mejor con sus ocurrencias y acabo riéndome a gusto con ella. Por supuesto también hablo con mis padres, con Santi y con mis abuelos, pero a ellos no les comento nada de Philip.

Capítulo 4

Es lunes, mi primer día de trabajo en Virmings Group. Me levanto temprano, me ducho, me pongo unos pitillos azul oscuro con un suéter de lana blanca cerrado en la espalda con una lazada, mis tacones y una americana de terciopelo azul también muy calentita.

No desayuno porque sinceramente no puedo; estoy atacada y lo único que espero es una sonrisa por su parte. ¡Soy lamentable!

Llego a las siete cuarenta y cinco y voy directa a mi despacho. Estoy cardiaca, ¿qué hago?, ¿voy al suyo?, ¿espero a que me llame?, ¿le hago un café? Al final, con el corazón atronándome en el pecho, decido ir directa a su despacho para ver por dónde empiezo; del café paso, no quiero sentar precedentes. Llamo y entro por fin al despacho del hombre de mis sueños.

Me tiemblan las piernas, no sé qué hacer con las manos y, cuando nuestras miradas quedan atrapadas, estoy a punto de derretirme. Está guapísimo; lleva una camisa azul que hace que sus ojos lo parezcan aún más, y mis ojos van directos al cuello de su camisa, ligeramente desabrochado. ¡Mmmmm! ¡Lo que daría por acabar de desabotonársela!

Está sentado detrás de su mesa hablando por teléfono y con un gesto me indica que me siente enfrente de él. Lo hago y aprovecho para, disimuladamente, observar su despacho.

Es como él, sobrio y masculino, pintado en tonos grises con mobiliario de madera de líneas puras. Detrás de él hay un gran ventanal con vistas a la bahía y, a un lado, una mesa redonda donde supongo se harán algunas reuniones.

Mis sentidos no dan abasto... su voz es tan dominante, tan exigente, tan sexi, tannnn masculina; expone sus puntos de vista claramente y da órdenes sin opción a replica. ¿En la cama también será así? ¿También dará órdenes? Me excito al imaginarlo... ¡será posible!, parezco una adolescente

hormonada.

Cuando termina de hablar, se recuesta en su silla y, centrando toda su atención en mí, me dice mirándome fijamente:

—Buenos días, señorita Ferreño.

—Buenos días —murmuro intimidada como hacía años que no me sentía.

Mi mente loca está volviendo a hacer de las suyas y no dejo de imaginarme cómo me sentiría sentada a horcajadas sobre él en esa silla, con sus manos sobre mi culo apretándome a él. ¡Uyyyyy, qué calor!

—Si no le importa, preferiría que conmigo hablase en inglés —me dice en una clara alusión a mi salida de tono del viernes y haciendo que me centre por fin.

—Claro —susurro. «¡Joder!, ¿dónde tengo la voz?»

—Todas las mañanas a primera hora debe pasarme un detalle de las reuniones del día. Quiero que mis llamadas las gestione usted personalmente. Aquí tiene un listado de las personas que, si llaman, debe pasarme, independientemente de si estoy reunido o no.

»Colaboro en varios proyectos a la vez y necesito que usted me agilice el trabajo en la medida de lo posible. En esta carpeta tiene el proyecto de Chocolat prácticamente terminado, los recordará de la reunión del viernes; quiero que lo estudie para que sepa cómo deseo que realice su trabajo.

»Otra cosa, la quiero disponible y localizable durante el horario de trabajo y a veces fuera de él para cualquier reunión que pueda surgir y a la que tenga que acompañarme. Sam ya me ha pasado su móvil personal, espero que no le moleste.

A pesar de todo lo que me ha dicho, en mi cabeza no dejo de oírle repetir que tiene mi móvil personal y me pongo a dar saltitos mentalmente. «¡Sí, sí, sí! Todo lo que quieras, precioso, mi móvil, mi tiempo y a mí toda enterita.»

—Estoy disponible al ciento por ciento —le digo lo más firme que puedo; me gustaría añadir algo más, pero mi cerebro en estos momentos es papilla y no procesa correctamente. Como no espabile pronto, creerá que estoy tonta perdida.

—¿Alguna duda?

Niego con la cabeza y continúa.

—Aquí tiene, estúdielo y, cuando lo tenga claro, empiece con esto,

veremos si sabe cómo hacerlo. —Su mirada me traspasa y su voz llega directamente hasta mis entrañas, deshaciéndome e impidiéndome decir nada coherente.

Y, girándose de nuevo hacia su ordenador, da por concluida la reunión. Me levanto y vuelvo a mi despacho cardiaca perdida. Si todos los días voy a sentirme así, acabaré atacada de los nervios. Me siento como una adolescente a su lado, toda revolucionada.

Tengo que sentarme y centrarme en la respiración. ¿Qué me pasa cuando estoy con él? ¿Por qué soy incapaz de decir una frase ingeniosa o mostrarme simpática? O me quedo muda o meto la pata hasta el fondo, pero él tampoco es que ayude mucho... que hombre más seco, por favor, en ningún momento me ha dado la bienvenida ni me ha preguntado si necesito algo; no pide, ordena y marca claramente las distancias... «Señorita Ferreño», dice... ¡coño!, ¡llámame Paula!

Además, ¿ha dicho que veremos si sé cómo hacerlo? Tengo claro que soy perfectamente capaz... de esto y de lo que venga... éste no sabe con quién está hablando, pero ya se enterará.

Como soy una cotilla, lo primero que hago es mirar la lista de personas preferentes para Philip. Quiero saber quién es importante para él, pero, como no las conozco, al final me quedo igual; de todas formas, decido aprendérmela de memoria. Si llaman no quiero parecer una incompetente teniendo que leer la lista cada vez. Por suerte tengo memoria fotográfica y apenas me cuesta memorizarla.

Lo siguiente es la cuenta de Chocolat. ¡Vaya!, aquí hay mucho trabajo. Lo estudio como me ha pedido, pero no lo veo complicado; al contrario, me parece fascinante, así que comienzo con la siguiente carpeta y, cuando me doy cuenta, es la una y media. Estoy hambrienta y, como no quiero comer sola, me dirijo al despacho de Katia para ver si almorzamos juntas.

—¡Hola! —Me asomo y la veo rodeada de papeleo; su mesa es un caos y me hace gracia la cara de agobiada que lleva—. ¿Comemos juntas?

—¡Claro! ¡Tengo que ponerte al día de los cotilleos de por aquí! —me dice guiñándome un ojo—. Un segundo y nos vamos.

—Información confidencial, ¿no? —le digo riendo; me cae bien Katia.

—Por supuesto, somos pocos pero da para mucho —me responde sonriendo y, cogiéndome del brazo, nos dirigimos a la cafetería de la empresa.

Cuando llegamos quedan pocas mesas; nos sentamos y, mientras pedimos, se sienta con nosotras Danielle, la chica de la recepción. También es muy maja y, entre las dos, me ponen al día de todos los cotilleos de la gente que trabaja aquí y, soy una bocazas y me muero de curiosidad, hago la pregunta que no deja de martirizarme.

—¿Y Philip? ¿Tiene pareja?

—¿Philip con pareja? Ay, Paula, bonita, nuestro Philip no es de éstos, él es más bien de picar y volar... ¿Por qué lo preguntas? Espero que no quieras nada con él, es muy serio en ese aspecto y nunca ha tenido una relación con nadie del trabajo —me contesta Katia.

«¿Nooooooo? Mierda, mierda, mierda, voy a despedirme de inmediato», pienso, pero me apresuro en aclarárselo a Katia, no quiero rumores circulando por los pasillos.

—¡No! ¡Qué va!, es que me ha dado una lista de gente que, con independencia de si está reunido o no, si llaman, debo pasarle la llamada y era para no tener a la chica esperando mientras localizaba su nombre.

Dejamos la conversación cuando Charlie se acerca a nuestra mesa.

—¡¡¡Preciosas, estáis aquí!!! —nos saluda sentándose con nosotras. Madre mía, qué bueno está. Porque estoy fascinada con Philip, que si no... ¡éste no se me escapaba!

—¿Qué tal tu primer día, Paulita? ¿Philip te está machacando mucho?

—No, qué va, de momento lo llevo bien.

—Es muy tirano cuando quiere, pero no dejes que te agobie —me aconseja con una media sonrisa.

—Lo intentaré —le contesto sonriendo.

«Un tirano que está muy bueno», pienso para mis adentros. En toda la mañana no le he vuelto a ver y estoy deseando que me llame para cualquier cosa.

—¿Y qué hace una española trabajando en Sídney? —me pregunta Danielle.

¡Ay, mi madre! ¿Y qué le digo yo a ésta ahora?

—Supongo que necesitaba un cambio —le contesto intentando dar por zanjado el tema.

—¡Y menudo cambio! —me dice sonriendo Katia—. ¿Cómo te encontró Sam?

—Más bien lo encontré yo... fue todo casualidad, una cosa llevó a la otra y aquí estoy —respondo acercándome el vaso de agua a la boca. ¡Que

dejen el temita, ya que estoy sudando la gota gorda! Por suerte se dan por satisfechos y dejan de interrogarme, ¡qué apuro!

—¿Os apuntáis el sábado a la inauguración de un nuevo pub en el centro? Es de un amigo mío y os prometo que es una pasada. ¿Qué decís? Así nuestra Paulita va conociendo la ciudad, ¡¡¡es por una buena causa!!!

«Por lo menos para alguien ya soy *su Paulita*, aunque no sea el alguien que yo querría», me digo.

—¡¡¡Por supuesto!!! —gritan Katia y Danielle al unísono; éstas se apuntan a un bombardeo.

—¡Claro! —le contesto sonriendo—. Este fin de semana ha sido muy tedioso y me muero por salir y reírme un poco.

Así que quedamos en vernos el sábado, ¡genial! Por lo menos no me aburriré como un muermo como el sábado pasado. Durante la comida me rio muchísimo con las bromas y comentarios de Charlie; es la primera vez que encajo tan bien y me siento tan a gusto con gente a la que acabo de conocer; son todos majísimos... bueno, todos menos Philip, a él hay que darle de comer a parte.

Finaliza nuestra hora para comer y cada uno vuelve a su despacho, pero antes de entrar en el mío me dirijo al baño para asearme un poco: me lavo los dientes, me retoco el maquillaje y me pongo de nuevo un poco de colonia; soy presumida hasta decir basta y, cuando se es una chica del montón, no hay nada que no arregle un poco de chapa y pintura.

Llego a mi despacho y aún no he terminado de sentarme cuando suena el teléfono; es una llamada interna, pero todavía no me entero muy bien y no sé de quién se trata.

—¿Sí?

—Señorita Ferreño, venga a mi despacho —me ordena.

—Ahora voy. —Y le cuelgo. Inspiro y expiro profundamente y me dirijo hacia allí hecha un flan.

Cuando entro, lo veo sentado delante del ordenador. Está para comérselo enterito, lo que daría por besarlo y pasar mis manos por su pelo. ¡Mmmmm! Todavía no puedo creerme que esté aquí con él, pero me obligo a centrarme y mostrarme lo más profesional que pueda, ya está bien de parecer una colegiala con las hormonas descontroladas.

—¿Qué necesita?

—Siéntese —me ordena de nuevo mientras su mirada recorre mi cuerpo durante unos segundos, incendiándolo a su paso—. ¿Ha revisado la

documentación de Chocolat? —me pregunta con ese tono tan seco que utiliza cuando habla conmigo pero que a mí, inexplicablemente, me parece sexi a rabiar.

—Sí.

—¿Lo tiene todo claro?

—Sí.

—¿Sabe decir algo diferente a «sí»? —Creo que va a sonreír pero no, ha sido todo una alucinación mía y su rostro permanece tan inexpresivo como siempre.

Noto cómo me ruborizo y estoy tentada de soltarle una burrada, para eso no se me pega la lengua al paladar, ¡a borde no me gana nadie! Pero me he prometido que voy a comportarme como una profesional y me muerdo la lengua.

—Me ha preguntado si lo tengo claro y me he limitado a contestarle; ahora estoy trabajando con la segunda carpeta que me ha entregado.

—Mañana por la mañana lo quiero acabado.

—Lo tendrá.

—Aquí tiene desarrollados todos los puntos que el viernes se trataron en la reunión, necesito que los traduzca y los mande por correo electrónico a los de Chocolat.

—Ahora mismo —le digo cogiendo la carpeta de Chocolat y levantándome.

—No tan rápido, lo hará luego. Ahora tenemos una reunión; necesito que se quede y tome notas de todo para poder realizar el proyecto.

—Claro. —Y en mi mente le hago la ola. ¡Voy a quedarme con él!

En ese momento llaman a la puerta, me giro y veo entrar a una mujer más o menos de mi edad, alta, rubia y muy muy despampanante.

—¡Philip! ¡Qué alegría verte de nuevo!

—¡Portia! —la saluda levantándose y dándole dos besos—. La alegría es mía, estás guapísima como siempre.

Lo miro alucinada. ¡Qué cambio! ¿Y ésta quién es?

—Te presento a la señorita Ferreño, mi nueva secretaria.

—Encantada —me dice sin apenas mirarme, ¡pero qué tía más estirada!

Por suerte pronto se centran en la reunión y me sirve para concentrarme en algo que no sea darle un par de bofetones a cada uno: a ella, por no dejar de insinuarse, y a él... ¡por no ponerla en su sitio! Que

son amigos me ha quedado claro desde el principio... pero ¿hay algo más entre ellos? «Tengo que preguntárselo a Katia», me digo mientras tomo notas a toda prisa.

Después de casi media hora, creo que el secreto de Philip está en que avasalla con sus miles de ideas y proyectos al cliente y, al final, éste deja de pensar para aceptar cualquier propuesta que venga de él, pero no me extraña, son todo propuestas geniales y brillantes y, como en mi primera reunión, tengo que controlarme para no quedarme embobada mirándolo.

La reunión dura casi hora y media y, cuando finaliza, me doy cuenta de que tengo el cuerpo en tensión; no ha dejado de ordenarme cosas y siento como si una apisonadora hubiera pasado por encima de mí.

—Señorita Ferreño, puede irse; documente esta reunión y déjelo junto a lo que le he pedido sobre mi mesa antes de marcharse.

¿Cómo? ¿Pero este hombre cuántas manos cree que tengo? Pero no le contesto y, despidiéndome, me marchó a mi despacho. ¡Joder! Tengo muchas cosas que hacer antes de irme y, cuanto antes me ponga a ello, mejor.

Se hacen las seis y todo el mundo empieza a abandonar sus despachos, todos menos Philip y yo, pero me obligo a no pensar que estamos los dos solos y me doy prisa en terminar todo esto; quiero demostrarle que sé hacer mi trabajo y que no estoy tonta perdida, que es posiblemente lo que estará pensando.

Termino por fin a las ocho. ¡Primer día superado! ¡Y menudo día! Estoy hecha polvo y deseando llegar a mi casa para darme una larga ducha. Cojo todas las carpetas y me dirijo a su despacho, llamo y entro.

—Aquí tiene, ¿necesita algo más? —le pregunto entregándole las carpetas. Hace cara de cansado y tengo que cerrar el puño con fuerza porque estoy tentada de acercarme a él y acariciarlo.

—Espere —me ordena abriendo la primera carpeta—, quiero comprobar que es cierto que lo tiene todo claro, no soporto a la gente incompetente —añade sin apartar su mirada de las carpetas.

¿Iba a acariciarlo? ¡Un puñetazo es lo que tendría que darle! Y suelto un bufido sin darme cuenta.

—¿Le pasa algo? —me pregunta posando su increíble mirada sobre mí.

—¿Por qué lo pregunta? —le planteo como si no acabara de resoplarse cual caballo.

—Dígamelo usted —me dice recostándose en la silla como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea —le respondo intentando sonar inocente.

—Su cara y sus gestos dicen todo lo contrario; si va a mentir, tendrá que aprender a ser menos expresiva.

—¿Como usted? —le pregunto sin poder morderme la lengua. ¡Mierda! ¡Cállate, atontada! El primer día y ya cagándola... ¡Ay, Señor! Si es que no aprendo...

Pero me sorprende al soltar una carcajada; tiene un sonido profundo y sexi y todo mi enfado se evapora. ¡Se ha reído!

—¿Le parece que soy inexpresivo?

—Sí —le digo reafirmandome—, una piedra es más expresiva que usted. —Y acompaño el comentario con una sonrisa... por eso de quitar leña al fuego, vamos, porque a bocazas no me gana nadie.

—Señorita Ferreño, no soy inexpresivo, simplemente estoy trabajando, como usted, así que le agradecería que evitase los resoplidos, si no le importa —me dice frunciendo el ceño de nuevo y centrando toda su atención en la primera carpeta que le he entregado.

Y aunque parece enfadado de nuevo, por lo menos he conseguido arrancarle una carcajada. Lee cada puñetera palabra y por fin cierra la carpeta.

—Veo que lo tiene claro. Puede irse —me ordena de nuevo. «Venga, siéntese, márchese.» Estoy por decirle «¡sí, *bwana!* y hacerle una reverencia, pero gracias a todos los dioses soy capaz de callarme y comportarme.

—Hasta mañana —me despido dirigiéndome a la puerta haciendo una mueca, eso sí que no he podido evitarlo.

—Controle los gestos de la cara, señorita Ferreño —me dice y noto un punto de humor en su voz.

Me giro y lo miro flipada. ¿Cómo lo ha sabido? Y sin darme cuenta resoplo de nuevo, pero, antes de que pueda decirme algo, salgo por la puerta mientras le oigo reírse otra vez... ¡por lo menos algo mío le hace gracia!

Llego a mi casa; estoy molida. Me doy la ansiada ducha y me acuesto sin cenar... ¡No puedo más!

Capítulo 5

Es martes, me levanto y me dirijo como un rayo a la ducha, ¡necesito despejarme! Hace un día gris y opto por unos *leggings* calentitos negros con un suéter de cuello alto también negro combinado con una camisa superpuesta en verde militar; me calzo los botines negros, me hago una cola de caballo, me maquillo y sonrío a mi reflejo, estoy descansada y se nota.

Oigo el estómago rugirme; tengo tanta, tantísima hambre, que siento hasta náuseas, y lo peor de todo es que tengo la nevera vacía, menuda ama de casa estoy hecha, así que me pongo la chaqueta y me dirijo a la cafetería de enfrente de Virmings a desayunar; ayer la vi desde fuera y me gustó. Me siento en la mesa que está junto a la ventana y me tomo un desayuno con dos pares: tostadas, huevos, zumo y café, ¡toma ya! Y con el estómago bien lleno, me dirijo a afrontar un nuevo día al lado de mi adonis y tirano particular.

Todavía es pronto, pero tengo trabajo y me vendrá bien para agilizarlo antes de que Philip aparezca y me sature de nuevo. Llego a mi despacho y a los dos minutos está sonando el teléfono, es él... ¿Pero este hombre duerme aquí?

—Buenos días —le contesto.

—Venga —me espeta y me cuelga; ya empezamos con las órdenes, el «buenos días» se lo habrá dejado por el camino.

Entro a su despacho y me quedo un momento paralizada; la habitación huele a su fragancia, inundando mis sentidos; tiene el pelo mojado aún y está... no tengo palabras.

—Siéntese, tenemos trabajo —me ordena sin apenas mirarme.

Obedezco y ya no salgo de su despacho en toda la mañana; enlazamos una reunión con otra y me satura de curro. Suerte que he

desayunado bien, pero no me quejo ni resoplo, me comporto como la perfecta profesional que soy y, a pesar de que está actuando como un tirano, no puedo evitar babear al mirarlo.

Por fin, a la hora de comer, me da un respiro y me reúno con las chicas en la cafetería.

—¿Dónde te has metido toda la mañana? —me pregunta Katia.

—No me digas nada, que llevo una mañanita... Philip me tiene desde que he llegado atada a una silla de su despacho —les digo resoplando con ganas.

—Es difícil ser su secretaria; os satura tanto que al final todas os largáis.

—¿Cuántas secretarias ha tenido? —le pregunto espantada.

—Muchas, y ninguna le dura más de tres meses.

—Pues yo no pienso rendirme, éste conmigo no puede. —Me gusta demasiado para irme, por muy tirano que sea.

Llega Charlie, se sienta con nosotras y pronto estoy riéndome con sus comentarios; aparte de guapo es simpático, ingenioso y cercano. ¿Por qué no me habré colado por él? Philip es tan... complicado y distante.

Pasa la hora de la comida y después de asearme vuelvo a mi despacho; me sorprende al hacerlo sigilosamente para que Philip no me oiga entrar y poder empezar con todas las carpetas que empiezan a amontonarse encima de mi mesa. Doy por sentado que hoy tampoco terminaré a las seis, pero, cuanto antes lo haga, mejor.

Pero mi gozo en un pozo cuando suena el teléfono de nuevo y, apoyando mi frente sobre la mesa, empiezo a darme cabezazos contra la mesa sin cogerlo. ¡Otra vez noooooo! ¡Qué pesado, Diosssss! Suena, suena y...

—Señorita Ferreño, dándose cabezazos no va a hacer que deje de sonar —me dice apoyándose en el marco de la puerta. ¡Madre mía! No lo veo, pero desprende tal magnetismo que puedo sentirlo como si lo tuviera hablándome al oído.

Resoplo con la frente aún apoyada en la mesa.

—¿Qué necesita? —le pregunto sin levantar la frente de allí.

—Que deje de resoplar y levante la cabeza lo primero —me indica con la voz acerada.

—¿Y qué más?— le pregunto levantando levemente la cabeza y mirándolo por fin.

—¡Que coja su ordenador y venga a mi despacho ahora! No pienso volver aquí a buscarla. —Y se marcha con un cabreo monumental.

¡Madre mía! No dejo de meter la pata con este hombre, a este paso llegaré a vieja sin tirármelo.

Llego a su despacho y me siento; tiene la mirada fija en mí pero finjo no darme cuenta.

—¿Ya se ha cansado de hacer tonterías?

—No sé a qué se refiere —respondo con seriedad sosteniéndole la mirada.

—Por lo menos ha controlado los resoplidos.

—¿Empezamos? —le pregunto sonriendo con ironía ignorando su comentario.

Me mira y creo que va a sonreír cuando vuelve a fruncir el ceño, ¡cómo no!

Y al igual que esta mañana, me satura de trabajo. Estoy de oír «señorita Ferreño» hasta la pepitilla, pero me callo y, sólo cuando vuelvo a mi despacho dos horas después, puedo relajarme un poco.

Y como ayer, termino más tarde de lo que debería.

El resto de la semana es una copia a estos días. «¿No querías trabajar, Paulita? Pues ahí tienes, como el caldo, dos tazas.» Pero por fin es viernes y me levanto de buen humor; mañana he quedado con las chicas y Charlie para salir y bailar hasta las tantas y ese pensamiento es suficiente para hacer que me levante de un salto feliz de la vida.

Me ducho y me visto con un vestido de lana negro ceñido y unas botas chulísimas que me compré el invierno pasado; me dejo el pelo suelto y me maquillo. Me veo bien; no seré guapa, pero arreglada soy más que resultona; además, quiero estar sexi para él, porque puede empeñarse en ser distante conmigo todo lo que quiera, pero ciego no está. Y, al fin y al cabo, es un hombre y yo una mujer con todo muy bien puesto, según mi amiga, claro, y algo habrá que le guste, ¿no?

Llego a Virmings y esta vez no espero a que me llame —este hombre parece que me huele; aún no he puesto el culo en la silla y ya está ordenándome que vaya a su despacho—, así que hoy le ahorro la llamada y voy directa a verlo con su agenda lista.

Entro y me quedo petrificada en la puerta. ¡Joder, joder, joder! Hoy está aún más impresionante, si es posible. Lleva un traje gris con una camisa blanca que se ajusta demasiado bien a su cuerpo; el mío me arde y

tengo que frenarme para no tirarme encima de él y arrancarle la camisa a mordiscos.

—¿Va a entrar o piensa quedarse toda la mañana en la puerta? —me pregunta mirándome fijamente.

Voy a coger aire cuando me sorprende...

—Ni se le ocurra resoplar, empiece a tener modales —me regaña con el ceño fruncido.

—¿Cómo? —le pregunto riendo sin poder evitarlo.

—Me alegra hacerle gracia, señorita Ferreño, pero, si no le importa, podría compartir la broma, así nos reiríamos los dos.

Y, sin darme cuenta, cojo aire y lo suelo ruidosamente mirando al techo.

—Ha vuelto a hacerlo y no me ha contestado —me suelta traspasándome con la mirada.

—Y no pienso hacerlo —le digo sonriendo y levantando una ceja—, quiero conservar mi empleo.

—Lo haré, se lo prometo, y ahora dígame qué le ha hecho tanta gracia.

¿Quiere saberlo? Pues ahí va, ¡él lo ha querido! Acercándome a su mesa, apoyo mis manos en ella sosteniéndole la mirada; tengo el cuerpo ligeramente inclinado y hablo sin pensar, dejándome llevar.

—Me hace gracia que sea usted quien me pida que tenga modales. Usted, que nunca pide las cosas por favor, más bien ordena y nunca da las gracias. Con usted me siento más su criada que su secretaria, por no hablar de que continuamente me llame señorita Ferreño... me llamo Paula, dígalo, diga mi nombre. —Lo miro fijamente, pero no sé descifrar su rostro. ¡Ay madre, que me despide!

Se levanta e, imitándome, apoya sus manos sobre la mesa inclinándose ligeramente; estamos a escasos centímetros y puedo sentir su cálido aliento. ¡Ay, ay, ay! ¡Que va a besarme!

—La llamo señorita Ferreño porque es mi empleada, no es mi amiga ni nadie próximo a mí, y se equivoca si piensa que la trato como una criada, pero, si le parece que el ritmo es demasiado duro para usted, puede irse cuando quiera... aunque tiene razón en una cosa: le ordeno las cosas que quiero que haga porque soy su jefe y nunca se lo pediré, porque, cuando quiero algo, lo quiero ya, sin opción a replica, ¿lo tiene claro?

¡Joder! Me lo ha dejado claro en dos minutos. «¡A la siguiente,

muérdete la lengua, guapita!», me reprendo ¡Y yo que pensaba que iba a besarme! ¡Menudo chasco!

—Clarísimo, pero recuerde que ha sido usted quien ha preguntado; no lo haga si no quiere saber realmente la respuesta.

Me mira traspasándome. «¡Cállate ya, jodida!», me ordeno, y apartándome de la mesa, endezco la espalda todo lo que puedo mientras le sostengo la mirada.

—Necesito las cuentas de Market & Serynos sobre mi mesa antes de la hora de la comida; utilice todo ese genio que tiene en algo útil —me suelta sin moverse ni un centímetro.

Lo miro flipada. ¡Ahí todavía queda mucho trabajo por hacer! ¡Me lo cargo!

—Claro, ¿algo más? —planteo con retintín.

—Puede irse —me indica sentándose y reclinándose en la silla.

Salgo de su despacho hecha una furia. ¡Desde luego que soy única conquistando! Pero me dejo de chorradas y me pongo con lo que me ha pedido; hay tanto por hacer que se hace la hora de la comida y no he terminado, así que hago de tripas corazón y continúo con las puñeteras cuentas. Daré gracias si me da tiempo a comerme un bocadillo.

Y por fin, a las dos y cuarto, entro en su despacho para dejarle las carpetas.

—Aquí tiene, ¿necesita algo más? —le pregunto achinando los ojos.

—No, puede irse.

Estoy por hacerle una reverencia, pero me contengo y salgo disparada a la cafetería, me compro un bocadillo y me siento con las chicas y Charlie.

—¿Dónde te habías metido, preciosa? —me pregunta Charlie.

—¿Tú qué crees? Philip es un explotador —le contesto masticando.

—Te lo dije, es un tirano con sus secretarias —comenta sonriendo.

—Esta tarde tenemos una reunión —me dice Katia—. Ve haciéndote a la idea, porque tú también tendrás que estar; vamos a tratar una cuenta muy importante y seguro que querrá que estés.

—¡Qué ilusión! ¡Otra reunión! Estoy de oír «señorita Ferreño» hasta donde mejor no os digo.

—No te preocupes porque, como se ponga en plan dictador, le doy un puñetazo sin problemas —me dice Charlie guiñándome un ojo.

—¿Tú también estarás?

—Y también Ben. Es una cuenta muy importante... pero ahora come y desconecta un poco. ¿Ya estáis preparadas para mañana? —nos pregunta.

—Estoy deseando que llegue, te lo prometo, menuda semanita me ha dado.

—Mañana nos vengaremos, ¡lo vamos a pasar de miedo! —interviene Katia.

—Ya te digo; hasta que no cierren, no nos largamos —suelta Danielle.

Acabo de comer y salimos todos juntos de la cafetería, me aseo y vuelvo a mi despacho. Espero su llamada pero no lo hace ni tampoco lo oigo, habrá ido a comer... y seguro que no come un bocadillo en unos pocos minutos como yo. A las cuatro lo veo pasar por delante de mi despacho hacia el suyo y, para variar, en unos minutos me llama.

—Venga.

Cuelgo sin contestarle y me dirijo a su despacho.

—Dígame.

—A las cinco tenemos una reunión, tenga lista esta documentación —me indica tendiéndome una carpeta y utilizando ese tono dominante tan suyo.

—¿Algo más? —le pregunto levantando la barbilla.

—Vuelva a su despacho.

—Sí, señor —contesto con retintín sin poder evitarlo.

Cierro la puerta y me parece oír su risa, pero igual es una alucinación.

La reunión comienza puntual y me dejan con la boca abierta. Charlie también es brillante, por no hablar de Katia y Ben; todavía no había coincidido con ellos en ninguna reunión y me dejan flipada. No me extraña que lleven cuentas tan importantes: ¡son unos profesionales de la cabeza a los pies! Las horas pasan volando y, cuando dan por finalizada la reunión, son las siete.

—¡Joder, qué semana! —se queja Charlie levantándose de la silla—. ¿Os apetece que vayamos a tomarnos algo?

—Sí, por favor, necesito una cerveza ya —le responde Katia.

—Y vosotros, ¿qué decís? —pregunta Charlie.

Guardo un momento de silencio. ¿Tomarme una cerveza con Philip? Me encantaría ir, pero esta mañana me ha dejado bien claro que sólo soy su secretaria y es más que evidente que ellos, aparte de trabajar con él,

también son sus amigos.

—Cuenta conmigo —contesta Philip.

—Y conmigo —se apunta Ben.

—¿Paulita, preciosa? ¿Vas a venir, verdad? Dijiste que tenías ganas de salir, así que ahora no te rajes —me pide Charlie.

—¡Claro! —Le sonrío encantada, ¡voy a salir con Philip! Me muero por conocer otra faceta suya que no sea la de tirano dictador.

Llegamos al parking y me subo al coche con Charlie y Katia. Me iría de cabeza con Philip, pero me impone tanto que casi mejor si guardo un poco las distancias. Además, estoy un pelín saturada de oír «señorita Ferreño» a todas horas durante toda la semana. ¿Tomándonos unas cervezas también me llamara así? Por supuesto, qué pregunta...

Capítulo 6

Llegamos al pub. ¡Es una pasada! Me recuerda un poco al Central Perk, el pub de «Friends». ¡Cómo me gustaba esa serie! Nos sentamos delante de un pequeño escenario. Tengo a Philip delante de mí, pero intento no mirarlo; a pesar de llevar una semana trabajando con él, me intimida demasiado su cercanía; además, ahora no es mi jefe, no hay trabajo de por medio, en estos momentos sólo es un hombre, un hombre que está sentado a escasos centímetros de mí... un hombre que me gusta demasiado y por el que he arriesgado también demasiado. ¿Qué me pasa? ¿Dónde está mi picardía, mi gracia y mi salero español? Él es tan... ¡todo! que me vuelvo vergonzosa a su lado y me cuesta reconocerme, así que opto por la vía fácil y me centro en Charlie, que, como siempre, es el alma de la fiesta. Estoy riéndome a gusto de su último chiste cuando el camarero que nos ha atendido nos sorprende al anunciar que se abre el karaoke para quien quiera cantar. ¡Para eso es el escenario!

—No me jodas, tío, que hay karaoke —le recrimina Philip a Charlie con el ceño fruncido—, ahora nos tocará soportar los berridos de más de uno.

—¡Joder! Te juro que no lo sabía; si lo sé, no venimos. ¡No puedo con ellos!

¡Pero bueno! Resoplo sin poder evitarlo. ¡Ahí me han tocado la fibra!

—¿Le pasa algo, señorita Ferreño? —me pregunta centrando toda su atención en mí.

—¿De verdad piensa que en los karaokes la gente berrea? —le pregunto mirándolo por fin desde que hemos llegado.

—Sí, lo pienso. ¿Tiene algún problema con eso?

—Ninguno, sólo que voy a hacerle cambiar de opinión y a ti también, majete —le digo a Charlie mientras me levanto.

—No fastidies y dime que no vas a cantar, Paulita —me pide descojonándose—. Anda, siéntate, que ya me duele suficiente la cabeza.

—¡Vete a la mierda! —le suelto dirigiéndome a la barra mientras noto la mirada de todos sobre mí.

En estos momentos necesito cantar como respirar, es la única forma que tengo de canalizar todos los sentimientos que me desbordan, ¡y por Dios que, después de toda una semana con él, tengo demasiados!

Ojeo la lista de canciones y estoy a punto de gritar cuando veo que hay canciones de Malú, ¡mi Malú en un karaoke de Sídney!, y elijo *Vuelvo a verte...*[\[2\]](#)

Me recuerda al último día que salí con mis amigas. Las echo tanto de menos... Por no hablar de mi familia, de las comidas de mi madre, de mi ciudad... A veces, cuando Philip me satura tanto de trabajo y lo noto tan distante conmigo, pienso que todo esto no tiene sentido y debería volver, pero igual que lo pienso lo olvido, hay algo en él que me ata como si de una cuerda invisible se tratase.

Llego al escenario; hay un taburete y me siento dando la espalda a la pantalla donde ponen la letra —no necesito leerla, me la sé de memoria— y empieza la música. Esta canción es tan bonita, tan desgarradora... y vuelco todos mis sentimientos en ella; se la canto a él, a Philip, al hombre por el que estoy aquí.

Todo el pub está en silencio pendiente de mi voz, pero yo estoy lejos, en España, con mi familia y con mis amigas, para volver inmediatamente junto a él. Miro hacia donde está y veo que tiene sus ojos clavados en mí, como todos; las lágrimas amenazan con salir, pero me contengo y consigo frenarlas.

Finaliza la canción y todo el pub estalla en aplausos, haciendo que, a pesar del nudo que tengo en la garganta, me ría por fin.

—¡Ole España y las españolas! ¡Ole, ole y ole! —grita Charlie levantándose y saliendo a mi encuentro—. Retiro todo lo que he dicho de los karaokes.

Llego a la mesa entre risas por los comentarios de Charlie, que está casi en estado de *shock*. ¡Qué exagerado es!

—Paula, me has emocionado, no he entendido ni palabra, pero casi me haces llorar —me confiesa Katia.

—Gracias.

Siento la mirada de Philip sobre mí y finalmente uno mis ojos a los

suyos; todos están hablando de nuevo y apenas nos prestan atención.

—¿Todavía piensa lo mismo, señor Jones? —le pregunto poniendo cara de sobrada.

Se inclina ligeramente acercándose a mí y calentándose con su cercanía; nuestras rodillas están casi rozándose y ese simple contacto es suficiente para excitarme.

—La verdad es que pienso que canta realmente bien. ¿Qué hace de secretaria con ese pedazo de voz?

—Aguantarle a usted —le digo inclinándome yo también, sonriéndole por fin.

Siento cómo su cuerpo atrae el mío, como si tirase de él con esa cuerda invisible que nos mantiene unidos.

—¿Tiene escondida alguna sorpresa más?

—A usted se lo voy a contar —susurro sólo para nosotros.

—Cante otra —me pide con voz ronca; tiene la mirada fija en mi boca y está poniéndome a mil.

—¡Niña de mi alma! —Oigo como dice alguien en voz alta. ¿Quién está hablando en español? Me levanto como impulsada, rompiendo el momento que estaba creándose entre Philip y yo.

—¡Mi niña! ¿Pero tú de dónde has salido? Por un momento creí que estaba oyendo a la Malú de verdad —me dice una mujer de unos cincuenta años mientras me planta dos besos—. Me llamo Triana.

—Paula... ¿Eres española, verdad? —le pregunto como si no fuera más que evidente.

—Y de Sevilla para más señas, ¿y tú?

—De Madrid. ¡Qué alegría oír hablar a alguien en español! —le digo feliz.

—Desde la calle te he oído, chiquilla. ¡Menudo vozarrón tienes!

—Gracias —expreso sonriendo.

—¿Y qué haces tan lejos de tu ciudad?

—Vine por trabajo; allí no había forma de encontrarlo, así que aquí estoy. ¿Y tú?

—Pues nada, hija, hace veinte años me enamoré de un australiano guapísimo y aquí me quedé, echando continuamente de menos a mi virgen y a mi familia, pero muy feliz de la familia que he creado con él.

Mi parte tontorrón está medio derretida con lo que ha oído; yo también quiero decir eso dentro de veinte años, pero lo dudo... no creo que

eso ocurra con él.

—Qué suerte tienes.

—Tú todavía tienes toda la vida por delante, bombón. Quiero proponerte algo, ¿cantarías los fines de semana aquí?

—Me encanta cantar, pero nunca lo he hecho por dinero, sólo lo hago cuando me apetece de verdad, pero gracias por el ofrecimiento. Si alguna vez mi jefe me echa, sé que por lo menos no me moriré de hambre —le digo riendo mirando de reojo a Philip, que no me quita su mirada descarada de encima.

—¿Cantarías otra ahora? Me ha sabido a poco oírte. —Y como es la segunda vez que me lo piden y yo también me he quedado con ganas de más, acepto encantada.

Veo que está la canción *Ahora tú*^[3] y, como antes, me siento en el taburete dando la espalda a la pantalla; no necesito leer nada, me la sé de memoria, ésta y todas.

Me sorprende al darme cuenta de que, a excepción de la del escenario, Triana está bajando la iluminación del pub; hay velas encendidas en las mesas y es más que suficiente. Empieza la música y me evado por completo, dejando que la emoción que me provoca cantar me recorra por entero volcando todos mis sentimientos en el tema. Se la canto a él, porque esta canción refleja nuestra historia, a pesar de que él no lo sepa.

Siento de nuevo el nudo en la garganta, pero lo ignoro y continúo; además, hay otra sensación más fuerte, porque, aunque no lo veo, sé que está mirándome, lo siento, tan fuerte, tan real, que me ahoga, pero soy incapaz de mirarlo y mi voz desgarradora llena por completo el local.

Nunca me había sentido así. Posiblemente es el hecho de cantar en español después de más de una semana sin hablarlo, o simplemente por estar aquí con él, pero está siendo catártico y una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla.

Finaliza el tema y el público estalla en aplausos; iluminan de nuevo el pub y sonrío un poco avergonzada; he desnudado todos mis sentimientos en esta canción delante de todos y Charlie, probablemente entendiendo cómo me siento, se adelanta y, tendiéndome la mano, me ayuda a bajar del escenario y me acompaña hasta donde están todos sentados.

—¿Tienes intención de hacernos llorar a todos, preciosa? ¿Qué ha sido eso?

—Supongo que no me había dado cuenta de cuánto lo echo de menos todo —le digo sonriendo más para relajar el ambiente que porque realmente me apetezca hacerlo; noto su mirada sobre mí, pero no le correspondo, me siento avergonzada.

—Paula, tesoro, no sabía que te sentías así —me dice Katia cogiéndome la mano.

—Ni yo tampoco, la verdad —le confieso con una sonrisa.

—¡Mi alma! ¡Nos has puesto a todos al borde del llanto! Casi como tú, ¿estás bien? —me pregunta Triana.

—Claro, no te preocupes, sólo es añoranza.

—Eso nunca desaparecerá, mi vida. Ven cuando eches de menos hablar en español, recordaremos juntas y lloraremos si hace falta —me propone con cariño, y luego me da un beso y se marcha.

—¿Quieres que nos emborrachemos? —me pregunta Ben sonriendo.

—¿Y mañana de resaca? No, gracias —respondo riéndome.

—¿Seguro que es eso, Paula? —me plantea Charlie preocupado.

—Claro, tranquilo; esta semana ha sido muy dura y supongo que se ha juntado todo. Me voy a casa, estoy cansada.

—Yo la llevo —me dice Philip levantándose y paralizándome por completo.

—Oh, no, de verdad, no hace falta. Quédese, cogeré un taxi —le digo con todo el apuro reflejado en la cara. En estos momentos no estoy preparada para más intensidad y él es demasiado intenso y complicado.

—Yo también estoy cansado, no me cuesta nada acercarla a su casa; vamos.

Miro a Charlie pidiéndole ayuda con la mirada, pero o no se entera o no quiere hacerlo. ¡Mierda! Y, como no quiero parecer una desagradecida rechazando de nuevo su ofrecimiento, me pongo el abrigo y me dirijo a la puerta seguida por él. Pone su mano en mi espalda y un escalofrío recorre mi columna vertebral cortándome la respiración; siento su mirada sobre mi cuerpo, pero no lo miro y continuo caminando obcecada hacia la salida.

Salgo a la calle; el aire frío me revitaliza y cierro momentáneamente los ojos. Su mano me quema en la espalda y me giro. Nuestras miradas se encuentran y nos perdemos unos momentos en el otro; creo que va a besarme pero entonces rompe el contacto y se encamina hacia su coche. Le sigo unos pasos por detrás y subo yo también.

Arranca y conduce en silencio a través de la noche. No puedo mirarlo. ¿Iba a besarme? ¿Y por qué no lo ha hecho? Pero decido que calladita estoy más guapa, por hoy ya me he expuesto suficiente.

Siento cómo tira de nuevo esa cuerda invisible atrayéndome hacia él y lo miro disimuladamente; tiene la mirada fija en la calzada. Miro sus manos y su cuerpo; no ha puesto música y casi puedo oír nuestras respiraciones haciendo que me excite de una manera casi salvaje. «¡Serénate!» Vuelvo mi mirada a la ventana, pero sólo veo mi reflejo y la aparto de nuevo fijando mi vista al frente.

—Siento que esté triste —me dice rompiendo el silencio que nos envuelve.

Asiento pero no digo nada.

—¿Por qué no me había contado que se sentía así?

¡¡¿Cómoooooo?! ¿Me está tomando el pelo? ¿Cómo puede preguntarme eso después del sermón de esta mañana?

—Porque no es mi amigo ni nadie próximo a mí —le suelto repitiendo sus mismas palabras.

—Pero soy su jefe y, si se siente mal, quiero saberlo —me suelta enfadado.

—¿Por qué? ¿Qué más le da a usted? Además, le repito que ni yo misma me había dado cuenta de cómo me sentía. Me satura tanto de trabajo que consigue anular cualquier otro sentimiento. —No sé si estoy triste o enfadada.

—Siento oírle decir eso —me contesta apretando el volante.

—¿Por qué? —murmuro.

Pero llegamos a mi casa antes de que me conteste.

—¿Cómo sabía dónde vivía? No se lo he dicho —le planteo sin entender nada.

—Buenas noches.

—Contéstame, Philip. ¿Cómo sabías dónde vivía? —le pregunto tuteándolo sin darme cuenta.

—Porque es mi secretaria y lo sé todo de mis empleados —me responde mirándome fijamente. Estamos tan cerca... y, sin darme cuenta, dirijo mi mirada a su boca, a esa boca que me muero por besar—. Bájese —me ordena con la voz acerada.

Parece enfadado de nuevo y yo... ya no doy para más hoy, así que levantando la barbilla, lo miro una última vez y salgo de su coche.

Capítulo 7

El sábado lo dedico a limpiar mi piso, hacer la colada y llenar la nevera, ¡que falta le hacía! Más que un piso parecía una pocilga; estoy segura de que, si alguien hubiera entrado a robarme, se hubiese largado pensando que se le habían adelantado.

A las ocho estoy toda desparramada en el sofá hecha polvo. ¡Joder, qué paliza me he dado! Pero ha valido la pena, lo he dejado más limpio que una patena, y toda la ropa lavada y planchada, pero ahora estoy muerta y valoro seriamente qué hacer. He quedado con Charlie y las chicas en que pasarán a recogerme sobre las diez y no me da tiempo a dormir, cenar y arreglarme; realmente tengo más sueño que hambre, así que decido echarme una cabezadita y durante una hora duermo como un bebé, babeo incluido.

Me despierto descansada y emocionada y me voy directa a la ducha, donde me recreo; no tengo prisa y pienso en él mientras el agua caliente me relaja. Un día sin verle y ya lo echo de menos; me siento adicta a él, por muy complicado que sea.

Salgo y, envuelta en una toalla, valoro mis opciones delante del armario. Me apetece ponerme un vestido y tengo uno que, a pesar de que me encanta, nunca me decido por él porque es demasiado todo: demasiado corto, demasiado escotado, demasiado sexi... ¿en qué estaría pensando cuando me lo compre? Enseño más que cubro, pero también es verdad que, si no lo llevo ahora, ¿cuándo voy a hacerlo?, ¿cuando esté llena de colgajos? Al final me dejo de remilgos y me lo pongo con unos tacones. «¡Uau!», pienso al mirarme en el espejo. ¿Por qué no lo habré usado más a menudo? «¡Estás cañón, tía!», me digo a mí misma con una sonrisa mirándome desde todos los ángulos. Me maquillo, me dejo el pelo suelto y ¡lista!

A las diez llegan Charlie y las chicas a recogerme y bajo feliz a su encuentro. No creo que esta noche vea a mi tirano particular, pero, aun así, estoy dispuesta a pasármelo de miedo.

—¡Estás hecha un bombón! Charlie, vamos a tener que vigilar a Paulita, va rompedora —me dice Katia mirándome de arriba abajo.

—¡Viva España y las españolas! —suelta Charlie todo serio.

—¡Ole! —le contesto con una sonora carcajada mientras subo al coche.

El trayecto hasta el pub lo hacemos entre risas y bromas. Como Charlie conoce al dueño, cuando llegamos, entramos directos sin hacer cola. ¡Es una pasada! Me encanta y la música me recuerda un poco a los días de fiesta con mis amigas. ¡Ojalá estuvieran aquí! ¡Sería la bomba!

Estamos en la barra esperando nuestras consumiciones cuando siento la familiar sensación de esa cuerda invisible tirando de mí y, actuando por instinto, me giro lentamente y me encuentro con él y su intensa mirada. ¡¡¡Madre del amor hermoso!!! Va vestido de negro como yo y es la personificación del sexo en estado puro. La descripción de follador perdonavidas que hizo mi amiga le va como anillo al dedo; además, que me esté mirando así, no está ayudándome nada y tengo que recordarme que soy una mujer civilizada para no abalanzarme sobre él y arrancarle la ropa a mordiscos.

Charlie se acerca a decirle algo y me obligo a cerrar la boca. ¡Ni David Gandy ni leches! Para tío bueno, él. ¡Qué escándalo de hombre, por favor!

—Paula, ¿nos sentamos? —me pregunta Katia seguida por Dani, consumición en mano.

—Claro. —Cojo la mía y nos encaminamos a la mesa más próxima a la pista. «¡Que se siente con nosotras, por favor, por favor!», pienso mientras hablo con Katia fingiendo indiferencia; ir un poquito de dura tampoco me vendrá mal.

Continúo riéndome con Katia y Dani cuando por el rabillo del ojo lo veo sentarse delante de mí, «¡gracias, gracias!», pero sigo hablando con las chicas aparentando no darme cuenta a pesar de sentir mi corazón atronando furioso dentro de mí; como no me tranquilice, me dará un ataque seguro.

Apenas llevamos diez minutos sentados cuando se sienta junto a él una mujer rubia y despampanante. ¿De qué la conozco? No quiero mirar

mucho para no parecer una cotilla, pero soy incapaz de controlarme. ¡Ya sé quién es! ¡Portia! Nos reunimos con ella la semana pasada. ¿Estará con ella? No... no me dio esa impresión, aunque estoy segura de que a esta tía le gusta Philip. «¡So guarra!», pienso con rabia y me bebo de un trago casi toda mi consumición.

Me obligo a no mirarlos e intento centrarme en Charlie y las chicas, pero no puedo; me están poniendo mala y estoy teniendo un ataque de celos en toda regla, así que me levanto y me dirijo a la barra a por otra consumición. Me siento de nuevo con ellos, pero hiervo de rabia; los veo reír y estoy por darle dos sopapos a cada uno.

—¿Alguien viene a bailar? Estoy cansada de estar sentada — propongo terminándome mi segunda copa de un trago. ¡Ole ahí! Me siento Bob Esponja en estos momentos.

—¡Vamos! —se anima Katia tirando de Danielle.

Está sonando *Chandelier*, [4] de Sia. ¡Genial! Me encanta este tema, ¡algo bueno por lo menos! Llegamos a la pista y bailo intentando olvidarme de él y de la estúpida pechugona esa. A esa canción le siguen *Animals*, [5] de Maroon 5, y muchísimas otras que no conozco, pero me da igual; bailo y me rio con ellas a pesar de la rabia que siento. En estos instantes soy como un volcán a punto de explotar, pero que se mantiene de momento controlado, y me felicito por eso; con mi genio es todo un logro, pero tengo sed y estos zapatos están matándome, así que me dirijo a la barra a por otra consumición.

Me siento en un taburete; no quiero volver donde están ellos y tener que aguantar sus risitas otra vez, tanto «ji, ji, ja, ja» me está poniendo mala y resoplo sin darme cuenta antes de llevarme el vaso a la boca.

—Odio que resople —oigo cómo me dice muy cerca de la oreja, erizándome por completo—, y deje de beber de una vez —me pide poniéndose a mi lado y quitándome el vaso—. ¿Cuántas copas ha tomado?

—¿Y a usted que le importa? Además, ahora no estamos en la oficina y no puede darme órdenes —le digo quitándole el vaso y llevándomelo de nuevo a la boca, desafiándolo.

—No pienso repetírselo —me dice con la voz acerada y la mirada fija en la mía.

—¿Y si no te hago caso... qué harás? —le pregunto tuteándolo y sintiendo cómo ese volcán hasta ahora controlado empieza a desbordarse.

—No quieras saberlo —responde tuteándome por fin y estoy por

hacerle la ola. ¡Ya era hora, majete!

—Quiero saberlo, siempre eres tan contenido, tan frío... —murmuro bajándome del taburete y acercándome a él. Estoy en ese puntito justo donde aún no estás borracha del todo pero te sientes invencible, atrevida y sexi. ¡Ésa soy yo! ¡Sí, señor! Estoy envalentonada y continuo provocándolo—. ¿Siempre eres así?

—Has bebido demasiado y estás olvidando que eres mi secretaria, no te propases —me indica sin apartarse un centímetro pero tan frío que podría pasar por un tempano de hielo.

—No estoy borracha, si es eso a lo que te refieres —le replico mirando esos labios que me muero por besar desde el primer día—. Puede que esté un pelín achispada, pero sé muy bien lo que hago... y tú... no me has contestado, hazlo... ¿Siempre eres tan frío? —Siento de nuevo cómo tira de mí esa cuerda invisible atrayéndome hacia él.

Actúo sin pensar y, acercándome lentamente a él, enredo mis manos en su pelo y atrapo con mis dientes su labio inferior en un dulce mordisco, rozando mis labios con los suyos y mis pechos con su cuerpo, sintiendo su cálido aliento sobre el mío; apenas han sido unos segundos y alejo mi boca de la suya sin besarlo; lo hago a propósito, le deseo de una forma que me da hasta miedo y quiero que él se sienta igual.

Nuestras miradas se encuentran; tiene el cuerpo en tensión y tengo que frenarme para no abalanzarme sobre esa boca que me llama a gritos y besarlo hasta hacer del hielo fuego. Mi nivel de excitación en estos momentos es muy muy elevado y tengo que hacer un esfuerzo titánico para apartarme de él.

—Como un tempano; buenas noches, Philip —murmuro sin dejar de mirarlo.

Y, tras darme media vuelta, vuelvo con Katia y Danielle a la pista de baile. Siento su mirada sobre mí, pero no me giro y me uno a ellas. Está sonando *It's Time*,^[6] de Imagine Dragons, y bailo intentando olvidarme de todo a pesar de que me tiemblan las piernas y mi nivel de excitación, del uno al diez, es de cien.

Suena *Wings*,^[7] de Birdy; me encanta esta canción y me dejo llevar. La letra es preciosa y dejo volar mi imaginación, pero es difícil evadirse por completo cuando siento su mirada sobre mi cuerpo; necesito verlo y me vuelvo sin dejar de bailar. Nuestras miradas quedan atrapadas, pero no me muevo, quiero que sea él quien dé el paso. Lo veo levantarse y siento

un tirón de puro deseo en el vientre y el corazón latir descontrolado dentro de mí... pum, pum, pum... pero me sorprende al darse media vuelta y marcharse, dejándome noqueada en la pista. ¿Se ha ido? ¿Pero a este hombre no le afecta nada? Un mosquito tiene más libido que él. ¿Cómo puede controlarse así? Aunque puede ser que no le guste nada... pero ¿ni un poquito? ¡Joder, ya he perdido la cuenta de las veces que creía que iba a besarme y me ha dejado con las ganas!

Charlie se une a nosotras y decido no amargarme la noche. Una copita lleva a otra y volvemos demasiado tarde y demasiado bebidos; suerte que mañana no tenemos que trabajar, porque llevo una melopea de no te menees. Ahora sí estoy oficialmente borracha.

El domingo lo paso de resaca sin salir de casa, y casi mejor; la cabeza va a explotarme y me maldigo por haber bebido tanto. ¡Quién me mandaba a mí beber como un cosaco sin haber cenado! Ayer, cuando llegué a mi piso, vomité hasta las primeras papillas y hoy estoy para el arrastre. Me alimento a base de caldos y gracias, mi estómago en estos momentos no tolera más, y de pensar, ni hablamos; me niego en redondo a torturarme con lo mal que me siento, mañana ya lo haré, eso y buscar otro empleo.

Es lunes, suena el despertador y me despierto sintiéndome mejor; por lo menos la cabeza ya no me explota. Literalmente me arrastro hasta la ducha y dejo que el agua me despeje.

Pero ahora estoy a punto de tener un fallo multiorgánico, multiorgásmico o como se llame, al pensar que voy a verlo. ¡Le mordí el labio, enrede mis manos en su pelo y me pegué a él cual lapa! Y, a pesar de la cogorza que cogí después, tengo grabada a fuego la sensación de su suave pelo entre mis dedos, su labio entre mis dientes y su cálido aliento sobre el mío, y un gemido sale de mi garganta. ¡Joder, esto es necesidad y lo demás son tonterías!

Salgo de la ducha y miro por la ventana; fuera llueve y opto por mis pitillos azules con las botas de montar marrones y un suéter de cuello alto también azul; lo complemento con chaleco y pulseras marrones a juego con las botas. Me veo bien, me gusta arreglarme y sentirme guapa, me refuerza el ánimo y hoy más que nunca lo voy a necesitar para enfrentarme a él; eso si no me despide antes, claro.

Llego a las ocho en punto cardiaca perdida. Llevo todo el camino diciéndome que no va a pasar nada; además, puede que no me besara, pero

tampoco se apartó. «No te preocupes, no te preocupes, no te preocupes...», me repito a modo de mantra; sólo me ha faltado hacer la postura de flor de loto en el metro.

Como siempre, antes de que me llame me adelanto y me dirijo a su despacho. Llamo, entro y... ¡ay, Dios, que me muero! Está guapísimo, huele de maravilla y vuelve a mirarme con cara de cabreo, pero finjo no darme cuenta y me dirijo a él.

—Buenos días, señor Jones, ¿necesita algo? —le pregunto decidida como si no estuviera al borde del infarto mientras le tiendo la agenda con las reuniones que tiene hoy.

—Vaya, veo que vuelvo a ser el señor Jones. —Guarda un momento de silencio que a mí se me hace eterno—. Cierre la puerta —me ordena con la voz tan fría como el hielo.

Obedezco y cierro. ¡Mierda! ¡Va a despedirme!

—¿Ya no quiere morderme el labio, señorita Ferreño? —me demanda cabreado.

Y yo, que en situaciones de estrés me da por reírme, suelto una tremenda carcajada que me libera por dentro. Estoy cagándola, lo sé, pero no puedo evitarlo.

—¿Le hace gracia? —me pregunta levantándose y dirigiéndose a mí.

—Uy, no, qué va, se lo prometo, ni pizca —murmuro sustituyendo la risa nerviosa por deseo puro y duro.

—Pues no lo parece —me dice tan tan enfadado que creo que va a salirle humo de las orejas. «¿Existe un emoticono así?», pienso de repente. Pero ¿qué más da? Cojo aire y...

—Como resople, la despido —me anuncia fulminándome con la mirada.

Y como puedo, me freno. Lo miro, me mira, apenas respiro.

—Que sea la última vez que se toma ese tipo de libertades, a mí sólo me muerde el labio quien yo deseo que lo haga, ¿lo tiene claro?

—Tranquilo, señor Jones, no tengo intención de hacerlo de nuevo —le replico mirándolo con altivez. «¡Y una mierda! A la mínima que pueda estoy mordiéndotelo otra vez, chato», pienso, pero me callo, todo llegará.

—Eso espero, porque, como vuelva a hacerlo, la despido en dos minutos —concluye con frialdad.

—¿Empezamos a trabajar o piensa estar toda la mañana amenazándome con despedirme? —«¡Cállate, jodida, o deja de amenazarte

para despedirte ahora mismo! Ya lo dice mi madre: el día que te muerdas la lengua, te envenenas.»

—Está llegando al límite de mi paciencia, señorita Ferreño, y no tengo mucha, no se propase —me indica con la mirada acerada alejándose de mí y sentándose en la mesa de reuniones. «¡Madre, qué culo tiene!», pienso mordiéndome el labio—. Siéntese, necesito que me traduzca estos documentos ahora; no se moleste en escribirlo, mientras lea vaya traduciendo. Y quiero que esté en la reunión previa, es importante que conozca bien todos los puntos claves de la reunión.

Obedezco y me siento a su lado sin abrir la boca; estamos a escasos centímetros y no vuelvo a mirarlo, a pesar de sentir de nuevo esa cuerda invisible atrayéndome a él; me esfuerzo por ignorarla y paso a traducirlo todo concentrándome al máximo, pero notarlo tan cerca me excita y no dejo de recordar la sensación de mi cuerpo pegado al suyo, de sus labios rozando los míos; huelo su fragancia y es una verdadera tortura; nos rozamos los brazos y empiezo a acalorarme; además, que no me quite la mirada de encima hace que me cueste todo el doble. ¡Qué calor tengo!... y... ¡mierda, he perdido el hilo! ¿Por dónde iba? Me detengo un momento buscando...

—¿Le ocurre algo? —me pregunta armándose de paciencia.

«Que si me ocurre algo, dice... que te arrancarían la ropa, chato, y te comería enterito enterito», pienso, pero me callo y suspiro antes de responder.

—No... un momento.

—Haga el favor de centrarse, no tengo toda la mañana.

Lo miro con cara de querer matarlo y, cuando voy a coger aire, me detengo en seco; esta vez no me lo dirá y vuelvo mi atención al ordenador. Me parece que sonrío pero paso de él y continúo.

Al final hay bastante para traducir y, mientras lo hago, voy tomando notas de los puntos más importantes para tratarlos en la reunión previa que tenemos. Estamos terminando cuando llegan Katia, Charlie y Ben y empieza la reunión. ¡Por fin puedo relajarme un poco! Me mantengo en un segundo plano, interviniendo sólo cuando me lo piden, tomando notas, sacando documentación, redactando y blablablá...

Sólo cuando la dan por concluida, vuelvo a mi despacho para seguir con la documentación que llevo entre manos y el tiempo pasa volando. Es casi la hora de comer cuando suena mi teléfono; ya lo tengo

completamente controlado y veo que es Danielle.

—Dime, preciosa —la saludo imitando a Charlie.

—¡Paula, ya está tu foto en el apartado de personal de la web! ¡Qué pasada! ¡Estás guapísima!

¿Cómo? Mi mente procesa a cámara lenta. ¿Qué dice? ¡Ah, claro! «Conócenos»... ¿Yaaaaaa? ¿Y de dónde la han sacado?

—¡No lo sabía! ¡Voy a verlo! Ahora hablamos —contesto y le cuelgo acelerada; me muero por ver qué han puesto.

Accedo a la página y me busco entre todo el personal; miro la foto y decir que me quedo sin palabras es quedarse corta. ¡Madre mía de mi alma! Es una foto del viernes mientras estaba cantando en el karaoke; estoy mirando fijamente a la cámara y... ¡estoy guapísima! ¿Ésa soy yo? Mi mirada transmite tanto sentimiento... ¿Cómo no me di cuenta? La verdad es que me olvidé de todos, pero de ahí a no percatarme de que me hacían una foto, ¡telita! Pero... ¿quién me la hizo? Charlie, supongo... Leo la descripción y flipo aún más:

La única española del equipo, una mujer de raza, con un genio de mil demonios y dueña de una voz privilegiada. Es la secretaria de Philip y, según ella, la encargada de soportarlo. Si quieres llevarte bien con ella, pídele las cosas por favor y dale las gracias.

¿Quién ha escrito esto? Lo leo de nuevo, lo vuelvo a leer y lo releo una vez más. La foto no la tomó Charlie, ya sé quién la hizo y quién ha escrito esto... ¡joder!

Me levanto de sopetón y me dirijo a su despacho hecha una furia. Llamo y entro como un vendaval.

Está delante de su ordenador, apenas me mira y continúa trabajando. Me acerco a su mesa y, apoyando mis manos en ella, le digo hirviendo de rabia, casi mordiéndolo:

—¿Cómo que tengo un genio de mil demonios? ¿Y qué es esa bobada de por favor y gracias? —bramo sin poder contenerme.

—Lo siento, no sé cómo he podido poner algo así, debo de estar trastornado —me dice sonriendo—; posiblemente fue el mordisco que me dio —añade con guasa, pero yo no estoy para bobadas y continúo.

—Bórrelo —le ordeno.

—Ni lo sueñe. Además, ¿está dándome órdenes? Creía que las cosas se pedían por favor; no sea maleducada, señorita Ferreño.

Lo miro, lo miro, lo miro... ¡está ganándose un sopapo de esos con

los que la cabeza está dándote vueltas un día entero!

—¿Puede borrarlo, por favor? —le pido en un siseo.

—No, no pienso hacerlo —me responde levantándose y apoyando sus manos en la mesa al igual que estoy haciendo yo—. Por mucho que le moleste, es la verdad: tiene un genio de mil demonios; además, aún recuerdo cómo me echó en cara que nunca le pedía las cosas por favor.

Nos miramos retándonos; estamos tan cerca de nuevo... miro sus labios y siento otra vez cómo su cuerpo atrae el mío, cómo tira de él, pero algo ha cambiado en nuestras miradas, ahora hay deseo... pero de repente se aparta y vuelvo a sentirle distante.

—Si no quiere nada más, márchese. Prepare lo que hemos trabajado en la reunión previa, mañana tenemos otra con los de Chocolat y lo quiero todo terminado encima de mi mesa antes de que se marche.

—¿Todo? —murmuro.

—¿Algún problema? —me dice retándome de nuevo.

—Ninguno, señor. —Dándome media vuelta, salgo de su despacho.

Trabajo todo el día como una loca; por suerte tiene varias reuniones en las que no es necesario que esté presente y a las ocho entro de nuevo en su despacho con todo acabado.

Está casi a oscuras a excepción de la lámpara de la mesa; lleva los primeros botones de la camisa desabrochados y hace cara de cansado. Me mira apoyándose en la silla, pero no dice nada.

—Aquí tiene —le digo intentando sonar distante a pesar de que en lo único que pienso es en arrancarle la ropa a mordiscos.

—Siéntese, quiero revisarlo —me indica cogiendo las carpetas.

—¿Cómo no! —le contesto sin poder morderme la lengua y sentándome de malas formas.

—Señorita Ferreño, mañana no tendremos tiempo para modificar nada, la reunión es a primera hora —me comunica como si estuviera hablando con una niña de cinco años.

Le sonrío con una sonrisa más falsa que una moneda de tres euros; eso, o darle un guantazo y mandarlo a la mierda. ¡A estas horas y aún puteándome! Pero me deja de piedra cuando le oigo soltar una carcajada.

—¿De qué se ríe? —le pregunto enfadada.

—De usted, es muy graciosa —me suelta aún sonriendo mientras mira la primera carpeta.

—Por lo menos hay algo de mí que le gusta. —Hablo sin pensar,

¡ups!

Me mira fijamente, creo que va a decir algo pero no lo hace y se centra en el expediente; lee cada puñetera palabra y por fin levanta la vista cerrando las carpetas.

—Perfecto, trabaja bien, señorita Ferreño.

—Otro cumplido. ¡Esta noche está que se sale! —le digo sonriendo—. Entonces, si le he entendido bien, aparte de tener un genio de mil demonios y ser una obsesa de los modales, soy graciosa y trabajo bien —añado sonriendo mientras atrapo su mirada—. Podría modificar mi descripción, ¿no le parece? —susurro. No sé cómo, pero he terminado excitándome.

—Márchese a casa —me dice devolviéndome la sonrisa y derritiéndome.

—Siempre dando órdenes —murmuro.

—Y usted siempre rebatiéndolas, es incapaz de quedarse callada. — Su voz ha sonado ronca. Me excita cuando suena así, cuando me mira como está haciéndolo ahora.

—¿Por qué habría de hacerlo? Además, estoy segura de que, en el fondo, le gusta —le digo sosteniéndole la mirada; veo deseo o eso me parece y me excito aún más.

—Buenas noches, señorita Ferreño.

—Buenas noches, señor Jones —respondo sin dejar de mirarlo y levantándome.

Me tiemblan las piernas pero, dándole la espalda, me dirijo a la puerta. Siento su mirada sobre mi cuerpo, pero no me giro y salgo sin mirar atrás. ¡Este hombre quiere matarme! ¡Al final arderé por combustión espontánea! No puede mirarme así y echarme de su despacho; cuando un hombre mira así a una mujer, es para empotrarla contra la pared y follársela muy fuerte, no para darle las buenas noches.

Capítulo 8

Es martes, el despertador suena a las seis cuarenta y cinco y salgo disparada a la ducha; hoy tenemos la reunión con los de Chocolat y, mientras estoy bajo el agua, pienso en qué ponerme. Tengo un vestido negro muy sobrio de manga larga pero, cuando te sientas, tiene una abertura lateral de escándalo, tipo Angelina Jolie; es como de institutriz porno, muy formal pero con sorpresa. ¡Prepárate, Philip, que vas a flipar! Me calzo mis *stiletto*s negros, me dejo el pelo suelto y me maquillo. Me pongo mi abrigo blanco y salgo dispuesta a hacerle sudar la gota gorda hoy.

Llego y, sin detenerme en mi despacho, voy directa al suyo. Llamo y entro sin quitarme el abrigo.

—¿Nos vamos? —le pregunto.

Está de nuevo delante de su ordenador y, como siempre, me da la sensación de que lleva varias horas trabajando. ¿Este hombre no duerme?

—Vámonos, la estaba esperando.

Se levanta y me deja sin respiración; lleva un traje negro con camisa blanca y corbata negra. ¡Vamos conjuntados! Pero eso él aun no lo sabe... ¡Joder! ¡Está tremendo! Definitivamente ¡no debería ser legal estar tan bueno!

Sale de su despacho conmigo a su lado; evito mirarlo, ya he babeado suficiente en su despacho. ¡Hazte valer un poquito, maja! Entramos en el ascensor; no hay nadie más excepto nosotros y siento su mirada sobre mí; noto cómo de nuevo su cuerpo tira del mío, pero continúo obcecada mirando la puerta como si de una obra de arte se tratara.

Llegamos al parking y caminamos directos a su coche, él delante de mí como si le fuera la vida en ello y yo detrás, babeando de nuevo; ahora no me ve y puedo hacer trampa... además, me maravillo cada vez que lo

veo, ¡qué bueno está, por favorrrrr! Llego a su coche y, ¡atención!, redoble de tambores, me quito el abrigo, lo coloco en el asiento trasero y, ¡zas!, me siento dejando toda mi pierna al descubierto. Angelina Jolie es una aprendiz a mi lado y veo por el rabillo del ojo cómo casi se hace un esguince de cuello al girarse de golpe para mirarme la pierna. ¡¡¡Ole ahí!!! Si es que, al final, todos los tíos son iguales, les gusta más mirar que a un tonto un lápiz y tengo que aguantarme como nunca había hecho para no sonreír. ¡Conseguido! Hoy sudas la gota gorda, tiarrón. Si no es él quien me arranca la ropa a mordiscos, desisto.

Le veo ponerse el cinturón y lo imito evitando mirarlo; siento su mirada sobre mí y lo ignoro a propósito. Arranca y sale del parking furioso.

Y a pesar de mis intentos de hacerme la dura, de vez en cuando lo atisbo de reojo, para seguidamente volver mi vista al frente; me excita verlo conducir... le miro las manos, imaginándolas por mi cuerpo, mis ojos avariciosos bajan lentamente hasta llegar a su paquete y, ¡ay, Dios, que me da algo! Lo que daría por sentarme justo ahí... casi puedo sentirlo y tengo que controlarme para no soltar un gemido de campeonato, pero lo mejor de todo es que le sorprende varias veces mirándome las piernas. ¡Lo sabía! Este vestido de institutriz porno es lo más. ¡Mírame bien, chato, y decídetelo de una vez, porque ya no puedo más!

Conduce en silencio y decido imitarlo; con mis pensamientos ya tengo suficiente, pero como estoy en peligro de perder la cordura y abalanzarme sobre él y mis bragas están empezando a dar pena, me pongo a pensar en mi familia y en mis amigas, necesito enfriar mi cuerpo y mi mente y, sin darme cuenta, vuelvo a Madrid, a La Lola, a las tardes perezosas de los domingos... y me relajo acomodándome mejor en el asiento y dejando al descubierto más de lo que pretendía, cuando...

—¡Mierda! —le oigo maldecir a la vez que me llega el sonido de los neumáticos sobre el asfalto.

No salgo disparada por el cristal porque llevo el cinturón puesto y tengo su brazo sobre mi pecho frenándome, porque, si no, ahora estaría empotrada en la luna delantera del coche cual un mosquito. ¡Joder, qué reflejos!

—¿Qué ha pasado? —le grito sin poder evitarlo.

—Casi me salto el semáforo —me dice retirando la mano de mi cuerpo—. ¿Está bien? —me pregunta preocupado.

—Sí... pero... ¿puede saberse dónde iba mirando? —le recrimino. ¡Mierda! ¡Menuda pregunta! Lo sé de inmediato; por culpa de la puta raja casi se carga a una mujer.

—Donde no debía —me sisea volviendo su mirada al frente.

Arranca y lo noto tan distante que siento frío. ¡Mierda!, me ha salido el tiro por la culata.

Llegamos a la sala del hotel donde se celebrará la reunión y allí están los mismos tres trajeados que el viernes estuvieron en mi primera reunión, además de un chico un poco más joven; debe de tener mi edad y conectamos en seguida. Se llama Paul y me explica un poco lo que buscan y, por lo que me da a entender, nuestra propuesta de publicidad cumple bastante bien con sus expectativas. Hablamos en francés y observo a Philip mirarme aún más enfadado que antes; creo que es porque no entiende nada de lo que decimos, pero se supone que para eso estoy, para hacer de intérprete, no entiendo por qué tiene que molestarse.

Después de casi tres horas de reunión durante las cuales me ha ignorado hasta decir basta, por fin cierran el trato y Virmings Group será la encargada de la publicidad de Chocolat, así que, para celebrarlo, nos vamos a comer.

Paul se sienta a mi lado. Me río mucho con él, es muy gracioso y congeniamos muy bien; los otros tres también son muy simpáticos y comemos en un ambiente distendido. Intento traducirlo todo para que Philip no se sienta excluido, pero debo hacerlo fatal, porque está que se sube por las paredes.

Cuando terminamos de comer, volvemos al vehículo. Está lloviendo a mares y me doy prisa en subir, me quito el abrigo y lo dejo de nuevo en el asiento trasero.

—¿Se lo ha pasado bien, señorita Ferreño? —me espeta y arranca furioso.

Lo miro flipando. ¡Joder! ¿Y ahora qué le pasa?

—Ni bien ni mal, estaba trabajando, señor Jones. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿A eso le llama usted trabajar? ¡Era una comida de negocios! Creo que no entiende la diferencia: las risitas y las tonterías las deja para sus amigos los fines de semana, pero durante el trabajo, no importa si estamos reunidos o comiendo, debe comportarse como la profesional que se supone que es y, si tiene ganas de tontear con Paul, quede con él fuera del

horario laboral, así no se verá obligada a tener que traducirme todas sus chorradas —me dice rabioso—. Y otra cosa: nunca vuelva a venir a trabajar vestida así; si no sabe vestir correctamente, le pondré un uniforme. ¿Lo tiene claro?

—Eres un imbécil, Philip —le suelto furiosa sin pensar.

—¿Me ha llamado imbécil? —me pregunta parando el coche en seco.

—Sí, lo he hecho —le digo reafirmandome incapaz de retroceder—, eres un imbécil. — ¡Mierda! ¿Por qué no podré callarme?

—Baje del vehículo —me ordena más serio de lo que nunca antes lo había visto—. Nadie sube a mi coche y me llama dos veces imbécil. ¡¡¡Baje!!! —brama.

Y, a pesar de que está diluviando, de que voy sin paraguas y de que no sé ni dónde estoy, desciendo y, cerrando de un portazo, me pongo a caminar sin rumbo. ¡Menudo cabrón! ¡Imbécil! ¡Hijo de su madre! ¿Cómo ha podido hablarme así? Y mis lágrimas se mezclan con el agua que va empapándome en cuestión de segundos.

Arranca de nuevo y desaparece por la primera calle. Estoy tan enfadada que decido no volver al trabajo por hoy. Al final, calada hasta los huesos y con la cara llena de churretones, consigo parar un taxi que me lleva directa a mi casa. Allí me ducho con agua bien caliente para entrar en calor; voy a coger una pulmonía seguro, me tomo una aspirina y me tumbo en el sofá.

Las lágrimas corren por mis mejillas de nuevo y no hago nada por evitarlas. Sé que todo es culpa mía, no debería haberle llamado imbécil, aunque estuviera comportándose como tal. Es la segunda vez en pocos días que olvido que es mi jefe y, si no me despide de ésta, podré dar gracias. ¿Soy idiota o qué? ¿Ésta es la forma que tengo de conquistarlo? ¿Cabreándolo? «¡Mierda, Paula, tú sí que eres imbécil! Además, me he dejado el abrigo en su coche. ¡Lo que me faltaba! Y yo que pensaba que iba a tirármelo con ese vestido... no dejo de cagarla», pienso con tristeza.

No entiendo cómo puede afectarme tanto todo lo que viene de él; apenas nos conocemos, pero siento como si todo estuviera magnificado. Me gusta muchísimo; cuando me mira, es como si el mundo dejara de girar, siento continuamente deseos de besarlo y hacerle sonreír, pero todo puede cambiar en un segundo y pasar a querer abofetearlo y mandarlo a freír espárragos.

Recibo varias llamadas de Charlie y de Katia. No he llamado para

decir que no volveré al trabajo, pero no estoy de humor para coger el teléfono, así que le mando un mensaje a Katia y le digo que ya hablaremos mañana; si puedo pasar por la puerta de la empresa, claro. Puede que a estas alturas ya esté despedida.

A las siete llaman a la puerta y en mi interior espero que sea él que viene a disculparse, pero es Katia y, cuando me ve con las pintas que llevo, me abraza y me hace contárselo todo; al final se lo explico medio llorando.

—Es que no lo entiendo —me repite Katia—; él no es así, en serio, es un tío estupendo, y que te montara ese numerito y después te hiciera bajar del coche, lloviendo, sin paraguas y sin conocer la ciudad, es de ser muy cabrón.

»Ahora entiendo que esta tarde se asomase tanto a tu despacho, tendría mala conciencia... pues que sufra un poco. Has hecho bien no volviendo y tranquila, que no te hecha, necesita cubrir el puesto y tú eres la única capaz de aguantar su ritmo.

—¿Y puede saberse dónde ha dicho que estaba cuando ha vuelto sin mí?

—Ha comentado que vendrías más tarde.

—Qué imbécil —murmuro.

La visita de Katia me ha levantado un poco el ánimo y, cuando se va, me acuesto directamente, no quiero pensar.

Suena el despertador, me ducho, me pongo mis pitillos oscuros con un suéter blanco y mis botas marrones de montar, cojo la chaqueta de piel también marrón, mi bandolera y me dirijo al trabajo, si es que aún lo tengo; cuanto antes lo sepa, mejor.

Llego a las siete y cincuenta y me encamino al despacho de Sam para preguntarle si tengo algo que firmar; me mira extrañado y, cerrando el pico, me dirijo al mío. Sé que le debo una disculpa, pero él me la debe aún mayor; aun así, él es el jefe y, haciendo de tripas corazón, entro en su despacho llamando antes.

—Buenos días, señor Jones. No sé si aún tengo trabajo o no, pero, independientemente de eso, quiero disculparme con usted, ayer no debí llamarle imbécil. Lo siento.

Me mira fijamente; tiene la mirada oscurecida, me gustaría saber qué piensa...

—Cierre la puerta.

No me lo pide, me lo ordena como siempre, y obedezco. El corazón me late desbocado, ¿iré a despedirme?

—Que sea la última vez que se ausenta del trabajo y no llama para comunicar el motivo de su ausencia, esto no es una guardería y usted tiene responsabilidades. ¿Lo tiene claro? En estas carpetas tiene todo lo que tenía que haber preparado ayer más lo de hoy, no se marche sin dejarlo todo terminado. —Tiene una expresión dura y yo, que tengo el día tonto, noto un nudo en la garganta que hace que me duela hasta respirar.

Cojo las carpetas y me dirijo a la puerta cuando me llama de nuevo. Me freno pero no me giro.

—Paula, yo también lo siento, no debí gritarte ni hacerte salir del coche.

Continúo dándole la espalda; esa frase me la ha dicho en un tono más suave y encima me ha tuteado, pero estoy enfadada y cansada de sentirme tan perdida con él, así que, sin contestar, abro la puerta y vuelvo a mi puesto.

Y como me niego en redondo a llorar, me sumerjo en el trabajo que tengo pendiente y poco a poco va pasándome el disgusto que llevo.

Asisto a varias reuniones con él, pero le hablo lo justo y sinceramente hoy no tengo que hacer ningún esfuerzo por mostrarme distante.

Tengo tanto curro que las horas pasan como si fueran minutos y a las seis todavía estoy hasta arriba. ¡A saber a qué hora terminaré hoy! No oigo ruidos en el despacho de Philip y, creyendo que estoy sola, me pongo el cedé de Birdy; suena *Wings*[\[8\]](#) y vuelvo a sumergirme en mis papeles.

Lo siento antes de verlo, noto esa cuerda invisible tirando de mí; levanto la vista y lo veo apoyado en el marco de la puerta con mi abrigo en la mano.

—Ayer se lo dejó en mi coche.

Lo miro pero no le contesto.

—¿No va a hablarme? —me pregunta sin la frialdad a la que me tiene acostumbrada.

—No tengo nada que decirle —respondo con altivez.

—Eso es bastante raro en usted —replica con una media sonrisa.

—Pues anótese un tanto, señor Jones.

—Creo haberme disculpado ya.

—Lo sé.

Lo miro sosteniéndole la mirada; sé que se ha disculpado, pero no es suficiente, aún estoy enfadada con él.

Lo veo acercarse lentamente, rodear mi mesa y apoyarse en ella, a mi lado; irradia tal magnetismo que, sin pretenderlo y a pesar de mi enfado, consigo que mi cuerpo se caliente con tan sólo mirarlo.

—Baile conmigo —me propone con voz ronca.

—¿Cómo? —murmuro flipada.

Ahora sí que me he perdido del todo; amenazó con despedirme por morderle el labio y tomarme libertades que no me correspondían, ¿y ahora quiere bailar conmigo porque no le hablo?

—Lo que ha oído —me responde con calma.

—¿Y si no quiero bailar con usted? No quiero que se confunda, recuerde que sólo soy su secretaria —le digo reclinándome sobre el respaldo como él hace conmigo; nuestras miradas quedan atrapadas y siento un latigazo de puro deseo a lo largo de toda mi columna vertebral.

—Soy perfectamente consciente de eso —añade con voz ronca girando mi silla y haciendo que quede frente a él.

—Creo que es usted quien está tomándose libertades ahora —murmuro intentando controlar la voz, está tan cerca de mí...

—Siento todo lo que pasó ayer y no quiero que estés enfadada conmigo —me dice con sus manos apoyadas en los reposabrazos de mi silla y su boca a escasos centímetros de la mía, y siento cómo el enfado va desapareciendo para ser sustituido por deseo en estado puro y duro, casi salvaje.

—¿Y crees que con un baile vas a conseguir que te perdone? —susurro.

—Dicen que bailo bien —contesta con una sonrisa de canalla que tira para atrás.

Cogiendo mi mano, tira de ella con fuerza haciendo que me levante y me pegue a su cuerpo; encajamos perfectamente, su aliento acaricia mi oreja y enredo mis manos en su pelo. ¡Madre míaaaaa! ¡No puedo creerme que esté con él! Oigo la voz de Birdy de fondo, pero ahora sólo puedo sentirle a él, sus manos rodeando mi cintura, quemándome, el latido de su corazón junto al mío... y sólo puedo pensar en besarlo, necesito besarlo como respirar y, apartándome ligeramente, lo miro sin quitar mis manos de su pelo. Su respiración está tan agitada como la mía, pero entonces me sorprende al soltarme.

—Vuelve al trabajo —murmura y, tras darse media vuelta, se marcha dejándome sola oyendo el final de la canción. ¡Mierda!

Me siento en la silla hecha un flan, me tiemblan las piernas, tal cual; un octogenario tiene más estabilidad que yo en estos momentos... eso por no hablar de mi nivel de excitación, siento mi sexo palpitante y húmedo hasta rozar lo vergonzoso. ¡¡¡¡Mierda!!!! ¡Estoy harta de que me deje con las ganas! Cojo aire soltándolo de sopetón y, como siempre cuando me dejo llevar por mi genio, actúo sin pensar yendo directa a su despacho. Esta vez no llamo y entro hecha una furia.

—¿Qué ha sido eso, Philip?

Está de espaldas a mí, mirando por la ventana; se gira y no sé descifrar su rostro, pero le siento lejos; el hombre que ha bailado conmigo se ha esfumado.

—Una disculpa, no lo tome como algo más.

—¡Y una mierda! ¿Así te disculpas con Charlie?

—Señorita Ferreño, siento si le he dado una impresión equivocada. Aléjese de mí, nunca estoy con mujeres que trabajan para mí y no voy a hacer una excepción ahora. —Su voz ha sonado tan fría...

—Pues despídeme —le digo retándolo; ya es por salud, necesito follar con él de una puñetera vez, el trabajo en estos momentos me la suda.

—No diga tonterías; pida un taxi y márchese a casa, es tarde —me responde dándose la vuelta de nuevo.

—Nunca vuelvas a olvidar que soy tu secretaria —le advierto hirviendo de rabia a pesar de que eso es lo último que deseo.

—No tengo intención de hacerlo.

Está tenso y tan lejos de mí como España de Sídney y, girando sobre mis talones, salgo de su despacho dando un portazo.

Cuando llego a casa llamo a Laura para contarle lo que ha pasado; necesito hablar con mi amiga, desahogarme con alguien que no sean Katia ni Dani. Con ellas me llevo de maravilla, pero no quiero que sepan lo que siento por Philip.

—Hola, loquita, ¿qué pasa? —Su voz me anima y paso a contarle lo ocurrido estos últimos días.

—¿Te pusiste el vestido de institutriz porno para ir a una reunión de trabajo? —me pregunta descojonándose.

—Era una medida extrema. ¡Este hombre no reacciona, tía! ¡Te juro que va a volverme loca!

—Tú sí que vas a volverle loco. ¿Cómo puedes no darte cuenta?

—¿De qué?

—Tía, te fotografió mientras cantabas, le mordiste el labio y no se apartó y casi atropella a una mujer por mirarte las piernas. ¿Por qué crees que sucedió todo eso?

—Estás olvidando que me hizo bajar de su coche mientras diluviaba y me hizo sentir como un putón verbenero al decirme que no volviera así vestida a trabajar, por no hablar de que es más frío que un tempano de hielo conmigo.

—Ay, hija, qué cortita eres y qué suerte tienes, cabrona.

—Haber, marisabidilla, ilumíname.

—Estoy segura de que le gustas a Philip, pero no quiere dar el paso porque trabajáis juntos, él mismo te lo ha dicho. Desde luego parece mentira que no te hayas dado cuenta, pavita.

»Seguro que se puso celoso de Paul, por eso el numerito del coche, y, al no volver al trabajo, le harías pasar una tarde de perros. No quería bailar contigo, Paula, quería sentirte cerca, tocarte, y el baile fue una excusa... con lo que no contaba era con que os pondríais los dos como una moto. Nena, está intentando mantener el control contigo, pero me parece que estás haciéndoselas pasar putas. ¡Ohhhh, qué bonito, Paula!

—Anda ya —la corto—, lees demasiada novela romántica. —En mi interior estoy dando saltos de alegría porque una pequeña parte de lo que me cuenta pueda ser verdad.

—Nena, pasa al ataque. Ve monísima a trabajar y sé tan distante con él como lo es él contigo, dale lo que te ha pedido y que sea él quien te busque... y otra cosa, no desaproveches la oportunidad de ponerlo celoso de vez en cuando. Y lo más importante, llámame para contármelo todo.

—Laura, te recuerdo que soy monísima —bromeo con una carcajada.

—Qué creída eres, hija —me suelta riendo—, desde luego no necesitas abuelos.

Cuando cuelgo me siento muchísimo mejor y por fin duermo de un tirón una noche entera.

Capítulo 9

Al día siguiente me levanto descansada y mi ánimo se siente fortalecido. Me ducho. Fuera parece que hace frío y opto por unos pitillos negros con un suéter camel ceñido de cuello alto con mis botines negros; cojo la chaqueta y salgo disparada.

Llego a las ocho menos cuarto y me encuentro a Charlie por el pasillo.

—¡Buenos días, precioso! —le saludo feliz.

—Buenos días, preciosa, y hoy más que nunca.

Me rio, es un zalamero. Entro en mi despacho riéndome aún, y me quedo petrificada en la puerta. Philip está apoyado en mi mesa, esperándome... guapísimo... como siempre... pero ¿qué hace aquí?

—Buenos días, señorita Ferreño.

—Buenos días, señor Jones. ¿Necesita algo? —le pregunto quitándome la chaqueta y hablándole fríamente.

Me alegro de haberme puesto este suéter; marca todas mis formas y su mirada sigue mis movimientos. No dice nada, pero ni falta que hace, sus ojos hablan por él. ¡Que vea lo que se pierde!

Paso por su lado para dejar mis cosas y le huelo disimuladamente; me gustaría saber qué colonia utiliza. Me la compraría sólo para ponérmela, cerrar los ojos y empezar a fantasear.

—Necesito el expediente de Market ya, dese prisa. —Sale de mi despacho sin mirarme.

—Voy. —Realmente no sé ni cómo he contestado, me trastorna completamente sin saberlo.

Pero... ¿qué hacía en mi despacho? Podía habérmelo pedido por teléfono, no será que no tiene práctica con el teléfono de las narices, y, a pesar de lo que le dije ayer, sólo de pensar con volver a estar cerca de él

hace que se me tense el cuerpo; tengo grabada a fuego la sensación de su cuerpo pegado al mío y sólo recordarlo es suficiente para calentarme la sangre... ¡Necesito una ducha de agua bien fría ya!

Localizo el expediente entre la montaña de carpetas que descansan encima de mi mesa y me dirijo a su despacho.

—Aquí tiene —le anuncio tendiéndoselo y mostrándome distante a pesar de ser un volcán en erupción.

—Siéntese —me ordena—. Hay una cuenta francesa muy importante que está barajando varias empresas para que le lleven la publicidad y nosotros estamos entre ellas. Vamos a intentar llevar la negociación mediante videoconferencia, pero, si finalmente no es suficiente, tendremos que ir a Francia a cerrarlo en persona; espero que esté disponible para viajar, porque necesito que venga conmigo como intérprete.

—Por supuesto que estoy disponible.

Creo que va a darme una taquicardia, ¡viajar con él a Francia! Mi mente calenturienta empieza a imaginar todo tipo de situaciones con él y tengo que frenarme si no quiero ponerme a gemir allí mismo.

—En esta cuenta trabajaremos Charlie, Cindy y yo; usted deberá estar presente, necesito que nos agilice al máximo el tema del papeleo y que entienda nuestra propuesta. —Su voz suena fría y le siento lejos.

—Claro —le digo sin apenas mirarlo. Ayer lo tenía pegado a mí y ahora parece que le moleste mi mera presencia, pero recuerdo las palabras de mi amiga e intento que no me afecte su frialdad.

Llegan Charlie y Cindy, empieza la reunión y, como siempre, alucino con ellos; son geniales aportando ideas, sobre todo Philip, y tengo que obligarme a controlar mi expresión si no quiero quedarme con la boca abierta mirándolo.

La cuenta es sobre una marca de bañadores muy conocida en Europa y la idea que se plantea es la de poner una chica que no cumpla precisamente con los cánones establecidos. A mí también me gusta y de vez en cuando aporto una idea, aunque soy consciente de que no estoy aquí para ello, pero tanto Charlie como Cindy me prestan atención y valoran lo que les digo; Philip calla y me mira ceñudo como siempre.

El resto del día lo paso volcada en los cientos de carpetas que por arte de magia van acumulándose en mi mesa, pero no hay nada urgente y a las seis estoy recogiendo mis cosas para marcharme; miro el teléfono, no me ha llamado y estoy tentada a quedarme para adelantar trabajo, pero eso

sólo es la excusa, lo que quiero es quedarme de nuevo a solas con Philip, aunque sea únicamente para trabajar; nunca tengo suficiente de él. Espero un poco más... pero no llama y al final me marchó decepcionada. ¿De verdad no va a volver a olvidar que soy su secretaria?

Es viernes... Hoy tiene que ir a supervisar varios rodajes y no creo que lo vea; son las ocho de la mañana y ya lo echo de menos. ¡Menudo día me espera! Miro sin ganas todo lo que tengo pendiente; aquí hay trabajo para no salir de este despacho durante días y, puesto que no tengo que asistir a ninguna reunión, me propongo ponerme al día o por lo menos intentarlo, pero me cuesta la vida, hoy no consigo centrarme. Aprovecho que tengo que ir al despacho de Katia para salir un momento de estas cuatro paredes que me están ahogando cuando casi me doy de bruces con él. ¿Cuándo ha vuelto?... Mi mirada lo asimila todo a la velocidad de la luz... va de la mano de una mujer, rubia, alta y muy bonita. Estoy segura de que estoy siendo más transparente que el agua, pero me da igual. ¿Quién es ésta? ¿Y por qué van cogidos de la mano? ¿Son pareja?

—Señorita Ferreño, me marchó; llámeme si surge algo urgente —me ordena sacándome de mis cavilaciones, que por mi expresión estoy segura de que han dejado de ser privadas. ¡Soy un libro abierto, coño!

Asiento sin decir una palabra y, muerta de celos, salgo disparada hacia el baño. ¿Desde cuándo voy tan desencaminada con un tío? ¿Cómo pude llegar a pensar que le gustaba? Desde luego no soy su tipo, a él le van más las tías como Jenny Clause o como la de hoy: rubias, altas, con un cuerpo de morir y guapísimas.

«¡Que se vaya a la mierda! Paulita, que tú vales mucho, no te hundas», intento animarme a mí misma, pero tengo ganas de llorar y debo respirar profundamente durante varios minutos hasta lograr tranquilizarme.

No vuelvo a verlo hasta las seis menos cinco, cuando pasa por delante de mi despacho y a los dos minutos está sonando mi teléfono. Es él.

—Venga aquí —me ordena.

Cuelgo sin contestarle y obedezco.

—¿Ha surgido algo durante mi ausencia? —me pregunta cuando entro. Tiene los ojos fijos en el ordenador y no se digna a mirarme.

—Nada. —Soy muy escueta, estoy muyyyy enfadada con él.

—Siéntese, tenemos trabajo.

¿Cómooooo? ¿Ahora tenemos trabajo? Estoy segura de que con esa

petarda no ha ido a supervisar ningún anuncio y ahora quiere que me quede... éste no me conoce.

—Lo siento, hoy no puedo hacerlo —le suelto más ancha que larga.

—Le advertí que la quería disponible dentro y fuera del horario de trabajo y, si no recuerdo mal, dijo estar disponible al ciento por ciento. Demuéstrelo entonces. Necesito que me prepare una documentación — intenta intimidarme con la mirada, pero hoy lo lleva claro.

—Llevo todo el día aquí; si tan importante era, podía habérmela pedido y ahora la tendría preparada. Lo siento, pero no puedo quedarme, hasta mañana —le digo tozuda a pesar de que recuerdo perfectamente esa conversación. Me giro y, con todo mi orgullo en cabeza, me dirijo a la puerta.

Con lo que no cuento es con su rapidez y, en apenas unos segundos, lo tengo cogiéndome del brazo haciendo que me gire.

—No me provoque, necesito esta documentación ahora. —Está tenso y cansado y, a pesar del cabreo monumental que llevo, tengo la necesidad de ser el descanso del guerrero, de ser el hombro donde pueda apoyarse. ¡Tanto genio para nada! ¡Blanda! ¡Que soy una blanda!

—Muy bien, pero antes tengo que hacer una llamada.

Y como una cosa no quita la otra, decido seguir el consejo de mi amiga Laura a ver qué pasa, así que vuelvo a mi despacho y, sacando el móvil, finjo hacer una llamada que sé que puede oír perfectamente desde el suyo, estamos prácticamente solos y hay mucho silencio.

—John, cielo, ¿qué tal? Tendremos que aplazar lo de hoy. —Guardo silencio a propósito y luego continúo—. Lo sé... pero tengo trabajo. Te llamo luego. Un beso. —Y cuelgo.

Llevo un suéter con un amplio escote en V, y la manga tiende a caerse a un lado, dejando el tirante del sujetador al descubierto, así que aprovecho y, antes de entrar en su oficina, me lo bajo un poquito para provocar que se vea el tirante de encaje. ¡Éste suda sangre hoy!

Y, ¡zas!, cuando entro en su despacho de nuevo la vista se le va directa al tirante. «¡Jódete, Philip! —pienso eufórica—, ¡mira lo que te pierdes!

—¿Qué necesita, señor Jones? —le pregunto levantando el mentón.

—Tradúzcame esto y búsqume la documentación de la cuenta de Arnold Weth —me ordena cabreado con el ceño fruncido.

—Muy bien. —Miro la cantidad de folios que me tiende y todas mis buenas intenciones se esfuman. ¡Me lo cargo! ¡Hoy me lo cargo! Me giro

echando humo para volver a mi despacho cuando me freno en seco al oírlo.

—¡Aquí!

Y a pesar de que sé que odia que resople, cojo aire y lo suelto ruidosamente. ¡Como me diga algo, me lo cargo! Por suerte para él, se calla, librándose del sopapo monumental que le hubiera atizado como hubiera osado decir algo.

Trabajo muy de prisa; de repente tengo muchas ganas de irme y mis dedos vuelan sobre el teclado y, a pesar de tener toda mi concentración puesta en la pantalla del ordenador, lo veo por el rabillo del ojo apoyándose en el respaldo de la silla observándome fijamente.

—¿Tiene prisa? Porque yo no, y tengo trabajo de sobra para los dos.

—Señor Jones, a pesar de que recuerdo perfectamente todo lo que le dije, no puede atarme a una silla y llenarme de trabajo siempre que le plazca —le espeto en un siseo.

—Puedo hacer lo que quiera; no haber aceptado el puesto si no estaba capacitada.

—¡Aquí tiene! —le digo echando humo—. Aquí tiene la dichosa traducción y la documentación de Weth, me marchó.

Y antes de que pueda cogerme o decirme algo, salgo de su despacho como una exhalación. Me sigue y, apoyándose en el marco de la puerta, me mira descaradamente mientras apago mi ordenador y me pongo la chaqueta.

—¿Quién es John?

—No creo que eso a usted le importe; apártese, por favor, quiero irme a mi casa.

—No hasta que me contestes —pronuncia con voz contenida, tuteándome.

—Un amigo, y ahora ¡apártate!

—¿Te acuestas con él? —me pregunta sin moverse un centímetro.

Lo miro flipada; si me pinchan, no sangro. ¿De verdad me ha preguntado si me acuesto con él? ¿Cómo se atreve?

—¿Pero a ti que te pasa? ¿Ya no recuerdas lo que me dijiste? Porque yo lo recuerdo perfectamente. Apártate, Philip, y no te metas en mi vida. —Estoy que me subo por las paredes. ¿Le he preguntado yo si se acuesta con esa rubia?

Suena su teléfono; ni lo mira, no aparta su mirada de la mía, pero el

teléfono insiste y al final tiene que cogerlo.

Aprovecho esos minutos para escabullirme y empezar a bajar por las escaleras, no voy a esperar a que llegue el ascensor, pero aun así él me alcanza y, cogiéndome del brazo, me frena en seco.

—¿Adónde te crees que vas? La empresa está cerrada, sólo puedes salir por el parking.

Y antes de que me dé tiempo a contestarle, me sorprende al cogerme la mano y empezar a bajar los escalones casi de dos en dos; prácticamente me lleva a rastras y tengo que concentrarme como nunca para no caerme.

—¡Quieres parar, imbécil! Vas a hacer que me caiga. —¡Mierda!, le he llamado imbécil.

Se gira de repente e instintivamente me acerco a la pared como si pudiera fundirme en ella y desaparecer, su mirada me intimida... ¿Y ahora qué? Se mueve lentamente pegando su cuerpo al mío. ¡Ay, Señor, que me da algo! Estoy nerviosa, excitada y enfadada.

—¿Qué me has llamado? —me pregunta cogiendo mis manos y apoyándolas en la pared por encima de mi cabeza, entrelazando sus dedos con los míos; está poniéndome a mil y tengo que morderme el labio para no soltar un gemido monumental.

—No puedes hacer esto, no puedes pedirme algo que tú olvidas continuamente —murmuro.

—Puedo hacer lo que quiera —me responde con voz ronca haciendo que mi sexo se contraiga de anticipación.

Me mira con deseo apretándose aún más a mí y, acercando su boca a mi oreja, me da un leve mordisco que tiene un efecto inmediato sobre mi sexo, estoy empapada y anhelante.

—Puedo hacer lo que quiera, Paula —me repite en un susurro mientras no deja de excitarme con sus mordiscos. Siento cómo sus labios descienden despacio hasta mi cuello, dejando un reguero de besos a su paso, y suben torturadoramente hacia mi boca, donde atrapa mi labio inferior al igual que hice yo con el suyo y gimo por fin sin poder evitarlo.

—No tienes ni idea de cómo te deseo, nena —susurra de nuevo con sus labios a escasos centímetros de los míos.

Pero entonces mi orgullo sale de donde sea que estuviera escondido para posicionarse en primera línea, ¡mierda de orgullo!, y recuerdo que ha estado con esa rubia y lo aparto de un empujón, enfadada.

—¿Pero tú qué te crees? Te estás equivocando conmigo, Philip —le

espeto enojada—. Te recuerdo que esta mañana te has largado con esa rubia... y ahora qué quieres, ¿echarme un polvo en las escaleras? ¿Primero la rubia y luego la morena?

—¿De verdad crees que soy ese tipo de hombre? —me pregunta cabreado apartándose de mí.

—Sólo digo lo que veo; si quieres, me llevas a mi casa, ya sabes donde vivo, y si no, me voy sola, tú eliges, pero no vuelvas a tocarme mientras estés con otra.

Se gira y, sin mirarme, se dirige a su coche; subimos y hacemos el trayecto en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Llegamos y me encamino a mi casa sin mirar atrás.

Capítulo 10

Por fin es sábado y, al igual que la semana pasada, me dedico a limpiar un poco; durante la semana no tengo tiempo de hacer nada y de nuevo tengo el piso que da vergüenza; además, esa actividad me ayuda a pensar. Me pongo cardíaca cada vez que recuerdo el momento de las escaleras. ¡Maldito orgullo de las narices! Si no fuera tan orgullosa, anoche me hubiera acostado con él seguro y no estaría lo frustrada y enfada que estoy ahora. ¿Por qué no seré más facilona?

Esta vez no me acuesto y ceno un poco antes de vestirme; paso de emborracharme de nuevo; una y no más, santo Tomás. Me ducho y pongo especial esmero en arreglarme: elijo un esmoquin negro; los pantalones son muy ceñidos y la americana, muy escotada, insinuando el encaje del sujetador. Elijo los *stiletto*s rojos a juego con la cartera de mano y el pintalabios. Dejo mi melena suelta y me gusta, me veo sexi.

Llaman a la puerta y salgo disparada, ¡qué ganas tengo de salir, por Dios! Pero me quedo de piedra cuando, al abrir, a quien encuentro es a Philip, guapísimo y vestido de negro también; todavía tiene el pelo mojado por la ducha y tengo que obligarme a cerrar la boca. ¡Qué hombre, Diosssss!

Su mirada descarada recorre mi cuerpo de arriba abajo y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no dejarme intimidar.

—¿Necesitas que me dé la vuelta? Por delante creo que ya lo has visto todo —le digo con guasa.

—Yo creo que no —me contesta devorándome con la mirada—, creo que aún hay mucho por ver.

—¡Venga, Paulita! ¿A qué esperas? —me grita Charlie desde su coche, aparcado en la acera de enfrente.

No sé si Philip va con ellos o en su coche, pero yo tengo claro con

quién voy y, cuadrando los hombros, me dirijo al coche de Charlie cuando me sorprende al cogermelo del brazo.

—Tú te vienes conmigo —me ordena de nuevo.

—No, gracias, prefiero ir con Charlie, con él llego seguro —le digo pinchándole en una clara alusión a cuando me hizo bajar de su coche.

—Te aseguro que conmigo llegas seguro... y más de una vez —susurra con voz ronca despertando todas mis terminaciones nerviosas. ¿Por qué de repente parece que estamos hablando de sexo? Además, ¡que utilice ese tono también debería ser ilegal! ¡Con el cerebro medio derretido es imposible pensar con claridad!

Ve el coche de Charlie acercarse y, situándose a nuestro lado, nos dice sin darme tiempo a reaccionar:

—¡Nos vemos allí, preciosos! —Y arranca alejándose de nosotros. ¡Mierda, mierda, mierda!

—Ya ves, preciosa —me dice imitando a su amigo—, no tienes opción; no discutamos más y sube al coche —me pide acercándose a mí—. Paula, olvidemos lo de ayer, ¿quieres? No me gusta dar explicaciones, pero no es lo que piensas. —Por lo menos ya no soy la señorita Ferreño.

—¿Y qué pienso, Philip? ¿Y qué haces aquí? No sabía que venías.

—Charlie y yo somos amigos desde hace años, eres tú quien viene con nosotros —me corrige sonriendo—. Además, no me gusta que salgas sola por la noche... —añade atrapando mi mirada con la suya—... y, respecto a lo de ayer, te repito que te equivocas. Dejémoslo ahí.

—Creía que querías que nos apartásemos —murmuro.

—Sube al coche —me ordena sin contestarme.

Hacemos el trayecto en silencio. Le miro conducir de reojo, comiéndomelo con los ojos. Vestido de negro es el diablo, desprende sexo por los cuatro costados, y yo... así no puedo pensar, ¡coño! ¿Cómo voy a ir de digna con un tío como él, cuando lo único que mi cuerpo pide a gritos es que me empotre de nuevo contra una pared y lo retome donde lo dejamos ayer?

Por fin llegamos al Soho y bajo del vehículo sin mirarlo, porque, como lo haga, corre el riesgo de que le arranque la ropa y me lo tire en medio del parking. Respiro profundamente intentado calmarme y me dirijo a la puerta sin esperarlo cuando me sorprende al cogermelo la mano.

Me detengo y nos miramos en silencio, entrelazando nuestros dedos y provocando tirones de puro deseo en mi vientre. Definitivamente estoy

más que necesitada de sexo si puede hacerme sentir así solamente cogiéndome la mano. Su mirada me fascina, me pierdo en ella y nos encaminamos a la puerta agarrados de la mano. No hacemos cola, por supuesto, y nos dirigimos directamente a la zona vip, donde están nuestros amigos.

Los veo en la barra y le suelto la mano, no quiero que nos vean; ni yo misma sé por dónde vamos para encima tener que ir dando explicaciones.

Camino directa hacia ellos. Philip me sigue con la mirada, lo noto, siento sus ojos sobre mí, pero lo ignoro y continúo mi camino.

—¿Y esta tiarrona de dónde ha salido? —pregunta Charlie exageradamente haciendo que dé una vuelta sobre mí misma para verme bien vista—. Pero bueno, Paulita, cada día estás más guapa; estoy rodeado de bellezas, lástima que no queráis nada conmigo —comenta en tono divertido.

Tengo a Katia delante y no me pasa desapercibido su gesto... ¡uy, uy, uy, uy!, creo que a Katia le gusta Charlie, pero callo y finjo no darme cuenta de nada. Cogemos nuestras consumiciones y nos sentamos en un reservado para grupos. Philip se sienta delante de mí, mirándome descaradamente. «¿Está provocándome?», me pregunto, pero entonces se acerca la modelo Jenny Clause y la invita a sentarse con nosotros.

¿Pero qué hace aquí? ¿No estaba en Nueva York? La miro alucinada; decir que es guapísima es quedarse corta; tiene un rostro perfecto y un cuerpo de infarto. Además, si no fuera porque Philip está completamente volcado en ella, hasta diría que es maja.

Estoy rabiosa y muerta de celos; el sábado pasado fue con Portia y hoy con ésta. ¿Por qué siempre tengo que terminar muerta de celos? ¡Y una mierda! Ni de coña me amargan la noche, ¡hasta ahí podríamos llegar! Así que me levanto y les digo que me voy a bailar. Katia y Danielle se apuntan en el acto y, sin mirar atrás, me dirijo a la pista.

Empezamos a bailar y, como siempre ocurre cuando me dejo llevar por la música, todas mis preocupaciones desaparecen. Empieza a sonar *Demons*,^[9] de Imagine Dragons, y estoy a punto de gritar... ¡cómo me gusta! A ésta le siguen varias canciones más, unas las conozco y otras no, pero me da igual, bailo olvidándome de Philip, de Portia y de Jenny... hasta que me sorprende al sentir unas manos sobre mi cintura, me giro y lo veo. ¿Qué hace?

Me aprieta a su cuerpo posesivamente; encajamos a la perfección y

olvido todo mi enfado y a todos los que nos rodean; ahora somos él y yo y, sin darnos cuenta, estamos bailando de nuevo.

Parece que me esté haciendo el amor sólo con mirarme, devorándome sin apenas tocarme. Tengo los ojos fijos en su boca, en esos labios que me muero por besar, y llevo mis manos a su cuello, acariciádoselo y apretándome más a su cuerpo, sintiéndolo por fin y sin poder creer que esté con él, que mis sueños estén haciéndose realidad.

Se separa unos centímetros de mí... ¿se marcha otra vez? Gracias al cielo siento cómo entrelaza sus dedos con los míos y me arrastra fuera del pub hasta donde está aparcado su coche. Se gira y quedamos frente a frente; respiramos agitados y por fin unimos nuestros labios en un beso exigente, casi brusco, con la necesidad y deseo como únicos protagonistas. Su lengua se enreda con la mía y gimo en su boca; estamos descontrolados y hambrientos el uno del otro y me aprieto a su cuerpo; está duro como una piedra y me froto sobre su enorme erección arrancándole un gemido y volviéndonos locos. ¡Diosssss!, creo que voy a correrme allí mismo de lo excitada que estoy. Necesito tenerle dentro de mí, mi cuerpo lo reclama y nuestras bocas son incapaces de separarse; si fuera posible, saldría humo de nuestros cuerpos.

Oigo sonar su teléfono; al principio no le hace caso y continúa su asalto a mi boca mientras con su mano acaricia mi pecho, pero frente a la insistencia lo coge. ¡Mierda! ¿Quién será?

Hago el amago de apartarme para darle un poco de privacidad, pero me lo impide cogiéndome de la mano de nuevo posesivamente y derritiéndome con ese simple gesto.

—Dime dónde estás... No te muevas de ahí, llego en cinco minutos. — Tiene el cuerpo en tensión y su rostro es una mezcla de rabia y ¿preocupación?

—Ha surgido un imprevisto, tengo que marcharme, lo siento, nena, dile a Charlie que te lleve a casa —me dice soltándome la mano y entrando en su coche.

Arranca y se marcha dejándome sola en medio del parking hecha un flan... ¡menudo morreo en toda regla acaba de darme! ¡¡¡Eso es besar, coño!!! ¿Con qué clase de nenazas he estado hasta ahora? Necesito calmarme, estoy sobreexcitada y me dedico a inspirar y expirar dejando que el aire frío enfríe mi cuerpo, pero eso es como me informa soltándome pedir a unas cuantas gotas de agua que apaguen un incendio.

Además, ¿quién le habrá llamado? ¿Y qué le habrán dicho para cabrearlo así? ¿O estaba preocupado? Nunca sé descifrar su rostro, es tan hermético... Miro el pub, podría quedarme y continuar bailando hasta las tantas, pero ya no tengo ganas y entro para despedirme. Todos me han visto irme con él y dejan sus preguntas para otro momento; aun así, Charlie se empeña en llevarme a casa. Le insisto en que puedo coger un taxi, pero es muy cabezón y al final acepto aunque le ruego con la mirada que no pregunte, no tengo ni idea de en qué punto estoy con Philip ni sé qué ha pasado para que se largue así.

Hacemos el trayecto en silencio y, cuando llego a mi casa, me voy directa a la cama. ¿Qué habrá sucedido? Estoy preocupada pero no quiero llamarlo; sabe dónde vivo y tiene mi teléfono, que sea él quien mueva ficha.

El domingo me llama Katia para decirme que viene a mi casa, así que me preparo para su interrogatorio. No me vendrá mal desahogarme y a estas alturas está bien claro que hay algo entre nosotros, aunque ese algo ni siguiera yo sepa qué es.

—Hola, cariño —me saluda Katia.

—Hola, Katia, pasa. ¿Quieres tomar algo?

—No, cielo, solamente he venido a ver cómo estabas; cuando te marchaste anoche hacías muy mala cara. ¿Qué pasó, cariño?

Y entonces, como si necesitara vomitarlo todo, me desahogo y le cuento la historia desde el principio, desde mi decisión de venir a Sídney a trabajar hasta lo ocurrido anoche. Katia no me interrumpe, oye y asiente de vez en cuando y, cuando termino, me doy cuenta de que la he dejado sin palabras.

—Menuda historia, Paula. ¿Philip lo sabe?

—No, y no se lo digas, por favor; necesito que esto quede entre tú y yo, te lo ruego; no tengo ni idea de dónde nos llevará esto, si es que llega a algo, y no quiero que crea que estoy loca.

—Tranquila, no voy a decirle nada, pero es la primera vez que Philip está con alguien del trabajo, nunca ha mantenido más que una relación de amistad con trabajadores suyos, supongo que tú también le has vuelto un poco loco.

Le sonrío, me gusta lo que oigo, pero creo que ha llegado el momento de hablar de ella y de Charlie, así que, aprovechando el momento de confidencias, le pregunto directamente.

—¿Y qué pasa con Charlie? ¿Te gusta, verdad?

No necesito oír su respuesta para saber que sí, su cara la delata y con una media sonrisa me lo confirma.

—Te has dado cuenta... decir *gustar* es quedarse un poco corta, pero para él sólo soy una preciosa más, no creo tener ninguna posibilidad con él.

»Charlie, y perdón por lo que te voy a decir, es como Philip, no quiere atarse a nadie; hoy está con una y mañana, con otra, por eso no me gustaría que te pillaras mucho por él... al final te hará daño y ya has arriesgado demasiado. Paula, diviértete, disfruta, pero no te enamores.

—Creo que eso no se elige; si no, mírate a ti. —Ambas sonreímos sin hacerlo de verdad.

Al final Katia se queda a cenar en casa y me doy cuenta de cómo echaba de menos esos momentos de confianzas «sólo chicas», en los que los hombres, para bien o para mal, son el eje central de la conversación; además, me siento muy a gusto con ella, está convirtiéndose en mi mejor amiga aquí.

Capítulo 11

Llega el lunes y me levanto más temprano de lo habitual; quiero llegar pronto, me muero de ganas de verlo. Ayer no me llamó y estoy que me subo por las paredes por saber en qué punto estamos... ¿Volveré a ser la señorita Ferreño? ¡No, por favor! ¡Más señorita Ferreño no!

Miro qué día hace por la ventana; hoy brilla el sol y opto por un vestido corto, botas, mi bolso bandolera cruzado y una chaqueta de piel.

Llego puntual y sin perder tiempo entro en mi despacho, dejo mis cosas y termino de concretar su agenda; estoy a punto del infarto, ¿qué pasará ahora? Tengo el corazón en la garganta, estoy tan nerviosa que siento hasta náuseas. «¡Tranquilízate!» ¿Desde cuándo pierdo tanto el control por un tío? «Es que no es un tío cualquiera... es Philip... es mi hombre...», le recuerdo a mi subconsciente, que parece haberlo olvidado. Cojo aire profundamente y entro en su despacho.

Está sentado mirando por la ventana, se gira y hace muy muy mala cara; parece cansado, disgustado y enfadado. ¿Qué habrá pasado? Me muerdo la lengua y reprimo las ganas de rodearlo entre mis brazos; la verdad es que no tengo ni idea de cómo actuar en estos momentos.

—Buenos días —le digo en un susurro.

Me mira descaradamente, recorriendo mi cuerpo con su mirada y calentándolo a su paso. ¿Cómo puede hacerme sentir así con tan sólo una mirada? Pero de repente endurece la expresión y aparece de nuevo el jefe frío y distante de siempre.

—Busque el teléfono del abogado Thomas Sanders y, si puede venir hoy, ajuste mi agenda, es importante reunirme con él —me ordena con la voz acerada.

—Ahora mismo. —Y me dirijo más tiesa que un palo hacia mi despacho.

¿Eso es todo? ¿Tantos nervios para esto? ¿De verdad vamos a actuar como si el sábado no hubiera pasado nada? No puedo creerlo...

Llego a mi despacho echando humo; decir que estoy enfadada es quedarse corta, muy corta, a éste le pondría la canción *María*,^[10] de Ricky Martin... ¿Pretende volverme loca? Uyyyyyy, este tío no me conoce, vaya que no... se acabó, de verdad que se acabó... estoy harta de sentirme una marioneta entre sus dedos; ahora sí, ahora no, ahora Paula, ahora señorita Ferreño... En estos momentos soy como un toro de Miura... ¿Qué digo?, un toro de Miura es un gatito dócil a mi lado; como alguien me diga algo, le arranco la cabeza, ¡por mi madre que se la arranco!

Hago lo que me ha pedido maltratando mis papeles y cualquier cosa que se me ponga a tiro y concreto la visita con el abogado a las once.

—Señor Jones, Thomas Sanders vendrá a las once, ¿necesita algo más? —le pregunto con frialdad.

—Nada. —Y cuelga. Genial... esto es genial.

Oigo unos tacones acercarse; tengo la puerta del despacho abierta y levanto la mirada. Soy cotilla por naturaleza y veo pasar a la misma rubia del viernes. Miro la hora, son casi las once, y a las once en punto llega Thomas Sanders. Suena mi teléfono, es él.

—Señorita Ferreño, no estoy para nadie, sea quien sea. ¿Lo tiene claro?

—Por supuesto —respondo cortante antes de que me cuelgue.

Se hace la hora de comer y todavía están allí encerrados; estoy tan intrigada que tengo la tentación de coger un vaso y pegarlo a la pared, como en las películas. ¿Qué habrá pasado para que esté tanto tiempo reunido con su abogado? ¿Y quién es ésa? ¿Y por qué está ella con Philip y su abogado? Demasiados interrogantes para ninguna respuesta. Tengo hambre, estoy cansada y enfadada, así que mejor me largo a comer a ver si puedo despejarme un poco, que falta me hace.

Llego a la cafetería y me siento con las chicas y Charlie; hago mala cara y se nota a la legua.

—Preciosa, ¿puede saberse qué te pasa? —me pregunta Charlie.

—Nada, sólo que necesito relacionarme con gente fuera de estas cuatro paredes. —No es eso, por supuesto, pero no voy a contarle nada de Philip y creo que uno de mis problemas aquí es ése, me siento muy sola y estoy demasiado obsesionada con él.

—Eso tiene solución, cielo —interviene Katia—. Esta tarde, cuando

salgamos de trabajar, te vienes conmigo, he quedado con unos amigos para tomar algo.

—Katia, no quiero que te veas obligada a sacarme de paseo —le respondo con una sonrisa.

—¡Qué tonta eres! Te considero ya mi amiga; vas a venir conmigo y no se hable más —me dice guiñándome un ojo.

—Yo también me apunto —suelta Danielle—; no he quedado con nadie y tengo ganas de salir un poco.

—¿Me estáis dejando fuera? Yo también voy. ¿Adónde vamos, preciosas?

Al final todos nos reímos, menuda le hemos liado a Katia en un momento. Charlie va a revolucionar a sus amigos.

Cuando llego a mi despacho, no oigo nada en el suyo; supongo que estará comiendo. Tengo clara una cosa: hoy termino a las seis fijo, y dejo para última hora mi reunión con maquetación. Ya empiezo a pillarle el truco y, si quiere que me quede a trabajar, me llamará a ultimísima hora, ¡lástima que no me pillaré!

Lo veo llegar a su despacho a las cuatro y media, pero no me llama ni me pide nada y a las cinco y media estoy cogiendo mi chaqueta, el bolso y toda la documentación y encaminándome hacia maquetación; está abajo, o sea que me viene de perlas, más cerca de la puerta, pero antes me asomo al despacho de Katia y le cuento por encima lo que voy a hacer.

—Mis labios están sellados, te esperamos a las seis en la puerta de la cafetería de enfrente —me dice guiñándome un ojo.

Bajo a maquetación y empiezo a explicarles la idea de Philip y cómo debe ser el resultado final; aclaro todas sus dudas y a las seis doy por finalizada la reunión y salgo disparada, saludo a Dani y me despido de ella sin llegar a pararme.

Llego la primera, *of course*, y mientras los espero pienso en apagar el móvil, pero al final no lo hago, tampoco quiero pasarme. A los pocos minutos llegan Katia, Dani y Charlie. Miro a Katia nerviosa; si Philip me ha buscado, sé que le habrá preguntado a Katia, así que, aprovechando que Charlie va charlando con Dani, se lo pregunto en voz baja.

—A las seis menos cinco Philip me ha llamado preguntando por ti. Paula, está muy cabreado, te aviso. Le he dicho que te había visto salir con varias carpetas y creía que habías ido al despacho de Ben; como está en dirección contraria a maquetación, es lo único que se me ha ocurrido.

Cielo, no lo provoques, que Philip tiene muy mal genio.

—Ya lo sé, Katia, pero no puede hacerme esto, me tiene harta con sus cambios de opinión, hoy prácticamente no me ha dirigido la palabra; además, ¿quién es ésa?

—No lo sé, y ahora calla, que Charlie se percata de todo y son amigos.

Llegamos al pub donde Katia ha quedado con sus colegas, tres chicas y dos chicos; son muy majos y congeniamos en seguida. ¡Cómo echaba de menos quedar con amigos después del trabajo! Observo a Charlie, que no le quita la vista de encima a Katia. ¡OMG!^[11] ¡Aquí hay tema que te quemas! ¡Cómo no puede darse cuenta Katia? Sin embargo, callo y sonrío feliz, me gustan mucho los dos y ojalá se den una oportunidad.

Una cerveza lleva a la otra y yo, que no soy de beber, con tres cervezas ya voy venga la risa, algo que me viene de perlas para acallar mi mala conciencia por lo que he hecho. Suena mi teléfono, pero no me da tiempo a cogerlo y, cuando lo hago, veo que tengo cinco llamadas perdidas de un número que no conozco. ¡Mierda! ¡Seguro que es Philip!, pero, en vez de preocuparme, me da por reírme. ¡Creo que voy medio borracha! Sé que la voy a cagar pero bien, pero no puedo evitar hacer lo que voy a hacer. ¡Madre, qué cabrona soy! Además, se lo tiene merecido.

—Charlie, cielo, llama al teléfono éste que no ha dejado de llamarme y dile que eres mi secretario, que yo no puedo atenderlo, que estoy muy ocupada bebiendo cerveza.

Katia empieza a descojonarse, madre la que vamos a liar, y Charlie, que tonto no es y se huele quién es el de las llamaditas, coge el móvil y, siguiéndome el juego, marca y pone el manos libres.

Un tono, dos, tres...

—Paula, ¿dónde coño estás?

¡Uyyyyyyyy, qué cabreado está!

—Lo siento, no soy Paula, evidentemente; soy su secretario. A Paulita la tenemos muy ocupada bebiendo cervezas.

—Mierda, Charlie —vocifera Philip—, ¡quita el manos libres, capullo!

No puedo parar de reírme a pesar de saber que estoy metiendo la pata hasta el fondo, ¡cómo lo tengo calado!

Veo asentir a Charlie, que me mira haciendo caras de cabreo mientras escucha lo que Philip está diciéndole.

—Prepárate, Paulita, Philip está muy mosqueado y viene a por ti — me advierte colgando el teléfono.

—¿Quéeee? ¿No será verdad? ¡No pienso irme a trabajar ahora! — suelto enfadada.

Éste no me amarga la tarde, con lo bien que me lo estoy pasando. Acabo mi cerveza y decido que quiero probar una que he visto con sabor a fresa, así que me voy a la barra a por ella y, a poder ser, que esté bien fresquita; tengo mucho calor y me desabrocho los primeros botones de mi vestido, ¡prepárate Philip!

—Paula. —No me grita, utiliza ese tono que hace que me pare en seco; si no estuviera tan borracha, me acojonaría, pero, como sí lo estoy, me da por reírme.

—¡Hola, Philip! ¿Una cervecita? —le pregunto a punto de descojonarme de nuevo, y le tiendo la mía. ¡Demonios, qué cabreo lleva!

—Vámonos —me ordena.

—¿Vámonos? —le pregunto—, ¿adónde? Ahora no quiero traducirte nada, aquí estoy muy bien. Además, he hecho amigos nuevo, ¿quieres conocerlos? —le pregunto guiñándole un ojo.

Está que muerde y, cogiéndome la mano, me arrastra hasta la salida del pub. Charlie el traidor le acerca mi chaqueta y mi bolso y me da tiempo justo a levantar la mano para despedirme de mis nuevos amigos.

Me lleva directa a su coche y, como el aire fresco me ha venido de miedo para espabilarme, me suelto de su mano y encarándome a él libero toda la frustración que he venido acumulando durante todo el día.

—¿Pero a ti qué te pasa? —le pregunto levantando la voz—. No puedes sacarme de un pub a rastras donde, por cierto, me lo estaba pasando de miedo, ni puedes tenerme todos los días trabajando hasta las tantas.

—Que sea la última vez que huyes de mí, te dije que quería tenerte siempre localizada —me brama furioso—. ¡Te he llamado cinco veces, coño!

—¡Que no esté en mi despacho no quiere decir que no esté en la empresa, estaba en maquetación! —le grito también furiosa.

—¿Y para qué tienes el teléfono?

—Lo siento, no lo he oído. —Y es verdad, no me he enterado.

—Mierda, Paula... cogiste la chaqueta y el bolso para irte a maquetación y no tener que volver al despacho, llamaron los de

Promesses y no estabas.

—Philip... lo siento... ¿Con quién han hablado? —murmuro en un hilo de voz. ¡Mierdaaaa!

—Con Ben —me dice casi mordiéndome—. ¿Por qué te has largado así?

—Sólo quería salir a tomar algo; desde que he llegado aquí apenas he hecho otra cosa que trabajar; no tengo amigos y necesito llenar ese hueco, pero es complicado si termino todos los días tardísimo.

»Tengo un horario que puedo ampliar sin problemas, pero también tengo una vida. Tú quieres que me aleje de la tuya, así que eso hago. —Mi voz ha sonado triste, nunca pensé que sería tan complicado.

—Creo que el sábado cambiaron bastante las cosas entre nosotros, ¿no crees? —me pregunta guardando silencio de nuevo—. Dime que no te has largado porque hoy te he tratado como mi secretaria, no me hagas arrepentirme de la decisión que tomé el sábado.

¡¡¿De qué decisión habla?! ¡¡Oh, mierdaaaa!! Siento cómo la tierra se abre bajo mis pies. ¡¿Cómo he podido cagarla tanto tantísimo?! Nos miramos en silencio, tengo la lengua pegada al paladar y soy incapaz de contestarle.

—Vuelve al pub —me dice mientras se dirige a su coche—, creo que estabas pasándotelo de miedo.

—No te vayas, Philip. —Mi voz suena más que desesperada.

—No vuelvas a casa sola, que Charlie te lleve.

Y subiendo a su coche, me deja en medio de la acera hecha puré.

Debería volver al pub y emborracharme, o también podría obligar a Charlie a decirme dónde vive y plantarme en su casa para pedirle perdón por haberme comportado como una cría, pero no voy a hacer nada de eso, me voy a mi casa a torturarme hasta decir basta. Empiezo a andar hacia el metro, hace un frío que pela y me subo el cuello de la chaqueta. ¡Seré imbécil! ¡Imbécil, imbécil, imbécil!

—¡Paula, para! —me grita Charlie mientras corre hacia mí.

—Vuelve al pub, Charlie —le digo sin mirarlo y sin dejar de caminar; tengo ganas de llorar y no me apetece estar con nadie.

—Para, preciosa, quiero conservar mi puesto de trabajo y también a mi amigo.

—¿Cómo? —¿Pero qué dice este chalado?

—Philip quiere que te lleve a casa, me ha llamado porque sabía que

no vendrías a pedírmelo.

—¿Philip te ha llamado para pedirte que me llevaras a casa? —Estoy alucinada, este hombre no deja de asombrarme, ¿pero a él que más le da cómo regrese a mi casa?

—Vete, Charlie, en serio; dile si quieres que me has llevado, pero no hace falta, puedo volver sola.

—Paula, no me lo pongas difícil, es mi mejor amigo y no voy a dejarte en paz hasta que me dejes llevarte.

Lo miro cansada, ¡será posible!, pero no tengo más ganas de discutir.

—Anda, vamos, preciosa. —Y cogiéndome por la cintura me lleva hasta su coche.

—¿Qué pasa entre Philip y tú? Y quiero la verdad, Paulita —me pregunta arrancando e incorporándose a la circulación.

—¿Te llama para que hagas de niñera y no te dice lo que pasa? Vaya mierda de amigo tienes.

—Philip es muy discreto para ciertos aspectos de su vida y de ti no suelta prenda, y no será por no preguntarle.

Lo miro arrepentida por el tono que estoy teniendo con él. Charlie no tiene la culpa de mi enfado y sé que quiere ayudarme.

—Charlie, ni yo lo sé, no dejo de meter la pata con él y voy completamente perdida.

—Paula, Philip es amigo mío desde hace mucho tiempo y a ti te conozco desde hace cuatro días, pero te he cogido cariño y no quiero verte sufrir. Escúchame: que nunca haya estado con nadie del trabajo y ahora esté contigo no significa que vaya a cambiar, lo conozco y sé que no quiere ninguna relación estable, se niega en redondo a atarse a nadie. —Me mira y veo compasión en sus ojos—. No esperes de él más de lo que pueda darte si no quieres terminar llorando por los rincones.

—¿Nunca ha tenido novia? —«¿Cómo puede ser?»

—Paula, piénsalo bien ahora que estás a tiempo, no quiero verte sufrir y Philip termina produciendo ese efecto; todas quieren cambiarlo y a todas las acaba dejando cuando la cosa se enreda demasiado: apártate de él, preciosa.

—Eso mismo me pidió él, que me apartase, pero no puedo, Charlie.

Y es verdad, pedirme que me aparte de él es como pedirle al sol que deje de brillar; mi cuerpo reacciona al suyo instintivamente y sólo me siento completa cuando estoy cerca de él.

—Avisada estás, preciosa.

—¿Y qué pasa con Katia, precioso? ¿Tú también eres de los que no quieren nada con compañeros de trabajo? —indago cambiando de tema.

Me mira flipando y empieza a reírse.

—¿Pero qué dices?

—Sabes muy bien lo que digo, precioso. Te he visto mirándola en el bar; igual iba un poco bebida, pero mis ojos funcionaban perfectamente.

—Déjalo, Paula —me pide obstinado.

—No, hemos hablado de Philip y de mí, y ahora te toca a ti.

Suspira y me mira con una media sonrisa.

—Me gusta, ya lo sabes... y ahora calladita, ni se te ocurra contarle nada.

—¡Lo sabíaaaaa! ¿Y a qué esperas para lanzarte?

—No voy a hacer nada, Paula. Yo tampoco quiero relaciones y tener algo con Katia sería muy complicado, sobre todo cuando lo dejásemos; vernos todo el día sería muy incómodo y me gusta tenerla como amiga.

—Entonces es que tanto Philip como tú sois unos estúpidos. ¿Qué problema tenéis con las relaciones?

—Posiblemente seamos unos inmaduros, o nos gusta nuestra vida tal y como está y no nos apetece cambiarla.

Llegamos a mi casa, para el coche y me mira de nuevo con seriedad; me sorprende su tono, estoy acostumbrada al Charlie guasón con la sonrisa permanente en la cara y esta noche estoy conociendo otra faceta suya.

—Piensa en lo que te he dicho, preciosa.

—Lo haré; gracias, Charlie, por todo. Eres un buen tío.

—De nada. Buenas noches.

Cuando entro en mi casa, me voy directa a la cama, no tengo hambre y paso de la cena. ¿Por qué Philip es tan complicado? ¿Por qué no quiere tener ninguna relación? No es que quiera casarme con él... todavía... pero a mí sí me gusta tener pareja.

Capítulo 12

El martes vuelve a estar soleado, aunque en mi interior está nublado; apenas he dormido y me duele la cabeza, así que me arrastro a la ducha. Al final opto por unos pitillos negros, una camisa a cuadros negros y rojos y mis botines negros; me hago una trenza ladeada, me maquillo y salgo de mi casa, hoy no estoy de humor para nada más.

Llego a mi despacho, dejo mis cosas y me encamino al suyo. Mejor no me pongo a pensar, si no puedo volverme loca, hoy más que nunca no sé por dónde cogerlo.

—Buenos días, señor Jones, aquí tiene la agenda.

—Buenos días —me responde y cogiendo la agenda que le tiendo empieza a revisar las reuniones del día—. Quiero que se quede para la reunión de Weth y tome nota de todos los puntos importantes; la tenemos a las cinco, esté localizable —me ordena y lo peor de todo es que lo ha dicho sin mirarme.

Me sumerjo en el trabajo y a la una y media me dirijo a la cafetería para comer con las chicas, que me bombardean a preguntas sobre lo que ocurrió ayer cuando nos fuimos; se lo cuento por encima, no tengo ganas de profundizar demasiado y de lo que hablé con Charlie no suelto prenda. Katia, que es la que trabaja más directamente con Philip, está alucinada.

—Lo que no entiendo es para qué vino a buscarte, si hablaron con Ben. ¿Dónde está el problema?

—Supongo que lo que más le molestó fue la forma en que me marché.

—Ahí tiene razón, cielo; aunque entiendo por qué lo hiciste, no debiste largarte así.

—Así, ¿cómo? —pregunta Dani, que no se entera de nada, la pobre.

—Cuando bajé a maquetación, lo hice con mis cosas para no tener

que volver al despacho; sabía que, si lo hacía, Philip necesitaría cualquier cosa y ya no podría salir con vosotras.

—Joder, pillaría el cabreo del siglo contigo.

—Ya te digo, para venir al pub... imagínate lo mosqueado que estaba.

—Ya se le pasará, no te preocupes —me dice Dani intentando animarme.

Me sorprendo al verlo entrar en la cafetería con Charlie; nunca lo había visto comer aquí. Él no me ve y aprovecho para observarlo. Le noto tenso; no sé qué le está diciendo Charlie, pero está cabreándolo. Le veo el ceño fruncido y me dan ganas de pasarle el dedo y alisárselo. ¿Por qué no paro de meter la pata con él? Al final dejo de observarlo y me centro en lo que está contando Dani.

Intento sumergirme en la conversación, pero, a pesar de mis esfuerzos por escucharla, mis pensamientos van a la suya y al final me pierdo; además, siento de nuevo cómo tira de mí esa cuerda invisible; intuía que me ha visto, noto su mirada sobre mí, pero no lo miro; mejor me marchó y empiezo a adelantar trabajo.

Me despido de las chicas, me aseo y vuelvo a mi puesto de trabajo; estoy sentada con una montaña realmente importante de carpetas delante de mí, pero soy incapaz de comenzar; me paso las manos por la cara y al final hundo mi cabeza entre mis brazos y cierro los ojos un momento; necesito silencio y evadirme un poco de esta situación que me ahoga y no sé por dónde coger.

Noto cómo me acarician la cabeza; estoy tan a gusto, quiero más, pero entonces me doy cuenta de que estoy dormida. ¡¡¡Me he dormido en mi despacho!!! Me despierto de un salto, ¡mierda!, y a mi lado está Philip mirándome con el ceño fruncido. ¿Me ha acariciado o lo he soñado? Lo he soñado fijo; con la cara de cabreo que lleva, no lo imagino acariciándome.

—¿Echando una cabezadita, señorita Ferreño? —me pregunta enfadado.

—Lo siento, no quería dormirme. —¿Se puede meter más la pata? Definitivamente sí, con él cada vez más y más. ¡Muy bien, Paulita! ¡Eres única, chata! ¡A ver qué es lo próximo!

—Vaya a lavarse la cara y haga el favor de despejarse, no la quiero medio dormida; luego venga a mi despacho.

«¡Imbécil!», me reprendo. ¿Cómo he podido dormirme? Me voy

directa al baño, me mojo la nuca y los brazos a pesar de que estoy completamente despejada, cojo aire y me dirijo a su despacho.

—Dígame —le digo cuando entro.

Se recuesta en su silla y me escruta fijamente; siento frío, parece un tempaño de hielo.

—Mañana a las cuatro mantendremos una reunión por videoconferencia con los de Promesses; necesito que coja su cuenta y termine de preparar toda la documentación que hay pendiente, además de realizar todas las llamadas que quedan por hacer. A las ocho tenemos programada la reunión previa con Charlie y Cindy, y tiene que estar todo preparado.

»No se marche sin dejarlo todo terminado y recuerde que a las cinco tenemos la reunión con Weth.

Llego de nuevo a mi despacho y miro desanimada mi mesa; tengo para horas si tengo que dejarlo todo listo y, cuando me doy cuenta, son las cinco; espero a que llegue Weth para pasar al despacho de Philip y, sólo cuando lo hace, entro y me siento dispuesta a tomar notas.

Y, como siempre, no puedo evitar disfrutar viendo a Philip: cuando trabaja, el hombre frío desaparece para dar paso a uno apasionado, brillante, concienzudo, con miles de ideas que transmite al cliente con tal entusiasmo que, al final, éste es capaz de visualizar la campaña sólo con sus descripciones. Lo miro de reojo fascinada, está guapísimo... pero ¿cuándo no lo está? Lleva unos chinos con una camisa blanca que se ajusta a su cuerpo de una forma que debería ser pecado. ¡Menudo cuerpazo tiene! Y mis recuerdos vuelan al sábado cuando nos besamos... fue exactamente como está siendo ahora, apasionado hasta decir basta. Recuerdo cómo nuestros cuerpos encajaron y empiezo a excitarme al recordarlo... Mmmmm, ¡qué calor! Y debo hacer verdaderos esfuerzos para centrarme de nuevo en la reunión que finaliza a las seis y media.

Vuelvo a mi despacho y empiezo a trabajar con rapidez; tengo mucho por hacer todavía y me viene de perlas para no pensar que estamos él y yo solos de nuevo. Me vuelco en las miles de cosas que aún tengo pendientes y me olvido de todo. Cuando acabo son las ocho y media y estoy molida, ¡menudo día! Termino de comprobarlo todo y me dirijo a su despacho.

Está a oscuras a excepción de la luz de la pantalla del ordenador. Levanta su mirada pero apenas puedo verle la cara; le tiendo las carpetas y con un «hasta mañana» me despido de él.

Estoy acabando de ponerme la chaqueta cuando lo veo llegar y apoyarse despreocupadamente en el marco de la puerta, con su chaqueta de piel puesta.

—¿Tienes hambre? ¿Has comido algo? —me pregunta con la mirada fija en mi cuerpo.

—Eso a usted no le importa, señor Jones —¿Después de dos días siendo la señorita Ferreño vuelve a tutearme? Noto mi cabreo crecer, mal vamos.

—Por supuesto que me importa, Paula; vamos a cenar —me ordena.

—Voy a dejárselo claro de una vez: estoy harta de sus indecisiones, odio que me besen y me magreen, como hizo usted el sábado, para que luego me ignoren hasta decir basta. Así que, para que le quede claro: no pienso subir a su coche, no pienso ir a cenar con usted y no pienso volver a olvidar que es mi jefe, ¿lo ha entendido o tengo que repetírselo de nuevo? —le pregunto hirviendo de rabia.

—Que yo sepa, tú también me besaste y me magreaste todo lo que quisiste —replica medio sonriendo sin moverse un milímetro—. Todavía recuerdo cómo te apretabas a mí. —Su voz ha sonado ronca y su mirada descarada me enciende, pero me hago la dura, tengo un orgullo de narices que ahora está empeñado en manifestarse.

—No sabe cómo me arrepiento, señor Jones —lo interrumpo.

—Eso no te lo crees ni tú, pero eres mi secretaria y en el trabajo serás la señorita Ferreño te guste o no y, como vuelvas a montarme un numerito como el de ayer, te pongo a traducir todo el puto archivo, ¿lo tienes claro?

—Clarísimo y, ahora, si su señoría me lo permite, me largo a mi casa, en metro —le suelto retándolo mientras salgo como un toro de Miura de mi despacho.

Me fulmina con la mirada y, cogiéndome del brazo, me lleva casi a rastras hasta el ascensor; entramos y le veo pulsar el botón para bajar al parking. ¿Pero este hombre está sordo? Yo pulso el botón de la planta baja.

—Ni lo intentes, la empresa está cerrada, sólo puedes salir por el parking —me indica con la voz acerada.

—Perfecto, saldré a pie, y no vuelva a cogerme nunca así del brazo o no respondo. —Mira que soy chula.

—Vienes en mi coche y te cogeré del brazo siempre que te comportes

como una cría —me espeta desafiándome con la mirada.

Se abren las puertas y, sujetándome fuertemente de la mano, me arrastra hasta su coche. Intento soltarme antes de llegar a él, pero me tiene firmemente asida. ¡Joder, qué fuerza tiene! Al final, como puedo, me suelto de un tirón y, encarándome a él, vomito todo lo que me corroe durante días.

—¿Se puede saber qué quieres, Philip? Sé cuando pasan de mí y tú llevas haciéndolo tres días. ¿Y ahora quieres cenar? —Así, chata, sólo te han faltado contar las horas y los minutos.

—¡No paso de ti, Paula, pero eres mi secretaria! Y en el trabajo te trataré como tal, te guste o no —me grita enfadado.

—¡El sábado también era tu secretaria!

—¡El sábado no estábamos trabajando, joder! ¿Tan difícil te resulta de entender? —Lo veo coger aire y soltarlo lentamente intentado recuperar el maldito control—. Oye... nunca he mezclado lo personal con lo profesional, jamás, pero contigo... no puedo dejar de desearlo, aunque sepa que no debo.

—¿Por qué, Philip? ¿Por qué no debes estar conmigo?

—Paula, me gustas y quiero follar contigo, pero no me van las relaciones, me gusta ser libre, sin ataduras, ¿lo entiendes? Al final tu querrás más y yo... no podré dártelo —me confiesa mirándome fijamente mientras se acerca a mí—. Por eso no debo estar contigo, porque sé que te lastimaré y te irás... y no quiero que lo hagas —afirma en voz baja.

Y a pesar de todo lo que me está diciendo, que es mucho, mi cerebro sólo es capaz de procesar que quiere follar conmigo, ¡por fin! ¡Ya era hora, majete! No te ha costado decidirte ni nada... pero entonces oigo una vocecita pedante y cargante dentro de mi cerebro recordándome que soy una romántica empedernida que siempre ha rechazado lo que está proponiéndome. ¡A la mierda!, en estos momentos me da todo igual y de un sopapo envío esa vocecita pedante al rincón más lejano de mi cabeza donde no pueda oírla y le contesto con una seguridad aplastante.

—Yo tampoco quiero ninguna relación, ni contigo ni con nadie, pero no comparto; si vas a follar conmigo, no quiero que folles con nadie más. Lo tomas o lo dejas. —¡Menuda bola acabo de soltarle! ¡Yo!, que soy el romance en estado puro.

—Lo tomo; sólo tú y yo mientras ambos lo queramos así. Sin sentimientos ni reproches.

—Hecho —le contesto como si termináramos de cerrar un trato.

—Sube al coche ya —me ordena con la mirada llena de deseo.

—¿Adónde vamos? —le pregunto excitada.

—A tu casa, voy a follarte hasta que pierdas el sentido. —Y arranca saliendo furioso del parking.

¡Madre míaaa! ¿De verdad vamos a acostarnos por fin? ¡No puedo creerlo! Siento cómo se humedece mi sexo solamente de pensar en todo lo que me espera. ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Por fin! Y, a pesar de que sé que he mentido como una bellaca con todo ese rollo de las relaciones, sin sentimientos y blablablá, no voy a dejar que eso me martirice ahora.

Conduce como un loco y llega en un tiempo récord a mi casa. Salimos del coche y me lleva de nuevo a rastras hasta el ascensor, entramos y en cuestión de segundos lo tengo encima de mí devorándome la boca y respondo gustosa a su asalto; mi lengua sale a su encuentro y pronto somos todo gemidos, pasión y manos tocando desesperadas el cuerpo del otro. Se abren las puertas y llegamos como podemos hasta mi piso; siento sus manos por todo mi cuerpo, su boca sobre mi cuello... y me cuesta la vida poder abrir la dichosa puerta. Entramos y perdemos por completo el control, prácticamente nos arrancamos la ropa. ¡Diossss, cómo deseaba hacer esto!, y llegamos a mi habitación casi desnudos.

Me tumba en la cama sin dejar de mirarme; me enciende que me mire así, en silencio, como si valorara por dónde empezar... Disfruto mirándolo, lleva sólo los *slips* y es tan sexi, tan increíble y yo... que tantas veces he soñado con esto, no puedo creer que por fin esté sucediendo, no puedo creer que el hombre que me miraba fijamente a través de las páginas de *Stylo* esté medio desnudo conmigo y sea todo mío... de momento.

—Eres perfecta, nena —murmura con voz ronca sin tocarme—, te comería entera.

—Hazlo. —Mi voz es un gemido de lo excitada que estoy.

Me quita el sujetador y luego el tanga y quedo desnuda ante él. No siento vergüenza; al contrario, quiero que me vea, que disfrute de mí.

—Joder... —Su mirada avariciosa recorre mi cuerpo calentándolo a su paso.

Me muero por verlo desnudo, por sentir su piel sobre la mía e, incorporándome, le quito los *slips*... ¡Ohhhhh! Me quedo sin palabras, ¿de verdad todo esto es para mí?

Nos miramos completamente encendidos sin tocarnos, respirando con dificultad.

—Philip, no necesito preliminares —le digo en un jadeo; como no me folle de una puñetera vez, no respondo.

—¿Tomas la píldora? —me pregunta con voz contenida.

—No. —Y no sé ni cómo he podido contestarle.

Lo veo sacar un condón de su cartera y ponérselo en cuestión de microsegundos. ¡Joder, eso es práctica y lo demás son tonterías! Nada de ver si es así o asá... ¡Cuánto tiempo perdido, Señor!

Se tumba encima de mí acoplándose entre mis caderas; siento su sexo en la entrada del mío, no puedo más...

—Philip... ¿a qué esperas? —le pregunto con un gemido.

—A que seas educada, nena. ¿Dónde te has dejado los modales? —me pregunta con voz contenida, excitándome aún más si es posible.

—¿En las bragas? —respondo jadeando y moviéndome buscándolo.

—Estate quieta —me ordena—. No pienso follarte hasta que me lo pidas por favor. Hazlo, sé educada —me ordena.

—Por favor —gimo—, por favor...

Y sin dejar de mirarme, accede a mi interior abrasándome a su paso. ¡Ohhhhh, Dios míoooo! Siento cómo mi cuerpo se adapta a él, quedando encajado dentro de mí. ¡Por fin! Estoy en el cielo... ¡que se pare el mundo para siempre!

—No sabes cómo he deseado esto... las veces que he soñado con estar dentro de ti —me susurra mordéndome con delicadeza el labio.

Gimo suavemente, cerrando los ojos. Yo le diría tanto, tantísimo... pero callo y enredo mis manos en su pelo buscando sus labios en un beso ardiente y húmedo que es el pistoletazo de salida para enloquecernos por completo. Estoy empapada y su sexo se desliza fácilmente entrando y saliendo de mi interior, con rudeza, haciendo que toque el cielo con cada penetración para echarle inmediatamente de menos, despertando todas mis terminaciones nerviosas y deshaciéndome por completo con cada embestida; literalmente me está follando, no hay romance ni dulzura, sólo sexo en estado puro y duro, ¡pero bendito sea!

—¡Síiiii, nena! ¡Me vuelves loco!

Parecemos animales; si él se mueve con fiereza, yo no me quedo atrás. No me reconozco y siento cómo algo fuerte, intenso y demoledor está formándose dentro de mí y acelero el ritmo buscando esa sensación

que me llena por completo haciendo que mi cuerpo se convulsione y vibre de puro placer.

—Mírame —me ordena—, quiero que te corras mientras me miras, vamos, nena... córrete ya —me ordena acelerando aún más el ritmo y llegando más profundo.

Y, como si mi cuerpo obedeciera cualquier orden suya, un orgasmo tremendo asola mi cuerpo, los músculos de mi vagina lo succionan y sólo entonces se deja ir conmigo.

Capítulo 13

¡¡¡¿Qué ha sido eso?!!! ¡Cielo santo! ¿Cómo he podido perderme esto tantos años? ¡Por fin un polvo como Dios manda! ¡Ya era horaaaaaaa!
¡¡¡No le hago la ola porque estoy destrozada, porque, si no, juro que se la haría!!!

Respiramos agitados; aún está dentro de mí y no puedo moverme, ni quiero.

—Te encerraría aquí y te follaría durante una semana entera, tengo miles de fantasías contigo —susurra en mi oído.

Gimo sólo de oírle, ya estoy excitada de nuevo.

—Hazlas realidad, Philip. —Quiero más, voy a convertirme en una yonqui seguro, después de esto no voy a poder parar.

Me mira con deseo, lo noto excitado aún dentro de mí, duro como una piedra.

—Te prometo que voy a hacerlas realidad todas, pero primero vamos a cenar, necesito tenerte fuerte para todo lo que quiero hacer contigo.

«¡¡¡Ayyyyyy, síiiii, por favor!!! ¡¡¡Átame a la cama y conviérteme en tu esclava sexual!!!» Estoy a un tris de decírselo, pero gracias al cielo me contengo y me callo; no quiero que me vea tan necesitada, no pienso compartir con él la mierda de sexo que he tenido hasta ahora, no hace falta ser tan sincera.

—¿Te gusta la comida china? —le pregunto mordiéndole la oreja.

Y veo cómo una gran sonrisa se forma en su boca; genial, ¡le gusta!

—Conozco un restaurante chino fabuloso, voy a llamar para que nos traigan algo —me dice levantándose y recogiendo su ropa.

Estoy tumbada en la cama con una sonrisa de lela increíble; suerte que está de espaldas y no puede verme, pero yo sí a él, y menudo culo... si el *David* de Miguel Ángel fuera hombre, sería un tío del montón a su lado,

por no hablar del pedazo tatuaje que tiene en el brazo y que me muero por lamer, bueno eso y todo lo que venga detrás.

Solamente cuando cierra la puerta del baño me permito sincerarme conmigo misma. ¡Vale! Estoy enamorada hasta las trancas, ya lo he dicho, estoy loca de amor por él, pero eso de momento queda entre yo y yo misma... después de todo ese rollo que me ha soltado del sexo sin sentimientos y mi contestación de tía independiente que pasa de las relaciones, a ver quién es la chula que va hablándole de sentimientos... ya lo veo saliendo disparado por mi puerta tipo el Correcaminos con el «bip, bip» incluido y apareciendo en el quinto coño.

Lo veo salir del baño con los vaqueros y babeo de nuevo mirándolo. ¡Mmmmm, madre del amor hermoso!, ¡tiarrón! Pero me muerdo la lengua y, sonriéndole, me dirijo al baño a darme una ducha; el agua caliente me relaja y me apoyo en la pared cerrando los ojos; todavía estoy alucinando con todo lo que me está pasando.

—Estás preciosa, nena.

Me giro y lo veo apoyado en el marco de la puerta mirándome fijamente; le sonrío y continúo duchándome y provocándolo; quiero que entre conmigo pero no tiene intención de hacerlo... supongo que hay un gran trecho entre follar como locos a ducharse juntos, porque se nota a la legua que está marcando las distancias. Debe de pensar que es demasiado íntimo... demasiado de parejitas... cosa que no somos, por supuesto, pero me enciende que me mire así y al final soy yo la que va a su encuentro.

Salgo de la ducha. Tengo el cuerpo enrojecido por el agua caliente y me envuelvo con una toalla mientras me acerco a él sin dejar de mirarlo; su cuerpo atrae el mío como si de un imán se tratase.

—¿Has pedido la cena? —le pregunto enredando mis dedos en su pelo.

—Sí, llegará en cualquier momento —me contesta con voz ronca quitándome la toalla de un tirón y recorriendo mi cuerpo con su mirada descarada—. Estoy deseando follarte de nuevo.

Me pone muchísimo que me hable así y me acerco más a él, apretándome a su cuerpo y atrapando su labio inferior suavemente, para tirar de él; miro esos labios perfectos que me muero por besar y me dejo ir... Oigo de fondo el timbre de la puerta, pero estoy demasiado ocupada besándolo; nunca tendré suficiente de él, ardemos de deseo de nuevo y siento sus manos por todo mi cuerpo incendiándolo en cada roce.

—Será la cena —murmura sin dejar de besarme apretándome el culo.

—Ya no tengo hambre.

—No sea impaciente, señorita Ferreño —me dice sonriendo sin soltarme—, no te vistas —me ordena encaminándose a la puerta tan tranquilo.

¿Pero a este hombre no le afecta nada? Porque yo estoy excitadísima de nuevo y él... ¿de verdad quiere cenar? Me pongo mis braguitas y una camiseta lencera —a pesar de lo que me ha dicho, me da vergüenza ir desnuda por casa, me siento demasiado expuesta— y me encamino al salón a buscarlo.

—Te has vestido; creí haberte dicho que no lo hicieras —me riñe recorriendo mi cuerpo con su mirada.

—¿Consideras esto ir vestida? —le pregunto sonriendo pícara.

—Estás cubriendo las partes más increíbles de tu cuerpo y privándome de verlas, así que, sí, te has vestido.

—Creía que habías dicho que íbamos a cenar.

—Y vamos a hacerlo...

—¿No pretenderás que lo haga desnuda? —le pregunto soltando una carcajada nerviosa. ¡Joder, qué corte! Tengo mis complejos muy arraigados y cenar así... como Dios me trajo al mundo... con todo a la vista...

Me mira con una sonrisa de canalla que tira para atrás. ¡Mierda! ¡Pues sí que quiere! Pero ni de coña le demuestro lo cortada que estoy... antes muerta.

—Desnúdame, entonces, quítame la ropa, Philip —le sugiero sonriéndole yo también decidida a disfrutar de su juego.

Se acerca a mí sin quitarme la mirada de encima y lentamente me saca la camiseta, recorriendo con sus dedos cada centímetro de mi cuerpo que va quedando desnudo. Su mirada se detiene en mis braguitas, que corren la misma suerte, rozando mi sexo en una leve caricia. ¡Uau! Me mira, lo miro y nuestras respiraciones se aceleran.

—¿Cenamos? —me pregunta con una media sonrisa.

—No es eso lo que tenía en mente precisamente —le digo sonriendo yo también—, ¿de verdad tienes hambre?

—Me gusta demorar los placeres... puede ser muy gratificante, tú misma podrás comprobarlo —me susurra mientras no deja de besarme—. Siéntate y come —me ordena de nuevo, apartándose de mí después de

darme una palmada en el trasero.

—¿Siempre eres tan dominante?

—¿De verdad tengo que contestarte? —me plantea sonriendo, arrancándome una carcajada.

Empezamos a cenar; bueno, él más que yo, que me dedico a marear la comida, pues me es imposible tragar con su mirada recorriéndome entera y me dedico a provocarlo... «Vamos a ver cuánto aguantas, guapetón.» Hago un cruce de piernas tipo instinto básico y su mirada va directa a mi sexo; cojo una bola de pollo con los dedos y me la como lo más porno que puedo... de algo tendrán que valerme las pelis XXXX que Lucas me hizo ver. Me lamo los labios y chupo mis dedos sin quitarle los ojos de encima. «¡Mmmmm!, qué poco te queda, chato.» Su mirada le delata y disfruto con mi juego; cojo otra y repito la operación, pero antes la lamo sin quitarle la mirada de encima, abriendo las piernas para no cerrarlas esta vez; la mesa es de cristal y está todo a la vista.

Su ojos siguen el recorrido de mis labios, de mis dedos; mira mis pechos y siento cómo se endurecen mis pezones; luego clava su vista entre mis piernas, pero finjo no darme cuenta de nada y continuo comiendo.

—¿Te queda mucho? —me pregunta con voz ronca.

—¿Y a ti? Parecías realmente hambriento.

—Continúo estándolo, todavía falta el postre —me dice guiñándome un ojo y dirigiéndose a la cocina.

¡Joder! ¡Postre también! ¿Y luego qué vendrá? ¿El café, la copa y el puro? Voy a resoplar pero me contengo, con el postre también puedo provocarlo... Lo veo acercarse con un bote en la mano... ¿helado?

Pero no se sienta y, cogiéndome como un saco de patatas, me lleva directa a la habitación.

—¡Suéltame! —le pido riendo.

—Ni lo sueñes. —Y me da una palmada en el trasero que tiene una repercusión inmediata en mi sexo. ¡Madre mía!—. El postre lo tomaremos en la cama, tumbate —me ordena, como siempre tan dominante, cogiendo un fular de la silla.

No entiendo nada, pero le obedezco. Voy a quejarme cuando empieza a taparme los ojos con el fular, dejándome a ciegas, y anticipándose a mi queja me susurra al oído:

—Déjate ir, nena, sólo siente. —Su voz me aviva, humedeciéndome aún más—. Estoy deseando saborearte. —¡Uau! Siento un latigazo de puro

deseo recorriéndome entera. «¡Síiii, por favor! ¡Estoy a punto de suplicarle!»

Noto cómo pone un poco de helado sobre un pecho; está frío y me eriza por completo.

—Mmmmmm, delicioso —susurra lamiéndome y arrancándome un profundo gemido; su cálida lengua sobre mis pezones erectos me está volviendo loca.

Pone más helado en mi otro pecho, marcando un camino hasta mi ombligo, ¡madre míaaaaa! El helado frío en contraste con la calidez de su boca es brutal... Sé hacia dónde se dirige y siento mi sexo palpitar de anticipación, completamente empapado y resbaladizo... Abre las piernas, dejándome completamente expuesta ante él, y gimo con suavidad; sé lo que viene ahora y no puedo más... Noto la frialdad del helado en todo mi sexo y jadeo dejándome ir como me ha pedido; su lengua lame y chupa todo el helado y esta vez soy yo la que abre más las piernas, deseando que no pare nunca. Pone más helado o lo tiene en la mano, porque siento el frío deslizarse arriba y abajo sobre mi sexo palpitante para volver a sentir la calidez de su boca y de su lengua, chupándolo todo e introduciéndose dentro de mi húmeda abertura... ¡más!, ¡necesito más! Gimo y muevo mis caderas sobre su boca completamente enloquecida, apretándome a él, y me corro en un violento orgasmo que deja mi cuerpo temblando.

Me quito el pañuelo de un tirón y nuestras miradas se encuentran.

—Ha sido el mejor helado de chocolate que he comido en mi vida —me dice devorándome con la mirada.

—Ponte un condón ya —le ordeno. Ni yo misma me reconozco, pero tengo una necesidad extrema de ser yo quien le folle ahora.

Me obedece y me siento a horcajadas sobre él como tantas veces he fantaseado hacer, introduciendo su enorme pene dentro de mí; es increíble cómo nuestros cuerpos encajan, como si de dos mitades se trataran.

—Joder, nena —jadea—, estás tan cerrada.

—Y tú la tienes tan enorme —gimo a escasos centímetros de su boca.

Me tiene completamente empalada y empiezo a moverme, buscando esa sensación que me llena por completo... con él, siempre con él, más y más rápido. Tengo sus manos sobre mi trasero siguiendo mi ritmo; me besa con rudeza, haciéndome daño, pero quiero más y, cogiéndole del pelo, lo beso como él ha hecho conmigo, con brusquedad, como el sexo que estamos teniendo, brutal y salvaje, y nos corremos de nuevo en un

orgasmo increíble que nos deja hechos polvo.

—Joder, ¿pretendes matarme? —me pregunta mientras me apoya sobre su pecho.

Sonrío; no tengo fuerzas ni para contestarle, ni yo misma sé si estoy viva o muerta, y cierro los ojos; me gusta oír su corazón tan cerca del mío, completamente acompasados, estoy tan bien... No quiero que se mueva, no quiero que salga de mí, pero lo hace... Quedarse conmigo y abrazarme sería hacerlo demasiado perfecto, es lo que harían las parejas y nosotros no lo somos. Lo veo encaminarse hacia el baño de nuevo para salir completamente vestido. ¿Ya se marcha? Pero no le digo nada y me dirijo al baño yo también; estoy pegajosa y necesito una ducha urgentemente.

Salgo, me seco y me pongo mi pijama lencero. ¿Se ha ido sin despedirse? Voy al salón y lo encuentro mirando por la ventana.

—Me marchó, nena... nos vemos mañana —me dice acercándose a mí y acariciando mi pelo.

—Claro —murmuro.

—Oye, Paula, no quiero que te mosquees si mañana vuelvo a tratarte de usted, ¿vale? Eres mi secretaria y sólo eso en el trabajo; soy muy celoso de mi vida privada y no quiero habladurías por los pasillos.

—No sé tú, pero yo no suelo ir contándole a la gente con quién me acuesto... y tranquilo... tengo claro cuál es mi puesto en la empresa. —¿De verdad hacía falta decírmelo? Siento el enfado instalarse dentro de mí, pero hago un esfuerzo titánico por disimularlo.

—Gracias por entenderlo; buenas noches, nena.

—Buenas noches. —Y sale de mi casa disparado, no sea que se me ocurra pedirle que se quede a dormir.

Me voy directa a la cama y me acuesto, no quiero pensar... pero siento cómo una lágrima solitaria recorre mi mejilla.

Capítulo 14

Suena el despertador y lo primero que mi mente reproduce aun estando medio dormida es la sensación de sus manos sobre mi cuerpo y luego sus palabras y mi enfado, pero es lo que hay y mejor eso que nada. Además, ¿qué esperaba? ¿Una declaración de amor? «Baja de las nubes, anda.»

Me ducho y mientras me seco el pelo me obligo a no pensar más en él, pero es prácticamente imposible. Si cierro los ojos todavía puedo sentirlo dentro de mí y, a pesar de que sé que en el trabajo sólo soy su secretaria, ya se encargó él de recordármelo, termino poniéndome un conjunto lencero por si acaso cambia de opinión y decide que sea algo más.

Miro mi armario, quiero provocarlo. Veo el vestido de institutriz porno, pero lo descarto en seguida; con una vez tuve más que suficiente y al final opto por una camisa blanca muy ceñida con una falda de tubo negra por encima de las rodillas con mis *stiletos* negros. Quiero parecer una profesional para la reunión con los de Promesses, pero también quiero estar sexi para él y con este *look* creo que lo he conseguido. Me maquillo y salgo disparada, no quiero llegar tarde; la reunión previa es a las ocho y no pretendo darle motivos para echarme la bronca.

Llego a las ocho menos diez a mi despacho; desde el suyo me llega la voz de Charlie. ¿Ya han empezado? Cojo mi ordenador y salgo disparada. Llamo y entro.

Durante unos segundos su mirada descarada me recorre por completo para terminar posando sus increíbles ojos azules sobre los míos, atrapándolos y haciendo que mi mundo se detenga. Es increíble el poder que tiene sobre mi cuerpo, cómo es capaz de excitarme de una forma brutal con tan sólo una mirada, una mirada que por cierto habrá durado unos microsegundos, porque de nuevo está centrado en sus papeles y

diciéndole algo a Charlie que mi cerebro derretido no es capaz de procesar y de nuevo me maravillo de su increíble autocontrol, porque yo tengo que frenarme para que la sonrisa de lela enamoradita hasta los tuétanos no haga acto de presencia en mi cara, pero me cuesta la vida, nunca me había sentido así con nadie... «Es que nunca habías estado así con nadie, maja.» Y me siento en la mesa de reuniones dispuesta a ser lo que ayer me recordó que era, su secretaria.

Charlie, que no me ha quitado la vista de encima, al final suelta un largo silbido.

—¿Pero de dónde sale este bombón? Paulita, hija, estás para comerte entera, los de Promesses no podrán quitarte los ojos de encima.

—Cállate, Charlie —le ordena Philip enfadado.

Me hace gracia el comentario de Charlie y le sonrío... ¡es imposible!

—Gracias, guapetón. —Y como no puedo evitar provocar a Philip, le digo riendo—: A ver si luego encuentro a alguien que quiera comerme. — Pero no le miro por si acaso.

Por suerte, en ese momento entra Cindy y dejamos el tema.

Comienza la reunión y me mantengo en un segundo plano. Es importante que conozca al dedillo la propuesta para poder realizar bien mi trabajo; tomo notas y hago todo lo que me piden. Philip se comporta como el jefe tirano que es y yo, como su eficiente secretaria; nadie nota nada, a excepción de mis bragas, que van por libre. No puedo creerme que me excite verlo trabajar, ¡realmente esto es muy grave!

Finaliza la reunión y todos abandonamos el despacho de Philip. Tenía la esperanza de que me pidiera que me quedase con algún tipo de excusa, pero no, mi gozo en un pozo, así que vuelvo al mío excitada hasta decir basta, me siento y miro desanimada la torre de carpetas que, por mucho que trabaje, siempre está ahí... ¿Cómo puede ser que tenga esa altura? Trabajo hasta el agotamiento y cualquier día desapareceré tras ellas... «¡Venga, Paulita, al lío, que son todas para ti!», me digo y empleo toda mi energía desbordante en algo productivo.

A la hora de comer me reúno con Katia y Danielle en la cafetería; son unas cotorras y su charla incesante me ayuda a distraer mi mente calenturienta, que no deja de recordar mi encuentro de ayer con él. Lo deseo irracionalmente; de hecho, llevo toda la mañana esperando que me llame para pedirme cualquier cosa y quedándome con las ganas.

A las cuatro menos cuarto me reúno de nuevo con Charlie, Cindy y

Philip en su despacho; ya está todo preparado para la videoconferencia con los directivos de publicidad de Promesses. Me siento al lado de Philip y en unos minutos comenzamos la reunión.

Como siempre, decir que es brillante es quedarse corta. Lleva la conversación a su terreno y en dos minutos los tiene comiendo de la palma de su mano. Es una conferencia larga y necesito de toda mi concentración para no dejarme nada, pero me resulta difícil con él a mi lado, con su mirada calentándome la sangre mientras traduzco sus palabras y su mano rozando ocasionalmente mi cuerpo.

Por fin, después de casi dos horas, la dan por concluida y vuelvo a mi despacho mientras Philip acaba de cerrar algunos puntos con Charlie y Cindy. No sé qué hacer. ¿Me voy? ¿Lo espero? Nunca he tenido este tipo de relaciones tan modernas y decir que voy perdida es quedarse corta. Lo único que tengo claro es que llevo todo el día trabajando hasta el agotamiento y lo que menos me apetece es irme a casa para estar sola, quiero estar con él, cada minuto del día.

Estoy terminando de recoger mis cosas cuando lo veo entrar en mi despacho, tan seguro de sí mismo, tan dominante... Mi cuerpo se tensa de anticipación... por fin hemos finalizado la jornada laboral y, por su mirada, sé que no viene a pedirme que le traduzca ni que le busque nada. Cierra la puerta de mi despacho con llave sin dejar de observarme; estoy empapada, llevo todo el día deseándolo y ha sido un día muy muy largo.

—¿Te vas? —Su voz suena ronca mientras se acerca lentamente a mí; está a escasos centímetros, pero no me toca.

—Sí, a no ser que quieras que me quede —le digo provocándolo.

—Tengo trabajo pendiente y luego una cena, ¿y tú?

—No tengo nada que hacer... ni he quedado con nadie... así que, cuando llegue a casa, me masturbaré pensando en ti. —¡¡¡¿De verdad he dicho eso?!!! Mis palabras han salido solas y me ruborizo al instante.

—No quiero que te toques si no estoy yo delante para verlo, sólo yo puedo hacerlo. —Está muy excitado, tanto o más que yo.

—Entonces tú tampoco puedes hacerlo, Philip, sólo yo podré tocarte —le digo en un susurro.

—Siempre he preferido que me toquen —me dice con una sonrisa socarrona mientras sus manos rozan levemente mis pechos—... y ahora... voy a hacer lo que llevo desando todo el puto día.

Sus manos descienden despacio hasta el borde de mi falda, nuestras

miradas se encuentran y, con un movimiento certero, me la sube hasta la cintura, me sienta sobre la mesa y abre mis piernas.

—No te haces una idea de cómo te deseo, no pudo pensar en otra cosa que no sea en hundirme dentro de ti —me susurra antes de que su boca atrape la mía.

Su beso es exigente, como él; sus manos desabrochan mi blusa demorándose en mis pechos. Está duro como una piedra y gimo en su boca.

Pero entonces suena el teléfono de mi despacho. ¿Quién será ahora?

—Cógelo —me ordena apartándose ligeramente de mí.

Tengo la respiración entrecortada, pero obedezco mientras no le quito la mirada a su mano, que está subiendo por mi pierna con un claro destino... ¡No se atreverá! ¡¡¡Estoy hablando por teléfono!!!

Pero claro que se atreve. Su mirada ardiente me excita y, haciendo a un lado la tela de mi tanga, introduce un dedo en mi interior. Siento cómo el deseo me ahoga, me cuesta mantener el hilo de la conversación y el tono de mi voz mientras me masturba; mete un segundo dedo y abro instintivamente más las piernas, echando la cabeza hacia atrás y dándole sin pretenderlo mejor acceso a mis pechos. Chupa mis pezones por encima de la tela de encaje del sujetador, humedeciendo aún más mi sexo y, cómo puedo, cierro la cita justo a tiempo para que un orgasmo increíble me recorra entera.

Lo miro con la boca entreabierta; necesito recuperarme, necesito recuperar el aliento, pero no va a dejarme ni quiero realmente que lo haga. Está deshaciéndose de los pantalones y los *slips* y poniéndose un preservativo a la velocidad de la luz.

Su mirada se posa de nuevo en mí y con un rápido movimiento me baja de la mesa, me quita el tanga y me inclina sobre ella, haciendo que apoye mis pechos y mi cara sobre su superficie.

—Abre las piernas y levanta el culo —me sisea al oído—, voy a follarte muy fuerte; no grites, ¿vale?

Obedezco. Tengo sus manos en mi clítoris, masajeándolo, presionando y encendiéndome. Abre mis resbaladizos labios y se introduce lentamente dentro de mí, encajando su cuerpo con el mío. ¡Qué sensación! ¡Philip en estado puro y duro! Podría correrme así, sin moverme siquiera.

Se ensarta hasta el fondo, apretando su sexo contra el mío para

emprender un ritmo frenético, y tengo que sujetarme a los bordes de la mesa para no caer.

Está siendo rudo, casi salvaje, como las otras veces que me ha follado; masajea mi hinchado clítoris mientras no deja de embestirme ferozmente. Es él quien marca el ritmo, estoy completamente a su merced y me excita sentirme así. ¡Sí!, ¡sí! Jadeo y gimo, dejándome llevar y olvidándome por completo de dónde estoy.

—No grites, nena, recuerda dónde estamos —me pide con voz ronca sin dejar de moverse con furia.

Pero no puedo hacerlo, es tan intenso lo que estoy sintiendo que tengo que morderme la mano para no gritar. Acelera el ritmo de sus embestidas y nos corremos en un orgasmo devastador. ¡¡¡Dios mío de mi vida!!!

Me gira de nuevo y quedamos frente a frente intentando regular nuestras respiraciones; me sonrío y me siento la mujer más feliz del mundo.

—¿Sabes lo cachondo que me pones cuando hablas en francés? —me pregunta con voz ronca.

—Pues has debido de pasarlo realmente mal, porque ha sido una reunión bien larga. No deberías habérmelo dicho; ahora, cuando hable en francés, me excitaré al pensar en cómo te pone.

—Nena, tú siempre me pones, ése es el problema; no tengo medida contigo, te hubiera follado contra la pared el primer día que te vi.

—Vaya, y yo que pensé que no te había gustado —le confieso.

—Lo que no me gustó fue sentirme así; si hubiese podido, te hubiera despedido para poder follarte allí mismo.

Me ha dejado sin palabras. ¡Pues sí que iba desencaminada! No sé qué responderle, porque lo que le diría lo acojonaría, pero tampoco quiero mentirle, así que me callo y le doy un dulce beso.

—Vístete, porque, como continúe viéndote desnudo, no dejaré que vuelvas a tu despacho.

—¿Qué vas a hacer esta noche? Recuerda que masturbarte no es una opción.

—Entonces pensaré en todo lo que quiero hacerte cuando vuelva a estar contigo —le digo provocándolo.

—Espero que tengas una imaginación activa para luego ponerlo todo en práctica —me replica vistiéndose sin dejar de mirarme.

—¿Cómo estoy? —le pregunto mientras termino de abrocharme la blusa.

—Para follarte sin parar. —Su sonrisa de canalla me deshace, pero me hago la dura.

—No me refería a eso —le digo sonriendo yo también sin poder evitarlo.

—Preciosa, como siempre. —Y, tras darme un beso, vuelve a su despacho.

No me ha dicho con quién va a cenar ni si luego vendrá a mi casa, y yo tampoco he querido preguntárselo; no quiero parecer desesperada. Recojo mis cosas y me dirijo al despacho de Katia para ver si todavía está trabajando; no quiero estar sola. Por suerte todavía está rodeada de papeles.

—¿Te queda mucho? —le pregunto mientras me siento enfrente de ella.

—Sí, pero paso, hoy tengo una cena y me largo a casa a arreglarme. ¿Te apetece venir?, he quedado con mis amigos y Charlie y Danielle también se han apuntado.

—Por supuestísimo, preciosa, me apetece un montón salir; estaba que me subía por las paredes de pensar en quedarme en casa.

—¡Justin se alegrará cuando te vea!, le gustaste un montón —me suelta guiñándome un ojo.

—Katia, tengo que contarte algo, pero no puedes comentar nada —le digo en un susurro.

—¿Qué pasa? —Se levanta corriendo para cerrar su puerta—. Cuenta, cuenta.

A pesar de que recuerdo claramente cómo le prometí a Philip que no explicaría nada de lo nuestro, Katia no cuenta; aparte de mi compañera, es mi amiga, y necesito hablar con ella. A los demás no les diré ni pío, pero a ella no puedo esconderle algo tan gordo.

—Estoy con Philip —le anuncio con una sonrisa.

—¿Cómooooo? ¿Estáis juntos? ¿Sois pareja?

—Para, para, no, nada de eso. Philip ya me ha advertido de que él no quiere tener pareja; sólo nos acostamos, pero a mí me vale... de momento.

—Vaya, Paula, sí que lo has vuelto loco, debes gustarle un montón para que esté con alguien del trabajo, pero no te ilusiones mucho con él, ¿vale? Algún día se apartará y tú debes estar preparada para aceptarlo; él

es así, lo conozco desde hace un montón de años y he visto venir aquí a muchísimas chicas guapísimas hechas polvo, suplicándole volver, y él nunca lo ha hecho; cuando la cosa se complica demasiado, es como si se ahogara y corta por lo sano.

—Lo sé, Katia, lo sé y me lo digo continuamente, pero no puedo apartarme de él. Voy a disfrutar cada segundo; lo que tenga que ser ya lo viviré cuando me toque. No digas nada, ¿de acuerdo?

—Muy bien, cielo; anda, vámonos.

Cuando llego a mi casa me ducho y me maquillo, dudo entre dejarme el pelo suelto o recogerlo y al final decido que mejor suelto. Mirando mis opciones, opto por un vestido negro de piel; es ceñido y marca todas mis curvas. Me calzo mis *stiletto*s negros, cojo un *clutch* negro brillante y un abrigo corto también negro. ¡Lista y dispuesta a divertirme!

A las nueve pasan a recogerme Charlie y las chicas, y entre risas llegamos al restaurante donde hemos quedado con los amigos de Katia. Es una pasada y muy moderno; tiene dos plantas, desde la inferior pueden verse parte de las mesas que hay en la superior, y viceversa.

Llegamos a nuestra mesa, donde los amigos de Katia ya están esperándonos; nos sentamos y en seguida empiezan las bromitas y el cachondeo. Pedimos vino para cenar y, como siempre cuando bebo, con dos copas ya voy venga la risa.

Pero la risa se me congela en la cara cuando me giro y veo a Philip junto a nuestra mesa con otro hombre y tres mujeres impresionantes. Como siempre, está guapísimo; va vestido de manera muy informal, con unos pantalones oscuros, camisa blanca y una cazadora de piel. Lo observo descaradamente; está saludando a Charlie pero lo noto tenso, con el ceño fruncido. Sé que está cabreado, pero yo lo estoy aún más. ¿Su cena era con estas tres macizas? ¿Así funciona lo nuestro? ¿Follamos pero no podemos salir a cenar? Sé que no quiere una relación, pero cenar juntos con sus amigos no implica que vayamos a casarnos. ¡Madreeeee, cómo la ha cagado! Éste no me conoce... ¡Estoy que muerdo!

Lo miro orgullosa por encima de mi copa y le saludo fríamente mientras mi mirada recorre descaradamente a sus amigas para luego posarse de nuevo sobre él. Levanto una ceja y dejo de prestarles atención.

Noto a Katia tensa; me mira y no sabe qué hacer, pero entonces, con todo mi orgullo desbordado, sonrío y empiezo a hablar con ella y Danielle. Justin se suma a mi conversación, todo lo que digo le hace

gracia y, a pesar de que nunca he sido de dar alas en estos momentos, todo me la suda.

Finjo no darme cuenta cuando Philip y sus acompañantes se van y continúo riéndome y charlando con unos y otros, al igual que finjo no percatarme cuando se sienta en la planta de arriba. Es un cabrón; ha hecho que les cambien de mesa para poder tenerme controlada.

Noto su mirada sobre mí; mi cuerpo reacciona, aunque yo no quiera. Oigo mi móvil sonar pero lo ignoro; debe de ser él, pero no pienso cogerlo. Cuelga, vuelve a llamar, cuelga, vuelve a llamar, pero lo ignoro de nuevo. ¡Que te den, Philip, a ti y a las tías esas! ¡Capullo!

Entonces veo que Charlie descuelga su teléfono. ¡Mierda! ¡No será capaz de llamarlo a él! Pero sí, sí es capaz.

—Paulita, preciosa, quieren hablar contigo —me anuncia con una media sonrisa tendiéndome el teléfono.

Dirijo mi mirada hacia Philip, que no me quita la suya de encima, levanto una ceja sin dejar de mirarlo y cuelgo devolviéndole el teléfono a Charlie con una sonrisa.

—Se ha cortado, qué pena —le digo echando humo. ¡Madreee! ¡Qué cabreo llevo!

—Paulita, la que vas a liar —me comenta Charlie con guasa, pero en sus ojos veo que está preocupado.

Continuamos cenando; no vuelvo a mirarlo y continúo bebiendo y riéndome a pesar de sentir su mirada sobre mí. Nadie nota nada raro a excepción de Katia, que sabe por dónde van los tiros, y de Charlie, que se lo imagina.

Terminamos de cenar y, a pesar de que mañana trabajamos, Charlie propone ir al Soho a tomar una última copa; no hace falta decir que todos acceden encantados, todos menos yo... no me apetece nada pero me callo, no pienso irme a mi casa con el cabreo que llevo encima.

Me levanto para ir al baño a retocarme un poco y mirar por fin el móvil. ¡Tengo diez llamadas perdidas y varios mensajes de Philip! Leo los mensajes mientras la rabia bulle dentro de mí.

«¿Qué coño haces aquí?», el primer mensaje.

«Coge el puto teléfono», el segundo.

«No me provoques más o no respondo», el tercero.

¿Pero éste qué se cree? Estoy por subir y liarle a guantazos con él.
¡Será imbécil!

Abro la puerta del baño disparada, definitivamente voy a subir y a decirle cuatro burradas, ¡aunque luego me echen del restaurante! ¡Éste se entera de quién es Paula Ferreño!

Pero no hace falta que vaya a buscarlo, porque cuando salgo lo veo apoyado en la pared; está tenso, rabioso, cabreado y tiene el ceño más fruncido que nunca. No me da tiempo a decirle nada porque, antes de que pueda abrir la boca, lo tengo cogiéndome bruscamente del brazo y arrastrándome a un reservado; me hace daño y me suelto de un tirón. Respiro agitada; me conozco y noto la mala leche desbordando por todo mi cuerpo.

—¿Qué coño haces aquí? —me brama.

—¿Y a ti qué te importa? Te recuerdo que no somos pareja y puedo hacer lo que me dé la gana. —«Venga, Paulita, que aún te queda hasta meter la pata hasta el fondo.» Mi subconsciente me avisa, pero mi lengua es más rápida.

—¡Me dijiste que ibas a quedarte en casa! Odio que me mientan, Paula, es algo que no soporto.

—No te he mentado; cuando me lo has preguntado todavía no había quedado con Katia.

—¿Y por qué no me has llamado para decirme que ibas a salir?

—¿Cómooooo? —Creo que va a empezar a salirme humo de las orejas del cabreo que llevo—. ¡¡¡Serás imbécil, Philip!!! ¿Te he preguntado yo con quién ibas a cenar?

—No vuelvas a llamarme imbécil, Paula, o te juro que no respondo.

—¡Imbécil! —Estoy fuera de mí; ahora no mido mis palabras y sé que estoy tocando fondo.

Me mira más cabreado de lo que nunca lo había visto, pero yo no me quedo atrás; sé que luego me arrepentiré de esto, pero ahora no puedo controlarme.

—Me voy, creo que ya está todo dicho.

—Eso, lárgate, que te están esperando. —Quiero provocarlo, que no se vaya.

—Por lo menos no me llaman imbécil. —Me mira con desprecio y se marcha.

Cuando sale del reservado, noto cómo todo mi enfado desaparece para dar paso a unas ganas tremendas de acurrucarme en un rincón y ponerme a llorar. ¡Cuántas veces me ha dicho mi madre que se cazan más

moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre!, y yo dale que te pego, no soy más bruta porque no puedo, porque, si no, más que sería.

Y como también tengo un orgullo de mil narices y ni de coña va a verme hecha polvo, salgo yo también con mi mejor cara, llego a la mesa y veo que todos están esperándome para irse. Me disculpo por la tardanza con una sonrisa, Katia me mira preocupada y veo a Charlie mirar hacia la mesa de Philip, que está llegando en ese momento, pero finjo no darme cuenta, cojo mi abrigo y salgo del restaurante sin mirar atrás.

Capítulo 15

Cuando llegamos al Soho, la música me levanta ligeramente el ánimo. Sé que Katia quiere hablar conmigo, pero es lo último que deseo hacer y finjo no darme cuenta. Me pido un gintonic y dejo que la bebida refresque mi garganta, la tengo cerrada desde mi encuentro con Philip. Nos sentamos y pongo mi mente en blanco, centrándome en Charlie y en sus bromas.

Entonces lo veo entrar riéndose con una de las rubias... ¿pero por qué no dejo de coincidir esta noche con él? ¡Con lo grande que es Sídney, joder! No me pongo a llorar allí mismo porque tengo un orgullo que me puede, porque, si no, cogería un berrinche que ni las cataratas del Niágara.

Vuelvo a intentar poner la mente en blanco y centrarme en la conversación de Danielle con Mary, una de las amigas de Katia. Justin hace todo lo posible por llamar mi atención, pero no estoy de humor ni quiero que piense lo que no es, bastante drama tengo con lo mío como para fomentar otro; además, el chico me cae fenomenal. ¡Qué ganas tengo de irme a mi casa! Menuda noche más jodida.

Katia, que va conociéndome, me coge de un tirón y me lleva a bailar. Poco a poco se suman todos a nosotros y, como siempre, dejo que la música me relaje y me olvido de Philip y de lo complicado que es todo con él o por lo menos lo intento, pero tengo mucho calor y me duelen los pies para variar... Si es que no aprendo... debería empezar a plantearme llevar zapatos con menos tacón, pero nunca lo hago; cuanto más tacón, mejor, y luego pasa lo que pasa, que termino con los pies palpitándome de dolor. ¡Esto a los dieciocho años no me pasaba! ¡Ay, Señor... si es que no somos nadie!

Llego a la barra y me siento en un taburete. ¡Ufff! ¡Qué alivio! Me pido una botellita de agua; paso de beber más alcohol, mañana madrugo y

sé que no podré con mi alma. ¿Quién me mandaba a mí salir un miércoles? Si me hubiera quedado en mi casa, mañana estaría más fresca que una rosa y feliz de la vida sin saber nada... ¿pero de verdad quiero estar en Babia? Mientras espero que me sirvan, mi cabeza es un runrún constante de si es mejor saber las cosas o vivir feliz en la inopia cuando un tío se acerca a mí sacándome de mis pensamientos.

—¡Hola, guapísima! ¿Puedo invitarte?

—No, gracias —le digo y me giro con intención de irme, no estoy para aguantar a nadie ahora.

—Espera, ¿cómo te llamas? —me pregunta cogiéndome suavemente del brazo.

Empiezo a tener calor, noto la mirada de Philip sobre mí y recuerdo nuestro acuerdo de no compartir, pero él está con esas rubias, ¿no? ¡Tres para ser exactos! ¡Pues venga, que no se diga! Si él puede, yo también, y sonriéndole me dispongo a enfurecerlo aún más si es posible.

—Paula, ¿y tú?

—Brandon, encantado —se presenta y me da dos besos—. ¿No eres de aquí, verdad? —me pregunta con curiosidad.

—No, soy española

—¡Ole!

Me rio por su respuesta y de pronto noto una mano rodeando mi cintura, me giro y tengo a Philip pegado a mi cuerpo; su mirada hiela la sangre y la tiene fija en Brandon, que por suerte no tiene ganas de bronca y con un «encantado de nuevo» se marcha dejándome a solas con él.

Lo miro furiosa y salgo disparada hacia la zona del aparcamiento con él pisándome los talones; quiero un sitio bien alejado para poder chillar todo lo que quiera.

—¿Pero a ti qué te pasa? —le grito de nuevo.

—Simplemente te recuerdo que no comparto, creo que lo has olvidado.

—Recuerda que fui yo quien puso esa condición, no necesito que me lo recuerdes.

—Parecía que lo habías olvidado.

—¿De verdad? Déjame que te refresque la memoria: tú has quedado para cenar, pero has olvidado mencionar que ibas con tres tías, ¿sólo ibas a cenar o luego había postre? —Mi mente va directa a cómo tomó el helado sobre mi cuerpo.

—Te estás equivocando, Paula. —Su voz es fría, acerada—. Además, ¿quién es ése con quien no has dejado de hablar y reírte en toda la cena?

—¿Te estoy preguntando yo quiénes son ésas? ¿Te estoy preguntando por qué cenas con ellas y no conmigo? Pues no te atrevas a preguntarme nada. —Mi voz es un siseo y esta vez soy yo la que lo mira con desprecio—. Y recuerda esto, Philip, porque sólo voy a decírtelo una vez: nunca te ocultaré nada a propósito, pero jamás voy a pedirte permiso para hacer nada; soy una mujer adulta y decido por mí misma —le espeto temblando de rabia.

»Ah, y otra cosa. Nunca me pidas algo que tú no estás dispuesto a dar, ¿lo tienes claro?, y ahora déjame en paz, no te soporto en estos momentos.

Y, tras darme media vuelta, vuelvo a entrar en el pub antes de darle tiempo a reaccionar. ¡Ole ahí mi genio del demonio! ¿Pero por qué no podré morderme la lengua?

Estoy harta de esta noche, así que me dirijo a la pista donde aún están bailando y me despido de todos.

—Preciosa, deja que te lleve a casa —se ofrece Charlie.

—Charlie, te lo agradezco un montón pero ¡no!, gracias —le digo con rotundidad—. Déjame que vuelva sola, lo necesito, mañana hablamos.

—Paula, por favor, déjame que te lleve.

—No, Charlie, en serio, no insistas.

Me doy media vuelta y me marcho por fin. No sé dónde está Philip ni me importa; salgo fuera, necesito tranquilizarme. Por suerte pasa un taxi en ese momento, lo paro y me voy directa a mi casa.

Cuando llego, me quito la ropa y me meto en la ducha, abro el grifo y dejo que el agua arrastre mis lágrimas dejando salir toda la tristeza que me invade por dentro sin parar de pensar en todo lo que ha pasado. ¿Por qué no somos capaces de hablar como personas civilizadas? ¿Por qué siempre tenemos que acabar discutiendo?

Salgo y, sin secarme el pelo, me pongo las braguitas y el pijama. Necesito dormirme y dejar de pensar... cuando oigo que llaman a la puerta. ¿Será Philip? No tengo más ganas de broncas hoy; me asomo a la mirilla y lo veo. ¡Mierda! ¿Qué quiere ahora?

—Paula, abre, sé que estás dentro —me dice suavemente.

—¡Lárgate! —le grito furiosa.

—No pienso irme, cielo, abre, por favor —¿Cielo? Sí, definitivamente más suave.

—Philip, no pienso abrir, vete.

—No voy a hacerlo; abre, por favor, tenemos que hablar.

Y a pesar de que me repatea, sé que tiene razón y al final cedo y abro. Sé lo que ve, a mí con los ojos como dos tomates y la cara hinchada de tanto llorar... el sueño de cualquier mujer.

—Nena... mierda, perdona —se disculpa entrando y abrazándome.

Y aunque a mal genio no me gana nadie, a llorona tampoco y, como no he tenido suficiente con los quince minutos de llanto incesante bajo la ducha, vuelvo a ponerme a llorar como una magdalena.

—Paula, cariño, lo siento —me dice cogiéndome en brazos y llevándome hasta el sofá mientras me da dulces besos. Me sienta sobre su regazo acariciándome con ternura, me seca las lágrimas y al final consigo tranquilizarme.

—Cielo, lo siento, me he comportado como un imbécil —me dice con una media sonrisa.

—Siento haberte llamado imbécil de nuevo, dos veces —respondo sonriendo yo también—, pero, en serio, Philip, no puedes pedirme que haga algo que tú no estás dispuesto a hacer. Nunca he sido una mujer dócil y no voy a empezar a serlo ahora.

—No quiero que seas dócil, Paula, me gustas como eres. No sé por qué no te invité a cenar... la verdad es que siempre he mantenido muy separados ciertos aspectos de mi vida, pero contigo inexplicablemente se juntan.

Me mira con ternura mientras me acaricia el pelo, pero me mantengo en silencio, necesito oír cómo se siente.

—Cuando he llegado y te he visto guapísima, riéndote feliz por algo que te había dicho ese tipo... Te prometo que no respondía de mí y me he maldecido por no haberte invitado a cenar conmigo, luego... todo se ha descontrolado.

—Philip, ese tipo se llama Justin y sólo estaba hablado con él.

Echa la cabeza hacia atrás, suspira y me mira muy serio.

—Paula, nunca he sido un hombre celoso, pero contigo me vuelvo celoso y posesivo, y no me gusta.

¿Dice que se ha puesto celoso? ¿Dónde ha quedado eso del sexo sin sentimientos? No te pones celoso si no te importa la otra persona... pero me callo nuevamente, no quiero presionarlo, no tan pronto... Sentándome a horcajadas, lo beso sin prisas, demorándome en ese beso que es como

un bálsamo para mi corazón.

—Ahora ya sabes cómo me he sentido yo al verte con esas tías. Tres —recalco—. ¿Quiénes eran? —murmuro sin dejar de besarlo.

—Sólo son amigas, no me atraen en absoluto —afirma mordiéndome el labio—; a mí sólo me atraes tú, nena.

Me quita el pijama lentamente, acariciándome y besándome con dulzura, sin prisas ni urgencias.

—Nunca vuelvas a decirme que no me soportas —me pide con sus labios a escasos centímetros de los míos.

—Sabes que no es cierto —le reconozco en un susurro.

—Aun así, nunca vuelvas a decírmelo, por favor —insiste mientras me lleva hasta la habitación en brazos.

Se tumba conmigo en la cama y lo ayudo a desnudarse; necesito sentirlo como respirar. Nos besamos y acariciamos con mimo, con ternura, saboreándonos... hoy no nos devoramos, hoy nos adoramos; nuestros corazones laten acompasados y me penetra despacio, llenándome de él, sin apartar su mirada de la mía, profundamente, despacio, y cogidos de la mano emprendemos la marcha juntos, sin soltarnos en ningún momento, sin dejar de mirarnos... y juntos llegamos a un orgasmo increíble, temblamos, pero aún tiembla más mi corazón. Estoy locamente enamorada de él.

Nos quedamos en la cama en silencio; hay silencios que dicen más que muchas palabras y el nuestro dice demasiado y me duermo acurrucada en su cuerpo, feliz de tenerlo conmigo por fin.

Me despierto y miro el reloj, son las cuatro de la mañana; noto su brazo en mi cintura, apretándome a él, posesivo a pesar de estar durmiendo, y vuelvo a dormirme feliz. No se ha marchado.

Cuando me despierto a las seis y media, Philip ya no está y mis recuerdos vuelven a anoche. Fue increíble, fuimos pareja, pero tengo miedo de lo que pasará ahora. Recuerdo las palabras de Katia y un sudor frío recorre mi cuerpo, no quiero que se aleje de mí.

Voy directa a la ducha y dejo que el agua me despeje. Cuando salgo, me recojo el pelo en una cola de caballo, me maquillo y opto por un vaquero ceñido desgastado, una camisa blanca, mis tacones y la americana de terciopelo. Desayuno y me encamino al trabajo.

Como tengo tiempo de sobra, decido ir dando un paseo; hace frío pero no me importa, necesito pensar, convencerme de que todo irá bien...

claro que irá bien.

Coincido con Katia en la entrada; tenemos muchas cosas que contarnos y poco tiempo.

—Paula, ¿estás bien? Anoche me dejaste preocupada; además, cuando te marchaste apareció Philip hecho una fiera buscándote, ni te imaginas la que le montó a Charlie cuando se enteró de que te había dejado irte sola a casa.

—¿Cómo? Philip no me contó nada de eso... tengo que hablar con Charlie. —¡Pobre!

—¿Cómo que no te contó nada? ¿Fue a tu casa?

—Sí, vino y lo solucionamos. Katia, fue maravilloso; sé lo que vas a decirme, pero me da igual, me compensa estar con él.

—Olvida lo que te dije, estaba equivocada.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto extrañada.

—Porque en todos los años que le conozco nunca lo había visto celoso... y te aseguro que anoche estaba rabioso de celos... y tampoco lo había visto preocupado por nada que no fuera Virmings, y anoche estaba preocupadísimo cuando se enteró de que te habías ido sola; no lo reconozco, de verdad.

Cuando llegamos al ascensor, nos callamos; hay más gente y no quiero que nadie sepa nada, pero las palabras de Katia me han alegrado la mañana y alejado mis miedos.

Llego a mi despacho, termino de concretar su agenda y me dirijo al suyo; estoy ansiosa por verlo. Llamo y entro.

Está hablando por teléfono, guapísimo como siempre, con el pelo todavía mojado por la ducha, y tengo que obligarme a reaccionar.

—Buenos días —le saludo con una dulce sonrisa a la vez que le tiendo la agenda.

Posa su increíble mirada sobre la mía, pero no me sonrío, tiene de nuevo el ceño fruncido y, cogiendo la agenda que sujeto, continúa hablando por teléfono excluyéndome por completo. Doy media vuelta y vuelvo a mi despacho.

Me siento, no puedo respirar. ¿Qué ha sido eso? Aunque lo sé, llevo sabiéndolo desde esta mañana. Está poniendo distancia. Katia no estaba equivocada, lo de anoche fue demasiado intenso y está apartándose.

No puedo respirar... ¿Por qué, Philip? ¿Por qué no quieres una relación? ¿Por qué te asusta enamorarte? Tengo la mirada fija en la

montaña de carpetas, pero mi mente está junto a él; no quiero que se aleje de mí, no después de lo de anoche, no después de saber cómo sería estar juntos.

Paso la mañana como puedo. Philip no me llama y me vuelco en el trabajo intentando evadirme, pero es imposible y tengo que frenarme varias veces para no ir a su encuentro y pedirle explicaciones. Además, vamos a ser positivos, a lo mejor estoy montándome una película de campeonato y no es nada de lo que pienso; ya me dijo claramente que en el trabajo sólo sería su secretaria, a lo mejor... luego... cuando terminemos de trabajar... todo vuelve a ser como ayer. ¡¡¡Positividad ante todo!!! ¡Claro que sí!

Cuando estoy preparándome para ir a comer, oigo unos tacones acercándose; tengo la puerta abierta, levanto la vista y veo a la rubia que se marchó con Philip el viernes, la misma que se reunió con él en su despacho el día que vino el abogado, y en pocos minutos los tengo pasando por delante de mi despacho con ella cogida de su brazo.

Me ahogo y veo a través de una cortina de lágrimas. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué le dejo hacerlo? No sé cuánto tiempo estoy sentada con la vista al frente llorando silenciosamente, cuando veo a Katia borrosa delante de mí.

—Paula, cariño, vámonos fuera a comer.

—No puedo comer, Katia.

—Pues no comamos; vamos a que te dé el aire y a charlar un poco.

Me levanto, me limpio la cara y salimos de Virmings en silencio.

Necesito tranquilizarme; inspiro, expiro. El frío me ayuda a serenarme y llegamos a un parque donde nos sentamos en un banco.

—Yo también lo he visto salir con ésa.

—¿Quién es, Katia? —susurro.

—No lo sé, no tengo ni idea, pero me suena su cara.

—¿De verla con él?

—Sí, aunque hacía tiempo que no venía por Virmings...

—Hoy lleva todo el día ignorándome a propósito, sólo nos hemos visto cuando a las ocho he entrado para entregarle la agenda, y me ha tratado como podría tratar a un recadero que le trajese un paquete que ni siquiera necesita.

—Lo siento, Paula. Creía que contigo sería diferente, ayer lo vi distinto, pero el comportamiento que está teniendo hoy es el mismo que

llevo viendo varios años seguidos, la única diferencia es que tú trabajas aquí y las otras chicas venían arrastrándose pidiéndole una oportunidad.

—Yo no pienso hacerlo, Katia; no sé qué problema tiene con las relaciones, pero no pienso arrastrarme por él ni por nadie.

—Bien dicho, cielo, yo tampoco quiero que lo hagas.

—¿Qué hago, Katia? —pregunto desesperada—. Anoche fue increíble cuando vino a mi casa, en serio, llegué a pensar que sentía algo por mí. Se quedó a dormir por lo menos hasta las cuatro, porque me desperté y estaba en mi cama... entonces, ¿qué ha pasado?

—No puedo contestarte por él, cariño, sólo puedo aconsejarte que hagas lo que sea mejor para ti.

—Cuando me siento así, pienso en volver a mi casa —le confieso en un susurro.

—¿Y abandonar tan fácilmente? Paula, estás comenzando una vida aquí que, si no fuera por tu situación con Philip, sé que te gusta; date una oportunidad, siempre estás a tiempo de volver. Venga, esta tarde llamo a mis amigos y nos vamos de cervecitas cuando salgamos del curro.

—Mi oportunidad finaliza el 20 de noviembre, cuando termina mi contrato; si en esa fecha continúo así, me iré.

—Me parece bien, y ahora deja el tema de irte, que no quiero oírlo, y contéstame: ¿cervecitas después del trabajo?

—Por supuesto —le sonrío—. Gracias, Katia, por todo. —Le doy un fuerte abrazo.

Al final nos comemos un bocadillo y volvemos a Virmings a tiempo. Voy directa al baño a arreglarme, ni de coña Philip me ve destrozada. Me maquillo de nuevo, me peino y vuelvo a mi despacho.

Son las dos y media en punto y me pongo a trabajar. Me obligo a dejar de mirar la hora y de estar pendiente de cuándo llega. ¡Ya está bien! Cojo mis carpetas y me dirijo a maquetación.

Allí están Raquel y Richard, les explico lo que necesito y acabamos charlando un poco de todo; me viene bien para desconectar y media hora después me encamino de nuevo a mi despacho. Estoy a punto de entrar cuando oigo la voz de Philip. ¡Vaya, ya ha vuelto! El corazón me late desbocado, me pitan los oídos y me obligo a inspirar y expirar profundamente.

Suena el teléfono con la línea de Philip y, con toda mi profesionalidad y mi orgullo en cabeza, contesto.

—Dígame —respondo fríamente.

—Quiero el expediente de Nycos sobre mi mesa ¡ya!

—Voy —Por suerte está todo listo desde esta mañana; lo cojo y me dirijo a su despacho. Llamo antes de entrar y con paso firme le entrego el expediente.

—Aquí tiene, ¿algo más, señor Jones? —le pregunto con desdén.

—Llevo media hora esperándote. ¿Dónde estabas? —me pregunta mirándome fijamente.

«¿Dónde estabas tú? ¿Dónde has ido con ésa?», estoy a punto de preguntarle, pero, ¡y una mierda!, no pienso montarle una escena de celos aunque me muera por saberlo. Lo lleva claro si piensa que soy como las demás.

—Le recuerdo, señor Jones, que, para que mi trabajo esté terminado, necesito bajar a maquetación; sólo tenía que haber llamado allí.

—No pienso ir buscándote por toda la empresa cada vez que necesite algo, ¡y deja de hablarme de usted, que estamos solos, coño!

—Es mi jefe y lo trataré como tal —replico con altivez—. Ya tiene lo que necesitaba y también sabe dónde estaba, ¿algo más?

—No me provoques, Paula. —Su voz es un siseo.

—No lo haga usted tampoco —suelto y, dando media vuelta, me voy.

Pasa la tarde y no vuelvo a saber nada de él, así que a las seis en punto estoy saliendo de mi despacho y dirigiéndome al de Katia para irnos de parranda las dos y yo por lo menos ahogar mis penas en alcohol.

—Venga, remolona, vámonos, que son las seis —le anuncio asomándome a su puerta.

—Voy, un segundo, espera que termine esto y nos piramos.

Me siento en la silla de enfrente de su mesa para esperarla; estoy triste, no lo he vuelto a ver y lo echo tanto de menos que hasta me duele. Pensaba que me llamaría para solucionarlo todo, pero no... aquí estoy, en busca de una buena borrachera.

—¡Ala! Mañana más —dice Katia—, vámonos a liarla parda.

Salimos del despacho de Katia riéndonos, y nos damos de bruces con Philip. Me mira serio, cabreadísimo, y Katia, que es una puñetera, tiene que poner la puntillita.

—Hasta mañana, Philip. ¿Te quedas a trabajar?

—Sí, ¿por qué, Katia? ¿Quieres quedarte tú también?

—Uy... no, gracias. —Y con una carcajada añade—: Paula y yo hemos

quedado con mis amigos para ir a tomarnos unas cervecitas. Justin se alegrará mucho cuando te vea —me dice sonriendo, y volviéndose hacia Philip remata—: Lástima que tengas que trabajar. ¡Ala, no te canses!

Y salimos disparadas hasta el ascensor. Noto su mirada sobre mí y, a pesar de todo, quiero girarme y correr hacia él, pero me contengo y continúo andando sin mirar atrás.

—¡Pero bueno! ¿Por qué le has dicho eso? —le pregunto cuando ya hemos salido de Virmings.

—Porque se lo merece; no quiero que crea que vas llorando por los rincones igual que hicieron sus otras... lo que fueran. Quiero que vea que te diviertes y que pasas de él. Además, él se ha largado con esa rubia, ¿no? Créeme, no le vendrá mal probar su propia medicina.

—No paso de él, pero tienes razón. ¡Anda, vámonos!

Y aunque no voy con muchas ganas, termino divirtiéndome un montón y llegando a casa más mareada de lo que debería por culpa de tantas cervecitas y, como todo me da vueltas, al final me tiro vestida sobre la cama, quedándome como un tronco en cuestión de segundos.

Capítulo 16

Es viernes, llevo casi un mes en Sídney y mi vida es una montaña rusa de emociones. Todavía estoy en la cama hecha polvo, completamente molida, me duele la cabeza, ¡qué digo me duele! ¡Me explota! ¿Quién me mandaba a mi beber tanta cerveza? Miro el techo de mi habitación y cierro los ojos. ¿Y ahora qué? La eterna pregunta con él... La cabeza es lo de menos cuando el corazón me duele así, cuando tanto dolor me impide respirar con normalidad. Me levanto sujetándomela con las manos y llego casi a rastras a la ducha. ¡Una aspirina! ¡Eso es lo que necesito! Y una dosis bien alta de orgullo para poder hacerle frente también.

Combino mis pitillos negros con una blusa blanca con el cuello y los puños en negro a juego con el pantalón; hoy mi estado es lúgubre, no me apetece afrontar el día, ni a él tampoco. Me ato el pelo en una cola de caballo y me maquillo un poco más de lo habitual, no quiero que se note que he pasado mala noche.

Llego a las siete y media. ¿Adónde voy tan pronto? No habrá nadie todavía; bueno, puede que él, que parece que duerma aquí... Dudo entre entrar y afrontar lo que sea o hacerme un café... «Definitivamente, un café», pienso encaminándome a D&M, la cafetería de enfrente de Virmings; todavía estoy demasiado grogui para verlo.

Entro y lo veo en la mesa del rincón, la más apartada. Está otra vez con la rubia de los cojones y lo miro perpleja sin saber cómo reaccionar. ¿Otra vez con ella? Durante unos segundos valoro seriamente dar media vuelta y largarme, pero no, estoy aquí y aquí me quedo; si lo llego a saber, me tiro de cabeza a trabajar.

Me siento y finjo no haberlo visto; miro por la ventana. Tengo un nudo en la garganta que me duele al tragar, si están desayunando... ¿quiere decir que han pasado la noche juntos?, ¿tengo que dar por hecho que

hemos terminado? Me gustaría tener un poco menos de orgullo para arrastrarme y suplicarle que me quiera y que no me deje, pero entonces no sería yo, antes muerta que rebajarme así. ¡¡¡Que yo valgo mucho, joder!!! Si no quiere estar conmigo, él se lo pierde.

Así que, con una tranquilidad pasmosa que no siento ni de lejos, le pido un café al camarero y, como estoy cegada, aprovecho que la cafetería está prácticamente vacía para entablar una conversación con él. Quiero que nos vea, que se ponga celoso y se sienta igual de mal que me siento yo.

Lo veo acercarse y dirigirse a nosotros; está rabioso y no se molesta en disimularlo.

—Perdone, ¿ha terminado su turno? Porque no veo a nadie para sustituirlo... ¿qué clase de servicio de mierda es éste?

Qué capullo es...

—Lo siento, señor, ¿qué necesita?

—La cuenta ya —sisea.

—Un segundo, por favor —responde y sale disparado hacia la barra.

Si las miradas matasen, ahora estaría muerta y enterrada. ¡Joder, qué cabreo lleva! Nos miramos hirviendo de rabia pero, antes de que podamos decirnos nada, llega la rubia de las narices para romper nuestro momento *cabreo en estado puro*. «¡Lárgate, coño!», estoy a punto de gritarle, pero las palabras quedan en intención cuando la veo cogerlo cariñosamente del brazo; ahora sí que me ha dejado completamente loca.

—No te pongas así, Philip, no es para tanto.

«No te pongas así, Philip, no es para tanto...», reproduce mi cabeza con entonación incluida. ¡Qué hostia les meto! A ella, por estúpida, y a él, por ¡¡imbécil!! Los miro con desprecio levantando el mentón y achinando los ojos; me sostiene la mirada, retándome; luego se da media vuelta y se larga a pagar la cuenta con la rubia de las narices pegada a su brazo. «¡¡Imbécil!!», estoy a punto de gritarle, pero tengo la sensatez de callarme.

Sólo cuando los veo salir por la puerta puedo relajarme y dejar salir toda la tristeza que siento. Que hay algo entre ellos está más que claro, esas confianzas no se toman de un día para otro, pero ¿qué tipo de relación los une? ¿Con ella no siente la necesidad de alejarse?

La cabeza va a explotarme; me tomo otra aspirina, pago mi cuenta y salgo yo también, sólo falta que llegue tarde... El día se presenta jodido.

¡Y tan jodido! Sus gritos se oyen desde mi despacho, ¡genial! Menuda

jornada me espera.

A las once me llama Charlie para decirme que tenemos una reunión con Philip en diez minutos. ¿Por qué no me lo ha dicho él directamente? ¿Piensa utilizar intermediario cada vez que quiera hablar conmigo? Pues lástima le tengo... con lo pesado que es... Pero decido no darle más vueltas y a las once y diez entro en su despacho.

Charlie y Cindy llegan detrás de mí y Philip nos explica que los franceses quieren que vayamos allí. Al final el viaje a Francia es inevitable, ¡menudo viajecito me espera!, y pasamos el resto de la mañana reunidos planteando la campaña. Philip está que muerde, todo le parece mal, no me deja en paz y me satura de trabajo, pero lo ignoro y me comporto como la profesional que soy, tomando notas y preparando todo lo que me pide a pesar de que lo único que quiero es darle un par de bofetones bien fuertes, de esos que no sabes si tienes la cabeza en el sitio o colgando.

Y lo peor de todo es que la que merece esos bofetones soy yo, porque, a pesar de que está odioso conmigo, no he podido dejar de desearlo en toda la reunión.

A la hora de comer nos da un respiro de media hora y me largo disparada a la cafetería, donde ya están Katia y Danielle.

—Es que no lo soporto hoy, de verdad, está que muerde —refunfuño para desahogarme.

—No es contigo solamente, Paula, se ha reunido conmigo y con Ben y un poco más y nos despide por incompetentes —me cuenta Katia también enfadada.

Hablamos un poco más y, dando un último mordisco a mi bocadillo, salgo disparada de nuevo a la reunión, que se reanuda donde la hemos dejado... Si esta mañana estaba insoportable, ahora está para regalarlo: discute varias veces con Charlie y con Cindy por chorradas y al final da la sesión por concluida. ¡Ya era hora! Con un suspiro de alivio regreso a mi despacho.

No vuelve a llamarme ni a decirme nada, así que a las seis salgo y me dirijo a mi casa; hoy no tengo ganas de juerga y, cuando llego, voy directa a la ducha; necesito eliminar todo el cansancio y estrés acumulado y una ducha siempre es mi mejor remedio. Necesito relajarme, acurrucarme en el sofá, cerrar los ojos y, puestos a pedir, dejar de sentir.

Estoy secándome cuando llaman. ¿Quién será? Me envuelvo con una

toalla y me encamino a la puerta, miro por la mirilla y allí está él. ¡A la mierda el sofá y el silencio!

Estoy tentada de no abrirle, pero soy impulsiva por naturaleza y mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza abriendo la puerta.

Nos miramos fijamente, sin hablar, estamos enfadados pero nuestro deseo es superior a cualquier otro sentimiento y, tras cerrar de un portazo, llega hasta mí para quitarme la toalla de un tirón. Su mirada me excita, tiene el ceño fruncido y el cuerpo en tensión, como un animal a punto de saltar sobre su presa. Respiro agitada, sobran las palabras y nos besamos desesperados, volcando en ese beso todo nuestro enfado. Me aprieto a él como si quisiera fundirme en su cuerpo; no quiero pensar, está aquí, conmigo, y eso es lo que importa... Lo desnudo rápidamente, necesito sentirlo de nuevo, sólo él y yo... los demás no importan, está aquí... ha venido.

Me sienta en la barra de la cocina; está fría en contraste con mi cuerpo, que arde. Se pone un condón y se hunde dentro de mí con rabia, profundamente, entrando y saliendo una y otra vez con fiereza, con su mirada fija en la mía. Gimo y chillo ahogándome con las miles de sensaciones que con cada penetración va despertando. ¡Sí! ¡Sí! ¡Más! Tiene sus manos en mi cintura y es él quien tiene el control, como en nuestra relación, mientras que yo sólo puedo concentrarme en sentirlo; me llena por completo y cierro los ojos...

—Mírame, mírame mientras te follo —me ordena cabreadísimo.

Lo hago, le obedezco... sólo que hoy me corro antes de que él me lo pida mientras él lo hace conmigo.

Sale de mí sin decir una palabra y se va directo al baño; alucino mirándolo, es un monumento, un cabrón, pero un monumento al fin y al cabo, y yo una imbécil por haber permitido que esto pasara y, bajando de la barra de un salto, me dirijo al otro baño a asearme un poco yo también.

Acabo de limpiarme y envuelvo mi cuerpo en una toalla, paso de ir desnuda hasta mi habitación para buscar algo de ropa. Llego al salón y lo encuentro esperándome; está tan enfadado que por un momento consigue que yo olvide mi cabreo, pero, claro, ese olvido es momentáneo: yo también tengo un genio de mil demonios y no tardo en sacarlo a relucir.

—¿Pero tú de qué vas? —le chillo enfadada.

—¿Y tú? —me contesta más rabioso aún—. Creía que teníamos un trato, un trato que aceptamos los dos, así que ¿puede saberse por qué

tontear con el primero que se te pone por delante? —me grita furioso.

—¿Pero tú te estás oyendo? ¡Serás imbécil! Te recuerdo que eres tú el que no deja de salir con esa rubia.

—Te estás equivocando, Paula, no es lo que piensas —me dice frustrado—, y no vuelvas a llamarme imbécil —me sisea.

—¿Y qué es, entonces? —Una idea va formándose en mi cabeza; mi corazón la rechaza de inmediato pero ya se ha instalado allí y sé que no desaparecerá antes de que se lo diga; tengo frío.

—No puedo decírtelo, eso forma parte de mi vida privada y de la suya.

—¿Cómo? Te recuerdo que te acuestas conmigo, ¿no es suficientemente privado eso?

—No suficiente; lo siento, no puedo contártelo.

Y entonces mi corazón acepta lo que mi cabeza ya sabe.

—Estoy harta de ti, de tus secretos, de que te acerques un paso para alejarte dos de golpe y, sobre todo, estoy harta de la tía esa. Vete, Philip, y no vuelvas. A partir de ahora eres libre para acostarte con esa rubia, si no estás haciéndolo ya, o con quien quieras... menos conmigo. Márchate —le pido sin mirarlo, en voz baja.

—Nunca debimos empezar esto, sabía que era un error —concluye rompiéndome el corazón. Y, tras dar media vuelta, sale de mi casa sin mirar atrás.

Me pongo el pijama como una autómatas, me acuesto en mi cama y empiezo a llorar desconsoladamente: mi mente no deja de reproducir sus palabras haciendo que me hunda más y más profundo.

Paso todo el sábado encerrada en mi casa, pensando seriamente en volver a Madrid, pero al final decido quedarme hasta el 20 de noviembre. Quiero ser responsable con mi trabajo; sé que Philip me necesita para la cuenta de Promesses y no voy a dejarlo colgado; además, recuerdo perfectamente cuando me dijo que me haría daño y que me iría, como si vaticinara lo que iba a ocurrir, y me niego a darle la razón, de momento...

El domingo me obligo a salir de la cama, me ducho, me pongo un chándal, mis zapatillas y salgo a correr. Corro como nunca había hecho, forzándome al máximo, como si corriendo más rápido pudiera alejar mis problemas dejándolos atrás.

Hace un frío que pela pero me da igual, me viene bien para revitalizarme y vuelvo a casa agotada y sudada, pero por lo menos me

siento más persona. Me meto en la ducha y dejo que el agua caliente me relaje. El resto del día lo paso tirada en el sofá viendo la tele en pijama y metalizándome de que he hecho lo correcto.

Es lunes, suena el despertador y lo apago de un manotazo. ¡Quiero dormir más! Tengo sueño y siento todo el cuerpo dolorido, pero lo achaco a las agujetas por la carrera de ayer y me meto en la ducha dejando que el agua me despeje, pero a pesar de que sale caliente tengo frío; estoy destemplada y me doy prisa en terminar, me seco y me acerco al radiador para entrar en calor. ¡Qué frío!

Tengo mal aspecto, estoy pálida y ojerosa. ¡Estupendo! Nada como una cara de mierda para afrontar un lunes de acelga y a un ex... ¿expolvos que te mueres? ¿exbesos ardientes? ¿exmacizo impresionante? ¿ex... amor de mi vida? ¡Mierda de orgullo! ¡Mierda de genio! ¡Qué felices son las tías ñoñas y qué feliz se vive en la inopia!

Mi mente es un runrún constante; ojalá pudiera darle al botón de *stop* y que se callara un momento. ¡Sólo pido un instante de silencio interior! Pero ni silencio ni puñetas. Miro mi ropa mientras Philip ocupa todos mis pensamientos; estoy tiritando de frío y al final opto por unos vaqueros y un suéter de cuello alto crema, mis tacones y mi americana de terciopelo azul. Miro el resultado final y me gusta, por lo menos ya no parece que esté al borde de la muerte.

Cuando llego a mi despacho son las ocho menos diez y antes que nada me tomo una aspirina; no me encuentro bien, creo que me he resfriado. ¡Genial! ¡Lo que me faltaba! ¡Este lunes se presenta memorable!

Me siento y termino de concretar su agenda. Estoy nerviosa de pensar en verlo de nuevo, pero cogiendo aire profundamente pongo una coraza a mi corazón y me encamino a su despacho. Llamo y entro.

—Buenos días —le digo acercándome a su mesa para entregarle la agenda.

Está concentrado en algo que está leyendo y la coge sin apenas mirarme.

—Hoy no la necesitaré para ninguna reunión —me informa con frialdad después de haberla ojeado, hablándome de nuevo de usted—, aproveche para quitarse trabajo de encima, que esa mesa da pena.

No le contesto y salgo de su despacho lo más tiesa que puedo. ¡¡Imbécil!! «¿Por qué será que mi mesa da pena? Si no te pasaras el día molestándome y saturándome de trabajo, posiblemente estaría todo

terminado», pienso, pero gracias a Dios tengo la prudencia de callarme. ¡Si al final aprenderé!

Me hace pasar una mañana de perros agobiándome de trabajo, como si no tuviera suficiente; en serio, debería plantearse tener dos secretarias, porque no doy abasto; apenas me deja media hora para comer y sus gritos se oyen desde el ascensor... y cada vez me encuentro peor.

Por la tarde me hace redactar tres veces el mismo documento; estoy por mandarlo a la mierda pero me muerdo la lengua, no estoy para discusiones. Me molesta el cuello, estoy sudada y la garganta me arde. ¡Mierda! ¿Quién me mandaba a mí salir a correr?

A las seis menos cuarto ya no puedo más; creo que tengo fiebre y no me veo con fuerzas para volver a casa en metro. Podría coger un taxi pero estoy tan embotada que no lo considero ni como opción, así que cojo mis cosas y me dirijo al despacho de Charlie sin decirle a Philip que me marchó antes, no tengo el cuerpo para discusiones o, lo que es peor, para sentir su frialdad.

—Charlie... —Mi voz sale casi afónica.

—¿Dónde te has dejado la voz, preciosa? ¿La juerga este fin de semana ha sido buena, eh?

Me siento en la silla que está enfrente de él sujetándome la cabeza, no puedo más.

—Llevo todo el fin de semana en casa —le aclaro—. Llévame a casa, por favor, no me encuentro bien.

—No me asustes, Paula. ¿Quieres que te lleve al médico?

—No te preocupes, sólo es un trancazo; cuando llegue a casa me tomaré algo y mañana estaré mejor. Tu acompáñame, por favor.

—Anda, vamos —acepta y, sujetándome por la cintura, nos dirigimos al parking.

Cuando llegamos a mi casa estoy ya segura de que tengo fiebre.

—Paula, ¿quieres que me quede contigo esta noche?

—No, gracias, Charlie, no tengo el cuerpo para sexo —bromeo.

—Lo digo en serio, Paula, estoy preocupado.

—Déjalo, es un resfriado en pleno apogeo, tranquilo.

—¿Tienes mi número de teléfono, verdad? Llámame si no te encuentras bien; vendré y te llevaré al médico, ¿vale?

—No te preocupes, gracias por traerme.

Y me dirijo a mi piso por fin, me tomo un ibuprofeno y no me

arrastro hasta la cama pero casi; el bolso lo dejo tirado por el camino, me da igual, sólo quiero acostarme.

Cuando suena el despertador me despierto sudada y completamente empapada. Tengo escalofríos, me duele todo el cuerpo, estoy muy cansada, la garganta ha duplicado su volumen seguro, me arde y me raspa, y tengo mucho sueño, así que lo apago y vuelvo a dormirme en un sueño intranquilo.

Me despierto de nuevo; no me encuentro bien, sé que tengo mucha fiebre. Intento levantarme pero mi cuerpo apenas me sostiene. No sé qué hora es, ni dónde tengo el móvil; quiero llamar a Katia o a Charlie para decirles que no iré a trabajar, pero no tengo fuerzas para ir a buscarlo.

Me tomo otro ibuprofeno, por suerte ayer los dejé a la vista; estoy mareada, temo desmayarme y empiezo a asustarme. ¿Qué pasará si me desmayo aquí sola? Como puedo, me arrastro a la ducha y, sin quitarme las braguitas ni la camiseta, me meto bajo el chorro de agua. Recuerdo que, cuando era pequeña y tenía mucha fiebre, mi madre llenaba la bañera con agua fría y me metía dentro, pero, sinceramente, tengo miedo de llenar la bañera y morirme ahogada.

Todo me da vueltas, creo que tengo la mirada desenfocada. Me parece que llaman a la puerta, pero no sé si alucino o realmente están llamando. De todas formas, no puedo moverme, así que me da igual y vuelvo a cerrar los ojos.

Oigo de fondo gritar mi nombre; no sé si estoy dormida o desmayada, me cuesta reaccionar; noto mi cuerpo ardiendo a pesar de estar debajo del agua... ¿Estoy oyendo la voz de Philip o son alucinaciones?

—¡Paula! ¡Paula, cariño, mírame! ¡Mírame! ¿Me oyes? ¿Puedes oírme? ¡Charlie! ¡Está aquí!

—¡Voy a llamar a un médico! —Esa voz es la de Charlie; mi mente embotada empieza a relacionar las voces.

Noto cómo me levantan y abro los ojos. Philip está debajo del chorro conmigo, empapándose, va vestido y me sienta encima de él.

—Cielo, despierta, por favor, despierta.

Sé que está asustado, lo noto en su voz, pero mi cabeza no coordina bien y no puedo contestarle; puede que esté soñándolo todo, pero me gusta este sueño, me habla con cariño y es todo lo que necesito.

—Ya vienen hacia aquí, Philip, tranquilo. Tiene una fiebre del copón,

pero no será nada; tranquilízate, tío.

—Charlie... —Le oigo desesperado. ¿Por qué?

—No será nada, ya verás, no es lo mismo, no tiene nada que ver, sólo está muy resfriada y tiene mucha fiebre... ya viene el médico hacia aquí.

Noto cómo me aprieta a su cuerpo; definitivamente no estoy soñando. Vuelven a llamar a la puerta y oigo a Charlie hablar con alguien. Creo que hay un médico, pero vuelvo a dormirme.

Capítulo 17

Cuando despierto estoy en mi cama; por suerte el cuerpo ya no me arde. Recorro con la mirada la habitación y veo a Philip de pie, mirando por la ventana.

—Philip... —Apenas tengo voz y me quema la garganta cuando hablo e incluso cuando respiro.

Se gira y en dos zancadas está sentado sobre mi cama a escasos centímetros de mí.

—¿Cómo estás?

—Mejor. —Lo miro un poco avergonzada—. Siento haber montado todo este follón.

—¿Por qué no me llamaste? ¿O a Katia o a Charlie? ¿Qué hubiera pasado si no hubiésemos venido?

Sé que está enfadado, pero está conteniéndose; mi voz sale rasposa, pero me esfuerzo por explicarme, sé que le he dado un susto de muerte.

—Cuando llegué ayer, dejé el bolso tirado no sé dónde con el móvil dentro, debe de estar sin batería, seguro.

Me mira atormentado y, tras coger aire, lo suelta lentamente, intentando tranquilizarse.

—Nunca en tu vida vuelvas a darme un susto como éste. Cuando he entrado y te he visto tirada en la ducha inconsciente... —Suspira sin terminar la frase, frotándose el puente de la nariz.

—Philip, necesitaba ducharme para que el agua bajase la fiebre, sólo eso. Ha sido más el susto que lo que tengo en sí —le digo en voz baja; me cuesta hablar, en vez de garganta tengo lija. —¿Quién me ha cambiado la ropa? ¿Charlie o tú?

Aunque parezca una tontería después de lo que ha pasado, esta pregunta lleva martirizándome desde que me he despertado y he visto que

llevo ropa interior diferente a la que llevaba.

—Fui yo, por nada del mundo iba a dejar que Charlie te viera desnuda. ¿Te molesta? —me pregunta mirándome fijamente—. ¿Hubieras preferido que hubiese sido Charlie?

Tiene el rostro tenso; espera mi respuesta y me acaloro, me excita imaginarlo desnudándose, definitivamente debo estar mal de la cabeza.

—No hay nada que no hayas visto ya —le digo encogiéndome de hombros y mirándole directamente a los ojos—. Tengo otra pregunta.

—Vaya, estás muy preguntona, nadie diría que hace unas horas estabas inconsciente. —Me sonrío burlón.

—¿Cómo entraste aquí?

—Conozco a tu casero, fuimos a su casa a pedirle la llave. Charlie me ha contado esta mañana que ayer te trajo a casa porque no te encontrabas bien y, al ver que no venías a trabajar y no contestabas al teléfono, nos hemos preocupado. Iba a venir yo solo, pero Charlie puede ser muy insistente cuando quiere.

Me mira con una media sonrisa, pero le noto tenso.

—¿Por qué no me pediste a mí que te llevara a casa ayer? ¿Por qué se lo pediste a Charlie?

—Philip, llevabas todo el día atosigándome, todo te parecía mal y estabas muy cabreado conmigo; además, tú y yo ya no estamos juntos, así que preferí pedírselo a Charlie, con él es todo más fácil —murmuro.

—Paula, sobre ese tema tenemos que hablar; no pienso aceptar que tú y yo ya no estemos juntos —sentencia mirándome fijamente—, tenemos una conversación pendiente.

—Philip, continúo pensando igual que el viernes, nada ha cambiado. Te dije que no quería una relación y no la quiero, pero tampoco quiero esta incertidumbre, nunca sé si vas a sonreírme o a mandarme a la mierda; además, tú mismo dijiste que lo nuestro era un error. Por no hablar de la rubia esa que me tiene hasta las narices.

—Hablaremos cuando estés mejor, ahora descansa. Estaré en el salón, Charlie me ha traído el ordenador y ropa, voy a quedarme aquí esta noche.

—Philip, no estoy cansada y quiero esta conversación ahora. —
¡Claro que sí, chata! ¡Aunque te arda la garganta sólo con respirar!

—¿Qué quieres saber?

—¿Quién es esa rubia con la que no dejas de salir?

—Una amiga.

—No, Philip, esa respuesta no me vale. ¿Qué clase de amiga? ¿Te gusta?

—¿Por qué siempre tienes que pensar lo peor de mí, Paula? No es lo que piensas, confía en mí, por favor.

—¿Pero te gusta? —le pregunto obcecada.

—No, no me gusta, y deja el tema ya, por favor; venga, siguiente pregunta.

—¿Por qué nunca sé a qué atenerme contigo? Pasas de estar bien conmigo a, de repente, apartarte e ignorarme. ¿Por qué?

—Nunca te ignoro, Paula.

—¿Entonces?

—No quiero que te enamores de mí, no soy la persona que necesitas.

—Lo que yo sienta o no, a ti no te importa; además, ¿qué persona crees que necesito? ¿Y por qué crees que estar conmigo es un error?

—Necesitas un hombre que quiera casarse contigo, tener hijos y una casa con jardín, por eso lo nuestro es un error, porque yo no quiero ninguna de esas cosas.

—¿Y quién te ha dicho que yo sí las quiero? ¿Te las he pedido acaso?

—Paula, a pesar de ser la mujer más obstinada que conozco, también eres la más dulce; sé que algún día querrás todo eso y más, y yo no podré dártelo.

—No creo que vaya a querer nada de eso de aquí al 20 de noviembre.

—¿Qué pasa el 20 de noviembre?

—Finaliza mi contrato, Philip.

—¿Y qué? Va a renovarse.

—Posiblemente yo no quiera continuar. —No me atrevo a mirarlo, no quiero irme pero últimamente lo he pensado varias veces y es una opción a tener en cuenta; si no puedo estar con él, no tiene sentido quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Porque nada me ata aquí; vine para mejorar mi inglés y estoy a gusto, pero puede que, de aquí a noviembre, eche de menos a mi familia y decida volver.

—No quiero que te marches —me confiesa mirándome intensamente.

—¿Por qué? —repito su pregunta, quiero presionarlo.

—No lo sé, Paula, pero no quiero, como tampoco quiero que me dejes.

Es lo más parecido a una declaración de amor viniendo de él y, a pesar de que no ha contestado a la mitad de mis preguntas, no puedo resistirme más y me siento a horcajadas sobre él; sus manos rodean mi cuerpo y nuestras miradas quedan conectadas. Yo tampoco quiero dejarlo, le quiero demasiado. Mis labios rozan los suyos hasta convertirse en un dulce beso, le quiero... le quiero más que a mi vida y mi lengua busca la suya sustituyendo la dulzura por pasión en estado puro; me aprieta a su cuerpo y siento su erección; necesito sentirlo y empiezo a provocarlo frotándome sobre ella.

—Cielo, estás enferma —me recuerda con la voz entrecortada.

—Philip, ya no tengo fiebre —contesto mordiéndole suavemente el labio.

—Nena, no tienes idea de cómo te deseo —me susurra con su boca a escasos centímetros de la mía—, pero necesitas descansar y reponerte. Te prometo que no me voy a ir a ningún sitio.

—Lo que necesito es a ti —le digo llena de frustración apartándome de él.

—Paula... tienes la mirada vidriosa, no tienes voz ni muy buen aspecto en estos momentos.

—¿Me estás diciendo que estoy horrorosa? —le pregunto poniéndolo en un aprieto a propósito.

—Tú nunca estás horrorosa, simplemente te he visto mejor. Ahora vengo.

Sale de la habitación y a los pocos minutos está de vuelta con un tazón de sopa caliente y un arsenal de medicamentos.

—¿No tendré que tomarme todo eso, verdad?

—Pues sí, cielo, la sopa y luego las medicinas, si quieres que te folle. —Su mirada es lasciva y tiene los ojos oscurecidos por el deseo.

—Trae. —Empiezo a tomarme la sopa. Está caliente y buenísima y siento cómo calma mi garganta.

—Te la ha traído Charlie; según él, es una receta infalible de su madre contra el dolor de garganta, veremos si es cierto —me cuenta sonriendo mientras voy dando buena cuenta de ella.

—Y ahora las pastillas —me ordena dándome un vaso de agua con una barbaridad de píldoras de todos los colores y formas.

—Parezco mi abuela con tantas pastillas —me quejo.

—Seguro que tu abuela no está tan buena como tú —replica burlón.

Suelto una carcajada; estoy feliz de estar de nuevo con él.

—Ahora a dormir.

—¿Cómo? Perdona, pero así no habíamos quedado, chato.

—No pienso tocarte hasta que no estés bien, chata —me dice imitándome y sonriendo para ponerse serio de nuevo—. Paula, necesito verte recuperada, por mi salud mental; si no quieres descansar por ti, hazlo por mí. Me quedaré contigo hasta que te duermas, ¿vale? —me dice acostándose a mi lado haciendo que apoye mi cabeza en su pecho... Estoy en el cielo y me quedo dormida en cero coma.

Me despierto a las nueve. Ayer me pasé casi todo el día durmiendo y hoy me encuentro mejor, no tengo nada de fiebre y me siento descansada. Busco a Philip con la mirada; no sé dónde durmió ayer, pero ahora no está, y entonces veo una nota sobre la mesilla de noche.

Paula, he tenido que volver al trabajo, me ha surgido una reunión urgente. Tienes el móvil cargado, llámame si necesitas algo. Volveré en cuanto termine. Philip.

Miro el móvil, tengo muchísimas llamadas perdidas de Philip, de Charlie y de Katia de ayer. ¡Pobres!, qué susto les di. No tengo ganas de quedarme en casa, así que le escribo un mensaje a Philip.

«No vengas, no tengo fiebre y me encuentro mejor. Me ducho y voy al trabajo. Nos vemos allí.»

A los dos minutos de enviarle el WhatsApp, suena mi móvil. Es él. Descuelgo y no me da tiempo ni a saludarlo.

—Ni lo intentes, te vas a quedar en casa —me ordena.

Uyyy, mal vamos, pero, como no quiero discutir, intento razonar con él.

—Philip, no tengo nada de fiebre, tú mismo sabes que estoy bien, por eso te has ido a la reunión. Sólo estoy un poco afónica y me duele la garganta, pero eso no me va a impedir ir a trabajar.

—Tienes razón, el que te lo va a impedir soy yo y no vas a venir.

—Philip, estás pasándote, ¿no te parece?

—¿Que estoy pasándome? Te recuerdo que ayer te encontré desmayada en la ducha.

—No estaba desmayada, solamente cerré los ojos, estás dramatizando.

—Paula, voy a prohibir tu entrada en la empresa y a cerrar tu despacho con llave. Si no sabes qué hacer en casa, te duermes o pones una

película o haces lo que te dé la gana, pero hoy aquí no entras. Por cierto, como veo que estás mejor, me quedaré aquí a trabajar; si quieres algo, me llamas.

Le cuelgo rabiosa. ¿Pero se puede saber qué le pasa? ¡Será imbécil!

Como sé que es capaz de hacerlo, ni me molesto en arreglarme. Me ducho, me pongo unos *leggings* y una camiseta y me tumbo en el sofá. Me aburro, veo la televisión, llamo a mis padres, a Laura, a Santi y al final me duermo.

Cuando despierto es casi la hora de comer; no tengo ganas de hacer nada, así que me dedico a mirar entre los folletos de comida a domicilio que tengo. Mientras estoy decidiendo entre pizza o comida china, llaman a la puerta y voy hecha una fiera. ¡Como sea Philip, me lo cargo! ¡Menudo imbécil obligarme a quedarme en casa! Miro por la mirilla y allí tengo a Charlie y a Katia.

—¡Preciosossss! ¿Qué hacéis aquí? —les pregunto mientras les doy un fuerte abrazo. ¡Qué alegría que alguien venga a verme!

—Traemos la comida —me informa Katia sin soltarme y enseñándome las bolsas de comida china—. Philip nos ha dicho que estabas un poco harta de estar encerrada y le hemos pedido permiso para llegar un poco más tarde y poder comer contigo.

—¡No sabes cómo me alegro de que hayáis venido! ¡Y encima traéis comida china! ¡Me encanta! ¡Gracias, preciosos!

—Tendrás que darle las gracias a Philip, es él quien nos ha dicho que te gustaba la comida china; si llega a ser por Charlie, estarías comiéndote una hamburguesa grasienta con doble de queso y patatas aceitosas.

—No lo dudéis, preciosas, hoy hago una excepción porque estás enferma, pero la próxima vez encargamos hamburguesas.

Estoy medio derretida con el detallazo de Philip. Dejarles que lleguen un poco más tarde a trabajar para poder comer conmigo, con lo estricto que es con la puntualidad, y encima recordar que me gusta la comida china... ¡Mmmmmm, me lo comeré a besos cuando lo vea!

—Menudo cambio de ayer a hoy, veo que la sopa que te mandé te ha sentado bien —me dice Charlie guasón mientras me da una palmada en el culo, sacándome de mis pensamientos.

—¡Ehhh, tú! ¡Esas confianzas, precioso! —le digo riéndome.

Entre risas y bromas, ponemos la mesa y empezamos a comer.

—Menudo susto, cielo. Charlie me lo contó todo cuando volvió al

trabajo —comenta Katia apretándome la mano.

—Sí... hubo un momento en que yo también me asusté, suerte que vinieron. Muchas gracias, Charlie, por todo —le digo agradecida de veras, es un buen amigo.

—De nada, preciosa, ya te dije que te he tomado cariño, no podía permitir que te pasara nada —me responde guiñándome un ojo—. Nos diste un buen susto, un poco más y matas a Philip.

—Se portó muy bien conmigo ayer y por eso hoy estoy siendo razonable. ¡Si no, se iba a enterar éste!

—¿Por qué? —me pregunta Katia riendo.

—Porque me ha prohibido la entrada en la empresa y me ha amenazado con cerrar mi despacho con llave. ¿Te lo puedes creer? ¿Vosotros me veis mal? ¿A que no?

—No, cielo, te veo estupenda, un poco ojerosa, un poco afónica, un poco paliducha... pero estupenda —suelta Katia sonriendo.

—¡Katia! —la riño riendo.

—Paula, sé que no lo entiendes, pero, de verdad, sé un poco paciente con Philip en este tema. No sabes la impresión que me dio cuando entré en el baño y te vi tirada en la ducha, y yo sólo soy un amigo, imagínate cómo se sintió él.

—Lo sé, Charlie, y por eso estoy aquí y no me he plantado en la empresa y he empezado a aporrear la puerta.

—Capaz —me contesta sonriendo—. Escúchame, estoy seguro de que siente algo por ti, aunque ni él mismo lo sepa. Vi cómo se puso ayer cuando no cogías el teléfono, estaba como loco por llegar a tu casa y, cuando no abrías la puerta, estaba ya medio ido... Cuando te vio en la ducha, Paula, en serio, estaba muerto de miedo; es mi amigo, lo conozco y conozco su historia, no le presiones y sobre todo no te precipites.

—¿Por qué dices eso, Charlie? —Voy completamente perdida.

—Porque tengo ojos, preciosa, y también porque me ha contado que no quieres renovar tu contrato.

—Todavía no lo tengo decidido, sólo es una opción; además, pensaba que Philip no te hablaba de mí —le digo pinchándole.

—Y no suele hacerlo, aunque alguna vez haga excepciones. Me alegra saber que todavía no está decidido, díselo a él también, ¿vale?

—Yo no quiero que te vayas —interviene Katia haciéndome un puchero.

—Ya veremos —susurro—, tengo tiempo para pensarlo.

—Hazlo, preciosa —me pide Charlie.

Por suerte dejamos el tema y Charlie empieza a contarnos chismes de la empresa y terminamos la comida riendo. Me encanta que hayan venido a verme, pero tienen que volver al trabajo y nos despedimos entre besos y abrazos.

Me tomo la medicación y me tumbo en el sofá. Estas pastillas deben de dar sueño, porque parezco una marmota. ¡Qué ganas tengo de dejar de tomarlas!, pero son milagrosas y casi me encuentro bien del todo. Me pesan los parpados y poco a poco me sumerjo en un profundo sueño.

Capítulo 18

Siento cómo me acarician el pelo... qué a gusto estoy. Abro los ojos lentamente y veo a Philip de cuclillas delante de mí; me sonrío y le sonrío yo también.

—Hola, cielo, ¿cómo estás?

—Mejor que tú, ¿no me ves? —pregunto guasona—. Llevo todo el día tirada en el sofá, he comido comida china con amigos y no he dejado de tener fantasías sexuales con mi jefe, que es un dictador; seguro que tu día no mola tanto como el mío.

—No, definitivamente no mola tanto como el tuyo —me dice con la mirada desbordada de deseo—. ¿Y qué fantasías has tenido? —me pregunta con voz profunda.

—Lo siento, pero no puedo contártelas, recuerda que estoy enferma y, si te las cuento, querrás ponerlas en práctica y no puedo... Lo siento, nene, el dictador de mi jefe me ha prohibido hacer otra cosa que no sea descansar —le digo guiñándole un ojo y provocándolo.

¡Te he pillado, Philip! ¡A ver qué dices ahora, guapito!

—Vaya, vaya —se humedece los labios—, menudo dictador tienes por jefe... aunque puede que también sea médico y pueda reconocerte para ver si estás bien. —Sus dedos suben despacio desde mis pies hasta mi cintura, con su mirada fija en ellos, calentándome, excitándome.

—Si me reconoce y cree que estoy bien para poner en práctica todas mis fantasías, también podrá darme el alta para ir a trabajar mañana, ¿verdad?

Me mira fijamente soltando una sonora carcajada.

—¿Me estás engatusando con sexo para poder trabajar mañana?

—¡Noooo! ¡Nunca haría eso! —le contesto inocentemente—. ¿Quiere reconocermé ahora, doctor? —susurro.

Tiene la mirada oscurecida y la respiración tan agitada como la mía; lo deseo más que a nada en el mundo, como nunca había deseado a nadie, soy suya, por completo.

Coge entre sus dedos la goma de mis *leggings* y comienza a bajarlos lentamente sin tocarme; le sigue la camiseta y me quedo únicamente con el tanga y el sujetador.

—Eres preciosa —murmura con voz ronca.

Su boca busca la mía en un beso húmedo, erótico, ahogando con sus besos mis gemidos mientras sus manos van liberándome del sujetador y del tanga, dejándome desnuda por fin.

—Llevo todo el día pensando en ti, en tenerte desnuda entre mis brazos. ¿Qué me has hecho, Paula? Sólo puedo pensar en follarte continuamente —susurra con su boca a escasos centímetros de la mía.

—Lo mismo que tú a mí —murmuro.

Me sienta en el sofá sin parar de mirarme y abre mis piernas dejando mi sexo, húmedo y palpitante, a escasos centímetros de su cara, completamente expuesta ante él y anhelante de las miles de sensaciones que sé que va a provocarme, y mi cuerpo se tensa de anticipación; lleva su boca a mi resbaladiza entrada y empieza su dulce tortura, enloqueciéndome por completo. Su ávida lengua succiona mi hinchado clítoris y me arqueo levantando mis caderas, apretándome más a su boca, que está poseyéndome por completo, succionando, presionando y provocándome latigazos de puro deseo a lo largo de todo mi cuerpo, que se convulsiona violentamente mientras un orgasmo increíble me recorre por entero.

Nos miramos fascinados; con él siempre es así, más y mejor. Me levanto y le ayudo a desnudarse; lo necesito desnudo, sentirlo de nuevo, piel con piel. Se pone un condón y, cogiéndome en brazos, me lleva hasta la cama y se tumba detrás de mí. Siento la punta de su pene en la entrada de mi húmedo sexo y gimo agujoneada por el deseo mientras pego más mi espalda a su pecho.

—Fóllame, Philip, haz lo que quieras conmigo —suplico en un jadeo.

—No pienso en otra cosa. —Su cálido aliento acaricia mi oreja mientras dobla mi pierna y coloca su pene en la entrada de mi sexo.

Y con una única embestida, accede a mi interior, profundamente, para empezar a moverse frenético. Sus testículos chocan contra mi sexo, grito, chillido, gimo... tengo sus manos por todo mi cuerpo, en mis pechos, en mi

vientre apretándome a él, avivándome y deshaciéndome con cada penetración, tan pegados que podríamos ser un único cuerpo. Me dejo llevar, con él, con él... Gime en mi oído y es el mejor sonido del mundo, el sonido de su placer junto al mío; siento la anhelada sensación del orgasmo formándose y estallando dentro de mí, inundándome de luz, de su luz.

Respiramos agitados, completamente agotados. ¡¡¡Menudo polvo!!! ¡¡¡Madre del amor hermosooo!!! Estamos totalmente pegados; siento cómo se normaliza su respiración y sus manos recorriendo mi cuerpo perezosamente, con dulzura... pero no puedo mirarlo, temo que mi mirada revele demasiado; soy bastante expresiva y demasiadas sensaciones bullen dentro de mí... Necesito aligerar el momento y opto por la vía fácil, así que, sin girarme, le pregunto bromeando:

—¿Qué opina, doctor? ¿Ya estoy bien?

—Tengo mis dudas, tendré que reconocerla en la ducha, no quiero precipitarme en el diagnóstico.

«¿Vamos a ducharnos juntos?» Ahora sí que me ha dejado completamente loca, es la primera vez que lo propone y me quedo un instante tensa, sin saber qué decirle... No quiero parecer demasiado emocionada, demasiado feliz.

—Nena, necesito cambiar los recuerdos que tengo de esa ducha —me comenta dándome la vuelta y mirándome seriamente; sé a qué se refiere.

—Hagámoslo juntos —le digo en un susurro.

Me coge en brazos y entramos en la ducha... y, a pesar de todas las veces que he estado con él, nada es comparable con esto... es tan íntimo. Lo veo ponerse jabón en las manos... su mirada es tan intensa... y empieza a enjabonarme demorándose, excitándome de nuevo en cada roce; me tiemblan las piernas y me apoyo en la pared mientras sus manos me recorren entera. Yo también quiero enjabonarlo y comienzo mi dulce tortura, excitándolo, encendiéndolo... es mío... de momento... Necesito saborearlo; nunca lo he hecho, siempre ha sido él... y acerco mi boca a su sexo. ¡¡¡Diooossss!!! ¡Claro que es mío! Empiezo a masturbarlo con la boca, presionando, chupando de la raíz a la punta, lamiendo avariciosamente.

—Ohhh, nena, ¡sí! ¡No pares! —gime encendido moviendo sus caderas e introduciendo su sexo más profundamente en mi boca.

Me enloquece oírlo y acelero el ritmo; me excita verlo así, me excita

ser yo la que está llevándolo al límite, pero me sorprende al apartarse.

—¿Qué haces? —le pregunto sin entender nada.

—Nena, no quiero correrme en tu boca —me dice jadeando.

—Philip, quiero que lo hagas. —Es verdad, lo necesito, con él me siento avariciosa y lo quiero todo.

—No, cielo, quiero correrme dentro de ti, contigo —me dice con voz ronca poniéndose un condón a la velocidad de la luz.

Y, cogiéndome por el trasero, me levanta haciendo que enrede mis piernas en su cintura, penetrándome lentamente sin dejar de mirarme. ¡Oh, Dios! Me llena de él... y hacemos el amor, esta vez, descubriéndonos en cada caricia, en cada susurro, solamente él y yo como un único cuerpo; nuestras bocas son incapaces de separarse, nuestras caricias hablan por nosotros; somos todo sensaciones, todo sentimiento y nos corremos juntos con nuestras bocas pegadas.

—No te marches, Paula, renueva tu contrato —murmura aún dentro de mí.

—¿Te preocupa quedarte sin secretaria? —le digo intentando bromear.

—Por supuesto, a ver dónde encuentro a otra que me aguante y encima esté tan buena como tú —me dice con una sonrisa socarrona—. Eso por no hablar del sexo... me tienes fascinado, nena.

«¡Ohhhhhhhh! ¿Síiiii? ¿En serioooo? ¿Le tengo fascinado?»

—Mmmmmm, tendría que pensarlo... La verdad es que tú también estás muy bueno y me encanta follar contigo... No creo que en otro sitio encuentre una combinación mejor... sí... posiblemente renueve mi contrato.

—¿Posiblemente? —me pregunta sonriendo.

—Posiblemente —murmuro sonriendo yo también.

—Piénsalo, piensa en el sexo tan increíble al que renunciarías; tú y yo juntos somos una combinación explosiva —sentencia saliendo de mí.

No hace falta que lo jure... nunca, nunca, nunca había tenido sexo como estoy teniendo con él, pero hay más, por lo menos para mí... no sólo es sexo y ahí está el problema, tenía razón cuando me dijo que querría más, ¡claro que sí! ¿Quién en su sano juicio se conformaría sólo con sexo? Pero me callo de nuevo, estoy haciéndome una experta en el arte de los silencios.

—¿Tienes hambre? —le pregunto cambiando de tema y envolviendo mi cuerpo con una toalla.

—Por supuesto, soy un dictador, un médico, y mi chica me explota sexualmente, estoy hambriento.

¿Cómooooo? ¿Ha dicho que soy su chica? ¡Su chicaaaaa! Me pondría a bailar de felicidad en medio del baño, pero consigo controlarme y finjo que no ha dicho nada especial.

—Eres el dictador y el médico más sexi que he visto en mi vida; además, como masturbarme no era una opción, te he cogido con ganas —le digo guiñándole un ojo.

—Me encanta que me cojas con ganas —me suelta con una sonrisa de canalla que me encanta—. Nunca lo olvides, nena, sólo yo puedo tocarte —me dice posesivamente en un susurro—, sólo yo, Paula.

—Tú tampoco puedes hacerlo, sólo yo —murmuro acercándome despacio a él y atrapando con suavidad su labio inferior con mis dientes; nunca tengo suficiente de él.

—Paula, vístete o no respondo, y necesitas comer algo si quieres ir mañana a trabajar.

—¿Puedo ir? —Por fin sonrío abiertamente.

—Sí —suspira—, nunca he conocido a nadie con ese empeño por ir al curro.

—Has tenido suerte, entonces; anda, vamos a pedir la cena, ¡estoy hambrienta!

Mientras cenamos, me cuenta cómo ha ido su día y yo le cuento la visita de Charlie y Katia; estamos tan bien que tengo miedo de que mañana se asuste y se aparte de nuevo.

—Philip, ¿qué pasará mañana?

—¿A qué te refieres? —me pregunta con el rostro hermético.

—Lo sabes de sobra; te apartas cuando nos acercamos demasiado. ¿Por qué?

Suspira; la última vez se fue a comer con esa rubia.

—Nena, nunca me aparto de ti, aunque lo creas y a menudo desee hacerlo... pero prométeme que no te enamorarás de mí, ¿vale? No me perdonaría hacerte daño.

—Philip, ya soy mayorcita, ¿no crees? Deja de decirme lo que tengo que sentir y de repetirme que vas a hacerme daño.

Estoy enfadada, el temita me cansa. Me levanto y me marcho a la cocina a tomarme las pastillas. ¿Cómo no se da cuenta de que ya estoy enamorada de él? ¿Cómo no se da cuenta de que es más que sexo? Me

tomo las medicinas furiosa, una detrás de otra; si pudiera, las estamparía contra la pared. ¡Qué hombre más ciego, por favor!

—El vaso y las pastillas no te han hecho nada —susurra en mi oído.

—Déjame en paz —le espeto furiosa.

Me mira sonriendo, derritiéndome a pesar de que me repatee. ¡Ay Dios, con este hombre no tengo voluntad ninguna!

—¿Y tú eres la que quería que cambiase la descripción de la web? Te va como anillo al dedo, tienes un genio de mil demonios. ¿Por qué estás enfadada ahora?

—Porque estoy harta de que me digas lo que tengo que sentir, de oírte decir que quieres apartarte de mí, de sentirme una muñeca entre tus brazos —le suelto gritando. ¡Ya lo he dicho! Si no lo hago, reviento. Si quiere salir disparado, ya sabe dónde está la puerta.

Me mira... ¿atormentado?, apoyando su frente en la mía.

—Nena, ¿no lo entiendes? Sólo quiero protegerte; no soy lo que tú necesitas, aunque te moleste oírlo, pero, tranquila, no puedo alejarme de ti, aunque quiera... Además, estás completamente equivocada, eres tú la que me maneja a su antojo.

¿Pero este hombre está borracho o qué? ¿Que yo lo manejo? Si me pinchan, no sangro, de verdad.

—Creo que vivimos realidades distintas, Philip —murmuro completamente descolocada.

—Dejémoslo —concluye y, cogiéndome en brazos, me lleva de nuevo hasta el sofá.

—¿Qué haces? —le pregunto sorprendida.

—Vamos a hacer algo que nunca hemos hecho —me dice sonriendo de nuevo.

¿Más sexo ardiente? Una buena forma de reconciliarnos... me gusta... y sin darme cuenta tenso mi cuerpo y humedezco mis labios.

—No es lo que piensas —me aclara.

—¿Ahora sabes lo que pienso?

—No, pero sé leer tu cuerpo y estás excitada, y no van por ahí los tiros.

—Philip, no me dirás que quieres ver la tele —le digo asombrada mientras lo veo acostarse en el sofá y tirar de mí para pegarme a su lado.

—No vamos a ver la tele, vamos a ver una película —me aclara con una amplia sonrisa.

—No lo dirás en serio, ¿verdad?

—Pues sí, quiero ver una película contigo, ven —me pide acercándome a él y rodeándome con sus brazos. Tengo la cabeza apoyada en su pecho y estoy en el cielo, por nada del mundo me movería de aquí.

¡Qué a gusto estoy! Me pesan los párpados, siento cómo mi cuerpo se abandona al sueño y, a pesar de todos mis esfuerzos, me duermo al instante.

Me despierto cuando noto que me acuesta en la cama; mis brazos lo buscan, quiero que me abrace.

—Nena, me marcho a casa.

—Quédate, Philip —susurro medio dormida.

—No puedo, nos vemos mañana.

Me da un dulce beso y me sumerjo de nuevo en mi sueño.

Capítulo 19

El despertador suena a las siete menos cuarto; me levanto despejada y feliz de poder ir a trabajar y, sobre todo, porque estoy de nuevo con él. Me ducho, me visto y me maquillo en un tiempo récord; quiero llegar pronto, seguro que la montaña de carpetas ha subido a un nivel que da miedo. Desayuno un café con leche, me tomo las pastillas y salgo disparada.

A las ocho menos cuarto estoy ya en mi mesa. Como me temía, tengo la mesa a rebosar, pero no me importa. Además, al no haber ido en dos días, no tengo la agenda de Philip actualizada, así que me encamino a su despacho, llamo y entro.

Está hablando por teléfono... de nuevo... y tengo un *déjà vu*... la última vez me ignoró por completo y se largó con la rubia de las narices.

Espero impaciente su reacción. Me mira y me premia con una fantástica sonrisa, haciendo que mi cuerpo se relaje al instante. Me indica con la mirada que me siente; obedezco y me quedo observándolo con la boca abierta, casi babeando. ¿Cómo puede estar tan bueno, ser tan sexi y tan increíble? Él sí que me tiene fascinada. Termina su llamada, cuelga y, apoyando su espalda en el respaldo de la silla, clava su fantástica mirada en mí.

—Buenos días, parece que vuelvo a tener secretaria —me dice sonriendo.

—Pues no sé qué decirte —lo miro picara con una tonta sonrisa en la cara. Me echaría encima de él, pero me contengo; quiero que sea él quien marque el ritmo—. Como llevo un par de días sin venir, no sé qué reuniones tienes para hoy, ni qué necesitas que haga primero.

—Lo que necesito en estos momentos no tiene mucho que ver con el trabajo —su voz sale rasposa, sexi; ya estoy excitada—, pero tenemos mucho trabajo pendiente.

Le hago un puchero, pero tiene razón, así que, irguiéndome en la silla, cojo mi ordenador y le digo:

—Empecemos, pues.

—Primero, el viaje a París. Nos vamos en unas semanas, pero antes tenemos mucho trabajo pendiente; a pesar de que hay mucho hecho, también falta mucho por hacer. Ayer tuvimos una reunión y acordamos crear una canción para este anuncio; debe ser una canción sensual, suave, sexi, interpretada por una mujer... pero que sin variar su esencia pueda convertirse en algo más disco, no sé si me explico.

»Se harán tres anuncios; el principal, de una duración de unos cinco minutos, y luego otros dos más cortos; uno con la canción lenta y el otro con la versión más disco.

»Imagínate a una mujer mirando fijamente a la cámara con la música disco... pum, pum, pum, palmeras, playas increíbles, unas cuantas imágenes tuyas en la orilla o adentrándose en el agua y de nuevo su mirada; tiene que tener unos ojos preciosos, que atrapen al espectador, con las letras de Promesses de fondo dando paso a imágenes tuyas saliendo del agua, jugando con las olas, moviendo su pelo, seduciendo a la cámara y, poco a poco, cambiar el ritmo de la canción hasta convertirla en algo lento y sexi, con más imágenes de la playa y de la mujer, pero esta vez paseando por la orilla, tumbada sobre la arena mientras las olas mojan su cuerpo, arqueándose y mirando fijamente a la cámara y seduciéndola de nuevo. ¿Lo ves? Se pondrían mensajes cortos y directos en algunas imágenes para captar la atención del espectador, como «bienvenido verano, calor, Promesses...». Eso está por concretar todavía, pero es para que te hagas una idea.

—Me encanta, Philip, es genial; casi lo he visto.

—Tiene que ser una gran canción; cuando la gente la oiga, debe asociarla directamente a Promesses. Quiero presentar nuestra propuesta con la canción de fondo; de hecho, debe ser la que lleve el ritmo del anuncio y tiene que ser tan espectacular como el anuncio en sí.

—¿Estará a tiempo?

—Esperemos que sí, estoy trabajando ya en ella.

—¿Ya tenéis a la modelo? —Al paso que van, no me extrañaría nada.

—¿Sabes? —me mira fijamente—, cuando imagino a la mujer del anuncio, caminando despacio por la playa, mirando sensualmente a la cámara, te veo a ti —me dice con la voz ronca—. Veo tu cara con las letras

de Promesses de fondo... en mi cabeza eres tú la modelo.

—¿De verdad? Ya querría yo —suelto, y río acalorada por cómo lo ha dicho.

—¿Te gustaría? —me pregunta serio de repente.

—Me encantaría hacer ese anuncio, Philip, pero supongo que habrá chicas más apropiadas que yo.

—En mis fantasías eres tú quien lo protagoniza; tengo el anuncio grabado en mi cabeza tal como tiene que ser, y siempre eres tú quien termina mirando a la cámara, pero eso son mis fantasías exclusivamente... para el anuncio quiero a otra chica, no a ti —afirma con rotundidad con el ceño fruncido.

¿Qué pasa?, ¿yo no daría la talla? Estoy a punto de preguntárselo, pero temo su respuesta, así que me muerdo la lengua. Arrastro desde pequeña el complejo de patito feo. De cría era delgadita, un saquito de huesos, y no demasiado bonita comparada con mis amigas, así que mi autoestima, aunque lo intente con todas mis fuerzas, no es muy alta y es en situaciones como ésta cuando temo hacer una simple pregunta, cuando me doy cuenta de que todavía no tengo superados mis complejos.

—Charlie y yo tenemos prevista una reunión con una agencia de modelos; les hemos explicado que queremos a una mujer bonita, atractiva, pero bajo ningún concepto debe ser una modelo con las medidas perfectas; parece que no hay problema, así que tenemos la reunión hoy a las cinco. Aun así, vamos a darle un poco de manga ancha a Promesses en este tema; si ellos eligen a otra mujer diferente a la que seleccionemos nosotros, si cumple con nuestros requisitos, la aceptaremos. Lo importante es llevarnos la cuenta.

—Vaya, sí que me he perdido cosas en dos días...

No me da tiempo a terminar lo que iba a decir; llaman a la puerta y ahí está ella de nuevo, ¿será posible! ¿Pero quién es ésta?

—Perdón, Philip, no sabía que estabas reunido —se disculpa.

—¿Claudia! Pasa, por favor —le pide y, dirigiéndose a mí, me suelta tan tranquilo—: Paula, te presento a Claudia.

—Encantada —le digo sin moverme un centímetro.

—Igualmente —me contesta con una dulce sonrisa.

—Paula, continuaremos luego; por favor, no me pases llamadas.

¿Perdóonnnnnn? ¿No piensa aclararme quién es ésta? Algo así como «Paula, te presento a Claudia, mi prima, mi hermana, una antigua

compañera de estudios que no me gusta lo más mínimo...». ¡Algo, coño! ¿Pero dejarme así, a medias? Me levanto y me marchó a mi despacho fulminándolo con la mirada. ¿Otra vez igual? Entonces caigo en la cuenta: en la lista de llamadas preferentes que me entregó cuando empecé a trabajar, el primer nombre era el de una tal Claudia Simmons. ¿Quién será? ¿Y por qué tiene esa confianza con Philip? Nadie, nadie que yo recuerde, se ha presentado nunca en el despacho de Philip sin tener la cita previamente concertada y ella lo hace continuamente.

Estoy muy enfadada; como alguien me diga algo en estos momentos, le arranco la cabeza. Por suerte nadie me molesta y me sumerjo en la cantidad de trabajo que tengo pendiente.

Miro la hora, son las diez cuando los veo salir juntos del despacho. Philip no se ha dignado a decirme ni que se va; si fuera posible, saldría humo de mis orejas. ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Por qué? Entonces lo veo claro. ¡Charlie! Son amigos, él tiene que saber quién es esta pectorra.

Me levanto casi de un salto. No me llevo la mesa por delante de milagro y me dirijo como un vendaval a su despacho.

Llamo y entro hecha una furia, dándole un susto de muerte.

—Pero, bueno, Paula, ¿quieres matarme o qué? ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Quién es Claudia Simmons? —le pregunto a bocajarro apoyando mis manos en la mesa; estoy tan cabreada que noto mi cuerpo temblar de pura rabia.

—Tranquilízate, preciosa —me pide en el mismo tono que un policía podría emplear cuando se dirige a un delincuente que apunta con su pistola a una ancianita.

—No quiero hacerlo, Charlie. ¿Quién coño es Claudia Simmons? —le bramo.

—Es una amiga de Philip y te repito que te calmes —insiste en tono firme.

—Eso ya lo sé —siseo—, ¿pero qué clase de amiga? ¿Cómo lo soy yo? ¿Cómo lo eres tú? ¿Y por qué entra en su despacho sin pedir cita? Nadie hace eso, Charlie, ¡¡nadie!! ¡¡sólo ella!! Hay tanta confianza entre ellos... como si fuera su mujer, que decide pasar por aquí para saludarlo.

—No es su mujer —me aclara Charlie sonriendo.

—Eso ya lo sé, idiota, era una comparación, para que lo entendieras.

—Paula, siéntate, por favor.

Obedezco a la primera, quiero respuestas.

—Sé a lo que te refieres, sé que hay mucha complicidad entre ellos, pero no soy yo quien debe hablarte de su vida, eso le corresponde hacerlo a él. Cuando se sienta preparado, lo hará. Te lo dije, Paula, ten paciencia y no le presiones.

—¡Ya no me queda paciencia, Charlie! Oye, contéstame solamente a una pregunta, por favor. ¿Se acuestan juntos? —le planteo temblando; no soportaré que me diga que sí.

—No, preciosa, eso te lo aseguro; dale un voto de confianza a Philip, ¿vale? Cuando él crea, te hablará de Claudia.

—Estoy harta de tantos misterios, Charlie, de que cada vez que Philip y yo discutimos y nos reconciamos tenga que aparecer esta tía y él se tenga que ir con ella.

—Sólo puedo decirte que no es lo que piensas, habla con él.

—No dudes que lo haré. Gracias, precioso.

—Te veo completamente restablecida, ¿eh, preciosa? —me suelta bromeando—. ¡Menudo genio te gastas!

—Estoy perfectamente —le digo más tranquila; saber que no se acuestan me ha serenado un poco, aunque continúo igual de enfadada—. ¿Comemos juntos más tarde?

—Claro.

—Hasta luego.

Y salgo de su despacho directa al mío. Tengo una conversación pendiente con Philip ¡y por mi madre que éste no me toca ni con un palo hasta que me cuente con pelos y señales quién puñetas es Claudia Simmons!

Durante el resto de la mañana no tengo noticias suyas y utilizo toda la energía desbordante que me produce el cabreo monumental que llevo para ponerme al día con todo lo que tengo atrasado y a la hora de la comida la montaña de carpetas ha reducido notablemente su nivel, pero ahora no puedo con mi alma, siento como si una apisonadora me hubiera pasado por encima.

Me levanto y voy directa al despacho de Katia. El estómago me ruge y necesito desconectar urgentemente.

—¡Hola! —la saludo con una mueca.

—¡Hola, cielo! ¿Cómo estás? —me pregunta preocupada.

—¿Cómo estoy del resfriado? ¿O cómo estoy porque Philip se ha

vuelto a largar con la imbécil esa?... que, por cierto, ya sé quién es.

—Por ambas cosas; yo también los he visto salir cuando volvía de maquetación. ¿Y puede saberse quién es?

—Una tal Claudia Simmons.

—No tengo ni idea de quién es.

—Ni yo, pero de hoy no pasa que me entere, tenlo por seguro, y ahora vámonos a comer.

—Anda, vamos. —Y del brazo nos dirigimos a la cafetería.

Comemos con Charlie y Dani y no puedo dejar de fijarme en las miraditas entre Katia y él. ¿Pero qué pasa aquí? ¿Qué son esas sonrisitas? He estado tan absorta con mis problemas con Philip que creo que me he perdido más de una cosa. ¡Uy, uy, uy, uy, uy! ¡Aquí hay tema que te quemas!

Acabamos de comer y volvemos a nuestros despachos. Voy caminado al lado de Katia. Charlie tiene una reunión y me viene de perlas estar a solas con ella; me quema la boca y no puedo esperar más.

—Oye, preciosa, ¿no tienes nada que contarme? —Si es que no hay quien me gane a discreta, ¡ay, Señor!

—Tengo que contarte muchas cosas, pero has estado muy liadita, ¿no te parece? ¿Nos tomamos unas cervecitas cuando acabemos esta tarde y te lo cuento?

—Perfecto, paso a buscarte a las seis.

Me dirijo de nuevo a mi puesto. Sé que Philip tiene varias reuniones para las que no me necesita y puede que hoy ya no lo vea, así que a las seis estoy clavada como un clavo en el despacho de Katia. Salimos presurosas y nos dirigimos al Soho a tomarnos algo y ponernos al día y, como la paciencia no entra dentro de mis divinas virtudes, no puedo evitar bombardearla a preguntas.

—¡¡Para, Paula!! Si no dejas de preguntar, no podré contártelo. ¿Recuerdas el día que salimos a cenar con mis amigos y tú te encontraste con Philip en el restaurante? El día que os cabreasteis tanto...

—Claro, cómo olvidarlo —le digo con una mueca.

—Esa noche pillé a Charlie varias veces mirándome. Te conté que me gustaba muchísimo, pero nunca pensé que yo pudiera gustarle a él. Se hizo tarde y empezaron a marcharse todos, incluso Dani, y nos quedamos él y yo solos. Pusieron una canción lenta y me propuso bailar.

—¡Mmmmm! Momento *hot*, ¿verdad?

—Fue un momento tan intenso... Nos pusimos a cien, una cosa llevo a la otra y no hemos podido pararlo, estamos juntos desde entonces.

—Pero lo lleváis en secreto, ¿no es cierto?

—Sí, hemos decidido tomarlo con calma; estamos conociéndonos como pareja, así que en el trabajo mantenemos las distancias.

—¿Sois pareja? Creía que Charlie era como Philip, que no quería comprometerse con nadie.

—Yo también lo creía, pero me ha sorprendido; creo que tú y Philip le habéis dado que pensar.

—¿Por qué? —le pregunto intrigada.

—¿Cómo no te das cuenta? Sois tal para cual; podríais ser superfelices, pero no os dais una oportunidad; dices que sólo es sexo, pero se ve a la legua que es mucho más.

—Por mí no sería así, pero es lo que hay. Él no quiere relaciones y yo lo necesito tanto como respirar y, aunque me odie por decir esto, creo que haría todo lo que él me pidiese. En mi interior, tengo la esperanza de que algún día se enamore de mí y termine queriendo algo más, ya veremos.

—Estás arriesgando demasiado; mientras te compense tener una relación así, continúa, pero, cuando no lo haga y te sientas incompleta, déjalo; al final ese tipo de relaciones acaban dañando a alguno de los dos, y me temo que ese alguien serás tú.

—Él mismo no deja de repetírmelo... y sé que tiene razón, que querré más... ¡¡¡ya quiero más, Katia!!!, pero prefiero esto a no tener nada, no puedo imaginar mi vida sin él.

Nos sinceramos mutuamente y me viene de perlas para sacar fuera todos mis agobios; el tiempo pasa volando y, cuando nos damos cuenta, son las ocho y media. Ella ha quedado para cenar con Charlie, así que nos despedimos y me encamino a mi casa.

Decido ir en metro; a pesar de los problemas que pueda tener Philip con él, a mí me gusta, y más de noche, cuando va medio vacío, cuando puedes sentarte y relajarte después de un duro día de trabajo. Llego a mi parada y, dando un paseo, me dirijo a casa. Voy cabizbaja, pensando en el día tan horroroso que he tenido... casi no lo he visto y, a pesar de que estoy enfadada con él, lo echo de menos, aunque afortunadamente la jornada ha mejorado al final con Katia.

Capítulo 20

—¿Dónde coño estabas? —oigo cómo me gritan.

Levanto la cabeza de golpe; creo que el corazón ha cambiado al lado derecho de mi cuerpo. ¡Menudo sobresalto! Tengo a Philip delante de mí... ¿está asustado? Miro a mi alrededor asustándome yo también; no veo a la policía, ni a los bomberos, y me obligo a respirar de nuevo.

—¡Joder, qué susto! ¿Ha ocurrido algo? —le pregunto con un hilo de voz... ¿Habría habido algún accidente?, ¿un derrumbe? Mi mente va a mil por hora pensando en todo tipo de catástrofes.

—¿Qué si ha ocurrido algo? —me brama—. Llevo casi dos horas buscándote; no contestabas, no estabas en la empresa, ni en tu casa. ¿Te das cuenta de lo mal que lo he pasado?

Pone sus manos en su cintura, respirando profundamente, sin mirarme, y me obligo a no sonreír porque está realmente muy cabreado y asustado. ¡Qué mono! Lleva dos horas buscándome. ¡Menudo susto lleva encima!

—Philip, estaba con Katia. No te he cogido el teléfono porque no lo he oído... espera... —le pido mientras lo busco dentro de mi bolso. ¡Qué novedad!, completamente muerto y enterrado—... sin batería, lo siento... soy un desastre con el teléfono. ¿Qué querías?

—Verte, nena, aunque pueda resultar realmente complicado a veces —me dice mirándome por fin.

—¿Me echabas de menos? —le digo sonriendo a pesar de mi enfado.

—¿Tú a mí no? —me pregunta con su sonrisa de canalla más auténtica.

—Realmente no —le miento descaradamente poniéndome serio de nuevo—, pero, ya que estás aquí, vamos a solucionar un temita tú y yo bastante importante. Sube a casa, creo que tenemos que hablar.

Me mira incrédulo; no sabe de qué va, pero pronto va a enterarse éste de cuánto hacen dos y dos. Subimos en silencio y entramos en mi piso.

—¿Quieres tomar algo?

—Déjate de formalidades, Paula, y dime qué pasa. —Ahora es él quien está ansioso por saber qué sucede.

—Quiero saber quién es Claudia Simmons.

—Una amiga.

—Eso ya lo sé. ¿Qué clase de amiga? ¿Te acuestas con ella? —Ya sé que Charlie me ha dicho que no, pero quiero oírsele decir a él.

—¡Por supuesto que no! ¡Joder, Paula! Estoy harto de que siempre pienses lo peor de mí —me recrimina.

—¡Y yo estoy harta de ella! Mira, Philip, no la conozco de nada, pero no la soporto. O me explicas claramente qué te une a ella o yo empiezo a salir con tipos estupendos que sólo sean amigos, a ver qué te parece.

Si él está tenso, yo parezco un cable de alta tensión. Nos miramos midiéndonos; al final noto cómo cede y se sienta en el sofá.

—Sabía que llegaría este momento y hoy le he pedido permiso para hablarte de ella.

—Empieza, pues. —Estoy acojonada, temo lo que voy a oír si tiene que pedir permiso.

—A Claudia la conozco desde hace muchos años, es como una hermana para mí; nunca podría atraerme sexualmente, si eso es lo que te preocupa.

—Me preocupa, pero me preocupa más esa conexión que tenéis, esa confianza que hay entre vosotros.

—Es verdad que tenemos esa conexión, por eso fui yo el único en darme cuenta de lo que ocurría.

Lo miro expectante.

—Continúa, Philip, y suéltalo de una vez.

—Claudia estaba casada con mi mejor amigo, y hablo en pasado porque acaba de separarse de él.

»Hace un año empecé a notarla diferente. Ella es una mujer increíble, Paula, transmite felicidad, optimismo, pero poco a poco iba apagándose, estaba triste. Nadie se daba cuenta excepto yo.

»Le preguntaba, pero me aseguraba que no pasaba nada. Le pregunté a Thomas, que era su marido, pero evitaba el tema. Sabía que algo sucedía, pero no quería meterme, pensé que no podrían tener hijos o que

estaban pasando una crisis, no sé.

»Un sábado, mientras cenábamos, le indiqué a Thomas que me pasara el pan con la mirada; ella no se dio cuenta de lo que le pedía a su marido y, cuando Thomas levanto el brazo para cogerlo, se apartó en un acto reflejo. Lo supe al momento, pero me callé. Pasé una de las peores noches de mi vida, pero por fin sabía cuál era el problema.

»Al día siguiente fui a buscarla a su trabajo y le obligué a que me lo contara. Primero se cerró en banda, pero por fin me lo explicó. Thomas la maltrataba; siempre le pegaba en sitios donde la ropa pudiera tapar los moratones y lo peor era que ella se culpaba de todo.

»Me cegué por completo, fui al trabajo de Thomas y le di tal paliza que casi lo mato; ese día dejamos de ser amigos y comenzó mi obsesión porque ella lo dejara.

»Claudia es como una hermana para mí; la quiero con toda mi alma y pensar que alguien pudiera estar maltratándola me mataba. Pero ella es muy cabezota, no dejaba de decirme que lo quería, que él le había prometido que cambiaría, pero eso nunca pasaba.

»Se alejó de su familia para que no notasen nada y cada vez estaba más triste. Te juro que, si hubiera podido, la hubiera metido en un avión y la hubiera enviado a la otra parte del planeta, pero temía que ella se alejase de mí también, por lo que decidí estar siempre ahí para todo lo que necesitara.

»¿Recuerdas aquel sábado cuando tú y yo nos besamos por primera vez? Fue ella quien me llamó; le había dado tal paliza que no podía ni moverse. La llevé al hospital y después fuimos a comisaría a poner una denuncia.

»Ese día fue decisivo, por fin tomó la decisión de dejarlo.

»El domingo la acompañé a su casa a recoger todas sus cosas y la instalé en la mía. El lunes, te pedí que concertases una reunión con mi abogado, ¿te acuerdas? Ella vino también. Ese día interpuso la demanda de divorcio y fue uno de los mejores momentos de mi vida, por fin podía respirar tranquilo.

»Ha habido muchos cambios en su vida en poco tiempo, todos para bien, y he participado de todos ellos, por eso me has visto tantas veces irme con ella... y desayunar también —me dice en una clara alusión a aquel día cuando coincidimos en la cafetería—. Hoy ha venido a contarme que se marcha a Los Ángeles a trabajar; es diseñadora de interiores, tiene

muchísimo talento y le han ofrecido un puesto increíble en una gran empresa.

Me he quedado de piedra, esto es lo último que esperaba. Me siento una necia de campeonato; con todo lo que llevaba encima y yo montándole numeritos. ¡Madre, qué paciencia tiene este hombre conmigo!

—Philip, yo... no sé qué decir, nunca pensé que se trataría de eso.

—Paula, quiero que sepas que siempre cuido de las personas que quiero, pero no podía decirte nada a pesar de tus enfados; entiende que era un tema muy delicado y también personal.

—Lo entiendo perfectamente, has hecho bien. Yo... me siento fatal. — Estoy muy avergonzada, por los numeritos que le he montado y por todas las perrerías que he pensado de ella, ¡pobre mujer!

—No sabías nada, Paula, y no es algo que la gente pueda imaginarse. Siento no haber podido hablar contigo antes, para mí también es un alivio explicártelo. Sé que hoy te has enfadado —me dice suavemente cogiéndome la barbilla y acercando su boca a la mía.

—Mucho —reconozco en un susurro.

—No quiero que te enfades más conmigo, ¿vale?

—Vale —acepto sonriendo; me ha quitado un peso enorme de encima.

—Pero ahora vamos a hablar tú y yo del tema de ir sola de noche y de quedarte sin batería —me dice serio de nuevo.

—Vamos, Philip, no puedes estar diciéndolo en serio —me quejo—. Me gusta ir en metro y pasear, aunque sea de noche, y no soy una obsesa del móvil; de hecho, la mitad de las veces no me acuerdo ni de que lo tengo.

—Paula, no quiero que vayas sola de noche por ahí; sé que no lo entiendes, pero yo sí me entiendo y es suficiente. Coge un taxi, hazlo por mí, por favor.

—No, Philip, me gusta ir en metro, me encanta volver a casa caminando... no sé qué fobia tienes con el metro, pero no pienso ceder.

Suspira; sé que está cabreándose, pero no voy a dejar que una decisión tan irrelevante como ir en metro tenga que pasar por él.

—Hagamos un trato —me dice como si negociara con una niña—: mientras sea de día, puedes coger el metro o volver paseando... pero, si sales con Katia como hoy y vuelves de noche, o bien me llamas y paso a buscarte o coges un taxi. ¿Qué te parece?

—¿Quieres que te llame como si fueras mi chófer? —le pregunto soltando una sonora carcajada. ¡Ay, mi madre, este hombre cada día me sorprende más!

—Sí, Paula, quiero que lo hagas... no como si fuera tu chófer, quiero que me llames porque estamos juntos, porque sabes que para mí es importante; siempre iré a buscarte, estés donde estés.

¡Ohhhhh, mierda! Tengo miles de corazones flotando a mi alrededor. ¡Qué bonito!!! Mi voluntad de nuevo está por los suelos, acaba de ganarme la partida y yo, encantada de la vida.

—Vale, Philip, te llamaré o cogeré un taxi —susurro acercándome a él.

—¿Así de fácil? ¿No vamos a discutir? —me pregunta sonriendo divertido mientras me coge por la cintura—. ¿No vas a pegarme cuatro gritos?

—Así de fácil, sin discutir y sin gritar.

—¿Dónde está la trampa, nena? —murmura mirándome fijamente y apretándome a su cuerpo.

—No hay trampa, nene —le contesto sonriendo.

—¿Y el teléfono? —me pregunta mordiéndome el labio inferior—. Hoy estás que te sales; si no aprovecho ahora, no sé cuándo podré hacerlo.

—Lo pondré a cargar más a menudo —afirmo sonriendo en tono condescendiente.

—Me encanta cuando sonrías —murmura con su boca a escasos centímetros de la mía—. Ven conmigo, llevo todo el día echándote de menos.

Y entrelazando sus dedos con los míos, me lleva a mi habitación, hasta el espejo de cuerpo entero que hay en el rincón.

—Nunca me canso de mirarte —sus ojos atrapan los míos a través del espejo— y de desear lo mismo... —añade acariciando mis brazos y depositando un dulce beso en mi hombro.

—¿El qué? —susurro sosteniéndole la mirada.

—No importa dónde estemos o qué estemos haciendo, siempre acabo deseando tenerte desnuda debajo de mí, nunca tengo suficiente de ti —murmura desnudándose lentamente y poniéndome a mil—. Mírate, quiero que te mires mientras te masturbo y te corres —susurra en mi oído con voz roca, tensando mi cuerpo de pura anticipación.

Estoy desnuda frente al espejo con él detrás de mí; sus dedos rozan

mi cuerpo y, tras llevar su mano hasta mi húmedo sexo, mete un dedo en mi interior sin dejar de mirarme. Estoy tan excitada que hasta me duele y muevo mis caderas buscando alivio; mete un segundo dedo mientras con su otra mano masajea mi hinchado clítoris y gimo dejándome ir, echando la cabeza hacia atrás y apoyando mi espalda en su pecho, sintiendo su enorme erección contra mi trasero. No sé qué me excita más, si lo que me está haciendo con los dedos o vernos en el espejo.

—Estás empapada, siempre lista para mí —murmura sin dejar de masturbarme.

Entrelazo mis manos alrededor de su cuello, pegando aún más mi espalda a su pecho, ardiendo de deseo por él. ¿Cómo puede hacerme sentir tanto? ¿Cómo puedo desinhibirme tanto con él?

—Así, nena, no dejes de mirarte —me ordena con la voz entrecortada sin dejar de masturbarme—. Eres preciosa, pero lo eres aún más cuando estás excitada, cuando te dejas ir.

Y le obedezco; miro mi reflejo en el espejo y veo a una mujer completamente entregada a su placer, con los ojos velados por el deseo, las mejillas arreboladas y la boca entreabierta, con un hombre increíble detrás volcado en ella, en hacerla sentir, y noto una descarga eléctrica a lo largo de todo mi cuerpo.

—Venga, nena, córrete para mí —murmura con voz ronca.

Y, como siempre, mi cuerpo obedece cualquier orden dada por él y un orgasmo increíble me recorre por entero, dejándome temblando apoyada en su espalda.

—No sabes cómo te deseo, me vuelve loco ver cómo te corres.

Lo necesito, necesito sentirle de nuevo y, tras darme la vuelta, empiezo a desnudarlo sorprendiéndolo y sorprendiéndome aún más a mí al ponerle el condón con la boca.

—Joder, nena —me dice con voz ronca.

Y cogiéndome con fuerza, me coloca de nuevo de espaldas a él, frente al espejo, haciendo que rodee con mis brazos su cuello, como antes.

—Me pasaría la vida entera dentro de ti —murmura mientras me penetra lentamente, encajándose dentro de mí como si de un único cuerpo se tratase, con nuestras miradas conectadas.

Tengo su mano en mi vientre pegándome a él y la otra en mi clítoris, excitándome y humedeciéndome aún más si es posible; entra con profundidad para volver a salir, embistiéndome posesivamente una y otra

vez, con fiereza, empalándome con fuerza. Tengo la mirada fija en nuestro reflejo, en nosotros; me excita vernos, sobre todo a él, tan dominante, y me dejo ir de nuevo; mi cuerpo es suyo y nos corremos en un orgasmo increíble con nuestras miradas y corazones conectados.

Me tiemblan las piernas. ¡Madre mía de mi vida! ¿¡Le he puesto el condón con la boca!? Eso por no hablar de cómo me ha follado... ¡Ni en mis mejores sueños!

—¿Sabes lo que pienso? —me pregunta mordiéndome la oreja.

—¿Qué? —murmuro; aún no he encontrado la voz y me tiemblan las piernas.

—Que me has echado tanto de menos como yo a ti.

—¿Eso crees? —le pregunto levantando una ceja, intentado hacerme la dura.

—Sí, eso creo. —Y su mirada queda conectada a la mía a través del espejo.

—Bueno... puede que un poquito, pero nada del otro mundo, ¿eh? No vayas haciéndote ilusiones.

—¿Con que nada del otro mundo, eh? ¡Mentirosa! —me dice riendo.

Me coge en brazos y me lleva hasta la ducha mientras me hace cosquillas. Nos enjabonamos mutuamente, riéndonos y besándonos. Katia tiene razón, a pesar de que él no se dé cuenta, es mucho más que sexo. Las risas dan paso a la dulzura, a los besos lentos y húmedos, y nos recreamos alargando el momento, nuestro momento después de un día tan largo, después de habernos extrañado tanto.

Salimos de la ducha y lo veo secarse y vestirse a la velocidad de la luz. ¿Adónde va con tanta prisa? Me visto yo también y salgo a buscarlo temiendo que vaya a marcharse tan pronto. Pero no... lo encuentro en la cocina. ¿Está haciendo la cena? Me quedo unos segundos paralizada en la puerta, mirándolo; solamente lleva los vaqueros puestos, con el paño de cocina colgando del bolsillo trasero del pantalón. Decir que babeo es quedarse corta, ¡menudo monumento! ¡Tiarrón!

—¿Estás haciendo la cena? —le pregunto cuando consigo reaccionar.

—Sí, nena, una faceta mía que no conoces es que soy un gran cocinero. Temía que tuvieras la nevera vacía, que casi —me dice guiñándome un ojo—, pero puedo apañármelas con lo que hay.

—Vaya, pues sí que eres un hombre completo. ¿Y qué vamos a cenar?

—Salteado de pollo con verduras. ¿Quieres ayudarme?

—Claro, a mí también me gusta cocinar.

—¿De verdad?

Creo que no termina de creerme, pero es cierto, yo también soy una gran cocinera.

—Claro, déjame un hueco, nene —le digo sonriendo y dándole una palmada en el trasero.

Y empezamos a preparar la cena entre los dos. Formamos un gran equipo en todo lo que hacemos juntos, da igual que sea en la cama o, como ahora, en la cocina. Cada día estoy más enamorada de él, pero me muerdo la lengua; con él tengo que ir con pies de plomo por miedo a acojonarlo.

Nos sentamos a cenar, huele de maravilla y lo pruebo. ¡Mmmm!, ¡qué rico!

—Vaya, Philip, si abriéramos un restaurante juntos, nos forraríamos, esto está buenísimo.

—Me sorprende que sepas cocinar viendo la nevera como la tienes. ¿Se puede saber qué comes?

—Desde que estoy aquí no tengo mucho tiempo para preparar nada; además, ponerme a cocinar para mí sola me da pereza.

—¿Compartías piso con alguien en Madrid? —me plantea curioso—. ¿Tenías novio allí?

Ahí va la pregunta del millón, creo que se moría por preguntármelo.

—Tenía, no, tengo. Nos casaremos cuando regrese; de hecho, ya hemos comprado la casa con jardín y esperamos tener hijos, tres como mínimo.

Me mira alucinado; se lo he dicho tan seria y convencida que creo que se lo ha creído a pies juntillas. Me muero por soltar una tremenda carcajada, pero me contengo; soy una puñetera y, cuando me pongo en ese plan, no hay quien me pare.

—¿Esperas que me lo crea?

—No veo por qué no habrías de hacerlo, si es la verdad —le suelto encogiéndome de hombros; no sé cuánto podré aguantar sin reírme.

Me mira, lo miro... no sé descifrar su rostro, pero no puedo más y exploto en una sonora carcajada; cuando me da la risa tonta es imposible parar, pero me detengo en seco cuando veo su cara... ¿Qué es eso? La risa se me corta al instante.

—Philip, cielo, era una broma, no te enfades, ¿vale?

—Déjame, Paula —me dice mirándome con dureza, cabreadísimo.

—¿Pero a ti qué te pasa? Sólo era una broma, ¿es que no tienes sentido del humor o qué?

—Ha sido una broma que sólo te ha hecho gracia a ti.

Me obligo a respirar profundamente. ¡Madre, qué complicado es! No puedo creerme que se lo haya tragado y ahora estemos discutiendo por eso.

—Philip, sólo te lo he dicho porque es lo que no dejas de repetirme tú a mí, tendrías que haber sabido que estaba tomándote el pelo. ¿Cuántas veces te he repetido que no entra nada de eso en mis planes? Cielo, mírame, nunca hubiera empezado nada contigo si hubiese alguien esperándome.

Me levanto y me siento en su regazo; no quiero que nos enfademos y, enredando mis manos en su pelo, empiezo a darle dulces besos. Intenta resistirse, mostrarse frío, pero al final se rinde y sus manos rodean mi cintura mientras su lengua sale al encuentro de la mía, que lo recibe gustosa.

—Philip, en Madrid vivía con mis padres. Como mi madre trabaja por turnos, muchas veces me tocaba cocinar a mí; estoy acostumbrada a cocinar para cuatro personas como mínimo —le aclaro a escasos centímetros de su boca mientras con sus manos me aprieta posesivamente.

—No me gusta imaginarte con otro; busca otras bromas, pero no vuelvas a bromear con ese tema.

Está tenso y yo más feliz que una perdiz, ¡está celoso! Algo sentiré por mí... pero freno en seco mis pensamientos románticos; sin querer mi mente se embala y acabo creándome una película que ni la de los Oscar. Hablamos durante toda la cena, necesitamos saber cosas el uno del otro, y termino contándole media vida; él es más hermético y tengo que sacárselo todo con sacacorchos. Al final lo único que saco en claro es que tiene dos hermanos y que suelen comer juntos, ya que trabajan cerca. Por lo menos ya sé con quién almuerza, aunque haya sudado la gota gorda para poder enterarme. ¡Qué hombre, por Dios!

Es tarde, quiero que se quede, pero, como siempre, mi gozo en un pozo, está vistiéndose.

—¿Te vas ya? —le pregunto haciendo un mohín. No quiero que lo haga, ¿por qué no puede quedarse a dormir conmigo?

—Sí, cielo, mañana tengo que madrugar; además, necesito

cambiarme de ropa, llevo la misma desde las seis de la mañana.

No quiero que se marche, pero recuerdo las palabras de Charlie y decido tener paciencia con él.

—Hasta mañana, entonces. —Le doy un dulce beso y lo acompaño hasta la puerta.

Capítulo 21

Es viernes; me despierto antes de que suene el despertador y mi mirada va directa al espejo. ¡Dios mío de mi vida! Si este espejo hablara... Me excita recordar lo que hicimos ayer; me encantó que me follara así; estoy excitada y no hace ni medio minuto que estoy despierta. Me levanto y me arrastro directa a la ducha para enfriar un poco mi cuerpo, ¡que falta me hace!

Cuando salgo valoro qué ponerme. Está soleado, así que opto por una minifalda negra con una camiseta básica blanca, un fular de calaveras blanco y negro y mis botines negros; me pongo la cazadora de piel negra y dejo mi pelo suelto, me gusta cómo me veo y salgo disparada. Me encanta mi trabajo, pero lo que de verdad me gusta es trabajar con él. Siempre con él.

A las siete y cuarenta estoy sentada en mi mesa revisando la agenda de Philip; hoy la tiene repleta, el viaje a París se acerca y, a falta de la modelo, está todo listo. Además, aparte de esta cuenta, llevamos otras, por lo que la actividad es frenética.

Me dirijo a su despacho y, como siempre, llamo antes de entrar.

—Buenos días, Philip —le digo guiñándole un ojo y entregándole su agenda.

Me mira fascinado; desde luego le ha gustado la minifalda.

—Buenos días, nena, estás preciosa —me responde mirándome descaradamente.

Veo deseo en sus ojos, el mismo que él verá en los míos; llevo deseándolo desde que he abierto los ojos. Me acerco mimosa, me siento en su regazo y recuerdo cuánto anhelaba hacer esto al principio de trabajar aquí y en dos segundos tengo su mano subiendo por mi pierna.

—Y tú eres el jefe más sexi que he tenido jamás —susurro

mordiéndole suavemente el labio; está duro como una piedra debajo de mí.

Noto su mano ascender despacio y llegar a mi tanga.

—Nena, no sabes cómo me pone tu ropa interior.

Y apartando el tanga a un lado, acaricia superficialmente mis húmedos labios, torturándome.

—Philip, por favor —gimo abriendo más las piernas y moviendo mi trasero sobre su duro pene.

—¿Qué quieres? —me pregunta con voz ronca.

—Tócame más —le pido jadeando.

—¿Quieres esto, nena? —me plantea metiendo dos dedos de golpe y empezando a masturbarme.

—Síiii —gimo echando la cabeza hacia atrás y abriendo más las piernas descaradamente—. La puerta no está cerrada con llave —siseo jadeando; apenas puedo hablar, lo único que deseo es que haga conmigo lo que quiera.

Saca sus dedos para acariciar mi hinchado clítoris y los mete de nuevo, entrando y saliendo una y otra vez, pero antes de que pueda correrme, los retira y, llevándoselos a la boca, los lame sin dejar de mirarme.

—Delicioso, como siempre, lástima que no pueda seguir —me dice con una tranquilidad pasmosa mientras me coloca bien el tanga—; ahora ya sabes cómo voy a sentirme durante el resto del día viéndote pasearte así vestida.

Me levanta de su regazo y, dándome una palmada en el trasero, me dice con una media sonrisa:

—Y ahora vuelva al trabajo, señorita Ferreño.

Mi cara debe ser un poema. ¿No pretenderá que me concentre con lo excitada que estoy?

—Muy bien, como quiera —contesto siguiéndole la corriente. ¡Éste no sabe lo que le espera! ¡Prepárate, chato!

Camino sensualmente hacia la puerta, la cierro con llave y, mirándolo fijamente, me quito el fular y se lo tiro, me desabrocho la falda, dejándola caer al suelo para, seguidamente, quitarme la camiseta y quedarme únicamente con los botines y la ropa interior. Me acerco a él y, tras girar la silla hacia mí, le rozo levemente la entrepierna, dura como una piedra, y acerco mi boca a la suya, atrapando su labio inferior en un

dulce mordisco. Tiene la respiración acelerada; su mirada le delata pero no hace amago de tocarme. ¡Mierda de autocontrol!

—No sabe lo que se pierde... entonces —murmuro—, tendré que hacerle caso y volver al trabajo.

Y caminando de nuevo hacia la puerta, empiezo a vestirme sin dejar de mirarlo. Descubro que vestirse puede ser tan sensual como desvestirse; respiramos con dificultad y nos abrasamos con la mirada.

—Puede quedarse con mi fular, así me recordará durante todo el día —le digo guiñándole un ojo. ¡Dios mío qué calentón llevo! Pero me consuela saber que él está igual que yo y encima tiene una reunión en diez minutos.

Paso la mañana como puedo. ¡Dios! ¿Cómo ha podido dejarme así? Y a la hora de la comida me dirijo a la cafetería. Katia, Dani y Charlie ya están allí, me siento con ellos y empiezo a hojear el menú...

—Preciosas, por si no lo sabíais, hoy es mi cumpleaños, así que os invito a tomar algo después del trabajo —nos dice Charlie.

Dani y yo gritamos un «¡felicidades!» que se oye en toda la cafetería mientras lo abrazamos y besuqueamos. Supongo que Katia ya lo habrá felicitado de un modo más íntimo.

—Pero qué calladito te lo tenías, sinvergüenza —le recrimino riendo.

—Preciosa, con lo liada que estás siempre, no he encontrado el momento de decírtelo. —Sé por dónde va y, como está Dani, cierro el pico por si acaso suelta algo más.

Comemos entre risas; almorzar con ellos siempre me ayuda a desestresarme y, aunque pasa muy rápido, después de mañanas como éstas lo agradezco. A las dos y media estoy de vuelta en mi despacho, me vuelco en todo lo que tengo pendiente y no lo vuelvo a ver en toda la tarde.

Son las seis, ¡por fin! Estoy molida y voy directa al despacho de Katia.

—¿Nos vamos, preciosa? —le pregunto imitando a Charlie.

Katia ríe feliz; me alegra verla así, se lo merece.

—Anda, vamos a por Dani. Charlie vendrá luego, tenía que hablar con Philip.

Recogemos a Dani y nos marchamos al Soho; me encanta este sitio. Nos sentamos en nuestra mesa de siempre y, mientras nos tomamos unas cervecitas fresquitas, Katia le cuenta a Dani que está con Charlie.

—Eso se veía venir, Katia —le dice Dani riéndose.

—¿Te lo imaginabas? —le pregunta Katia sorprendida.

—Hija, que estoy en recepción pero como con vosotros todos los días... claro que lo imaginaba, esas miraditas al final tenían que terminar en algo... al igual que me he dado cuenta de que entre Paula y Philip hay algo más que trabajo.

Me atraganto con la cerveza, ¡pero será posible! Katia no puede parar de reírse.

—¡Anda con Dani!, y parecía tonta, la tía —le suelto bromeando—. No hay nada importante, cielo, no como Katia y Charlie.

—Pero algo hay, ¿verdad?

—Algo hay, dejémoslo ahí de momento —le respondo sonriendo.

Lo veo entrar, va hablando y riendo con Charlie, y me deshago; me tiene completamente deslumbrada. «¿Qué hace un hombre cómo él con alguien como yo? ¿Cómo he podido tener tanta, tantísima suerte? ¡Tiarrón! ¡Tío bueno! ¡Machote!», pienso mirándolo y relamiéndome.

Llegan hasta donde estamos nosotras y Charlie se sienta al lado de Katia, le pasa un brazo por los hombros y la acerca a él para darle un morreo con todas las de la ley. ¡¡Madre mía!! Me quedo embobada mirándolos, ¡yo también quiero uno de esos!... y también quiero que mi chico no tenga pánico a las relaciones, pero, como sé que no es posible, me aguanto y desvío la mirada hacia él, que se ha sentado delante de mí y me mira con seriedad. No sé qué le pasa, pero le sonrío y me pongo a hablar con Dani.

Cruzo las piernas a propósito sólo para insinuarle lo que hay debajo; me devora con la mirada y, envalentonada, me humedezco un poco los labios. Lo miro y me levanto para ir a la barra a por otra cerveza, pasando por delante de él, rozándolo apenas, provocándolo a propósito. Tiene el ceño fruncido, sé que me desea y yo me paso el resto de la tarde torturándolo.

Charlie, que está en su salsa, propone alargar la celebración cenando. Dani y Katia se apuntan al instante, pero sé que Philip se muere por ir a mi casa y yo también... aunque, como no quiero hacerle un feo a Charlie, le digo riendo:

—Eso ni se pregunta, precioso, ¿adónde vamos?

—¿Al Ten Eleven Twelve? —pregunta.

A todos nos parece fenomenal. Philip no ha abierto la boca, así que no sé si viene o no y me quedo mirándolo.

—¿Vienes?

—Por supuesto, y tú te vienes conmigo, pero de camino vamos a hacer una parada —me dice mientras salimos del Soho.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En mi casa, nos pilla cerca de allí.

—¿Has olvidado algo? —Me muero de curiosidad por ver su casa. ¿Cómo será? ¡Seré cotilla!

—Olvidar no es el verbo exacto.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es entonces? —Vaya, pues sí que lo tenemos gramático esta noche.

—Necesitar.

—¿Qué necesitas, pues? —le pregunto mientras arranca y se incorpora a la circulación.

—Necesito follarte urgentemente, necesito quitarte toda la ropa y follarte sólo con las medias, llevo necesitando eso desde las ocho de la mañana. Envíale un mensaje a Charlie y dile que nos retrasaremos veinte minutos, que ha surgido un imprevisto —me ordena con la mirada fija en la calzada.

¡Madre mía! Estoy empapada sólo con oírle. ¡Yo también necesito todo eso y más! Conduce como un loco y no me mira ni me vuelve a dirigir la palabra hasta que llegamos a su casa.

Sale del coche apresuradamente y, tras cogerme la mano, me arrastra dentro de su casa, enciende la luz y en cuestión de segundos tengo su boca sobre la mía poseyéndola con su lengua, que busca la mía desesperada; prácticamente nos arrancamos la ropa, somos todo pasión, prisas y desenfreno.

—Nena, no puedo más, llevo pensando en follarte todo el puto día, no sabes cómo me ha costado concentrarme —murmura mientras se pone un condón a la velocidad de la luz.

Me levanta sin apenas esfuerzo y, apoyándome contra la pared, se ensarta dentro de mí con fuerza para empezar a moverse frenético, apretándose a mi sexo para salir y volver a entrar; sus testículos me golpean excitándome aún más mientras sus manos me sujetan con fuerza por el trasero; me muevo con él... ¡más profundo!, ¡más fuerte!, ¡más rápido!, ¡más, más, más!

—¡¡¡Sí, nena!!!, ¡me vuelves loco! —ruge en mi oído.

Pero yo no puedo hablar, las palabras no salen de mi boca; mi sexo

chorrea, facilitándole la entrada. Me folla con rudeza, sin mimos, sin dulzura, y lo disfruto como siempre... jadeo, chilló, no quiero salir nunca de su casa, no quiero que salga de mí... nos besamos enloquecidos, mordiéndonos, uniéndose placer y dolor, y nos corremos juntos mientras nuestros besos ahogan nuestros gritos.

No puedo moverme, todavía lo tengo dentro de mí.

—¿Por qué no nos inventamos una excusa y nos quedamos aquí follando hasta mañana? Necesito más, nena, esto sólo ha sido el principio.

—Philip, cállate, por favor; ya estoy excitada sólo de oírte, pero te recuerdo que están todos esperándonos para cenar —le riño medio riendo—. De verdad que somos lo peor.

—Era una cuestión de supervivencia, llevo todo el día excitado por tu culpa, no podía aguantar más sin follarte. Nena, eres mi obsesión.

¿Síiiiiii? Le tengo fascinado, soy su obsesión. ¡¡¡Ohhhh!!!

—Anda, démonos prisa o no saldremos nunca de aquí —es lo mejor que se me ocurre y una verdad como un templo.

Nos lavamos y nos vestimos en el baño que hay cerca de la entrada y llegamos al restaurante con veinticinco minutos de retraso, tampoco llegamos tan tarde.

—Ya era hora, ¿qué imprevisto os ha surgido? —pregunta Charlie guasón.

—Un problema en el despacho, ya está todo solucionado —le responde Philip tranquilamente—. ¿Cenamos?

—¿Sobre alguna cuenta en especial? —insiste Charlie. Mira que es pesadito el tío.

—Por supuesto, y bastante importante, y ahora pásame el vino y cállate la boca, cabrón.

Estoy muerta de vergüenza, voy a matar a Charlie como no se calle. Dani, que como me dijo se huele algo, me mira sonriendo.

—Déjalo estar —le ordeno antes de que diga nada.

Por suerte Katia sale en mi ayuda y cambia de conversación. La cena transcurre entre risas y bromas. Philip y Charlie son muy amigos y, cuando se juntan, tienen miles de batallitas que contar. Me río muchísimo con ellos y sobre todo me encanta ver a Philip así, sin el ceño fruncido, riéndose relajadamente; en el trabajo es muy estricto y serio y, cuando lo veo de esta forma, descubro a otro Philip que me fascina de igual manera y me pregunto de nuevo cómo he podido tener tanta suerte.

Charlie y Katia, que llevan la directa en su relación, no se esconden en absoluto y se pasan la cena dándose besos y haciéndose arrumacos. Me quedo varias veces embobada mirándolos; la envidia me corroe, envidia sana, por supuesto, pero envidia al fin y al cabo... Moriría por tener eso con Philip, por ser su pareja y no tener que esconderme ante nadie, pero dudo de que eso pueda suceder entre nosotros, mejor no pensarlo... le tengo a él, ¿no? Punto y final.

Le sorprendo mirándome fijamente varias veces; no sé descifrar su expresión, pero algo pasa y decido preguntárselo más tarde... y tan tarde, al final la cena se alarga demasiado y, cuando subo al coche, no puedo evitar bostezar; no puedo más y me recuesto en el respaldo, cerrando los ojos.

—¿Estás cansada, cielo? —me pregunta dulcemente.

—Un poco, ¿y tú? —le digo abriendo los ojos y encontrándome con su increíble mirada.

—Un poco —me contesta imitándome y sonriendo.

—¿Qué te pasaba en la cena? ¿Por qué me mirabas así?

—Así, ¿cómo? —Sé que quiere zafarse del tema, pero no pienso dejarle.

—Lo sabes de sobra; suéltalo, Philip.

—Nada, me preguntaba en qué pensabas cuando los mirabas.

¿Y ahora qué? ¿Le digo la verdad y lo acojono? Mejor no.

—Pues nada, que están felices y me alegro por ellos, ¿tú no?

—Claro. —Arranca el coche sumiéndose en sus pensamientos.

Hacemos el trayecto en silencio; sé que no le ha convencido mi respuesta, pero es lo que hay, no pienso decirle más. Llegamos a mi casa, pero no hace mención de bajar.

—¿Quieres subir? —«Por favor, di que síiiii», suplico mentalmente.

—Mejor no, estás cansada y es tarde —me responde mirándome con seriedad de nuevo.

¿Cómooooo? Antes también estaba cansada y hemos follado como locos. Al final tendrá razón y sólo será sexo. ¿Por qué no puede quedarse a dormir conmigo? ¿Por qué tiene que irse?

—Hasta mañana, entonces —me despido y salgo del vehículo sin darle ningún beso.

Capítulo 22

Pasan los días y establecemos una rutina que me gusta y me desquicia al mismo tiempo. En la empresa, delante de todos, soy la señorita Ferreño, su eficiente secretaria a la que satura de trabajo, pero luego paso a convertirme en su ardiente e insaciable amante en la intimidad. Todos los días viene a mi casa, follamos, cenamos y luego se marcha a la suya... mientras Charlie y Katia cada vez son más pareja, incluso en el curro; todo el mundo sabe ya que están juntos. Además, ¡como para no saberlo! Se pasan el día pegados, besándose y magreándose a la menor ocasión y, a pesar de lo feliz que me hace verlos juntos, también me pone triste; es un recordatorio constante de lo que podría tener y no tengo.

El viaje a París es mañana y hoy por fin voy a escuchar la canción y visionar la presentación de la campaña. Estoy impaciente por ver el resultado de tanto esfuerzo. Cuando entro en el despacho de Philip, Charlie y Cindy ya están allí; me siento y entonces Philip pone la canción.

Es increíble, preciosa; contiene un despliegue musical espectacular. La voz de la mujer me eriza por completo, me emociona hasta tal punto que estoy a punto de llorar y, de repente, soy yo la que está paseando por la orilla, la que está tumbada sobre la arena mientras el agua moja mi cuerpo, la que mira fijamente a la cámara, porque a quien veo es a él, a Philip, es perfecto, soy yo, en sus fantasías y en las mías.

Nuestras miradas se encuentran; es brillante, la canción dura apenas unos minutos pero es más que suficiente. Nunca he odio nada tan bello que pueda emocionarme tanto en tan poco tiempo. No es sólo la música, es la letra... es tan perfecta que no puedo evitar que una lágrima se deslice por mi mejilla.

«Día a día estamos escribiendo nuestra historia, tuya y mía, cogidos de la mano fuertemente, sin soltarnos. Ha llegado el momento de volar

juntos, de dejar de soñar para empezar a vivir, ha llegado el momento de querernos por fin libremente. Has alejado de mí mis temores, mis miedos, ya no recuerdo el dolor; sólo veo luz cuando estoy contigo, una luz fuerte y resplandeciente que nunca deja de brillar, porque estás conmigo, porque estamos juntos, por siempre juntos, por siempre juntos.»

—Coño, tío, es brillante, no me canso de escucharla.

—Y eso que no le veías capaz de escribirla —apuntilla Cindy—. A mí también me encanta, Philip; me ocurre como a Charlie, no me canso de escucharla. Estoy segura de que será un gran éxito. ¡A ver si te haces compositor ahora y nos abandonas!

Lo miro asombrada, apenas me sale la voz.

—¿La ha escrito usted? —Mi voz es un susurro.

Me mira fijamente; su rostro es una máscara que no puedo descifrar.

—Sí, siempre me ha gustado componer y, por lo que veo, le ha gustado —me dice por fin tiernamente.

Asiento; no puedo articular palabra, necesito irme un momento y que me dé el aire. ¿Habla de nosotros? ¿Soy su luz?

—Vengo en un instante —consigo pronunciar y salgo disparada hacia el baño.

No sé por qué, pero tengo ganas de llorar. ¿Pero estoy tonta o qué? ¿Por qué no me siento feliz? La canción es lo más bonito, lo más precioso que he oído en mi vida, y si, como sospecho, la ha escrito pensando en mí, debería estar dando saltos de alegría, no llorando.

De repente entiendo por qué lloro; mi corazón suele ir siempre un paso por delante de mi cabeza. Llora porque escribe lo que no se atreve a decirme, llora porque no sé si alguna vez eso se hará realidad, porque no conozco sus miedos, porque, aunque estamos juntos, Philip es un secreto para mí.

Me obligo a inspirar y expirar, me mojo la nuca, me seco los ojos y espero unos minutos a que dejen de parecer dos tomates. Sólo cuando estoy más tranquila vuelvo a su despacho.

—¿Estás bien, preciosa? —me pregunta Charlie preocupado.

—Claro, no te preocupes —le contesto sonriendo.

Noto a Philip hermético; temo que esté enfadado. Ha compuesto una canción preciosa, posiblemente desnudando sus sentimientos, y yo me lo he tomado a la tremenda.

—Continuad, por favor —les pido.

Entonces Philip pone el devedé y veo la presentación de la campaña. Miro a la modelo que han elegido y la moral se me cae a los pies: es todo lo contrario a mí. Desde luego que se ha esmerado de verdad en encontrar un físico completamente opuesto al mío: es rubia, de piel muy blanca, ojos azules y con una figura bonita; me gusta su conjunto, pero no me convence. Aun así, la presentación es perfecta, han hecho un trabajo increíble. Yo les elegiría sin duda. Finaliza la reunión; tengo trabajo y me dispongo a salir cuando Philip me detiene.

—Señorita Ferreño, usted quédese. Charlie, cierra la puerta cuando salgas, por favor.

¡Mierda! Me quedo plantada en medio de su despacho; ahora querrá que le explique qué me ha pasado, ¿y qué le voy a decir? ¿Que le quiero, que quiero que lo que dice en su canción nos pase de verdad, que quiero ser su luz?

—¿Quieres sentarte, cielo? —me pregunta sacándome de mis pensamientos.

Obedezco respirando profundamente; está sentado delante de mí, pero no me atrevo a mirarlo.

—¿Qué ha pasado antes? —Me observa fijamente, como si pudiera leer mis pensamientos.

—¿Te importaría dejarlo pasar?

—No... Te has emocionado cuando has oído la canción, te he visto y hasta ahí perfecto. Quería ver qué sucedía cuando la escucharas por primera vez y has tenido la reacción que buscaba cuando la escribía; quiero que la gente se emocione, que sueñe, pero me has descolocado cuando te has marchado. Te has ido a llorar, ¿por qué?

—Philip, no me atosigues, ¿quieres? Yo no lo hago contigo, así que no lo hagas tú tampoco. —Me levanto molesta. ¿Por qué él puede ser tan hermético y yo tengo que ser un libro abierto?—. Nos vemos luego.

—Paula, nos marchamos mañana a París. No creo que pueda ir a tu casa, tengo muchas cosas que solucionar antes.

—Pues hasta mañana entonces, nos vemos en el aeropuerto.

—¿Quieres que pase a recogerte?

—¡No! —le digo con demasiada rotundidad—. No... no te preocupes, nos encontraremos allí. —Y salgo precipitadamente sin darle opción a contestarme.

Yo también tengo mucho trabajo. Reviso cientos de veces lo mismo;

temo dejarme algo importante y, como no puedo dejar de martirizarme por si olvido algo, al final me rindo y me encamino al despacho de Charlie con todo lo que tengo que llevarme.

—Charlie, por el amor de Dios, dime que no me dejo nada, que llevo todo lo que hace falta. Como me olvide algo y me dé cuenta en París, Philip me mata.

—A ver, preciosa, hagamos un trato: yo te lo reviso todo y tú me cuentas qué ha pasado antes.

—Y dale, ¿pero qué os pasa? Necesitaba ir a mear, eso ha sido todo.

—¿Meas por los ojos? ¡Qué asco!

Me río por su ocurrencia; es único y le quiero un montón.

—Charlie, por favor, no me atosigues tú también; revísamelo, anda.

—Qué cabezota eres, dame esas carpetas —me dice y empieza a revisarlas una a una, concienzudamente—. Lo llevas todo, preciosa. Sólo te falta el billete y la reserva del hotel.

—Sí, lo sé, voy ahora a pedírselo a Sam. Gracias por todo, Charlie. —Esas gracias incluyen ser como es.

—De nada, preciosa; te quiero mucho y no me gusta verte llorar.

—Yo también, precioso, nos vemos cuando regrese de París. —Me levanto y le doy un abrazo antes de dirigirme al despacho de Sam a recoger los billetes y la reserva.

Cuando termino de trabajar, me marchó a mi casa; aún tengo que preparar la maleta y cojo de todo, pensando en todas las posibilidades: por si llueve, por si hace calor, por si refresca, por si me mancho, por si... y al final parece que vuelvo a España de tanta ropa que llevo. ¡Qué exagerada soy!, pero también es cierto que, mujer prevenida, vale por dos, ¿no? Pues en mi caso el refrán se queda corto: no vale por dos, vale por cien; llevo ropa para tirarme un mes entero en la capital francesa.

Suena el despertador a las seis. Estoy muy nerviosa y feliz porque voy a tenerlo para mí solita durante varios días y me levanto de un salto directa a la ducha. ¡Qué emoción! París, Philip, la torre Eiffel, él y yo y una habitación con una cama extragrande... ¡Mmmm, la de cosas que podremos hacer! *Oh la lá!*

Me ducho, me pongo unos vaqueros, mis bailarinas y una blusa fina; ayer vi el tiempo que hacía en París y marcaba 20 oC. Echo de menos el sol. Me pongo una americana encima, cojo mi maleta y salgo en busca de un taxi que me lleve al aeropuerto.

Cuando llego, Philip ya está esperándome; me mira y me premia con su fantástica sonrisa. No me derrito, pero casi, ¡si es que me tiene loquita de amor!

—¡Hola! —Su voz inunda de calidez mi cuerpo.

—¡Hola! —le respondo sonriéndole yo también con una sonrisa de enamoradita perdida que tira para atrás. Si no sale disparado en dirección contraria es que está ciego perdido, que lo está... ¡Ay, Señor! ¡Si es que no hay más ciego que el que no quiere ver!

—¿Has desayunado? —me pregunta entrelazando sus dedos con los míos.

—No, ¿y tú? —respondo apretándome a él; nuestros cuerpos expresan lo que nosotros no queremos o no podemos decir.

—Tampoco, quería hacerlo contigo. Vamos, allí hay una mesa.

Nos sentamos y pido un café con leche, no tengo hambre, y él pide lo mismo. Lo miro; está guapísimo, no es justo que sea tan atractivo. Las mujeres lo miran al pasar por su lado; no me extraña, yo he cruzado la mitad del planeta para estar aquí, así que no puedo culparlas.

—Ayer te eché de menos —me dice serio— y aún espero una respuesta.

—Philip, déjalo estar, ¿vale? Yo también te eché de menos —le confieso en un susurro.

—Cuando te sientas preparada, ¿me lo contarás?

—Puede —contesto con una sonrisa sosteniéndole la mirada.

La suya es tan intensa... me gustaría saber qué piensa, que se abriera a mí y poder hacerlo yo también, pero supongo que nuestros miedos son superiores a nuestros anhelos y preferimos callar.

Nuestras manos se buscan y entrelazamos los dedos; sólo estamos él y yo, pero el momento se rompe cuando anuncian nuestro vuelo. Nos levantamos y, sin soltarnos, empezamos a caminar hacia la puerta de embarque fuertemente cogidos, como cualquier pareja de enamorados.

Me da pánico volar, pero estar junto a él es el mejor calmante que pueda tomarme; su mano sobre la mía es lo único que necesito y no nos soltamos en ningún momento, necesitamos sentirnos, no perder el contacto... Literalmente estoy en una nube, nunca mejor dicho, pero el vuelo es largo y sin darme cuenta voy cerrando los ojos y termino dormida sobre su hombro. ¡Mmmmm! ¡Ni la mejor cama podría hacer que estuviera más cómoda! Me despierto notando sus caricias en mi pelo;

estoy tentada de continuar haciéndome la dormida para que no pare, pero no sé cuánto tiempo llevo dormida y me da un poco de vergüenza, y al final me incorporo mirándolo. Tiene el ceño fruncido, ¿tan mal aspecto tengo? Necesito ir al baño a mirarme. ¿Habré babeado sobre su camisa? ¡¡¡Qué vergüenza!!! Temo mirar por si encuentro un cerco enorme de babas sobre ella y con un «ahora vengo» salgo disparada hacia el baño.

Me miro en el espejo, no hay restos de babas, ¡gracias, Dios!, y a excepción de que tengo un poco deshecho el pelo estoy como siempre. Me aclaro un poco la boca con agua y vuelvo al asiento. Está leyendo un periódico con cara de cabreo y no me dice nada, así que aprovecho para mirar por la ventanilla. «¿Y ahora qué le pasa?», pienso, pero me callo y me sumerjo en mis pensamientos.

Noto su mirada sobre mí y me giro despacio, mi mirada desciende hasta su boca... a esa boca que me muero por besar desde el primer día y lentamente unimos nuestros labios en un dulce beso, sin exigencias, sin devorarnos, con toda la ternura de la que somos capaces y, antes de lo que querría, se aparta ligeramente apoyando su frente sobre la mía.

—Estamos llegando a París, Paula —me dice en un ronco susurro.

Asiento como una muñeca; literalmente me ha derretido con ese beso y tengo que morderme la lengua para no decirle que le quiero, que le quiero más que a mi vida.

Por el altavoz anuncian lo que él acaba de decirme, así que nos ajustamos los cinturones y nos preparamos para el aterrizaje.

Es de noche cuando llegamos; estamos agotados y cogemos un taxi que nos lleva directamente al hotel, donde estamos en habitaciones separadas. ¡Cómo no! Pensaba que compartiríamos habitación, pero, claro, él duerme solo. ¡¡Mierda, Philip!! Estoy enfadada, cojo mi llave y sin esperarlo me encamino hacia el ascensor; subimos juntos pero no le dirijo la palabra y con un «buenas noches» me meto en mi habitación dejándolo en medio del pasillo, mirándome.

Que se joda, no estoy siendo juiciosa, lo sé, pero me da igual. Deshago la maleta esperando que llame a mi puerta, pero no lo hace y me cabreo aún más. Al final me meto en la ducha y empiezo a llorar. Soy una estúpida, él no realiza las reservas, las hace Sam, y ha hecho lo correcto reservando dos habitaciones... pero Philip podía haber cambiado las dos habitaciones por una sola cuando hemos llegado al hotel. Estoy cogiendo un berrinche de narices, pero me da igual, estoy cansada no, lo siguiente,

enfadada hasta decir basta y puedo permitirme ser todo lo injusta que quiera.

Salgo de la ducha con la piel enrojecida por el agua caliente, me pongo unas braguitas, me acuesto y caigo rendida en un sueño profundo.

El despertador suena a las siete, abro los ojos y me quedo un momento mirando el techo de la habitación. Ni en sueños hubiera creído que nuestra primera noche en París sería así; la imaginaba llena de pasión, lujuria y sexo ardiente, pero jamás que la pasaría con la almohada como único acompañante. ¡Menuda decepción!

Me ducho y me seco el pelo dándole volumen y marcando mis ondas. Es una reunión importante, así que me pongo un vestido ceñido rojo de manga corta y por encima de las rodillas, con mis *stiletos nude*; no cojo bolso porque llevo un coqueto maletín que compré a propósito para este viaje. Allí llevo las propuestas, la tableta y todo lo necesario.

Siento la mirada de la gente sobre mí cuando entro en la cafetería. ¿Me habré excedido arreglándome? ¿Iré demasiado ceñida? Soy tan insegura que me abofetearía si pudiera. «¡¡¡Estás muy buena!!! ¡¡¡Déjalo ya!!!», me ordeno, estoy harta de mis estúpidos complejos.

Philip, que ya está sentado, no me quita los ojos de encima mientras me acerco; durante un segundo me ha parecido impresionado, pero con él nunca se sabe. Lo miro fingiendo indiferencia; todavía estoy enfadada, pero me cuesta la vida, hoy se ha puesto traje y está guapísimo a rabiar.

—Buenos días, Paula, veo que has dormido bien —me dice cabreado mientras me siento frente a él.

—Buenos días —le contesto con una sonrisa—. He dormido de maravilla, ¿tú no? —Desde luego, a actriz no me gana nadie.

Y antes de que me conteste, le pido al camarero con mi perfecto francés y con una provocadora sonrisa un café con una tostada.

Lo veo apretar la mandíbula; sé cómo le pone que hable en francés y lo hago a propósito, quiero que se sienta tan frustrado como me siento yo desde anoche.

—Paula, aquí todos entienden el inglés —me aclara como si no lo supiera.

—¿Ah, sí? —pregunto inocente—. Supongo que, al estar en Francia, cambio el chip sin darme cuenta.

Empiezo a comerme la tostada lamiéndome la mermelada de los labios; lo estoy excitando, lo sé, pero éste suda sangre hoy fijo. No me

quita la vista de encima mientras finge leer los expedientes, al igual que yo finjo no darme cuenta de nada mientras miro por la ventana del restaurante.

Cuando terminamos de desayunar, me coge de la mano para salir del hotel y de un manotazo me suelto. ¿Ahora me coge de la mano? ¡Y una mierda!

—¿Por qué te sueltas? —me pregunta enfadado.

—Porque vamos a trabajar, Philip, por eso. Y ahora que lo pienso, ¿debería hablarte de usted? Voy un poco perdida aquí, no sé si sólo soy tu secretaria o soy algo más —le digo envalentonándome.

—¿A qué viene ese comentario, Paula? —me pregunta enfadado.

Está que echa humo, yo también; me mira, lo miro, y en medio del *hall* del hotel me coge por la nuca y, acercando su boca a la mía, me da el beso más erótico que me han dado nunca. Nuestros cuerpos están tan pegados que podrían confundirse con uno solo; nos excitamos en apenas unos segundos y todo nuestro enfado desaparece. Se aparta ligeramente y, apoyando su frente sobre la mía, me susurra con la voz ronca llena de deseo:

—Nunca vuelvas a soltarte.

¡Madreeee! Estoy a cien, menudo morreo en toda regla acaba de darme y por primera vez en un sitio público. ¡¡¡Por fin!!!

Asiento con la cabeza, pues mi capacidad de expresión ahora mismo está por los suelos. Me coge de nuevo de la mano y salimos del hotel. Durante el trayecto en taxi hasta Promesses no me libera la mano; estoy confusa, no lo entiendo. Sólo quiere sexo, pero estamos en habitaciones separadas; no quiere una relación, pero me coge de la mano y se cabrea si me suelto... Definitivamente, necesito un manual de instrucciones para estar con él si no quiero acabar loca perdida.

Capítulo 23

Llegamos a Promesses y me quedo impresionada. ¡Menudo lujo! Suelos de mármol, muebles rococó, obras de arte, cuadros impresionantes... ¡joder con los franceses! Suerte que me he vestido así; esto es lujo y lo demás son tonterías.

Mis tacones repiquetean sobre el suelo de mármol mientras camino al lado de Philip, que parece completamente indiferente a todo lo que nos rodea. Me la juego a que sería capaz de estar en el mismísimo palacio de Versalles y no inmutarse. Qué envidia de autocontrol, coño, porque yo tengo que concentrarme como nunca para no quedarme mirando embobada todo lo que me rodea por miedo a parecer una paleta.

Nos acompañan hasta un despacho enorme e igual de lujoso, con una mesa circular en el centro y un televisor de plasma gigante colgado en la pared. Miro disimuladamente la lámpara de araña y ella sola debe de costar una pequeña fortuna, eso por no hablar de la pintura mural del techo. ¿Pero esto qué era antes, un palacete? ¡Qué barbaridad! No me da tiempo a cotillear nada más porque, en apenas unos minutos, llegan los directivos de publicidad de Promesses y mi trabajo de intérprete se antepone a todo lo demás.

Así que, después de realizarse las pertinentes presentaciones y la típica conversación de rigor para romper un poco el hielo, nos metemos de lleno en la reunión. Como siempre, Philip me deja con la boca abierta: es tan brillante, tan concienzudo y transmite tal entusiasmo que termina contagiándome su pasión y ahora los franceses tienen que lidiar con dos toros de Miura de la publicidad. Les encanta la idea de que hayamos creado una canción como hilo conductor del anuncio, una canción que la gente asocie inmediatamente a Promesses; les convence la idea de la versión lenta y disco de la canción, la idea del anuncio en sí... ¡¡todo,

todo!!! Les encanta y me siento feliz. No sé si nos darán la cuenta o no, pero, cuando acaba la reunión dos horas después, me quedo con la satisfactoria sensación del trabajo bien hecho.

Nos despedimos de los directivos de publicidad y aún no hemos puesto un pie en la calle cuando Philip me sorprende al cogerme por la cintura y levantarme haciendo que quede a su misma altura, entre risas y besos.

—Nena, ha sido increíble, has estado increíble —me dice llenándome de besos.

—Tú sí que has estado increíble, ¡qué pasada, Philip! —le respondo emocionada—. Nunca había asistido a una reunión así. Me ha encantado formar parte de ella, me encanta París y me encantas tú —le digo sin poder frenar mis palabras. ¡Ay, mierda!

—Pues eso no es nada, espera y verás. Creo que lo que viene ahora te va a encantar aún más —me dice bajándome y parando un taxi al que da la dirección del hotel.

—¿Volvemos al hotel? —pregunto extrañada; pensaba que haríamos un poco de turismo.

—Por supuesto.

—¿Para qué?

—Para hacer todo lo que tengo en mente desde anoche, cuando me dejaste plantado en medio del pasillo —me echa en cara sonriendo.

—No te dejé plantado, me fui a *mi* habitación.

—Me hubieras arrancado la cabeza, de haber podido.

—Si es que no aprendes —le digo con una media sonrisa.

—¿Tan importante era para ti una única habitación?

—¿Tan importante es para ti dormir solo?

—No se trata de eso, Paula, yo no hice la reserva.

—Pero podías haberla cambiado.

—Joder, nena, era tardísimo cuando llegamos. ¿Qué más daba? No pensaba marcharme, pero tienes un genio de mil demonios y tú sola te montas la película a tu antojo.

—¿De verdad no ibas a marcharte? —murmuro mientras la sonrisa de lela enamoradita perdida amenaza seriamente en partir mi cara en dos.

—De verdad —me dice mirándome fijamente.

—Eso dice mucho a tu favor —le digo sonriendo por fin—, puede que te deje tocarme cuando lleguemos.

—¿Puede? Nena, puedo tocarte y hacer contigo todo lo que quiera — murmura besando mi oreja y bajando hasta mi cuello—: eres mía, sólo yo puedo tocarte. —Su mano está subiendo peligrosamente por dentro de mi falda hasta llegar a mi sexo y tengo que morderme una mano para no gemir en el taxi; como no lleguemos pronto al hotel, no respondo.

Por suerte no estamos lejos y llegamos en apenas unos minutos, ¡y gracias! ¡Un poco más y me lo tiro en el coche! Sin soltarme la mano, me arrastra hasta su habitación; estamos ansiosos y, cuando entramos, nos fundimos en un beso ardiente y apasionado mientras empiezo a quitarle la camisa; se la arrancarí a mordiscos, pero me freno, tiene pinta de cara carísima hasta decir basta.

—Quítate la ropa —me ordena separándose de mí y sentándose en el borde de la cama con una calma envidiable—, quiero ver cómo te desnudas para mí.

«¡Mmmmm! Todo lo que quieras, guapetón.» Poco a poco y como me ha pedido, me desabrocho el vestido y lo dejo caer al suelo, quedándome únicamente con el sujetador y el tanga de encaje negro; me dejo los zapatos y, acercándome sensualmente a él, me toco los pechos, imaginando que es él quien lo hace, masajeándolos y dejando que un ronco gemido salga de mi garganta. Me desabrocho el sujetador sin apartar mi mirada de la suya y lo dejo caer al suelo con una sonrisa provocadora; sus ojos me devoran entera, me aviva que me mire así y empiezo a bajarme el tanga, despacio, hasta quedarme completamente desnuda frente a él.

—Desnúdame ahora —me ordena con voz ronca, levantándose.

—Estás un poco mandón hoy, ¿no te parece? —le pregunto humedeciéndome los labios. «¡Claro que voy a desnudarte, tiarrón!», pienso encantada de la vida; es lo que más deseo.

—Hazlo.

Rozo su pene con mis dedos y cierra los ojos un momento para abrirlos inmediatamente; sus manos van directas a mis pechos, tirando de mis pezones y provocando una descarga eléctrica en todo mi sexo, humedeciéndolo aún más si es posible. Empiezo a quitarle la ropa, dejando ese cuerpo endiabladamente perfecto completamente desnudo para mí. ¡Mmmmmm! «La de cosas que te haría», pienso mientras lamo su tatuaje y empiezo a descender lentamente hasta llegar a su sexo, estoy deseando saborearlo y me lo meto en la boca, hasta el fondo.

Lo sujeto por el trasero y empiezo a masturbarlo, presionando, dentro y fuera, chupando de la raíz a la punta. Mueve sus caderas introduciéndolo más profundamente, follándome la boca. ¡Madre mía! Acelero el ritmo, quiero que se corra; me siento una actriz porno en estos momentos, guarra hasta decir basta.

—Para, Paula, no quiero correrme en tu boca —me pide con un gemido.

Pero no le suelto y acelero aún más el ritmo; le clavo las uñas en el trasero, quiero que lo haga, quiero que eyacule y hoy no pienso dejar que se aparte... por fin se deja ir en un rugido y trago inmediatamente. ¡Uau! La verdad es que siempre había pensado que sería asqueroso, pero con él me siento avariciosa, lo quiero todo y, sinceramente, no ha sido para tanto, tanto alboroto para nada.

—Mierda, Paula, ¿por qué no te has apartado? —me pregunta enfadado haciendo que me levante—. ¿No te ha dado arcadas?

—Pues no; además, lo he hecho porque he querido, ¿no te ha gustado? —digo mordiéndome el labio.

—¿Tú qué crees? —me pregunta con su sonrisa de canalla más auténtica—. Me has vuelto loco, pero prefiero correrme contigo. Ven, nena... creo que te debo una —me propone tumbándome en la cama.

Besa cada parte de mi cuerpo, marcándome con sus besos, haciéndome suya hasta llegar a mi clítoris, que lo espera palpitante. Pone mis piernas sobre sus hombros y hunde su boca en mi resbaladiza abertura para empezar a torturarme con ávidos lengüetazos y haciendo que sienta tanto que las palabras quedan sustituidas por gemidos y jadeos; su lengua barre todo mi sexo, succionando mi hinchado clítoris, presionando y volviendo a empezar. Gimo retorciéndome y me corro en un violento orgasmo. ¡Joderrrr!, ¡acabo de tener el mejor sexo oral de mi vida!

—Pónmelo, nena —me dice dándome el condón.

Al igual que la última vez, se lo pongo con la boca mientras un ronco gemido sale de su garganta. Me tumba sobre la cama anclándome al colchón y se hunde dentro de mí posesivamente, llenándome de él. Me folla con rudeza, imprimiendo un ritmo rápido y marcándome con cada embestida una y otra vez; me muevo con él, ahogándome con las miles de sensaciones que va despertando dentro de mí, desesperada por sentir más y notando cómo algo tremendo se forma dentro de mí para estallar dejándome completamente hecha polvo.

Nos pasamos la tarde encerrados en la habitación. ¡Ahora sí!, ¡esto sí es lo que había imaginado! ¡Sexo ardiente, húmedo y salvaje! Mañana ya haremos turismo; seguro que la torre Eiffel no se mueve del sitio, hoy tenemos cosas más importantes que hacer.

Cenamos en la terraza de la *suite*, bebemos *champagne* y brindamos por el éxito de la presentación. Tenemos París a nuestros pies y me siento la mujer más feliz del mundo.

—Paula, has estado espectacular en la reunión. Los franceses no podían apartar la mirada de ti, los tenías fascinados, al igual que me tenías a mí. Si nos dan la campaña, tú tendrás muchísimo que ver en ello —me dice mirándome fijamente.

—¡Anda ya! —le contesto riendo—. Si te dan la campaña, será por ti, por Charlie y Cindy. Philip, has hecho un gran trabajo en esta cuenta; además, la canción es increíble. Eres el mejor en tu trabajo; tú no te ves, pero yo sí, y te prometo que es un espectáculo verte trabajar.

—Eso mismo podría decirte a ti también; tú tampoco te ves, Paula... no sé si es tu voz, tu forma de expresarte, tu físico o todo el conjunto, pero no podía apartar la mirada de ti, te prometo que por un momento, y a pesar de estar las imágenes de la modelo, eras tú la que estaba protagonizando el anuncio.

—¿Por qué dices eso?

—Porque eclipsabas las imágenes. La canción es para ti, Paula, por eso conecta tan bien contigo.

El corazón deja de latirme, ¿de verdad ha dicho lo que creo que he oído?

—¿Soy tu luz, Philip? —Tiemblo al preguntárselo.

—Sí, cielo, ¿aún no te has dado cuenta? ¿Ha hecho falta que te escriba una canción para que lo sepas?

—Philip, tú... nunca... —No sé por dónde cogerlo, me siento torpe—. No parabas de repetirme que no querías una relación, que no querías que me enamorase de ti.

—Y no quería, como tampoco nunca he querido estar con nadie que trabajara conmigo, pero aquí estoy, locamente enamorado de mi secretaria, la mujer más preciosa, más cabezota, más sexi y más increíble que se ha cruzado en mi camino desde hace años —me dice rodeando la mesa y acercándose a mí.

—Philip... —no puedo hablar, tengo un nudo en la garganta mientras

las lágrimas caen silenciosas por mis mejillas.

—¿Por qué lloras, nena? —me pregunta levantándome y secando dulcemente mis lágrimas.

—Porque llevo enamorada de ti desde antes de conocerte —le confieso con el corazón en un puño. Es ahora o nunca, no quiero ocultárselo por más tiempo, necesito que lo sepa.

—No te entiendo.

—Un día vi un reportaje de Jenny Clause contigo. Eran unas fotografías de los dos juntos, os estabais haciendo un *selfie*. Había otras fotos de ella sola, pero yo estaba fascinada contigo... había un primer plano tuyo, mirando a la cámara, y te prometo que me dejaste sin aliento. No podía apartar la mirada de esa foto; sin tú saberlo, ya tenías ese poder sobre mí.

Me mira asombrado, no es para menos. Por favor, que no se asuste, que no piense que estoy chalada.

—Te seguí por Facebook, y vi que ponías que en Virmings había un puesto vacante como secretaria de dirección. Hice la entrevista por videoconferencia y crucé medio mundo para conocerte. Philip, no pienses que estoy loca, por favor —murmuro muerta de miedo por su reacción.

—Paula, ¿es cierto eso?

Asiento, no me salen las palabras.

—No creo que estés loca, cielo, creo que eres la mujer más valiente que he conocido nunca —me dice fascinado—. Me cabreeé un montón con la prensa cuando vi esas imágenes publicadas; odio ver mi vida expuesta. Soy amigo de Jenny desde hace años, pero me jode un montón que siempre lleve prensa detrás... Aunque esas fotografías te trajeron a mí, así que sólo puedo agradecerles una y mil veces que me fotografiasen.

—No más que yo —le digo sonriendo.

—¿Pero qué hubiera pasado si Jenny y yo hubiéramos sido pareja? ¿No lo pensaste? España está muy lejos y tomar esa decisión sin saber nada de mi vida era un poco arriesgado, ¿no te parece?

—Claro que lo pensé, al igual que pensé que podrías estar con otra, o ser un imbécil —le digo sonriendo—, pero no podía dejar pasar esa oportunidad; total, si no era lo que pensaba, siempre podía volver.

—Bueno, lo de imbécil... a veces puedo llegar a serlo —me dice con una carcajada apretándome a él.

—Sí, es cierto, puedes llegar a ser muy imbécil —respondo

riéndome yo también—. Oye... ¿has estado alguna vez con Jenny? —le pregunto cayendo en la cuenta de repente.

—Nunca, es sólo una buena amiga, jamás estaría con una modelo o una actriz.

—Eso no puedes saberlo, no podemos controlar de quién nos enamoramos.

—No, Paula, yo sí puedo y eso no pasará nunca.

—Suerte entonces que no soy ninguna de esas cosas.

—Suerte la mía, nena... te quiero —me dice por primera vez atrapando mi mirada con la suya.

—Yo también te quiero, Philip —le digo por fin llenándome de luz, de su luz; por fin puedo decírselo.

Cogiéndome por la nuca, me acerca a él y me da el beso más dulce, más tierno y más lleno de amor que me han dado jamás. Soy suya y él es mío, ahora y siempre.

—Necesito saber una cosa, Paula.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué lloraste cuando oíste la canción?

—Porque eres tan hermético a veces... supe que era para mí en cuanto dijiste que la habías escrito, pero tenía miedo de que no nos dieras una oportunidad, temía que no te atrevieras a vivirlo. Siempre estabas diciéndome que no querías una relación, que no me enamorase de ti.

—Lo sé, pero he visto cómo mirabas a Charlie y a Katia; yo mismo lo he hecho y me he maldecido por no darnos una oportunidad... no quiero perderte, Paula.

—Nunca lo harás, Philip, te quiero.

—Yo también te quiero, cielo; ven conmigo. —Y cogiéndome de la mano me lleva a la cama para hacerme de nuevo el amor.

Despierto con el sol de la mañana acariciándome la cara; mi cuerpo está pegado al suyo, que me abraza posesivo, y me giro lentamente. Quiero mirarlo mientras duerme, atesorar cada instante que pase con él, guardar cada imagen suya en mi memoria. Tiene el rostro relajado y me deja sin aliento. Podría estar mirándolo durante horas. Acaricio su pelo y entonces abre despacio los ojos y nos miramos sonriéndonos; todavía no puedo creer que me quiera y que seamos pareja.

Anoche fue increíble, fue tan dulce y hubo tanto amor entre nosotros que creo que aún estoy en el cielo. Ojalá nunca saliéramos de esta

habitación. Me acerco lentamente y le doy un dulce beso, me corresponde y nos encendemos en apenas unos segundos.

—Nena, quiero que vayas al ginecólogo y te recete la píldora, estoy harto de los condones —me dice mientras su boca desciende por mi garganta—, necesito sentirte.

—Lo que tú quieras —jadeo.

—¿Estás ovulando? —me pregunta posando su increíble mirada sobre mí.

—No; de hecho, está a punto de venirme el periodo, soy como un reloj y...

No me deja terminar y con una única y certera estocada me penetra profundamente. Grito por la invasión para terminar jadeando, ¡¡¡Dios!!! ¡Es increíble sentir su piel directamente junto a la mía! Le siento tan intensamente... duro y suave, acero y terciopelo... Nos miramos fascinados y empieza a moverse frenético dentro y fuera, encajando sus caderas con las mías, inmovilizándome y dominándome con sus feroces acometidas, apretando su sexo contra el mío, una y otra vez, más y más, ¡síiiii!

—Córrete, nena —me ordena con rudeza—, ¡córrete!

Y como si mi cuerpo careciera de voluntad, un orgasmo tremendo saquea mi cuerpo mientras oleadas de placer me convulsionan y mi sexo lo succiona haciendo que se corra por primera vez dentro de mí.

—¡Madre mía, Philip! Te aseguro que nada más llegar a Sídney busco un ginecólogo, ha sido increíble.

—¿Quieres que te acompañe, cielo? —me pregunta dulcemente sin dejar de besarme, aún dentro de mí.

—No hace falta, ya soy mayorcita —contesto sonriendo.

—Lo sé, nena, pero es algo con lo que vamos a disfrutar los dos y quiero estar contigo.

—Como quieras, Philip, pero de verdad que no hace falta.

Oigo mi estómago rugir ruidosamente.

—¿A quién tienes ahí dentro? ¿A una jauría de leones? —me pregunta divertido.

—Supongo que estoy hambrienta —le digo muerta de vergüenza—, ¿pedimos el desayuno?

—Me quedaría encerrado en esta habitación durante semanas, pero nos vamos mañana y quiero que veas la ciudad. Vamos a ir a desayunar a un sitio que te encantará.

—¿Conoces París? —pregunto curiosa.

—Claro, he venido muchas veces. Vamos a ducharnos, que nos vamos a hacer turismo.

—Podríamos pedir algo al servicio de habitaciones —le digo mimosa besándolo dulcemente— y, si nos quedamos, te prometo que te dejaré hacer todo lo quieras.

—Ya lo hago, nena —me dice con fanfarronería—. Además, tengo todo el tiempo del mundo para hacerlo y sólo nos queda un día aquí, vamos a aprovecharlo.

Me arrastra hasta el baño y nos duchamos juntos. Se ha convertido casi en una costumbre; nos enjabonamos y nos besamos sin poder separar nuestros cuerpos.

—Te quiero, nena —susurra en mi oído mientras el agua corre a través de nuestros cuerpos.

—Yo más, nene— le digo con una sonrisa. Todavía alucino cuando se lo oigo decir.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

—Porque te quise sin conocerte.

—Paula...

Sus ojos son dos pozos oscuros. Me besa apasionadamente, gemimos, nuestros sexos se rozan y me froto sobre toda la longitud de su pene, de arriba abajo, mordiéndole el labio inferior.

—Turismo, Paula, ¿recuerdas? —me pregunta jadeando apartándose de mí y saliendo de la ducha.

¿Cómo que turismo? ¡Y una mierda! A mí la torre Eiffel me la suda en estos momentos, ¡yo lo que quiero es sexo! Además, ¿cómo puede tener ese autocontrol? Porque yo estoy al borde del orgasmo sólo con un roce de nada.

—Philip... —No puedo creerme lo que voy a hacer, pero voy a hacerlo.

Se gira despacio; casi he gemido al llamarlo y nuestras miradas quedan conectadas.

Estoy empapada y acaricio mi clítoris, frotando y presionando, mientras le sostengo la mirada... meto un dedo en mi interior, dos... lentamente para, poco a poco, subir la intensidad. Me tiemblan las piernas y me apoyo en la pared; las abro aún más mientras no dejo de masturbarme, totalmente centrada en mí, y acelero el ritmo de mis

acometidas mientras con la otra mano acaricio mis pechos... gimo, jadeo, ¡mmmmm!

Me da un morbo tremendo tocarme mientras me mira así. Está excitadísimo, tiene la respiración entrecortada y gimo más fuerte. ¡Sí!, ¡sí!, ¡sí! Voy a correrme, lo noto y un orgasmo increíble explota dentro de mí.

En dos segundos lo tengo junto a mí. Su mirada me paraliza un momento, nunca me había mirado de esa forma, y levantándose se hunde dentro de mí, posesivamente. Sus manos aprietan mi trasero y me folla con fuerza, entrando y saliendo de mi cuerpo con fiereza, casi salvaje, y sólo puedo chillar, los jadeos se quedan cortos para todo lo que siento.

—Síiii, chilla, nena, quiero oírte chillar mientras te follo —ruge en mi oído sin dejar de penetrarme—, me pasaría el día follándote.

Me enciende oírlo y chillar como me ha pedido. Me muevo con él, reclamando más profundidad, más rapidez, mientras oleadas de placer nos recorren por entero dejándonos ir con un grito.

¡Madre mía!, nunca en mi vida había follado así, ni con él. Parecía que nos habíamos vuelto locos. El corazón amenaza con salirse del pecho, no puedo hablar y estoy un poco avergonzada por haberme masturbado delante de él, pero lo he disfrutado tanto que dejo de martirizarme.

—Te quiero —susurra en mi oído—, eres mía, siempre lo serás.

—Philip, soy toda tuya; pase lo que pase, no quiero a nadie que no seas tú.

Lo noto serio, creo que quiere preguntarme algo, pero no se lanza.

—¿Qué pasa?

—¿Te gusta cuando te follo como he hecho ahora?

—No lo dudes, cielo, ¿a qué viene eso?

—Temo hacerte daño; me ciegas por completo y creo que soy demasiado brusco contigo.

—Philip, me encanta cuando me haces el amor, pero también cuando me follas. Tú también me ciegas y haces que me sienta insaciable... en esos momentos necesito esa rudeza; si me hicieras daño, te lo diría. Es lo que me gusta de nosotros, cómo nos complementamos, da igual que lo hagamos de una manera o de otra, siempre disfruto más que la vez anterior, siempre me das lo que necesito, así que no te preocupes, ¿vale?

Me sonrío y yo hago lo mismo.

—Vale. —Y me da un dulce beso en la punta de la nariz.

—Otra cosa... ya sé que es una pasada y, como te he dicho, está a punto de venirme el periodo, pero, hasta que me receten la píldora, creo que ya hemos arriesgado suficiente. A pesar de lo que creas, no me apetece en absoluto ni la casa con jardín ni los niños.

—¿Y una relación? —me pregunta mirándome fijamente a los ojos.

—Si es contigo, sí —murmuro sintiéndome la mujer más dichosa del mundo.

—Perfecto, porque nunca voy a dejar que te alejes de mí.

Al final conseguimos salir de la habitación entre besos y risas y me lleva a desayunar a un café precioso a orillas del Sena. No dejo de mirarlo todo, París es preciosa y yo sin conocerla.

Cuando terminamos, me arrastra a la torre Eiffel, vemos la catedral de Notre Dame, el arco del triunfo, el Panteón. Ha alquilado un coche y se mueve con una seguridad aplastante por la ciudad; parece mentira que no sepa hablar francés, porque podría pasar perfectamente por un parisino. Comemos en la terraza de un bistró; está todo delicioso y por la tarde continuamos con la ruta que tiene planificada.

Nos cogemos de la mano a la mínima ocasión, nos besamos, reímos, parecemos una pareja en su viaje de novios. Estamos tan felices que no dejamos de sonreír en todo el día; nos hacemos muchísimas fotos juntos, pero sobre todo es él quien me fotografía a mí, incluso cuando no me doy cuenta... me giro y está enfocándome con su cámara.

Volvemos casi por la noche hechos polvo pero encantados, sobre todo yo. ¡Estos días están siendo los mejores de mi vida sin lugar a dudas! Por fin estoy con él como siempre deseé estar y nos pasamos la noche amándonos como si no hubiera un mañana.

Capítulo 24

A las seis y media suena el despertador y a las diez ya estamos despegando rumbo a Sídney. Nos pasamos el viaje hablando, besándonos y riendo; dormir... dormimos poco y, cuando llegamos, a pesar de que es de día, estamos hechos polvo. Subimos al taxi y me recuesto en el asiento.

—Ha sido un viaje increíble, pero no puedo más.

—Lo sé, nena, yo tampoco, nos vamos derechitos a la cama... a dormir —puntualiza sonriendo.

—Sí, por favor, hasta me encuentro mal de lo cansada que estoy.

—Duérmete si quieres, te despierto cuando lleguemos.

No tiene que repetírmelo dos veces y me quedo frita al segundo.

Cuando despierto, me siento desorientada. ¿Dónde estoy? Me levanto de un salto y miro por la ventana. Está oscureciendo, Philip no está y no tengo ni idea de dónde me encuentro.

Miro la habitación; es una pasada, está pintada en tonos grises, es muy masculina y deduzco que debo de estar en casa de Philip... ¡Entonces estoy en su habitación! ¡Uau! He dormido en *su cama*, estoy en *su casa*, *me quiere, le quiero*. ¡Yupiiiiii! ¡Estoy hipermegasuperatope feliz!

Salgo de la habitación con una sonrisa de lado a lado buscándolo y aprovecho para ver la casa. Tiene suelos de parqué y está pintada en un tono blanco roto que me encanta; siempre me ha gustado mucho la decoración y esta casa es un sueño, no le falta detalle. ¡Qué pasada! ¡Decir que me chifla es quedarme corta cortísima!

Por mucho que busco no lo encuentro por ningún sitio. A no ser que esta casa tenga una habitación secreta, no está aquí, pero lo que sí encuentro es mi maleta en la entrada. ¡Graciasssss!, necesito ducharme como respirar, así que cojo lo que necesito y me encamino al baño de su cuarto.

¡Ufff! Aún no había entrado y me quedo paralizada en la puerta. Es tan tan bonito que parece a punto de ser fotografiado para una revista de decoración. ¿Qué hago? ¿Me ducho aquí? Sería una pena ensuciarlo; miro las toallas, parecen tan mullidas, tan suaves ahí plegaditas, que mojarlas sería una pena y estoy tentada de irme a mi casa a ducharme; de hecho, lo valoro seriamente, pero, como quiero estar aquí cuando vuelva, me ducho con todo el cuidado del mundo de no ensuciar nada.

Cuando salgo, miro el reloj; son las ocho y todavía no ha vuelto. ¿Dónde estará? Al final lo llamo por teléfono, empiezo a estar preocupada.

—¡Hola, cielo! —Su voz suena cansada.

—¡Hola, cariño! Oye... ¿estoy en tu casa, verdad?

Le oigo reír suavemente, deshaciéndome.

—Sí, preciosa, estás en mi casa.

—¿Y dónde estás tú? ¿En la mía? —le pregunto guasona.

—No, cielo, estoy en el despacho.

—¿No has dormido nada? —¡Si yo llevo casi un día durmiendo!

—Claro que sí, no tanto como tú... pero sí lo he hecho.

—¿Por qué no me has despertado? —Madreeee, debe pensar que soy una dormilona.

—Porque estabas muy a gusto y no hacía falta que vinieras, mañana ya te pondrás al día. ¿Sabes quién ha llamado?

—¿Quién? —pregunto curiosa.

—Los directivos de Promesses, suerte que estaba Ben para hablar con ellos. Mañana tenemos una reunión por videoconferencia a las cinco y media; cruza los dedos, nena.

—¡Madre mía, Philip! —Estoy emocionada—. ¡Eso es estupendo! Si no les hubiera gustado tu propuesta, hubieran mandado un *mail* de cortesía o se lo habrían dicho a Ben directamente. ¡Cielo, que te dan la cuenta!

—Eso pienso yo también. ¿Has cenado ya?

—No, te estaba esperando. ¿A qué hora vendrás?

—Salgo en quince minutos.

—Perfecto, voy a hacerte una tortilla de patatas que vas a flipar, nene. Se ríe a gusto y yo también de oírle.

—Te veo en seguida, nena.

—Te veo en seguida, nene —le digo más feliz que una perdiz.

Comienzo a preparar la tortilla, abro una botella de vino tinto y,

mientras se hacen las patatas, preparo una ensalada con todo lo que encuentro, que es mucho. Esto es una nevera en condiciones y no la mía, que se encuentra completamente agonizante. Tiene una mesa enorme en la cocina, como todo en esta casa, y decido que vamos a cenar aquí. La maruja que llevo dentro está disfrutando como una condenada jugando a la amita de casa que espera a su hombre, ¡y qué hombre, por Dios!

Cuando llega lo tengo todo casi a punto, me falta el casi, así que, acercándome a él, le doy el beso que llevo deseando darle desde que he despertado.

—Me has echado de menos, ¿eh, cielo? —me pregunta guasón si apartar su boca de la mía.

—No lo dudes, campeón. —Le sonrío mientras enredo mis dedos en su pelo—. Anda, ve a ducharte en ese baño tan fantástico que tienes mientras termina de hacerse la cena.

—¿Te ha gustado la casa? —me pregunta mordiéndome el labio con voz ronca.

—Me ha encantado, pero me gusta más su dueño. —Y dándole una palmada en el trasero, le digo riéndome—: ¡Vete a la ducha, anda!

A Philip le entusiasma la tortilla; me hace explicarle minuciosamente cómo la he preparado mientras cenamos. Nos reímos y hablamos sin parar y, cuando acabamos, me coge en brazos y me lleva hasta su habitación.

—Me gusta esto, nena, llegar a casa y encontrarte, cenar contigo, estar contigo, te quiero —susurra depositándome en la cama.

—Yo sí que te quiero, tiarrón —le digo sonriendo—, y dudo que te guste más que a mí, llevo soñando con esto demasiado tiempo y por fin lo tengo, soy una tía suertuda.

—¿Suertuda? —me pregunta con una carcajada.

—No lo dudes, estoy contigo, así que no puedo pedir nada más.

—Entonces, yo también soy un tío suertudo, estoy contigo, tampoco puedo pedir nada más.

Nos besamos despacio, sin prisas, amándonos con todos nuestros sentimientos a flor de piel y nos dormimos abrazados, con nuestros cuerpos completamente pegados.

Mmmmmm, qué a gusto estoy... Estoy dormida, mi cuerpo se resiste a despertarse; noto cómo me dan besos y me acarician el pelo. Sé que es Philip, mi cuerpo lo reconoce aun estando dormida, y abro poco a poco

los ojos para encontrarme con los suyos. Está sentado en el borde de la cama completamente vestido y con el pelo mojado por la ducha, preparado para irse. ¡Mierdaaaaaa! Me he dormido y me levanto de un salto.

—¿Qué hora es? —le pregunto mientras voy corriendo hacia la ducha.

—Nena, ¿adónde vas? Todavía son las siete.

Vuelvo a la habitación corriendo.

—¿Pero tú a qué hora te levantas? ¿Adónde vas tan temprano?

—Cielo, siempre me levanto a las seis y suelo llegar una hora antes que vosotros. Arréglate tranquila, tienes café recién hecho en la cocina... y no limpies nada, tengo una mujer que viene todas las mañanas a adecentar la casa.

—Ehhhh, vale... desayunaré pensando en ti... —le digo mimosa acercándome a él—. ¡Ah! ¡Casi lo olvido! ¿Puedes decirme dónde coger el metro? No sé ni dónde estoy, a ver si me pierdo y mi jefe me echa la bronca por llegar tarde.

—Eres la mujer más increíble que he visto en mi vida —me suelta sonriendo y apretándome a su cuerpo.

—Habrás visto poco —lo digo de verdad. Tengo mis complejos muy arraigados y, a pesar de que nunca lo manifiesto, realmente me cuesta verme bonita.

—Te aseguro que he visto mucho, y créeme cuando te digo que eres preciosa.

—Vale. —Me incomoda el tema y quiero dejarlo.

—¿«Vale» para que me calle? ¿O porque tengo razón y eres preciosa?

—Déjalo, Philip, yo no me veo así.

—No, nena, ven conmigo.

Y cogiéndome de la mano, me sitúa frente al espejo.

—Mírate, ¿qué ves?

—A mí —le digo más seca que un esparto.

—Sí, cielo... pero ahora imagina que no eres tú, mírate con otros ojos. ¿Qué ves?

—Vas a llegar tarde. —Qué pesadito está, estoy harta de verme.

—No me importa, soy el jefe y llego cuando quiero, y ahora responde, ¿qué ves?

—No sé, Philip, a mí. Me veo a mí de pequeñita cuando era fea, muy flaquita, y todos me insultaban. No me veo bonita a pesar de que lo oigo continuamente y no te lo digo para que me digas que soy preciosa; deja el temita ya, por favor, me estoy cabreando.

Lo he dejado flipado, yo me he quedado flipada; no tenía intención de contarle mis inseguridades y se lo he soltado todo.

—Ven, voy a decirte lo que veo yo; otro día me contarás con pelos y señales eso de que te insultaban de pequeña.

»La mujer que yo veo tiene un pelo precioso, marrón como el chocolate espeso, con suaves ondas, que siempre tengo ganas de tocar.

»La mujer que yo veo es bellísima y dueña de unos increíbles ojos verdes en los que me gusta perderme; su boca está hecha para hundirme en ella, sus carnosos labios me enloquecen y sólo puedo pensar en besarlos continuamente.

»Por no hablar del color de su piel. Cielo, eres la envidia de toda la empresa por estar en pleno invierno bronceada; tu piel es dorada y suave, y estos pechos son perfectos, ni grandes ni pequeños, caben en la palma de mi mano.

»Tu cintura es estrecha y tu trasero, ligeramente respingón, me tienta y me provoca continuamente.

»Nena, estás hecha para mí y eres perfecta en todos los sentidos, así que nunca vuelvas a pensar que eres fea ni nada por el estilo, porque estás completamente equivocada.

Me ha puesto cardiaca; ha tocado y acariciado cada parte que iba describiendo y por un momento me he visto como me ve él.

—Gracias —le digo en un susurro.

—Sólo te he dicho lo que veo yo y todos los que te miramos.

Me da un dulce beso, que yo empiezo a intensificar, pero se aparta.

—Nena, si empiezo no veré el momento de parar —murmura con voz ronca—, pero esta noche te quiero en mi cama completamente empapada y dispuesta para mí... Esta noche y todas... ¿Quieres vivir conmigo? —me pregunta sin apartar su mirada de la mía.

—¡Por supuesto! —Siento tanta felicidad que creo que voy a explotar y le doy un beso que lo deja sin aliento.

—Te quiero, nena, estoy deseando despertar a tu lado todos los días, y que me beses así antes de irme a trabajar —me dice con una sonrisa matadora—. Nos vemos luego, señorita Ferreño.

Le veo bajar la escalera embobada, ¡tiarrón!, cuando recuerdo que no tengo ni idea de dónde vive.

—¡Philip! —grito—. ¿Dónde cojo el metro?

—Cuando salgas de casa, gira a la derecha, allí tienes la boca del metro, preciosa.

—¡Gracias! —digo y le mando un beso al aire desde la escalera.

Me mira fascinado; voy con el pijama lencero, descalza y el pelo deshecho; capaz será de verme bonita así.

—Te quiero, preciosa —se despide desde la puerta.

—Y yo a ti, precioso. —Y sonriendo me encamino a la ducha.

Llego a las ocho menos diez y voy directa al despacho de Katia.

—Tengo mucho que explicarte; si tengo un hueco, entro y te lo cuento.

—¡Adelántame algo!

—Le quiero, me quiere y soy feliz —le suelto con una enorme sonrisa mientras salgo de su despacho.

Cuando llego al mío, tengo la mesa a tope. Voy perdida de nuevo con sus reuniones, así que me dirijo a su despacho para que me ponga al día. Llamo y entro.

Está concentrado en la pantalla del ordenador; levanta la vista y su mirada descarada recorre todo mi cuerpo, demorándose en mis pechos, excitándose y humedeciéndome.

Llevo puestos unos pantalones de piel negros, con una básica a juego con la americana color crema y mis tacones negros.

—Estás preciosa, nena, aunque disfrutaré mucho quitándote esos pantalones —me provoca devorándose con la mirada.

—Espero ansiosa que lo hagas —le respondo guiñándole un ojo.

—No me tientes, que voy saturado.

—Pues yo tengo tu agenda vacía —le digo sentándome frente a él—. Menuda secretaria tienes; ponme al día, anda.

Me detalla las reuniones que tiene, me indica qué necesita que le prepare primero y vuelvo a mi despacho. Tengo para todo el día sin parar ni un segundo y ni así terminaré todo lo que me ha pedido.

Llega la hora de comer y me dirijo a la cafetería con Charlie, Katia y Dani. Les cuento un poco el viaje a París por encima, pero no les avanzo nada de lo nuestro; primero quiero contárselo a Katia y a Charlie, con ellos no tengo secretos, pero no tengo claro si Philip quiere hacerlo

oficial.

Vuelvo a mi puesto y, cuando me doy cuenta, son las cinco y veinticinco... ¿yaaaa? ¡Mierda! ¡La reunión! Me levanto de sopetón de la silla y vuelo al despacho de Philip, donde ya están esperándome a excepción de Cindy, que tiene otra reunión con otra cuenta que lleva y no asistirá.

Estoy nerviosa. Ni en mi primera reunión hace ya la tira de años me sentí así, pero esta cuenta es importante para él y estoy deseando saber si la aceptan o no. Philip, que debe percibir mi nerviosismo, entrelaza sus dedos con los míos por debajo de la mesa y es como un sedante para mi desbocado corazón; nos miramos apenas unos segundos y me relajo por fin, pudiendo centrarme en mi trabajo de intérprete por completo. Los directivos de Promesses están encantados con nuestra propuesta y lo aceptan todo a excepción de la modelo. Philip les dice que no hay problema, que pueden buscar otra chica que se ajuste mejor a sus necesidades, pero los de Promesses ya tienen a la chica elegida, me quieren a mí.

Me quedo muda, asombrada. ¡¿A mí?! No puedo acabar de traducir...

—Paula, ¿que han dicho? ¿Por qué te has callado? —me pregunta Philip ansioso.

Pero tengo la lengua pegada al paladar y no puedo articular palabra.

—Philip, me quieren a mí —susurro por fin.

—¡Cojonudo! —suelta Charlie—. Diles que sí, tú eres perfecta.

Lo miro incrédula. ¿Lo soy? He fantaseado cientos de veces con protagonizar este anuncio y ahora me lo están poniendo en bandeja. ¡Quieren que sea su imagen! Yo, la niña flaquita, el patito feo, a la que no quería ningún chico.

—Diles que ni lo sueñen; moveré cielo y tierra hasta dar con alguien que les guste, pero tú no vas a protagonizar ese anuncio.

—No me jodas, Philip, ella es perfecta —suelta Charlie.

—He dicho que no —sisea erizándome—. Contesta de una puñetera vez, Paula.

Le digo a los franceses que Philip buscará a otra chica, pero su respuesta es clara: sólo nos darán la cuenta si la modelo soy yo.

¡Madre mía, la que se va a liar! Lo miro sin saber qué hacer y al final se lo traduzco tan bajito tan bajito que apenas me oigo.

—Diles que hablamos en diez minutos —se anticipa Charlie.

Lo hago y cortamos la conversación.

—Que se jodan, prefiero perder la cuenta a que tú protagonices ese anuncio —brama Philip fuera de sí.

—No me jodas, tío, hemos invertido mucho en este proyecto —interviene Charlie.

—Tú no has invertido nada, todo el dinero ha salido de mi bolsillo, y prefiero tirarlo a verla a ella protagonizando este anuncio o cualquier otro.

—¿Por qué, Philip? ¿Crees que no daría la talla? ¿Es eso? ¿No soy suficiente para protagonizar el anuncio? —susurro. Por fin puedo formular las preguntas que no dejan de atormentarme cada vez que dice que no quiere que lo protagonice; siento mis complejos más latentes que nunca.

—No es eso, simplemente no te quiero ahí.

—Philip, puede que no haya puesto un céntimo, pero he dedicado muchas horas a esta cuenta y no estás siendo razonable... y claro que darías la talla, preciosa, eres mucho más que la chica que habíamos elegido. —Veo a Charlie enfadado como nunca lo había visto.

—Paula, no quiero que lo hagas, por favor, confía en mí —me pide ignorando a Charlie.

—Philip, es que no te entiendo: tú tendrías que ser el primero en alegrarte de que me den esta oportunidad, yo me alegraría por ti. Además, ¿cuántas veces me has dicho que en tu mente soy yo quien lo protagoniza? Y ahora que puede hacerse realidad, ¿por qué no?

—Porque no, Paula. Cuando llamen, vas a decir que no estás interesada, aunque perdamos la cuenta.

Empiezo a cabrearme, no puede hablar en serio, con todo lo que han trabajado... ¿pero qué le pasa? ¿Qué problema tiene en que lo protagonice? Lo miro enfadada, pero, aun así, sé que haré todo lo que me pida, aunque pille el cabreo del siglo con él... pero entonces dice lo último que debería haber dicho.

—Paula, elige: si haces ese anuncio, se terminó lo nuestro, en tu mano está.

—¿Cómoooo? —le pregunto en un hilo de voz—. Las relaciones no funcionan así, Philip, no puedes amenazarme con dejarme si hago este anuncio. ¿Así sería nuestro futuro? ¿Siempre condicionada a ti? ¿A lo que tú creas que debo o no debo hacer? ¿Siempre con miedo a que me dejes si

no hago lo que tú quieres?

—No te estoy amenazando, te estoy dando a elegir: el anuncio o nosotros —sentencia con el cuerpo en tensión—. Te dije que nunca estaría con una modelo y no voy a cambiar de opinión; elige, el anuncio o nosotros.

—No puedes hablar en serio, Philip. —Lo miro triste, sé que esto no acabará bien para ninguno de los dos—. Además, no voy a convertirme en modelo por protagonizar este anuncio.

—Creo que no le estás dando la importancia que debieras; este anuncio se emitirá primero aquí y luego en toda Europa a un nivel que no te haces ni idea. Vas a convertirte en la imagen de una firma muy importante y van a exigirte que estés ahí; puede que tengas que ir a abrir o cerrar sus desfiles, inaugurar sus tiendas, ser su imagen en los catálogos y pósteres de publicidad... las ciudades se llenarán de fotografías tuyas en bañador o en bikini... ¿De verdad crees que vas a poder continuar trabajando de secretaria y mantener tu anonimato? ¡Te estás metiendo en la boca del lobo, Paula! —vocifera completamente fuera de sí.

—Philip, me parece que estás exagerando. Te repito que *no soy modelo*; que protagonice un anuncio y me convierta en su imagen para esta campaña no significa que vaya a cambiar mi vida. ¡¡¡Joder, mírame!!! No tengo las medidas de una modelo; aunque quisiera, no podría serlo, soy una mujer normal y corriente.

—¡Y una mierda, Paula!, ¡no hace falta medir metro noventa para ser modelo, mira si no a Kate Moss con su metro sesenta y cinco y trabajando desde los años noventa!

—¿Desde cuándo estás tan puesto en ese mundo? —le pregunto desconcertada.

—Elige, Paula —me dice sin contestar mi pregunta, de repente a kilómetros de mí.

—Elijo elegir, Philip. Nunca he dejado que nadie me amenace ni me diga lo que puedo o no puedo hacer, y tú no vas a ser una excepción, por mucho que te quiera —susurro empezando a romperme por dentro.

—¿Que me quieres? Déjame que lo dude —me suelta con odio—. No te ha costado nada decidirte, ¿verdad? ¡Lo has tenido bien claro! Te ha salido redondo... Has follado con el tío de la revista, vas a ser imagen de una importante firma y con un poco de suerte puede que estés preñada y que me tengas atado a ti de por vida.

—Eres un cabrón, Philip —le brama Charlie—. Sabes que nada de eso es cierto.

Oigo un murmullo de fondo; los oídos me pitan... no puedo creerme que haya dicho eso.

—No te metas, Charlie —le grita—. Eres una egoísta, Paula, no siempre hay que saber para aceptar. No sabes cómo me arrepiento de haberte abierto las puertas de mi casa y de mi vida, nunca debí hacerlo. Protagoniza ese anuncio si tanto lo deseas, al menos que sirva para algo todo esto. Continúa tú la reunión, Charlie, tienes más que decir que yo —concluye y sale cabreado dando un portazo.

¿Dónde está mi genio? ¿Dónde está mi voz? No puedo reaccionar. Lllaman los de Promesses y Charlie ocupa el lugar de Philip.

—Diles que sí, preciosa, haz el anuncio y que se vaya a la puta mierda. —Lo noto cabreadísimo y soy incapaz de reaccionar.

Acepto hacer el anuncio como una autómatas. Me da igual hacerlo; de hecho, en estos momentos es lo último que quiero, pero lo acepto porque no voy a tolerar que nadie manipule mi vida y porque nunca he dejado que nadie me amenace. Me ha costado mucho quererme; en realidad, aún me cuesta, y si los franceses creen que puedo protagonizarlo, no seré yo quien me niegue a algo así.

Capítulo 25

Después de lo que me ha dicho Philip, todo está roto entre nosotros.

Charlie se encarga de la reunión y la finaliza por mi jefe. Virmings Group será la encargada de llevar la publicidad de Promesses y yo seré la imagen de su firma, pero todo me da igual, me siento muerta por dentro, el corazón me pesa como una losa y lo único que quiero es irme a mi casa y empezar a llorar.

—Charlie, llévame a casa —le digo en un susurro.

Si alguna vez he sido la luz de Philip, esa luz ha desaparecido por completo y noto el frío y la oscuridad instalándose en mi interior. Me obligo a no llorar hasta llegar, a ser fuerte, pero incontenibles temblores sacuden mi cuerpo y soy incapaz de frenarlos. Charlie conduce en silencio y, cuando llegamos a mi casa, aparca y entra conmigo en el edificio.

—No, Charlie, gracias, necesito estar sola. —Me duele hasta respirar.

—No, preciosa. Si vas a llorar, no vas a hacerlo sola; si no quieres que esté yo, llamaré a Katia, pero tú no te quedas esta noche sola.

No tengo fuerzas para responder y me encamino como una autómatas hacia la puerta. Cuando entro en mi piso, dejo caer el bolso en el suelo y voy directa a la cama, me tiro en ella y sólo entonces me permito sacar fuera todo lo que llevo dentro. No sólo lloro, me rompo por dentro, siento tanto dolor que creo que mi cuerpo no podrá soportarlo.

Charlie se acuesta a mi lado y me abraza fuertemente, pero no son sus brazos los que anhelo, los que pueden quitarme el dolor. Me desgarró por dentro y mi cuerpo tiembla descontrolado; me asusto al oírme, ¿esos gritos son míos?, pero no puedo parar, es más fuerte que yo.

Empiezo a no poder respirar, me ahogo, y Charlie me obliga a inspirar y expirar profundamente, pero es complicado cuando no puedes dejar de sollozar. Siento mucho frío, un frío que me hiela el corazón; no

puedo dejar de escuchar sus palabras en mi mente, no soy capaz de olvidar su mirada y eso me hace llorar más desconsolada. ¿Todo ha terminado? ¿Así? ¿De un plumazo? Esta mañana iba a vivir con él y ahora... no puedo pensarlo y lloro de nuevo muriéndome a cada minuto que paso lejos de él.

Oigo a Charlie llamar a Katia, lo estoy acojonando; yo también lo estaría si viera a alguien llorando y temblando así, pero no puedo dejar de hacerlo y en unos minutos llega Katia, que me abraza con firmeza. Por un momento mi mente recupera la lucidez y le pido a Charlie que vaya a casa de Philip a por mi maleta; lo tengo todo allí y yo no me siento con fuerzas para volver a verlo.

Cuando Charlie se marcha, Katia insiste en que me duche, cree que me sentiré mejor si lo hago, pero no puedo, tengo demasiados recuerdos en esa ducha y al final desiste y me ayuda a cambiarme, se acuesta a mi lado sin preguntarme nada y me abraza.

Oigo la puerta cerrarse y veo entrar a Charlie con un ojo hinchado y mi maleta. Sólo entonces reacciono.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunta Katia levantándose de un salto de la cama.

—No te preocupes, él se ha llevado la peor parte; además de llevar un ojo hinchado, tiene el labio partido.

—Charlie —mi voz sale ronca—, no quiero que discutáis por mí nunca; eras amigo suyo antes que mío, no tiene que ser fácil para él ver que estás de mi parte.

—Que se joda, Paula; yo sólo quería llevarme tu maleta, pero él lleva una borrachera de dos pares de cojones.

—¿Por qué os habéis peleado? —pregunta Katia.

—Porque no quería darme la puta maleta, el desgraciado; quería que fuera Paula a recogerla, ¡será capullo! Le he dicho que Paula no iría y me ha gritado que me metiera en mis asuntos... una cosa ha llevado a otra y hemos acabado zurrándonos. No entiende que tú eres asunto mío; te quiero como a una hermana y no voy a tolerar que te haga más daño —me confiesa mirándome fijamente.

Lo miro desolada. Philip está borracho; él nunca bebe y nunca le hubiera pegado a Charlie. No puedo dejar de llorar; quiero ir a su casa y abrazarlo, suplicarle que me quiera de nuevo, pero no puedo... sé que nunca haré eso, aunque me rompa en mil pedazos.

Me acuesto de nuevo sobre la cama y, encogiéndome, lloro otra vez

desolada. Cansada de llorar, mi cuerpo se rinde y caigo por fin en un sueño intranquilo, pero me duele tanto que me despierto llorando de nuevo para volver a sumirme en sueños. Katia duerme a mi lado, abrazándome; se despierta cuando yo lo hago y sufre conmigo.

Y durante toda la noche no dejo de cuestionar mi decisión. Él es mi vida, nunca he querido a nadie como le quiero a él; vine aquí por Philip y, ahora que por fin estamos juntos, ¿por qué no puedo aceptar lo que me pide? —«Porque te ha amenazado, no te lo ha pedido, ¡por eso!», me recuerda la vocecilla pedante de mi subconsciente—. ¿Pero qué más da? Si renuncio, estaré con el... La gente continuamente renuncia a cosas por amor... a su pareja, a sus hijos o a su trabajo. —«Pero una cosa es renunciar voluntariamente y otra es por coacción», insiste la vocecilla de las narices—. ¡Mierda de orgullo! ¡Mierda de ideas!

Miro el reloj, son las siete y es hora de levantarme, pero no puedo. Las lágrimas se deslizan silenciosas por mis mejillas y me obligo a ponerme en marcha; necesito ir a trabajar, verlo, estar cerca de él, aunque me muera de dolor. Me arrastro hasta la ducha poniendo la mente en blanco, obligándome a no pensar en nada, pero mis lágrimas salen de nuevo a borbotones. Dejo que el agua las arrastre, me limpie, y cuando salgo me encuentro un poco mejor.

No tengo fuerzas para mucho, así que me pongo unos vaqueros con una básica, las botas, un fular y la chaqueta.

Cuando llego al salón, veo a Charlie tomándose un café. Tiene el ojo de todos los colores.

—Hola, Charlie. —Mi voz sale rasposa—. ¿Cómo estás del ojo?

—No te preocupes por eso. ¿Cómo estás tú? No tienes buen aspecto —me dice con cariño.

—He estado mejor.

—No quiero que te vea así, ve a maquillarte.

—No, Charlie, bastante me ha costado poder levantarme y ducharme; me da igual el aspecto que tenga.

—A mí no.

—Paula, ¿vas a venir a trabajar? —me pregunta Katia, que acaba de llegar; supongo habrá ido a su casa a ducharse y cambiarse.

—Por supuesto.

—Cariño, esos ojos... He traído todas mis cremas, por si decidías venir; déjame que te ayude, tengo una crema milagrosa para esas bolsas.

—Katia, déjalo, me da igual —susurro y, mirándolos a ambos, añado —: Quería daros las gracias por estar conmigo anoche, por formar parte de mi vida; sois lo mejor que me ha pasado desde que llegué aquí, siempre estáis a mi lado y quiero que sepáis que os quiero un montón.

—Cielo, nosotros también te queremos mucho y, por eso, no voy a consentir que Philip ni nadie te vea en este estado. Tú no hagas nada, siéntate y yo me encargo.

Y como no tengo ganas de discutir, me siento y la dejo hacer. Empieza a ponerme cremas por la cara, sobre todo en las bolsas de los ojos; me maquilla, me peina y, cuando termina, no es que esté bien pero ya no es lo de antes. De todas formas me da igual, me siento muerta por dentro.

Llegamos los tres a Virmings a las ocho menos diez. Cuando entramos, Katia me coge de una mano y Charlie de la otra; somos una piña y puede verse a la legua. Entro en mi despacho y, como siempre, preparo su agenda. Estoy sentada con la mirada clavada en la mesa mientras los recuerdos de ayer bombardean mi mente, paralizándome; siento un gusto amargo en la boca del estómago. Cojo aire profundamente para soltarlo despacio y, armándome de valor, me levanto para dirigirme a su despacho con la esperanza de que me diga que ayer se equivocó y que me quiere.

Llamo y entro. Está sentado mirando su ordenador; tiene un ojo morado, al igual que Charlie, y una herida en el labio inferior; va sin afeitarse y está más atractivo que nunca.

—Buenos días, Philip —susurro mientras dejo la agenda en su mesa.

Levanta la vista y me mira con los ojos acerados, tan lejos de mí... y en apenas unos segundos pasa a ignorarme de nuevo centrando su atención en el ordenador.

—Philip —le suplico—, mírame, por favor.

—¿Qué quieres? —me pregunta con voz dura.

—¿Vas a dejar que esto se interponga entre nosotros? Creía que me querías y que nunca ibas a dejar que me alejara de ti.

—Mis deseos cambiaron ayer, tú los cambiaste cuando aceptaste hacer ese anuncio, cuando lo interpusiste entre nosotros.

—Yo no interpusi nada, ¡tú me amenazaste!, me forzaste a elegir.

—Exacto... y elegiste el anuncio y la fama... y lo que vendrá después también, aunque ahora no lo sepas —me espeta con frialdad.

Una lágrima se desliza por mi mejilla, me duele hasta respirar.

—Me da igual el anuncio o la fama. Cuando ayer me lo pediste, iba a renunciar a protagonizarlo; a pesar de no entenderte y de estar muy enfadada contigo, iba a decir que no.

—¿No me digas? —me pregunta con una sonrisa cínica—. ¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—¡¡¡Tú!!! Cuando me amenazaste y me obligaste a elegir. Lo habías conseguido ya, Philip, pero lo fastidiaste, y seguiste haciéndolo con todo lo que vino después. No me ha salido nada redondo, porque yo sólo quería que me quisieras como yo te quiero a ti y no lo he logrado... pero ahora voy a hacerlo, por mí.

No he podido dejar de llorar mientras le he dicho todo esto, pero su mirada se ha mantenido fría, sin suavizarse en ningún momento.

—Pues enhorabuena, señorita Ferreño, disfrútelo mientras pueda —me suelta con frialdad hablándome de nuevo de usted—. Hágame saber cuándo le viene el periodo. Necesito constatar que nada me ata a usted.

¿Se puede sentir más dolor del que siento yo ahora? Lo dudo.

—A partir de ahora, lo que ocurra en mi vida deja de importarle, nunca nada le va a atar a mí, esté tranquilo por eso.

Y abandono su despacho hecha un mar de lágrimas. Necesito llorar y me dirijo al baño, donde me encierro y doy rienda suelta a todo el dolor que me ahoga mientras mi cuerpo se convulsiona violentamente. Es peor que anoche, pero me obligo a parar con todas mis fuerzas, me obligo a tranquilizarme y me prometo a mí misma que jamás volverá a verme llorar.

Me lavo la cara con cuidado. Mis ojos están al rojo vivo y vuelvo a mi despacho mirando al suelo, no quiero que nadie los vea. Cierro la puerta, me siento y dejo la mente en blanco; necesito calmarme y poco a poco lo consigo.

Se hace la hora de comer y, como no tengo hambre, me pongo la chaqueta y salgo de Virmings; necesito pasear, que el aire me despeje, y paso la hora de la comida sentada en un parque con los ojos cerrados bloqueando todo lo que siento por Philip. Lo alejo de mis pensamientos, a él y a todos, creando en mi mente mi lugar feliz: una playa paradisiaca donde no hay dolor y donde sólo estoy yo, flotando sobre las aguas cálidas y turquesas... y me funciona. Durante esa hora mi cuerpo se relaja y deja de sentir dolor. Vuelvo al despacho más tranquila y al segundo llega

Katia.

—¿Dónde has estado durante la comida? Estábamos preocupados.

—Perdona... necesitaba que me diera el aire, he estado paseando y he acabado sentada en un parque.

—¿No has comido nada?

—Katia, me siento incapaz de hacerlo; dame tiempo, por favor, necesito estar sola.

—¿Voy esta noche a tu casa? —me pregunta cogiéndome de la mano.

—No, cielo, tú tienes una vida estupenda y quiero que vivas a tope tu relación con Charlie. Estoy mejor, de verdad.

—¿Seguro? Para Charlie y para mí, tú eres nuestra prioridad ahora. Anoche nos asustaste mucho, Paula, nunca he visto a nadie llorar así, ni Charlie tampoco. Me da igual dormir con Charlie, en serio, estaré más tranquila si me quedo contigo.

—Katia, quédate tranquila. Si necesito algo, os llamaré, en serio.

—Entonces pasaremos a recogerte por tu casa a las siete y media.

—De acuerdo. —La miro sonriendo—. Gracias por cuidar de mí.

Tengo una reunión con Philip, Charlie y Cindy para concretar las localizaciones del anuncio. Me armo de todo mi valor y entro en su despacho bloqueando con fuerza todos mis sentimientos; no lo miro a propósito, no me veo capaz de soportarlo, y centro mi atención en Charlie y Cindy. Philip me habla de usted y me satura de trabajo, pero apenas lo miro y me comporto como la profesional que soy a pesar de estar muriéndome por dentro.

Sé que Cindy se huele algo... tanto Philip como Charlie llevan el ojo morado y la tensión puede palpase en el ambiente, pero calla y se centra en la reunión. Vamos a ir a Bora Bora y mi mente reacciona por un microsegundo; siempre he querido ir allí, es mi lugar feliz.

La próxima semana vendrán Nicolas y Pierre, los directivos de Promesses, junto con sus estilistas, para empezar con las pruebas de bañadores y biquinis. Cuando Philip me informa de lo que van a pagarme, los ojos se me salen de las órbitas.

—¿Estará satisfecha, verdad? —me pregunta acerado—. Es mucho dinero, ha merecido la pena, ¿no cree?

—Cuidado, Philip, te estás pasando —le sisea Charlie.

Se miran midiéndose, retándose.

—Charlie, creo que ayer te lo dejé bien claro.

—Creo que fue algo más bien mutuo.

Me levanto para irme, no puedo más.

—Charlie, déjalo —le pido apoyando mi mano en su hombro; necesito que se tranquilice y, mirando a Philip con toda la frialdad de la que soy capaz, le contesto.

—Le repito lo que creo que ha olvidado: mi vida no es asunto suyo y, si estoy o no estoy satisfecha, a usted no le importa.

Luego, cogiendo la montaña de trabajo con la que me ha obsequiado, me dirijo de nuevo a mi despacho y vuelco toda mi energía en terminar lo que me ha pedido. Ni de coña pienso salir de aquí más tarde de las seis. No creo que pudiera soportar quedarme a solas con él; necesito irme a mi casa y sacar fuera toda mi frustración, necesito llorar durante horas acurrucada en mi cama.

A las seis vuelvo a su despacho con todo listo; parecía imposible tenerlo a tiempo, pero esta tarde he aprendido a canalizar toda mi frustración en algo provechoso y está todo hecho.

Llamo antes de entrar, pero no lo saludo; dejo las carpetas encima de su mesa y me dispongo a marcharme, cuando me dice:

—Espere a que lo revise todo; no se irá a su casa hasta que esté todo perfecto.

Sé que está todo más que perfecto, he puesto toda mi energía y concentración en los dichosos expedientes y no falta una coma. No me siento y permanezco de pie delante de su mesa, mirando a través del ventanal, hacia la bahía; no puedo mirarlo, no me atrevo siquiera... temo ponerme a llorar, así que pongo la mente en blanco y vuelvo a mi lugar feliz, a esa playa de aguas cálidas donde sólo estoy yo.

—Puede irse —me indica después de casi quince minutos, durante los cuales ha revisado todos los puñeteros expedientes con una calma pasmosa.

Tras dar media vuelta, salgo de su despacho sin mirarlo ni un segundo. No he dicho nada desde que he entrado hasta que he salido, y no puedo más... mi lugar feliz se aleja de mi mente para ser sustituido por una negrura densa y oscura que me mata a cada segundo que pasa.

Me pongo la chaqueta y salgo veloz hacia mi casa. Necesito llegar cuanto antes, tumbarme en la cama y llorar hecha un ovillo hasta que me quede sin lágrimas; necesito dejar salir todos los sentimientos fuertemente reprimidos durante todo el día.

Veo el amanecer desde mi cama; estoy despierta desde las cinco y media, agotada de tanto llorar e incapaz de dormir más. Me duele la tripa y, cuando voy al baño, veo que me ha venido el periodo. Recuerdo que Philip me dijo que quería saberlo, pero... ¡y una mierda!, no pienso comentarle nada. Me arrastro hasta la ducha y, poniendo la mente en blanco de nuevo, dejo que el agua me limpie y relaje mi cuerpo agotado.

Hoy tampoco tengo ganas de arreglarme. Al igual que ayer, me ato el pelo en una cola de caballo, me pongo un vaquero, un suéter, mis botas y la chaqueta... suficiente, no tengo ganas de más y, como es pronto, pienso en irme dando un paseo, pero recuerdo que ayer me dijo Katia que pasarían a recogerme, así que, mientras espero, me tomo un café con leche; ayer no comí en todo el día y me obligo a desayunar un poco.

Llaman a la puerta, son Katia y Charlie.

—Siéntate —me ordena Katia.

—¿Para qué? —pregunto desanimada.

—Para que te maquille, ¿para qué va a ser? Tienes los ojos y la cara hinchados de tanto llorar; no voy a permitir que vayas así a trabajar. Siéntate, cielo.

Y al igual que ayer, me dejo hacer, no tengo ganas de discutir con nadie.

A las ocho menos cinco estoy en mi despacho; hecha mierda, pero estoy, que es lo importante. Preparo la agenda de Philip y me dirijo al suyo. Llamo antes de entrar y, sin decir una palabra, se la dejo encima de la mesa. Tiene la mirada fija en el ordenador y, sin mirarme siquiera, me ordena todo lo que quiere. ¡Madre mía!, me está castigando con trabajo, no hay duda. Con todo lo que me ha pedido, tengo hasta la hora de la cena... pero, sin decir una palabra, salgo de su despacho.

Tengo un nudo en la garganta; quiero continuar llorando pero canalizo todo lo que siento en mi tarea; toda mi concentración está puesta en lo que hago y a la hora de la comida tengo casi la mitad terminada.

Al igual que ayer, no voy a comer. Me pongo una chaqueta y salgo a dar un paseo. Más que caminar, me arrastro; voy cabizbaja, pero no pienso en nada, me concentro en los ruidos, en los olores, así es más fácil de llevar, lo bloqueo todo dentro de mí y sufro menos.

Llego al mismo parque que ayer y me siento en el mismo banco, apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos volviendo a mi lugar feliz.

Cuando los abro, me parece ver el coche de Philip pasando por delante. ¿Adónde irá? ¿Con quién? Las lágrimas salen silenciosas y mojan mis mejillas, pero me esfuerzo por tranquilizarme y vuelvo caminando al despacho.

Llego pronto, pero no me importa, tengo mucho que hacer. Philip llega poco después que yo, pero me ignora y va directo al suyo.

«Tengo que entregárselo todo a las seis», me ordeno a mí misma y, por increíble que parezca, lo acabo a tiempo.

Se repite la misma situación que ayer: me ordena que espere hasta que lo tiene todo revisado; está todo perfecto y diez minutos después salgo de su despacho sin decir ni una palabra.

Se establece una rutina: me satura de trabajo, no como y voy arrastrándome al parque, me siento, cierro los ojos y vuelo a mi lugar feliz, y todos los días a las seis lo tengo todo terminado.

Capítulo 26

Llega el fin de semana. Katia me llama para salir, pero no puedo y, al final, son ellos los que vienen a mi casa a hacerme compañía. Charlie se esfuerza continuamente en hacerme reír, pero es imposible. Me siento vacía y una idea empieza a tomar forma en mi mente y, aunque mi corazón la rechaza, sé que al final, aunque me duela, la aceptaré.

Es lunes; esta noche he podido dormir un poco más y el descanso se refleja en mi cara, por lo menos las ojeras no me llegan a la boca.

El miércoles me reuniré con los estilistas de Promesses para realizar las pruebas de vestuario y el viernes volaremos a Bora Bora, a mi lugar feliz, y debo empezar a poner de mi parte para tener buen aspecto; con el careto que llevo, si me ven ahora mismo, rompen el contrato por la vía rápida: parezco una muerta.

Lllaman a la puerta, ¿quién será? Todavía son las siete; abro y son Katia y Charlie.

—Buenos días —me saludan con una sonrisa.

—¿Qué pasa, echabais de menos mis lágrimas? —les pregunto intentando bromear, a pesar de que ya no recuerdo ni cómo se hace eso—. ¿Adónde vais tan temprano?

—Iba a venir yo sola, pero Charlie se ha empeñado en acompañarme. ¡Ya sabes lo pesado que puede llegar a ponerse! —bromea Katia mirándolo y sonriendo—. Vengo a ayudarte a arreglarte; se acabó eso de ir arrastrándote por los pasillos vestida de cualquier manera. ¡Ala, a la ducha, que voy a buscar qué ponerte!

No puedo evitar sonreír, tiene más razón que un santo. Me meto en la ducha poniendo la mente en blanco de nuevo, estoy convirtiéndome en una experta, y cuando salgo Katia me ha preparado la minifalda negra con una camiseta ceñida verde militar, un fular con esos mismos tonos y mis

botines. La miro levantando una ceja. ¿De verdad que esto es necesario?

—¿Para qué voy a ponerme esto, Katia? Philip ni siquiera me mira.

—Hoy te mirará, te lo digo yo. Vístete rápido, que voy a secarte el pelo y a maquillarte.

Obedezco y me dejo hacer como todos los días, no tengo ganas de nada.

—Estás preciosa —me dice satisfecha cuando termina.

—¡Uau! —exclama Charlie sonriendo—. Ahora quiero que practiques eso que comúnmente llamamos *caminar*, no quiero verte arrastrándote como un alma en pena por los pasillos; anda, practica un poquito a ver si te sale —me dice guasón.

Le sonrío y camino con todo el garbo del que soy capaz; aún estoy hecha polvo, pero tienen razón, es hora de sacar mi orgullo y mi genio.

—¡Mira, Katia! Pero si sabe hacerlo, por lo menos ha valido la pena el madrugón —añade sonriendo, apoyado en la pared.

—Gracias por todo, os quiero un montón. —Tengo de nuevo un nudo en la garganta.

—Ohhhh, cariño, nosotros también a ti —sueltan al unísono y nos abrazamos los tres.

A las ocho en punto estoy llamando y entrando en el despacho de Philip. Por suerte, mi orgullo va en cabeza. ¡Ya era hora, coño! No le digo nada, como siempre, y dejo la agenda sobre su mesa.

Levanta la vista y me mira con el ceño fruncido, pero hoy no va a verme hundida y soy yo la que lo mira fríamente. «¡Muy bien, Paulita! ¡Por fin!», me felicito a mí misma.

—Vaya, qué poco te ha durado la pena. Saber el dinero que vas a ganar debe de haber contribuido, ¿verdad?

—Dígame qué necesita y no me haga perder el tiempo —replico con desdén.

No me quita la mirada de encima y se la mantengo. Al final me señala una montaña de carpetas que tiene en un lado de la mesa.

—Quiero todo eso preparado, no se vaya sin tenerlo a punto.

Las miro en silencio y, sin decir una palabra, cojo todas las carpetas y salgo de su despacho echando humo; está explotándome, lo sé, pero no voy a quejarme.

A la hora de comer no voy al parque: voy a la cafetería y me obligo a comer con Katia, Charlie y Dani. No participo de la conversación, pero

por lo menos he comido un poco y me he relacionado otra vez con gente.

Vuelvo pronto y me pongo a trabajar. Sé que hoy no podré terminarlo, me ha dado casi el doble de trabajo que estos últimos días. ¿Qué pretende? ¡Será imbécil!

A las ocho y media lo acabo todo; siento como si una apisonadora me hubiera pasado por encima, me va a explotar la cabeza y tengo el ánimo por los suelos. Sólo deseo irme a mi casa a llorar; a pesar de que hoy estoy ligeramente mejor, esta situación me está superando. La oscuridad que siento dentro de mí desde el día que me dejó no me abandona y no he vuelto a reír desde entonces.

Mi única aspiración cuando me levanto es venir a trabajar para verlo y, por la tarde, se transforma en necesidad de volver a casa para llorar acurrucada en mi cama.

Me levanto y me dirijo a su despacho con todas las carpetas en la mano. Llamo y entro.

Como viene siendo costumbre, no le dirijo la palabra y dejo las carpetas sobre su mesa; no me muevo, sé que va a querer revisarlo y le ahorro el discursito. Miro a través de la ventana, pero sólo veo mi reflejo, así que aparto la mirada y me centro en la planta del rincón, dejando de nuevo la mente en blanco.

Me tiene casi veinte minutos de pie mientras revisa minuciosamente cada puñetero expediente; no me da la gana de sentarme y me quedo de pie sin demostrarle lo cansada que estoy.

—Puede irse —me dice por fin.

No reconozco su voz, tan fría y tan distante... Me rompe el alma pero finjo indiferencia y, dando media vuelta, me dirijo a mi despacho a por mis cosas.

Cuando me giro, está de pie en el marco de la puerta; lleva la chaqueta puesta y, mirándome con desprecio, me dice:

—La llevaré a su casa.

—Váyase a la mierda —le suelto con todo mi orgullo por fin.

—No me pierda el respeto; soy su jefe, no lo olvide.

—Y yo no pienso ir con usted a ningún sitio.

—Está muy equivocada si piensa que voy a dejar que vaya sola de noche.

—¿Pero a ti qué te pasa, Philip? Déjame en paz, creí que ya no te importaba —le espeto y paso por delante de él para bajar por las escaleras.

—Sólo puedes salir por el parking, la empresa está cerrada, y te aclaro que tú me importas una mierda, pero el anuncio se rueda la próxima semana y no quiero que le pase nada a la modelo— me dice cogiéndome del brazo y metiéndome en el ascensor.

Me ha congelado el alma oírlo hablarme así, pero... ya está bien, por fin puedo contestarle.

—Muy bien, llévame en coche —respondo fríamente—, estoy cansada. Si quieres hacer de taxista, mejor para mí.

Salimos del ascensor y nos dirigimos en silencio hacia el vehículo; se sienta y, sorprendiéndolo, me siento en el asiento de detrás del copiloto.

—¿Qué coño haces? —me brama.

—Vete a la mierda, Philip, y llévame a casa. —¡Ole ahí! ¡Por fin! Cómo echaba de menos mi genio.

Arranca furioso y me recuesto en el asiento, pongo la mente en blanco y cierro los ojos, bloqueando todos mis sentidos... ignoro su fragancia, el ambiente íntimo que está creándose en el coche, lo que su proximidad despierta en mi cuerpo... lo bloqueo todo y me obligo a no pensar en nada.

Suena su teléfono y salta el manos libres.

—Dime —gruñe más que contesta.

—Yo también te quiero —contesta una voz masculina—. Recuerda, capullo, que esta noche tenemos una cena. Phoebe dice que, como no vengas esta vez, se va a tu casa y te trae a rastras.

—Allí estaré —acepta y cuelga.

No abro los ojos pero noto mi cuerpo en tensión. ¿Quién es Phoebe? En mi mente busco ese nombre en la lista de nombres preferentes, pero no está. Me muero de pena al pensar que esta noche tiene una cena con ella y me obligo a no sentir nada, pero es imposible, tengo unas ganas horribles de ponerme a llorar y entonces mi corazón acepta lo que en mi cabeza ya es una realidad. Acepto que no puedo seguir así y que, a pesar de quererle más que a mi vida, no puedo quedarme y alargar una situación que está destrozándome; no estoy preparada para verlo con otra y es algo que terminará pasando si no está pasando ya.

Conduce despacio. ¿Por qué no acelera? Está siendo una tortura. Creo que lo hace a propósito, pero callo y continúo sumida en mis pensamientos.

Por fin para el coche; hemos llegado a mi casa y mi mirada se

encuentra con la suya a través del espejo retrovisor.

—Tenías razón cuando me dijiste que me harías daño y me iría — murmuro—. Mañana se lo diré a Sam para que busque a alguien que me sustituya cuanto antes.

Y bajo del coche sin mirar atrás. No me ha dicho nada... ¿para qué? Todo está tan roto entre nosotros que nada importa.

Es martes, estoy despierta desde hace horas pensando en la decisión que tomé anoche y en cómo voy a decírselo a Katia y a Charlie; ellos se han convertido en mi familia aquí y me mata hacerles daño, pero es lo mejor. Aunque le quiera más que a mi vida, tengo que obligarme a quererme más a mí, me niego a continuar como estos días, así que llamo a Katia para ahorrarle el viaje y porque soy una cobarde, y me encamino directa a la ducha, me visto y me maquillo como una autómatas.

Me pongo mis pitillos oscuros con una camisa, los tacones y una americana. Necesito verme bien para afrontar el día que me espera, y llego a Virmings a las ocho menos cinco con un objetivo claro: despedirme. Con eso en mente, voy directa al despacho de Sam; cuanto antes lo haga, mejor.

—Buenos días, Sam —lo saludo con un nudo en la garganta.

—Pon una cifra, Paula —me responde con determinación antes de que pueda decir nada.

—¿Cómo?

—Philip me lo ha contado y no aceptamos tu dimisión, pon una cifra.

¿Habla en plural? Si no quería que me fuera, ¿por qué no me lo dijo anoche en el coche?

—¿Philip te ha dado carta blanca?

—Totalmente. Oye, no me hagas esta putada, jamás encontraré a nadie como tú: eres la mejor secretaria que ha tenido nunca con diferencia. Quédate, por favor, aprovéchate y pon una cifra.

—No se trata de dinero, Sam, nunca ha sido cuestión de dinero y él lo sabe, es lo único que nunca me retendría.

—¿Qué te retendría, entonces? Un coche, una casa, ¡habla, que te lo consigo!

Pienso en la casa con jardín, los hijos, ¡¡él!!... siempre él.

—Philip lo sabe y no está interesado, déjalo Sam, es demasiado complicado. Encuentra una sustituta cuanto antes, por favor, estoy deseando irme —le digo desolada.

Llego a mi despacho con un nudo en la garganta, pero no lloraré, no delante de él. Dejando a un lado mis sentimientos, preparo su agenda y me dirijo al suyo. Llamo y entro.

—Buenos días —le digo tendiéndole la agenda—. Como verá, tiene una reunión con James Wethey a las once, pero queda por concretar el tema de las localizaciones, porque el hotel que me pidió está hasta los topes, estoy buscándole algo similar.

—¿Por qué no has aceptado? —me pregunta ignorando toda la parrafada que acabo de soltarle.

—Porque, aunque no lo crea, no me interesa el dinero —le respondo con frialdad mientras me doy la vuelta para marcharme, poniendo una coraza a mi destruido corazón.

—No puedo darte lo que quieres —me dice de repente cercano.

—¿Por qué no? —le pregunto desesperada dejando salir todo mi dolor.

—Porque es un límite que no puedo cruzar. Has elegido ser la imagen de Promesses y eso te aleja de mí. Tu trabajo en Virmings finaliza esta semana si no aceptas nuestra oferta, creo que estamos siendo más que generosos —me dice de nuevo con frialdad.

—No puedo luchar contra algo que desconozco. Te quiero, Philip, pero yo también tengo mis límites y no puedo más.

—Búscate una agencia de modelos si vas a meterte en ese mundo.

—No necesito ninguna agencia, porque no tengo intención de hacerme modelo; perdona, pero tengo trabajo.

Y salgo de su despacho convencida de que todo ha terminado entre nosotros. Hemos hablado civilizadamente y es lo peor que podíamos haber hecho. Hubiera preferido mil veces que nos hubiéramos tirado los trastos a la cabeza antes que tener este tipo de conversación.

Durante la comida me reúno con Charlie, Katia y Dani en la cafetería. Tengo que contárselo o al final acabarán enterándose por otro y no se lo merecen.

—Preciosos, tengo algo que deciros —murmuro captando toda su atención al instante.

—¿Qué pasa, Paula? —me pregunta Charlie en tensión.

—Me he despedido. Cuando volvamos de Bora Bora no volveré a trabajar aquí —susurró sin atreverme a mirarlos.

—¿Te has despedido tú o ha sido Philip? —interviene Charlie,

levantándose.

—Charlie, siéntate, me he despedido yo; él ha sido más que generoso para que no me fuera, pero sabes que el dinero no es lo que me importa.

—¡No puedes darte por vencida tan pronto! —me grita Charlie con voz contenida.

—¡Sí puedo! ¿Te parece que he sufrido poco? Si él tiene sus límites, yo tengo los míos, y los he sobrepasado, te lo aseguro.

—¿Vas a volver a España? —me pregunta Katia con el rostro desencajado.

—De momento sí, pero no descarto irme a París.

—¡No quiero que te vayas! —se queja llorando.

—Yo tampoco, pero no tengo opción. Vine por él y está claro que nunca volveremos a estar juntos, y no estoy preparada para verlo con otra, me moriría —confieso cogiéndole las manos.

—Evidentemente me he perdido más de una cosa —me dice Dani—; aunque nunca me lo has contado, sé que estabas con Philip al igual que deduzco que ya no estáis juntos. Lo siento, te he visto sufrir mucho y sólo puedo decirte que hagas lo que sea mejor para ti.

—Siento no haberte contado nada, pero le prometí que no lo haría. Él es muy celoso de su intimidad y no quería habladurías dentro de la empresa; no comentes nada, por favor.

—No te preocupes.

—Quédate, Paula; si te marchas, renunciarás definitivamente a él —me pide Charlie.

—Ya he renunciado. Aunque intente convencerme de que puedo hacerle cambiar de opinión, en el fondo sé que no es posible. Tú lo conoces mejor que yo... ¿Qué le pasó, Charlie? ¿Por qué no puede estar conmigo si hago el anuncio? Sé que lo sabes, ayúdame a entenderlo, por favor.

—No puedo, preciosa, es su vida y, si él no te lo ha contado, no puedo hacerlo yo.

—Estoy harta de tantos misterios, de que sea todo tan complicado.

—En su favor sólo puedo decirte que, aunque no comparto su postura, la entiendo.

—¿Por qué? ¡Cuéntamelo! Voy a irme y nunca volveré a verlo. ¿Qué más da si lo sé o no? —pregunto completamente sobrepasada—. ¿Sabes una cosa? Maldigo cada instante de mi vida desde que acepté hacer ese

puñetero anuncio. ¿Por qué tuvo que darme a elegir, Charlie? ¿Por qué? ¿Por qué fuimos incapaces de hablarlo como cualquier pareja?

—No lo sé, no te haces una idea de las veces que he pensado en esa tarde, en cómo se desarrolló todo de mal en peor, pero no tengo ni idea de por qué te amenazó; supongo que dio por sentado que ibas a aceptar y quiso presionarte.

—¿Amenazándome?

—Dándote a elegir.

—¿El anuncio o yo? No me jodas, Charlie, eso es una amenaza. — Suspiro—. ¿Sabes que es lo peor de todo? Que, aunque no dejo de maldecirme, volvería a elegir lo mismo, una y otra vez; no por el anuncio, que me importa una mierda, sino por la necesidad de ser libre en mis elecciones.

—Yo hubiera elegido lo mismo —afirma Katia.

Charlie la mira en silencio, pero no dice nada.

—Yo también —corroborra Dani—. Si hay algo que no soporto en un tío es que quiera imponerme su voluntad.

—Por lo menos me consuela saber que no soy un bicho raro.

—Paula, quédate; búscate otro empleo, pero no te marches —me ruega Katia desolada.

—No puedo quedarme, es demasiado duro, pero vosotros podéis venir a verme a Madrid. Os encantará, de verdad; no quiero que nunca perdamos el contacto. —Siento un nudo en la garganta que va ahogándome por minutos.

—Y no lo haremos, preciosa. Te prometo que hablaremos por teléfono e iremos a verte siempre que podamos.

Es hora de volver al trabajo y lo hacemos hechos polvo. Ahora más que nunca soy consciente del peso de mi decisión; cuando me marche, nunca volveré a verlo, nunca volveré a trabajar con él ni volveré a estar con Charlie, Katia y Dani, y las lágrimas se deslizan de nuevo silenciosas por mis mejillas.

Capítulo 27

Es miércoles. Hoy he quedado con los estilistas de Promesses para las pruebas de vestuario. Llego al hotel donde se alojan y me acompañan a una sala enorme donde me prueban una barbaridad de biquinis, bañadores y vestidos, todos fantásticos, preciosísimos hasta decir basta.

Seleccionan un montón de ropa, me hacen pruebas de maquillaje y de peluquería y durante unas horas me olvido de todos mis problemas para convertirme en Barbie Bora Bora. Los estilistas son un encanto y por fin, después de muchos días sin reír, lo hago. ¡Hurra, hurra, bien! Aún recuerdo cómo se hace, no está todo perdido.

Y puesto que he sido capaz de reír, cuando llego a mi casa me obligo a salir a correr; se acabó eso de llorar como una magdalena. Aunque sé que nunca lo olvidaré, también sé que aprenderé a vivir sin él; puedo considerarme afortunada, he conocido al amor de mi vida y he sido tremendamente feliz. Necesito aferrarme a un pensamiento positivo si quiero mantenerme en pie, y con ese pensamiento salgo a correr sin dejar de echarlo de menos ni un segundo.

Es jueves, me levanto y me miro en el espejo de cuerpo entero. He perdido un par de kilos seguro; estoy demacrada y las ojeras no me abandonan, ¡genial! Hoy vienen los directivos de publicidad de Promesses a conocer Virmings y, como no me esmere mucho arreglándome, van a enviarme a freír espárragos sin duda, así que... ¡a ello, Paulita, que hay mucho que componer! Me ducho, me lavo el pelo untándolo con cremas y potingues varios para darle brillo y me lo seco marcando mis ondas. Me pongo mis pantalones de piel camel con una camisa de seda color crema, me calzo mis *stiletos nude* y, como complementos, elijo unos pendientes de aro y pulseras doradas a juego. Me maquillo poniendo especial esmero en disimular las ojeras y, cuando termino, me encanta el resultado. Ojalá

Philip me vea bien vista y le dé en qué pensar. En el fondo, todavía tengo la esperanza de que cambie de opinión; mientras esté aquí, hay esperanzas.

Llego temprano y voy directa a su despacho. Hoy tiene el día completo con la visita de Promesses. Llamo y entro.

—Buenos días, ¿necesita algo antes de que lleguen Nicolas y Pierre?

—Nada, esté localizable, no quiero tener que ir buscándola —me dice con frialdad.

—Muy bien —le respondo con desdén más seca que un esparto; desde luego que a burra no me gana nadie, ¡qué zopenca soy, por Dios! ¿Así es como voy a reconquistarlo?

—Un momento, sí necesito algo —me suelta clavando su mirada en la mía.

—Usted dirá.

—Quiero saber si ya le ha venido el periodo. Recuerde que le comenté que quería saberlo y todavía no me ha dicho nada.

—Eso a usted no le importa, dejó de importarle el día que me dejó —le espeto mirándolo con altivez.

—¡Y una mierda! Si está embarazada, tengo derecho a saberlo.

—Usted no tiene derecho a nada, pero, para que se quede tranquilo y sepa que nada le ata a mí... sí, ya me ha venido el periodo. No necesito quedarme embarazada para que me quieran.

Y tras dar media vuelta, regreso a mi despacho sin darle opción a réplica.

Mañana volamos a Bora Bora y mi trabajo aquí habrá terminado. Así que localizo una caja y empiezo a guardar mis pocas pertenencias. Bloqueo todos mis sentimientos, toda la angustia que siento, y dejo la mente en blanco. Trabajo como una autómatas, pero sé que es algo que debo hacer y, cuanto antes, mejor.

Cuando acabo, me dirijo al despacho de Sam para entregar mi carta de despido voluntario y, a su vez, firmar el contrato de publicidad que me separa definitivamente de Philip y Virnings y me ata a Promesses. Lo firmo obligándome a no pensar en nada porque, como lo haga, soy capaz de romper el dichoso contrato en mil pedazos y suplicarle todo lo que sea necesario hasta conseguir que me quiera de nuevo.

A las diez llegan Nicolas y Pierre y, antes de salir de mi despacho, lo observo detenidamente. Lo he dejado impoluto, sin nada que recuerde mi paso por aquí. Me obligo a respirar y salgo con paso firme a recibirlos.

Les recuerdo de París y de las veces que hemos hablado; me saludan con afecto y yo les correspondo. Philip es un témpano de hielo conmigo, pero lo ignoro y me limito a traducir todo lo que les dice.

Nos reunimos en su despacho; hablan del anuncio y de las pautas del viaje. Está todo programado al milímetro y, cuando finalizamos, nos vamos a almorzar, pero la tensión entre nosotros es tan latente que Pierre y Nicolas se pasan el almuerzo pendientes de mí y de que me sienta bien; incluso, y para mi sorpresa, me hacen reír un par de veces, y eso es un gran avance, dada mi situación.

Cuando acabamos, nos despedimos de ellos. Promesses va a abrir varias tiendas en Sídney y quieren ir a supervisar las reformas. Además, nosotros aún tenemos varios temas pendientes de otras cuentas que deben quedar cerrados antes de nuestro viaje.

Voy en el coche con Charlie; echo mucho de menos ir con Philip, pero dadas las circunstancias es mejor así.

Cuando subimos, lo primero que hago es quitarme los tacones.

—Ufff... no podía más, qué dolor de pies.

—Merece todo ese dolor y más; estás preciosa, Paula, ya tenía ganas de verte como te he visto hoy.

—¿Qué más da como esté, Charlie? Philip ni me mira; es más, me ignora tanto que podría ir en pijama y no se daría ni cuenta.

—Creo que te equivocas, preciosa. Hoy estaba rabioso de verte hablando y riendo con Pierre y Nicolas.

—Charlie, estaba rabioso por tener que soportarme; le es completamente indiferente con quién hable.

—Déjalo estar, anda. Bueno, ¿ya tienes preparada la maleta? ¡Preciosa, que nos vamos a Bora Bora!

—Si no fuera por todo el dramón que llevo encima, estaría dando saltos de alegría dentro del coche... siempre he querido viajar allí.

—Pues entonces vamos a disfrutar a tope de este viaje y a olvidarnos de Philip. ¡Que le den!

No vuelvo a ver a Philip en toda la tarde y a las seis estoy saliendo por la puerta para no volver y, a pesar de todos mis esfuerzos, las lágrimas se deslizan silenciosas por mis mejillas mientras me dirijo a buscar el metro. Nunca en mi vida he sido tan feliz como aquí y dudo que vuelva a serlo; jamás lo olvidaré ni tampoco mi paso por Sídney.

Me acuesto temprano, a las siete tenemos que estar en el aeropuerto,

pero apenas puedo dormir en toda la noche de lo nerviosa que estoy. Comienza una nueva etapa en mi vida. ¿Cómo voy a poder afrontarla sin él?

Suena el despertador y me levanto de un salto. Sólo me queda este viaje para estar con Philip; cuando volvamos, todo habrá terminado, y necesito que cambie de opinión. Si fue capaz de enamorarse de su secretaria, ¿por qué no va a ser capaz de superar sus límites ahora? Necesito intentarlo porque, a pesar del dolor de estos días, de las palabras hirientes y de su frialdad, le quiero con todas mis fuerzas.

Llego al aeropuerto a las siete menos cuarto. Recuerdo cuando fuimos a París. Fue un viaje perfecto desde el principio hasta el final, pero entonces estábamos juntos y ahora somos peor que dos desconocidos.

Lo veo en la cola de facturación. El corazón me late desbocado; como no me tranquilice, vomitaré seguro. Inspiro profundamente y con paso decidido me dirijo a facturar mi equipaje yo también, frenando mis deseos de correr hacia él y suplicarle que me quiera. Sé que me ha visto, pero me ignora a propósito, deprimiéndome en cuestión de segundos. ¿Qué ocurriría en su pasado para ponerle esos límites?

Facturo mi equipaje y me entretengo mirando los escaparates de las tiendas *duty-free*. Temo acercarme a él y prefiero guardar las distancias. Qué distinto de hace unas semanas, cuando no podíamos dejar de besarnos. Lo echo tanto de menos que me duele el alma. Tengo la mirada clavada en el escaparate de una tienda de bolsos, pero mi mente no procesa, simplemente me he quedado de pie mirándolo sin hacerlo realmente.

—¿Qué pasa, preciosa?

Es la voz de Charlie; lo miro sonriendo y mi corazón pesa un poco menos. Tiene ese don sobre mí, siempre acaba levantándome el ánimo incluso sólo con su presencia.

—¿Tú qué crees? —le pregunto encogiéndome de hombros.

—Philip, ¿verdad?

Asiento.

—Anda, vamos, preciosa. Éste no va a poder contigo; mira, está allí desayunando, vamos a sentarnos con él.

—Ni de coña, Charlie, no pienso sentarme con él, ve tú si quieres —le digo con firmeza.

—Paula, estamos juntos en esto, vas a ser fuerte y a sonreír y vamos a

sentarnos con él.

Y, agarrándome con fuerza de la mano, me arrastra hasta su mesa.

Philip levanta la mirada y nos observa sin dejar entrever sus sentimientos, tan hermético como siempre.

—Buenos días, Philip —saluda Charlie como si nada—. Paulita, preciosa, ¿qué quieres tomar?

—¿Nada? —Voy a matarlo; cuando pueda, lo mato.

—A ver si tienen... —hace como si leyera la carta—... pues no va a poder ser, *nada* no está en la carta, elige otra cosa, preciosa —me dice guasón.

Me olvido un segundo de Philip y centro toda mi atención en Charlie.

—A ver, precioso: tú puedes comerte media cafetería si quieres, pero yo no tengo hambre, no seas pesadito —le suelto fulminándolo con la mirada.

—O eliges tú o lo hago yo, pero vas a comer; no voy a dejar que te saltes más comidas. ¿No querrás ir perdiendo el bañador, verdad?

Lo fulmino con la mirada; la mirada de Philip va de Charlie a mí y viceversa.

—Yo a ti te mato —le amenazo con una sonrisa—. Trae lo que te dé la gana.

—¿Qué es eso de que te saltas las comidas? —me pregunta cabreado cuando Charlie se marcha—. Haz el favor de comer, no puedes variar la talla, los biquinis tienen que quedarte perfectos.

—Buenos días a ti también —le espeto levantando una ceja.

—No me cabrees, Paula, te lo digo en serio; como me entere de que bajas una talla, ve preparándote.

No le preocupa que no coma por si enfermo, ni cuál es la razón de que me haya saltado las comidas, sólo le inquieta que me queden bien los dichosos bañadores.

—Eres un imbécil, Philip —le digo con desprecio.

—Por suerte para ti, soy el imbécil al que dejarás de ver en breve.

En ese momento llega Charlie cargado con el desayuno. Miro la bandeja y mis ojos se abren desorbitados: hay donuts, tostadas, magdalenas y dos cafés con leche.

—Por lo que veo, tienes hambre, ¿eh, campeón? —le digo levantando una ceja.

—Por supuesto que sí, preciosa, y tú también; vas a comerte la mitad,

así que empieza.

Cojo el café con leche y empiezo a bebérmelo despacio; no tengo nada de hambre, realmente lo que tengo son náuseas, me puede esta situación con Philip.

—Paula, no subirás al avión como no comas algo más —me ordena Charlie.

—¿A Katia también la obligas a comer, precioso, o sólo me torturas a mí?

—Katia es de buen apetito, no tengo que estar pendiente de ella.

Lo fulmino con la mirada mientras cojo un donut, le doy un mordisco y se me hace bola al segundo, como cuando era pequeña, y al final desisto dejándolo en la bandeja. Por suerte empieza a llegar el resto del equipo y Charlie no se percata de que no he probado bocado.

Anuncian nuestro vuelo y respiro aliviada. Necesito distancia, separarme un poco de él. En mi mente no dejo de comparar el viaje a París con éste y debo obligarme a poner la mente en blanco si no quiero empezar a llorar desconsoladamente. ¿Alguna vez dejará de doler tanto?

Subimos al avión y, para desgracia mía, me toca sentarme a su lado. ¡Mierda! Debería sentirme feliz, pero no lo estoy; necesito un poco de distancia para tranquilizarme, me afecta demasiado su actitud, pero me comporto de forma madura y me siento en mi asiento. Nuestros brazos se rozan y me acaloro al instante, pero él se aparta rápidamente, como si le molestara ese leve contacto conmigo. ¿Cómo va a desearme de nuevo si un simple roce le molesta?

Me obligo a poner de nuevo la mente en blanco; noto la mirada vidriosa y, como no me da la gana de que me vea llorar, empiezo a recitar mentalmente las tablas de multiplicar... siete por ocho... ¿cincuenta y cuatro? ¡Mierda! ¡No me jodas! ¡Será posible! Tanto estudiar para ahora no acordarme de una simple tabla. ¡Ay, Señor, si es que no somos nadie! Un niño de primaria sabe más que yo...

Despega el avión. ¡Uyyyyyy, qué miedooooo! No soporto los aviones, los despegues, la comida envasada, los ruidos que hacen, los pitidos, los descensos. ¡Ayyyyy, que me da algo! Veo de reojo cómo Philip coge un diario y comienza a leer; yo también tengo un libro ¿pero cómo voy a ponerme a leer cuando estoy muerta de miedo? Quiero acercarme a él, que nos cojamos de la mano y aleje todos mis miedos como en el vuelo a París, pero cierro los ojos y bloqueo todos mis sentimientos.

Estoy muy cansada, las malas noches están pasándome factura y poco a poco me sumerjo en un dulce sueño. ¡Mmmmm! Estoy tan cómoda, no quiero moverme, estoy con Philip, huelo su fragancia, me gusta mi sueño y vuelvo a dormirme profundamente.

—Paula, despierta, hay turbulencias, tienes que ponerte el cinturón.

Oigo la voz de Philip de fondo, pero no tengo ganas de despertarme.

—Paula, despierta, vamos, tienes que ponerte el cinturón.

Ahora lo oigo claramente. ¡Mierda! ¡Estoy dormida sobre su hombro! Me despierto de un salto y lo miro avergonzada; su rostro es inexpresivo, no tengo ni idea de si está enfadado o no.

—Philip, lo siento —me disculpo atropelladamente; entonces una turbulencia sacude todo el avión—. ¿Qué pasa? —pregunto al borde del infarto.

—Nada, son turbulencias, ponte el cinturón. —Y vuelve su mirada hacia el pasillo, ignorándome de nuevo.

De repente me da igual haberme dormido sobre su hombro; estoy muerta de miedo y, si encima hay turbulencias, puede darme un ataque de pánico.

El avión no deja de sacudirse. Estoy atacada y me obligo a inspirar y expirar; cierro los ojos y pongo la mente en blanco, soy una experta en la materia. Cojo mis manos y las retuerzo; me hago daño pero me da igual, estoy acojonada y sólo quiero que el dichoso avión pare de sacudirse.

De repente noto la mano de Philip sobre las mías y abro los ojos de golpe.

—Paula, no es nada, no te asustes, ¿vale? En seguida pasarán.

Asiento como una muñeca; estoy hiperventilando, ¡me ha cogido las manooooos! Por mí puede haber turbulencias durante todo el vuelo, con que no se estrelle me basta.

Nuestras miradas quedan atrapadas un segundo y mi mirada desciende hasta su boca, pero rompe el contacto y retira su mano de las mías. Vuelve a estar a kilómetros de distancia.

Gracias a Dios las turbulencias pasan y puedo tranquilizarme; aún puedo notar el tacto de su mano sobre las mías, pero para desgracia mía pasamos el resto del vuelo sin dirigirnos la palabra.

Cuando llegamos a Papeete, tengo los nervios a flor de piel. Cogemos una avioneta con más años que Matusalén que nos lleva a Bora Bora y rezo a todos los santos para que no se estrelle; por suerte no coge

mucha altura y el color turquesa de sus aguas me distrae. ¡Madre mía qué vistas! ¡Es un sueño! Es mi lugar feliz... así que me hago una promesa a mí misma: voy a disfrutar a tope de este viaje, no voy a dejar que Philip ni nadie me lo amargue, porque probablemente ésta sea la única vez que pueda venir aquí y quiero vivirlo al máximo.

Llegamos por fin a Bora Bora. El aeropuerto es pequeñito y hace un calor de mil demonios, pero me da igual, ¡estoy encantada! Allí nos reciben varias nativas, que nos ponen collares de flores, y sonrío con ganas.

—¡Charlie, preciosooooo! ¿No me digas que no es bonito todo esto?

—Aún no has visto nada, espera y verás, vas a flipar, preciosa —me dice con una sonora carcajada.

—¡Madreee cuando se lo contemos a Katia! Ven, vamos a hacernos una foto y se la mandamos por WhatsApp. —Unimos nuestras caras y nos hacemos un *selfie* que le mandamos de inmediato. Philip nos mira serio y, tras dar media vuelta, se aleja de nosotros.

Capítulo 28

Cuando llegamos al hotel, termino de alucinar... ¡qué pasada, por favorrrr! No es el típico hotelito al que estoy acostumbrada, aquí las habitaciones son cabañitas; las hay dentro del agua, en la playa o dispersas por el complejo, rodeadas de exuberante vegetación. El silencio nos envuelve a excepción del trinar de los pájaros y siento cómo la tranquilidad va abriéndose paso en mi interior.

Llego a mi cabañita, que está en la playa, y la miro entusiasmada; dentro es de madera, con una cama enorme en el centro y un ventanal más enorme aún que da paso a una terracita con el suelo de teca. ¡No le falta detalle! Tiene una mesa con dos sillas y una tumbona con mullidos cojines que me llama a gritos. ¡Madre del amor hermoso! Miro la playa y alucino todavía más si es posible, ¡es maravillosa de morirse! Tengo que frenarme para no ponerme el bikini y lanzarme de lleno en esas aguas transparentes que son demasiado parecidas a mi lugar feliz.

Pero me recuerdo que no estoy de vacaciones y solamente dispongo de una hora antes de reunirme con todos en el *hall* del hotel para ir a ver las localizaciones, así que aprovecho para deshacer mi equipaje y darme una buena ducha en este baño tan flipante. Me pongo un vestido fresquito, me calzo unas sandalias y, dando un paseo, me dirijo al punto de encuentro.

Alquilamos unos coches y nos dirigimos a la primera playa seleccionada. Voy con la boca abierta todo el trayecto y, como soy una fotógrafa frustrada, me dedico a fotografiar todo lo que veo; además, sería pecado no hacerlo, esto es lo más bonito que he visto en mi vida.

Llegamos y literalmente se me cae la mandíbula a los pies. ¡Madre mía! ¿Esto es real? Me descalzo rápidamente y voy como abducida al agua, sumergiendo los pies en ella; está templada y es tan transparente que

puedo verlos perfectamente. ¡Qué preciosidad! Estoy en el paraíso y lo fotografío todo; aquí los colores son diferentes, mucho más intensos, más brillantes.

Volvemos al coche y nos dirigimos a la segunda playa; ni me molesto en ponerme las sandalias, ¿para qué?, estoy rodeada de naturaleza.

La segunda playa es igual de bonita o más que la primera y, al igual que antes, me dedico a sacar fotografías de todo lo que me rodea cuando de repente algo llama mi atención: es una casita típica de allí, está entre las palmeras y no puedo evitar acercarme a ella.

Hay una señora con un niño; va vestida únicamente con un pareo y descalza como yo. La saludo en francés y me invita a ver sus pareos; me explica que los pinta ella misma y luego los vende, son fantásticos; me gusta la forma en que ella lo lleva puesto, flor en el pelo incluida, y le compro uno que me ha encantado. Es blanco y está lleno de flores de muchísimos colores.

Y como soy impaciente por naturaleza, le pido a la señora que me explique cómo ponérmelo. ¡No puedo esperar a llegar al hotel! Entramos en la casita y me enseña varias formas de llevarlo; me suelto el pelo y me pongo una flor igual que ella detrás de la oreja. ¡Madreeee! La señora tiene un espejo pequeñito; no puedo verme de cuerpo entero, pero lo que capto me encanta. ¡Philip, prepárate, que Paula ha vuelto!

Me despido de la señora y del niño no sin haberlos fotografiado antes y vuelvo caminando por la playa mojándome los pies; oigo el sonido del agua y el trinar de los pájaros, la brisa acaricia mi cara y siento cómo la calma va abriéndose paso dentro de mí. Estoy en paz. He llegado a mi lugar feliz.

—¡La madre que te parió, Paulita! ¡Estás preciosa! —me dice Charlie soltando un silbido—. Deja que te vea. Y cogiéndome de la mano, me hace darme la vuelta—. ¡Uau!

Me rio con ganas por fin y veo a Philip mirándome fijamente; lo conozco y sé que está tenso, pero finjo no darme cuenta.

—Un momento —dice Sandro, el fotógrafo—. Sé que mañana te voy a hacer cientos de fotos, pero ¿te importaría que te hiciera unas cuantas ahora? No para Promesses, para mí; dime que sí, diosa.

—¡Claro! Anda, coge la cámara y empieza.

—Perfecto, quiero que camines lentamente por la orilla, que me seduzcas con la mirada.

Hago todo lo que me indica; me ha pedido que lo seduzca, pero yo sólo quiero seducir a Philip, así que imagino que Sandro es Philip y empiezo a andar hacia él. Debo de estar como una regadera, porque acabo viendo la cara de Philip.

—¡Así, diosa, muy bien! ¡Me encantas! Camina lentamente, muy bien, así... eres un sueño.

Me río con ganas, ¡menudo zalamero!

—Sí, sí, ríete, así, mira al cielo, mírame a mí... ¡Oh, síiii, fantástica!

Me hace cientos de fotos: de cerca, de lejos, de lado, por detrás... y me divierto un montón.

Cuando Sandro termina de fotografiarme, me enseña unas pocas en la pantalla de la cámara. ¡Vaya!, sí que tiene talento el tío, las fotos son preciosas.

—Quiero una copia Sandro, me encantan.

—Te van a encantar todas las que te haga; verás mañana, esto no es nada.

Philip no me pierde de vista pero no dice nada. Aun así, sé que está que muerde. ¿Por qué? ¿Le habrá molestado que Sandro me fotografíe porque las fotos no son para la campaña?

Cogemos un pequeño catamarán para dirigirnos a un *motu*, una isla pequeña y desierta, y me siento lo más alejada posible de Philip mientras mis sentidos lo abarcan todo: el color turquesa del agua, el viento cálido sobre mi cara, la isla de Bora Bora a nuestras espaldas... y sonrío cerrando un momento los ojos, dejando que la paz que se respira en este lugar se instale por completo en mi interior. Lo que tenga que ser, será, pero ahora estoy en el paraíso.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada, o eso creo, porque lleva las gafas de sol puestas. Desde que Sandro me ha fotografiado, tiene el ceño fruncido y lo noto cabreadísimo; me gustaría saber qué le pasa, poder acercarme a él... que todo fuera como antes, pero sé que eso no es posible y vuelvo mi mirada al paisaje, alejándolo de mí.

Estamos llegando al *motu* y sonrío de nuevo feliz. ¡Qué maravilla! El catamarán no puede llegar hasta la orilla y tenemos que hacerlo a pie, así que me subo el pareo haciendo de él una minifalda para que no se moje cuando baje y le tiendo la mano al chico que nos ha traído.

—¡Ole ahí! Menudas piernas, preciosa —me grita Charlie—. ¡Quién fuera agua! —añade con guasa.

Lo miro soltando una tremenda carcajada y me bajo del catamarán dejando que el agua moje mis piernas. ¡Qué caliente está! Siento la mirada de Philip sobre mí, pero finjo no darme cuenta y llego hasta la orilla.

Si las anteriores playas me habían parecido increíbles, ésta me deja en estado de *shock*. Desde aquí se ve Bora Bora, con ese color verde tan intenso que te deja sin aliento; las nubes cubren el pico de su montaña y el agua adquiere todas las tonalidades posibles del turquesa. La playa está rodeada de palmeras y vegetación y la arena es tan blanca y fina que parece irreal. ¡Dios mío de mi vida!

—¿Qué te parece, preciosa? —me pregunta Charlie acercándose a mí.

—Si pudiera, me quedaría a vivir aquí, te lo prometo. ¿Cómo pueden existir aún sitios así? Es lo más bonito que he visto jamás.

—Me alegra verte reír de nuevo, lo echaba de menos. Demos un paseo, Paula, dejemos a Philip que se las arregle solo.

Veo a Philip hablando con Sandro y Dylan; Pierre y Nicolas están con ellos, pero como Sandro habla francés, que se apañen entre ellos. Además, mi trabajo de intérprete ha finalizado, ahora soy solamente la modelo, así que, cogiéndome del brazo de Charlie, nos alejamos de ellos andando por la orilla.

—Te veo mejor.

—Esta isla me calma; no me preguntes por qué, pero desde que he llegado me siento mejor. Igual es el silencio que lo envuelve todo o el paisaje tan increíble, pero por fin puedo respirar.

—Así me gusta, estoy harto de verte hecha polvo, pero quiero que reconsideres tu decisión de marcharte a España.

—¿Y para qué voy a quedarme?

—¿Y para qué vas a marcharte?

—Porque quedarme lo hace todo más doloroso.

—Yo te veo muy bien ahora mismo.

—Lo sé, pero cuando volvamos y todo esto pase, él continuará con su vida y se olvidará de mí. ¿Qué sentido tiene que alargue mi estancia en Sídney?

—¿Y por qué estás tan segura de que se olvidará de ti tan fácilmente? Paula, por ti ha roto normas firmemente impuestas. Estoy seguro de que te quiere todavía, a pesar de todo lo que ha pasado... los sentimientos no desaparecen tan rápido. ¿Por qué no os dais tiempo? Continuarás viéndolo cuando salgas con nosotros; reconquistalo si le quieres, no te rindas tan

pronto.

—Hablas así porque sabes cosas que yo no sé y no quieres compartirlas conmigo —le recrimino—; a pesar del tiempo que hemos estado juntos, no ha sido suficiente para que se abriese a mí. Su vida y su pasado continúan siendo un misterio para mí y yo no voy a condicionar la mía a sus deseos. Tiene este viaje para reaccionar; si no lo hace, todo habrá acabado —le digo mirándolo con tristeza.

—Sois unos malditos cabezones los dos —me suelta enfadado.

—Puede, pero no voy a quedarme aquí esperando que un día cambie de opinión, si es que lo hace, ni voy a quedarme para ver cómo empieza a salir con otras mujeres; eso terminaría matándome. Yo también necesito tiempo, Charlie, he tocado fondo y necesito recuperarme.

—Volvamos —propone cabreado.

—Charlie...—nos miramos en silencio—... déjalo, hay cosas que no pueden ser.

—¡Y una mierda! Es cierto que no puedo contarte ciertas cosas de su vida porque sentiría que estoy traicionándolo, pero, ¡justo por eso!, confía en mí, coño, y no te marches.

—Vámonos, nos estarán esperando —le digo, de repente triste.

Hacemos el camino de vuelta en silencio y, cuando llegamos, están todos esperándonos.

—¡Ya era hora, joder! ¿Dónde os habías metido? —brama Philip cabreadísimo.

—¡Vete a la mierda! —suelta Charlie tan tranquilo—. Vamos, preciosa, sube al catamarán —me pide mirando a Philip fijamente, sosteniéndole la mirada tan enfadado que apenas lo reconozco.

Obedezco y subo seguida del resto del equipo. Sólo Charlie y Philip se quedan en la orilla; aunque no les oigo, sé que están discutiendo. ¡Mierda! Tengo ganas de llorar y dejo de observarlos; no soporto ver cómo dos de los hombres más importantes de mi vida se tiran los trastos a la cabeza.

Volvemos a Bora Bora con el mal ambiente como nuevo acompañante y, cuando llegamos al hotel, me largo pitando a mi habitación, no quiero saber nada de nadie.

El despertador suena a las siete. Hemos quedado a las ocho, así que me ducho, me cambio y me dirijo a desayunar; total, quiero un zumo y poco más.

Cuando llego, alucino con la presentación de la comida. Hay una gran diversidad de fruta exótica, con flores decorando cada rincón, mucha variedad de zumos y, por supuesto, los típicos huevos con bacón, salchichas y... dejo de mirar. ¡Puaj! No me apetece nada de eso ahora, tengo el estómago cerrado por los nervios.

Cojo un zumo y dos trozos de fruta y me encamino a la mesa donde están Charlie y Philip. Noto la tensión flotando entre ellos, pero hago como si no me diera cuenta y me siento.

—¡Buenos días, precioso! —le digo a Charlie con una sonrisa—. Buenos días, Philip —añado con seriedad.

—Buenos días, Paulita. No me gusta cómo vas vestida; vuelve y ponte ese pareo que te compraste ayer —me suelta Charlie sonriendo.

—Es genial, ¿verdad? La mujer que me lo vendió me enseñó varias formas de ponérmelo; con un pareo puedes hacerte varios vestidos.

—Pues ala, ya tardas, ve a cambiarte. ¡Ah!, y la flor en el pelo también.

—Por la flor no te preocupes, que tiene arreglo. —Y cogiendo una que hay en la mesa, me la coloco detrás de la oreja—. ¿Mejor?

—Casi. — Charlie me sonrío—. ¿Sólo vas a desayunar eso?

—¿Ya empezamos...? ¿Quieres que me salga tripa en las fotos? ¿No, verdad? Pues cómete tú mi parte.

Ignoramos sin querer a Philip, pero hay tal confianza entre nosotros y tanta tensión con él que es algo instintivo.

—Bueno... pero si tenemos aquí a nuestra nativa —nos saluda Sandro—. ¿Cómo estás, diosa? —me pregunta de forma íntima.

—Perfectamente —contesto sonriendo. Sandro es un zalamero que creo que le tira los tejos a todas las modelos con las que trabaja.

Philip está que muerde hoy también; si las miradas matasen, Sandro estaría muerto y enterrado. ¿Estará celoso? Mi corazón aletea unos segundos de felicidad, pero me ordeno parar, no quiero hacerme ilusiones.

Terminamos con el desayuno y nos dirigimos a la segunda playa que vimos ayer. La actividad es frenética y hay montado tal despliegue que me quedo un momento paralizada. ¡Joder!

Los estilistas, que tienen su propia carpa, se ponen conmigo nada más verme y empiezan a arreglarme el pelo y a maquillarme; me dejo hacer intentando relajarme, pero estoy histérica. Hoy es diferente a ayer, cuando

en la playa sólo estábamos Sandro, Dylan, Charlie, Philip, Pierre y Nicolas; en ese momento me divertí muchísimo mientras Sandro me fotografiaba, pero hoy me siento insegura. ¿Qué hago aquí? Yo no soy modelo. ¿En qué lío me he metido?

Cuando los estilistas terminan conmigo, paso a la tienda a ponerme el primer biquini que han elegido; me noto tiesa como un palo. Me concentro en inspirar y expirar, pero da igual, el corazón late desbocado dentro de mí y voy a vomitar en cuestión de segundos de lo nerviosa que estoy.

Necesito hablar con Charlie. Me pongo una bata y salgo en su busca; está conversando con Philip, pero me da igual.

—Charlie, necesito hablar contigo; perdona, Philip, pero es urgente —le digo, y cogiendo a Charlie del brazo, nos alejamos de él.

—¡Pero qué preciosa estás! Con esa bata estás que cruje; alguien debe estar pasándolas putas —me suelta guiñándome un ojo.

—Cállate, ¿quieres? —Tiemblo de lo nerviosa que estoy—. Charlie, no puedo hacerlo, estoy acojonada, en serio; hay mucha gente y estarán todos mirándome.

—Claro que puedes hacerlo —sentencia apoyando sus manos sobre mis hombros—. Te vi ayer y estuviste fantástica; es lo mismo, preciosa.

—No, no lo es. Ayer éramos muy pocos y no era una sesión de fotos profesional; hoy, sí, mira todo lo que hay montado. —Mi vista abarca toda la playa, estoy aterrada—. Philip tenía razón, yo no soy la persona apropiada.

—¡Y una mierda! Puedes hacerlo, Paula, eres perfecta, lo sé. Olvídate de todos, céntrate en la cámara y disfruta. Ayer te reíste con ganas por fin desde que Philip te dejó. Recuerda cómo te sentiste cuando Sandro te fotografiaba, estabas disfrutando y nos tenías a todos alucinados mirándote... nadie podía apartar los ojos de ti, ni siquiera Philip. Y hoy vas a hacerlo mejor, estoy seguro, confía en ti. Puedes hacerlo.

—Tienes razón —le digo respirando profundamente a pesar de que estoy asustadísima.

—Así me gusta, preciosa, a por ellos.

Oigo a Sandro llamándome, le doy un beso a Charlie y me dirijo hacia él.

Capítulo 29

El equipo de estilistas viene a quitarme la bata, ¡como si yo no supiera!, y me quedo en biquini. De repente tengo vergüenza. «¡Será posible! En verano, en la playa, hay más gente», me digo. «Pero no están todos pendientes de ti», me tortura mi subconsciente.

—Muy bien, diosa, ¿cómo estás? —me pregunta Sandro cámara en mano.

—Bien, creo... —«Con náuseas, acojonada y deseando salir corriendo de aquí», pienso acelerada.

—Estás más que bien, vamos a empezar. ¿Preparadas las cámaras? ¿Dylan? ¿Todo a punto? Vamos, acercaos... —dice y comienza a dar instrucciones a diestro y siniestro.

Me doy cuenta de que todos están trabajando, que están acostumbrados a esto, que yo soy una modelo más de su día a día.

—Muy bien, Paula; ponte de rodillas en la orilla y mírame fijamente, sedúceme de nuevo como hiciste ayer.

Sandro me da instrucciones, pero no acabo de relajarme, estoy paralizada. Entonces levanto la vista y veo a Philip pegado a él; no lleva las gafas y su mirada atrapa la mía, me mira como lo hacía antes de dejarme, lleno de deseo, devorándose con sus ojos... Entreabro los labios sin darme cuenta; yo también lo deseo, nunca he dejado de hacerlo, y se crea nuestro momento especial, como tantas veces en el pasado.

De fondo oigo la voz de Sandro.

—Sí, sí, sí, quiero esa mirada, muy bien... así, diosa, mírame así.

Pero no lo miro a él, miro a Philip, que no me quita la vista de encima. Sé que me está ayudando, y entonces me doy cuenta, recuerdo que ayer ya lo hice, le puse la cara de Philip a Sandro y mi cuerpo se relajó al instante.

Es Philip el que me fotografía, es Philip el que me dice todas esas zalamerías, es Philip quien me graba.

Y empiezo a disfrutar por fin. Me olvido de todos, sólo estamos él y yo y lo seduzco; camino hacia el agua y me sumerjo en ella para salir lentamente con la mirada fija en la cámara, juego con las olas, me tumo sobre la arena, me arqueo, el agua moja mi cuerpo mientras Sandro y Dylan no dejan de fotografiarme y grabarme.

Ponen una plataforma en el agua para que me tire de cabeza y sacarme de perfil. Sonrío a la cámara o la miro fijamente, me sale natural porque es a Philip a quien mi mente ve. Además, conozco la campaña al dedillo y sé qué imágenes necesitan tanto para el anuncio principal como para los otros materiales.

Los estilistas están todo el tiempo pendientes de mí: me retocan el pelo, lo secan, lo mojan, me maquillan, ponen granitos de arena estratégicamente en mi cara y mi pelo y, cuando me doy cuenta, estamos haciendo un descanso. ¡Madre mía! ¡No quiero parar! Es una pasada, me estoy divirtiendo un montón.

—¡Enhorabuena, preciosa! —me dice Charlie tan entusiasmado como yo, cogiéndome en brazos y haciendo que me ría como una niña—. Ha sido increíble verte, lo has bordado, en serio.

—¡Charlie, es una pasada! Me estoy divirtiendo muchísimo, dime que no hemos terminado, por favor.

—¿Te importaría bajarla, Charlie? —pregunta Philip, que está a nuestro lado, rabioso y cabreado para variar.

Charlie me desciende y, dándome un beso en la punta de la nariz, se marcha dejándome a solas con Philip.

—Gracias por ayudarme antes —susurro.

—No lo he hecho por ti, lo he hecho por la campaña, no iba a dejar que la arruinaras —me espeta con frialdad.

Está siendo desagradable a propósito, pero voy calándolo y no dejo que me afecte lo que me dice.

—Aun así, gracias. —Y acercándome poco a poco, le doy un beso en la mejilla demorándome unos segundos más de lo normal. Mi cuerpo lo reclama, reaccionando exageradamente ante su cercanía, pero él está frío como el hielo.

Y en apenas unos segundos tengo a Sandro encima de mí separándome de Philip.

—¡¡¡Diosa!!! ¡Quiero hacerte un *book!* Tienes que hacerte modelo, ¿dónde has estado toda mi vida?

Me río por el dramatismo con el que ha hecho la pregunta. ¡Qué exagerado, Dios! Philip me mira fríamente, su rostro no expresa el mínimo sentimiento y, tras darse media vuelta, se dirige donde está Dylan para ver la grabación. Yo también quiero hacerlo, así que me acerco a ellos.

Me quedo con la boca abierta. ¿Ésa soy yo? ¡Ay, que me da algo! Ante mí veo a una mujer preciosa, sensual, sexi... no me reconozco.

—¡Vaya! —Es lo único que puedo articular, porque faltan palabras para expresar todo lo que siento. ¡Pero si parece que estoy buena y todo!

Philip mira el vídeo atentamente; lleva otra vez las gafas de sol puestas y su rostro es tan inexpresivo como siempre en comparación con el mío, que es de fascinación total.

Comemos un poco y volvemos a empezar.

Pierdo la cuenta de la cantidad de bañadores y biquinis que me pongo. Hay una pequeña cascada cerca de la playa y me fotografían y graban en ella. No me quejo de nada, ¡como para hacerlo! Estoy disfrutando como una enana, me hacen miles y miles de fotos. Con ellas podrían empapelar todo Sídney y aún sobrarían. ¡Qué barbaridad!

Anochece y aún estamos en la playa; quieren grabarme con el atardecer de fondo mientras salgo del agua y, a pesar de que estoy disfrutando de lo lindo, empiezo a estar cansada. ¡Como oiga a alguien decir que el trabajo de modelo es fácil, me lo cargo! Hacen una hoguera y me fotografían y graban delante de ella... bueno, más a mi culo con una braguita minúscula que a mí, ¡pero de eso se trata! Y, gracias a todos los cielos y todos los dioses, por fin dan por concluida la sesión. ¡Ayyyyyyyyyy, que me muero de agotamiento!

—Enhorabuena, Paula, realmente estamos muy orgullosos de nuestra elección. Eres la mejor modelo que podíamos haber elegido, nos ha gustado mucho verte trabajar —me dicen Pierre y Nicolas dejándome con la boca abierta. ¿Síiii?

—Muchas gracias, es un placer ser la imagen de una firma como la suya.

—El placer es nuestro. Ha sido una sesión realmente larga y no te has quejado ni una sola vez; pocas modelos hacen eso. Descansa, nos vemos mañana.

—Hasta mañana —murmuro flipada.

Veo a Philip hablando con Sandro y Dylan. En ningún momento ha dejado de coordinarlo todo y de exponer claramente sus ideas y, aunque sé que muchas veces me he adelantado a ellas y le he facilitado el trabajo, no creo que venga a decírmelo.

Cuando llego al hotel no puedo con mi alma. Pido un bocadillo al servicio de habitaciones y me lo como en la pequeña terracita de mi cabaña; miro la tumbona y, a pesar de estar muerta de cansancio, no puedo resistirme a acostarme en ella un poquito, aunque sólo sean unos minutos, parece tan cómoda... y cedo a la tentación. ¡Ahhhhhh! ¡Qué maravilla! ¡Qué silencio! Oigo el suave sonido de las olitas rompiendo contra la orilla, la noche es cálida y no puedo moverme; poco a poco cierro los ojos y caigo rendida en un sueño profundo.

Noto cómo alguien me coge en brazos, apretándome a su cuerpo.

—Estás volviéndome loco —me dice Philip besando dulcemente mis labios... que sueño más bonito, no quiero despertarme y me aferro a él.

—Te quiero —murmuro entre sueños mientras siento la suavidad de las sábanas debajo de mí. ¡Mmmmmm, qué bien! Y me sumerjo de nuevo en mis sueños mientras oigo un «yo también» de fondo alejándose de mí, «siempre».

Me despierto descansada. ¡Qué cama más cómoda! ¿Pero cómo llegué aquí? ¿Fue Philip quien me trajo o sólo fue un sueño maravilloso? No recuerdo haber venido sola, pero tampoco lo imagino cogiéndome en brazos y acostándome. ¡Con lo agrio que está conmigo, más bien me pegaría dos gritos por haberme dormido en la terraza!

Me visto y me dirijo al restaurante. Charlie todavía no ha llegado y casi mejor, necesito preguntárselo sin espectadores. Está sentado en la misma mesa que ayer, mirando su tableta; cojo un zumo y me siento frente a él.

—Buenos días —lo saludo mirándolo fijamente.

—Igualmente —me contesta con toda su atención puesta en la tableta de las narices.

—¿Te importaría mirarme? —le pregunto con dulzura.

—Estoy trabajando, ¿qué quieres? —me responde cabreado como si hacerlo supusiera un verdadero esfuerzo.

Carraspeo y cojo aire. Me siento un poco estúpida... ¿y si lo he soñado todo? Estaba tan cansada y ahora parece tan irreal y tan lejano...

—¿Anoche me acostaste tú? —le planteo finalmente.

—¿No sabes hacerlo tú sola o es que ahora necesitas una niñera? — me pregunta con cinismo.

—Por supuesto que sé acostarme sola, imbécil, pero estoy segura de que me dormí en la terraza y esta mañana estaba en la cama.

—Anoche hice cosas mucho más interesantes que acostarte a ti.

—¿Ah, sí? ¿Qué cosas? —pregunto sin poder callarme, muerta de celos.

—Eso a ti no te importa, Paula, y, hasta que acabemos con el anuncio, sé un poco más responsable: no puedes ir durmiéndote por los rincones, recuerda que no puede pasarte nada —me dice tan distante que siento una opresión en el pecho que me impide respirar con normalidad.

¿Estaba con otra? ¿Tan pronto me ha encontrado sustituta? Estoy siendo un libro abierto, pero me la suda, sólo tengo ganas de llorar.

—Buenos días, preciosa —me saluda Charlie sentándose al lado de Philip—. ¿Pasa algo? —nos pregunta sin despegar su mirada de mí, que estoy a punto de echarme a llorar.

—Nada —disimulo intentando sonreír—. Nos vemos luego, no tengo hambre —contesto y salgo disparada del restaurante hacia la playa.

Necesito tranquilizarme y, aprovechando que aún dispongo de media hora, decido ir a dar un paseo por la orilla. «¡Idiota, idiota! —me reprendo mirando al horizonte y conteniendo las ganas de llorar—, sólo me ha faltado ponerme a suplicarle que me quiera de nuevo. ¿Dónde está mi orgullo?»

Me reúno con todos a la hora convenida para dirigirnos al *motu*; evito a toda costa acercarme a él o mirarlo. No puedo dejar que me afecte tanto, no cuando tengo una larga sesión de trabajo por delante.

Los estilistas vuelven a peinarme y maquillarme y empezamos a trabajar. A pesar de la tristeza que siento desde que he hablado con él, consigo disfrutar y evadirme por completo; es lo mismo que ayer pero con escenario diferente.

En un determinado momento, Sandro me pide que me quite la parte de arriba del biquini y me tape los pechos cruzando mis brazos sobre ellos. Me pongo de rodillas sobre la arena y lo hago; los estilistas me ayudan para que no se vea nada y comienza a fotografiarme. Todo está milimétricamente estudiado y cuidado, desde el mechón de pelo que cae delante de mi ojo hasta los granitos de arena de mis brazos. Philip, que

está pegado a Sandro, no me quita la vista de encima. Sé que no se me ve nada, mi pelo y mis brazos cubren por completo mis pechos, pero lo noto conteniéndose. Si pudiera, le daría un puñetazo a Sandro, y me temo que esto traerá consecuencias.

Cuando terminamos, los estilistas me cubren rápidamente con una bata y apenas se ve nada.

—Un descanso de media hora para comer y comenzamos de nuevo —ordena Philip rabioso—. Sandro, no vuelvas a pedirle a la modelo que se quite la parte de arriba del biquini, no es ésa la idea de la campaña —le espeto con voz contenida.

—No te metas en mi trabajo, Philip —le contesta cabreado dejando atrás todas las zalamerías—. Hago las fotos que me da la gana; conocías mi trabajo de sobra, no haberme contratado.

—Estás equivocándote, Sandro. Es mi trabajo, soy yo quien dirige el anuncio y quien te paga también, no nos hagas perder el tiempo.

—Mira, Philip, te lo voy a decir una única vez: haré todas las fotos que me salga de los huevos; luego tú, para tu anuncio, utiliza las que quieras, y ahora apártate, que me muero de hambre. —Y se larga directo a la carpa donde han preparado un pequeño picnic.

Hoy también nos dan las tantas en la playa y, cuando vuelvo al hotel, estoy hecha polvo física y mentalmente. ¿Qué hará esta noche? ¿Con quién estará? Pero estoy tan cansada que mi mente no da para más; además, me niego a continuar martirizándome. Me pido un bocadillo que me como en la terracita de mi cabaña y me acuesto directamente; paso de quedarme dormida de nuevo en la tumbona y no saber luego cómo he llegado hasta mi cama.

Me despierto temprano. Hoy es el último día de rodaje y me propongo disfrutarlo a tope. Han alquilado unos todoterreno con guía para ir al interior de la isla, donde se supone que hay una catarata impresionante, y voy a exprimir a tope cada segundo.

Subo al coche con Charlie, Philip, Pierre y Nicolas y, al igual que ayer, evito mirarlo. Si lo hago, corro el riesgo de humillarme poniéndome a llorar y paso. «Si está con otra, peor para él, seguro que no me llega ni a la suela de los zapatos», me digo intentando subirme la moral.

El viaje es largo y lleno de baches, por no hablar de los caminitos de los cojones. ¡Ay, mi madre, que nos matamos fijo! ¿Qué hago yo aquíiiii?

Yo, una mujer de asfalto que disfruto como una condenada poniéndome los tacones, ¿qué puñetas hago subida en un todoterreno conducido por una tía que se cree Carlos Sainz y que, para más inri, no deja de girarse para hablar con Pierre? «¡Mira al frente, coño!», estoy a punto de gritarle varias veces. Ya imagino a los equipos de rescate camilla en mano sacándonos del fondo de algún barranco con todos los huesos rotos. ¡Ay, Señor, que de ésta no salimos vivos!

Ya puede ser bonita la cascada de las narices, porque, como no lo sea, me cargo a la guía y a la madre que la parió. ¿Con la cascada de la playa no teníamos suficiente? Tenía que venir ella a tocarnos los cojones con sus sugerencias.

Y por fin, después de dos largas horas durante las cuales se me ha dormido el culo y he estado a punto de morir varias veces de un infarto, llegamos... ¡¡¡Vayaaaaaaa!!! ¡Qué preciosidad! Saltamos del jeep y vamos casi abducidos hasta ella.

A través de la montaña cae una catarata fantástica; parece el velo de una novia de un color blanco inmaculado, completamente rodeada de vegetación de un verde intenso y brillante.

—¡Charlie! ¿Has visto alguna vez algo similar a esto? —murmuro deslumbrada ante tal maravilla de la naturaleza.

—Nunca en la vida, ¡y he visto mucho! ¡Joder, qué pasada!

—¡Venga! ¡Moved el culo! —nos grita Philip.

La gente se activa de repente con sus órdenes, ¡que da a diestro y siniestro! Montan una pequeña tienda para que me cambie y pronto comienza la sesión.

Tengo que concentrarme como nunca para no darme una leche. La piedra está resbaladiza y el agua cae con fuerza detrás de mí, pero no me quejo. Poso de espaldas, de perfil, de frente, sentada sobre las piedras del río, recostada... hago todo lo que me piden y disfruto de nuevo como una loca.

—Te quiero rodeada de vegetación; sal del río, diosa —me pide Sandro.

Hago lo que me pide, me cambio de nuevo y los estilistas retocan mi pelo y el maquillaje.

—Quitadle la parte de arriba y cubridle los pechos con hojas, que parezca una nativa; ponedle brazaletes de cuero en el brazo y algo en el cuello, pero de tejidos naturales. ¿Lo tenéis claro? ¡Venga, daos prisa!

¡Quiero aprovechar esta luz! —ordena Sandro—. ¡Y secadle el pelo, no lo quiero mojado!

—¡Ni lo sueñes! ¡Las hojas no se venden! —brama Philip llegando hasta Sandro.

—No empieces otra vez, Philip, ¡que me tienes hasta los cojones! Yo respeto tu trabajo, respeta tú el mío —le suelta retándole.

—No vamos a incluir esas imágenes en el anuncio, no te molestes siquiera.

—Aun así, voy a hacerlas, apártate —replica furioso—. ¡Empezad! —ordena al equipo de estilistas.

Cubren mis pechos con hojas como ha pedido Sandro y me ponen una faldita con un estampado étnico monísima y cortísima; anudan dos cordones de cuero en uno de mis brazos y otro más en el cuello, me retocan el maquillaje y me secan el pelo. ¡Me encantaría verme! Estoy segura de que debo parecer una nativa de verdad. ¡Lo que daría por un espejo ahora! «Espejito, espejito, ¿quién es la más nativa entre las nativas?»

—¡Ahora más que nunca eres una diosa! —me dice Sandro sonriendo y pasando de Philip—. Sal de esos árboles y acércate a mí sin dejar de mirarme.

—¡Joder, Paula, estás que te sales! ¡Vas a volverlos locos a todos! —grita Charlie desde donde está, ganándose una mirada asesina por parte de Philip.

Pero lo ignoro y hago lo que me ha pedido Sandro. Dylan no deja de grabarme y me centro en ellos dos, olvidándome del resto.

El día pasa rápidamente. Philip no me ha dirigido la palabra en ningún momento ni yo tampoco; además, con el cabreo que lleva, casi mejor mantenerme alejada de él.

Llegamos al hotel casi de noche y me voy de cabeza a mi habitación completamente hecha polvo. ¡Qué novedad! Me ducho y, sin cenar, me acuesto. Me quedan dos días para reconquistarlo, luego... estará todo perdido.

Me despierto un poco más tarde de lo habitual, ¿pero qué más da? Después de tres días intensos y agotadores hasta decir basta, necesitaba descansar como respirar. Además, hoy tengo el día libre y no hay prisas.

Miro por la ventana y veo la playa, tan paradisiaca y tan preciosísima, llamándome a gritos y decido que, en cuanto desayune, me iré directa a

esas hamacas tan cómodas a tomar el sol y a bañarme hasta estar igual de arrugada que un garbanzo. ¡Ni Dios me saca del agua hoy! Me pongo unos pantalones cortos con una básica sobre el biquini y me dirijo al restaurante.

Camino a través de las cabañas hacia el edificio principal. Sólo se oye el trinar de los pájaros y el ruido de las olas rompiendo contra la arena. Parece que esté sola en este paraíso, no se oye nada a excepción de los sonidos propios de la naturaleza. Qué poco estrés tienen aquí, ¡qué envidia!

Llego al restaurante y no veo a nadie del equipo. Cojo un poco de todo y desayuno empapándome de las vistas. ¡Qué bonito es esto! Lo que daría por vivir en una casita delante de la playa, como la de la mujer a quien le compré el pareo, sin prisas, sin horarios, sin estrés, vistiéndome únicamente con pareos... ¡Esto es calidad de vida y no la nuestra!, con los armarios llenos de ropa y todas la pijerías habidas y por haber, pero de culo todo el día.

Acabo pronto y, cuando voy a dirigirme a mi cabaña a por el capazo para ir a la playa, veo entrar a Charlie en una cabaña que no es la suya; es un poco más grande que las otras y, sin pensarlo, me dirijo a ella yo también. La puerta está entreabierta y me asomo.

Lo veo junto a Philip. Están sentados delante del ordenador de espaldas a mí mirando todas las fotografías que ha hecho Sandro. ¿Será ésta la cabaña de Sandro o es una que se utiliza para guardar todo el equipo?

—Te pongas como te pongas, es perfecta —oigo decir a Charlie—. Nunca hubiéramos encontrado a otra mejor. Esta foto es cojonuda, parece una nativa de verdad, Sandro tuvo una idea brillante, aunque te joda... Yo soy tío y quiero esa falda. —No puedo evitar sonreír al oírle, ¡es único!

—Ya lo sé, anoche estuve revisándolo todo con Sandro y Dylan, y tenemos un material magnífico para salirnos con el anuncio y los catálogos.

—¿Te imaginas un póster a tamaño real de esta foto? Aunque digas que las hojas no se venden, te juro que pondríamos de moda el biquini *bandeau* con hojas.

—Se volverán locos cuando la vean, todos van a querer contratarla —creo que dice Philip. ¡Mierda! A pesar del silencio que hay, no le oigo bien. ¿Por qué no habla más fuerte?

—¿Crees que aceptaría? Ella no quiere ser modelo, sólo quiere estar contigo y, si no hubieras sido tan capullo, no estaríais así ahora.

—Si no quiere ser modelo, ¿qué coño está haciendo?

—¡Si no la hubieras presionado, no estaría haciendo nada! Estaría en Virmings rodeada de carpetas, esperándote.

—Déjalo, Charlie.

—¿Que lo deje por qué? ¿Porque no te interesa oírlo? Te estás comportando como un gilipollas, Philip. Has encontrado a una mujer increíble y vas a perderla por una estupidez.

—¿De verdad te parece una estupidez? Charlie, tú estuviste conmigo todo el tiempo, ¿crees que podría superarlo de nuevo?

—¿Y por qué tiene que volver a suceder? Paula no es Mia, son situaciones y mujeres distintas.

—A mí me parecen demasiado similares. Mia comenzó su carrera igual que Paula, con un anuncio.

—Pero Mia quería ser modelo, su vida giraba en torno a su carrera, y Paula no quiere serlo y, aunque quisiera, no puedes compararlas.

—Las personas cambian, Mia no era como acabó siendo.

—¡Y una mierda! Las personas cambian si quieren hacerlo. ¿Te imaginas a Paula esnifando coca?

¿Quién es Mia? ¿Qué le pasó? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—¿Cómo puedes ser tan hijo de puta, Charlie? —La frialdad con la que ha hecho esa pregunta me eriza. Lo veo levantarse pero no puedo despegar mi mirada de él.

—¿Cómo puedes continuar tan ciego después de tantos años? A Mia la mató la droga. Si no hubiera ido tan hasta el culo, no hubiera cruzado la calle como lo hizo.

—¡La estaban siguiendo! —brama Philip.

—¡Iban a fotografiarla! A miles de modelos, actrices o cantantes las persiguen para fotografiarlas en su día a día, pero no por ello se tiran encima del primer coche que pasa. ¡Abre los ojos de una condenada vez, Philip! Mia no murió por ser modelo, ni porque la siguieran, murió porque se drogaba y se le fue de las manos.

—¡Por eso no quiero ver a Paula en ese mundo! ¡Porque si Mia no se hubiera metido ahí, nada de eso le hubiera pasado!

—¡Ya está bien, joder! Tú mismo conoces a muchísimas modelos. ¿Son todas unas drogadictas? ¿Jenny es una drogadicta? Fue Mia quien

tomó esa decisión, posiblemente por juntarse con quien no debía, pero ser modelo no implica drogarse y terminar muerta. ¡Vas a perderla, coño! ¡Esa mujer te quiere y tú también a ella! ¿A qué esperas para reaccionar? Si tanto miedo te da que se meta ahí, quédate con ella y guíala para que no cometa los mismos errores que Mia. ¡No la echés de tu lado por miedo a sufrir de nuevo! ¡Va a volver a España, joder! ¡No volverás a verla! —grita colérico.

—¡Métete en tus asuntos, capullo! ¡Nadie te está pidiendo tu opinión!

¡¡¡Mia Perkins!!! Ahora la recuerdo: murió cuando la atropelló un coche mientras huía de la prensa. ¿Estaba con ella? Ella era tan tan tan bonita que su recuerdo todavía permanece vivo y muchos coleccionistas pagan verdaderas millonadas por una foto suya. Mi mente va a mil por hora... ¿por eso no quería que me hiciera modelo?

—¿Paula? —me giro y veo a Philip delante de la puerta—, ¿estabas escuchando? —me pregunta con rabia.

—Lo siento... iba a entrar pero... he oído mi nombre. ¡Mierda, Philip! ¿Por qué no me lo contaste? —le pregunto enfadada.

—¿Hubiera servido de algo? Te pedí por favor que no lo hicieras, que confiaras en mí, pero claro, eso es algo que tú nunca has hecho —me recrimina con desprecio—. Lárgate y deja de escuchar conversaciones privadas.

Me quedo paralizada sin saber qué decir y salgo disparada hacia mi cabaña, rompiéndome por minutos. Llego y, tras cerrar de un portazo, lloro sin consuelo, sentada en el suelo y abrazada a mis piernas. ¿Cómo puede hablarme con tanto desprecio? ¿Ya no me quiere? Lloro, lloro y me desgarmo... era pareja de Mia Perkins. ¡¡¡De Mia Perkins!!! Cuántas veces vi reportajes suyos, envidiándola... ¡y estaba con él!

Me tiro casi media hora llorando en mi habitación pensando en sus palabras, me echa en cara que no confíe en él cuando su vida es un verdadero misterio para mí pero se terminó permitir que me hable con tanto desprecio, se terminó intentar volver con él, ¡¡¡se acabó llorar así!!! Voy a olvidarlo, tarde o temprano lo olvidaré y reharé mi vida y ¡¡¡nunca, nunca!!! daré a nadie el poder para dañarme tanto y tan seguidamente.

Sustituyo el capazo por una mochila y pido que me preparen un picnic, alquilo una bici en la recepción del hotel y me dirijo a la primera playa en la que trabajamos; recuerdo el camino y me viene bien el paseo para tranquilizarme.

Llego y está desierta. ¡Mejor!, no estoy de humor para rodearme de gente. Extiendo la toalla, dejo todas mis cosas sobre la arena y me voy a dar un paseo por la orilla sintiendo como el agua moja mis pies mientras pienso en mi vida, en lo que haré cuando regrese a Madrid; a él lo bloqueo, dejándolo fuera de mis pensamientos y mis planes de futuro; se terminó.

Paso el día en la playa, necesito estar sola. Me baño y dejo que el sol seque mi cuerpo, como algo y me dedico a curar mi alma; necesitaba encontrar esta calma para sosegarme, ahora más que nunca estoy en mi lugar feliz.

Suena mi móvil y es Charlie.

—Paula, ¿puede saberse dónde estás? —me pregunta preocupado.

—En la primera playa donde trabajamos, ¿qué te pasa?

Le oigo respirar profundamente y decirle a alguien dónde estoy.

—No pasa nada, preciosa, no te encontraba y, como te he llamado varias veces y no lo cogías, nos has preocupado.

—Estaría en el agua o paseando, por eso no lo he oído. ¿Y por qué hablas en plural, Charlie? ¿Quién más se ha preocupado aparte de ti?

—Déjalo estar, preciosa, diviértete y vuelve cuando quieras.

Cuelgo y cierro los ojos. Sé quién se ha preocupado también: Philip. ¿Pero a él qué le importa?

Me tumbo de nuevo en la toalla, a la sombra de una palmera, y le bloqueo. Me concentro otra vez en los sonidos, las olas rompiendo en la orilla, la brisa sobre mi cara y, poco a poco, consigo tranquilizarme de nuevo.

—¡Paula! —me brama fuera de sí.

—¿Qué haces aquí? —le grito incorporándome.

—¡Estoy harto de pasarme la vida buscándote! —chilla rabioso.

—¡Pues no lo hagas, nadie te lo ha pedido! —le grito fuera de mí.

—¡Ni nadie tiene que hacerlo! Eres mi responsabilidad mientras permanezcamos aquí, ¡yo respondo de ti como dueño de Virmings!

—Y una mierda, Philip. Si me pasa algo es mi responsabilidad, no la tuya. Lárgate y déjame en paz, no te soporto —le digo con desprecio.

—Si me soportas o no, me importa una mierda, pero la próxima vez que decidas marcharte de excursión tú sola, quiero saberlo —me exige cabreado.

—Adonde vaya o deje de ir a ti no te importa; lárgate y déjame en

paz, estaba muy bien hasta que has llegado —replico con odio.

—Como a la hora de la cena no te vea en el restaurante, te buscaré y te llevaré a rastras. Si quieres evitarte el bochorno, te quiero allí a las ocho... y te recuerdo que son las seis y media. Ve moviendo el culo.

Dando media vuelta, se marcha dejándome en la playa temblando. Cuando se va, me acerco a la orilla y, sentándome en ella, dejo que las lágrimas se deslicen de nuevo por mis mejillas. ¡Qué harta estoy y qué ganas tengo de volver a mi casa y dejar de llorar!

Poco a poco recupero la serenidad y sólo entonces vuelvo al hotel y me arreglo para la cena.

Capítulo 30

Me pongo un vestido largo de color blanco con finos tirantes; a pesar de ser largo, es muy sexi; tiene el cuerpo ceñido y no necesito llevar sujetador. Además el color blanco resalta mi bronceado. Me dejo el pelo suelto y lo adorno con una flor detrás de la oreja. En mi cabañita tengo un espejo de cuerpo entero y puedo verme. Me gusta y le sonrío a mi reflejo. Se terminó, comienza una nueva etapa. Lo conseguiré, seré feliz de nuevo.

Llego al restaurante a las ocho en punto y compruebo que sólo faltó yo; están todos sentados y me disculpo por la tardanza.

Philip no me mira ni yo lo hago tampoco. ¡Que se vaya a la mierda!

—Ven, diosa, siéntate a mi lado, te estaba guardando la silla, esta noche eres mía —me dice Sandro sonriéndome.

—Paulita, qué pronto me has abandonado —se queja Charlie desde su parte de la mesa.

—Precioso, tú siempre serás mi debilidad, sabes que te quiero un montón —le digo sonriéndole.

—¿No sois pareja, verdad? —me pregunta Sandro creyendo que entre Charlie y yo hay algo.

Suelto una gran carcajada. ¡Ay, mi madre! ¡A buenas horas lo pregunta!

—¡No, qué va! Charlie tiene una novia preciosa a la que quiero muchísimo también, pero yo estoy completamente libre.

Y mi mirada se cruza con la de Philip, que tiene el ceño fruncido y me observa con frialdad.

—Me gusta oír eso —susurra Sandro en mi oído.

Comenzamos a cenar y es Sandro quien manipula por completo la conversación. Por su trabajo tiene muchísimas anécdotas que contar e intento centrarme en él a pesar de que Philip me está poniendo mala: la

camarera de las narices que atiende nuestra mesa no deja de coquetear con él y él con ella. ¡Joder! Está a punto de darme algo, ¡será imbécil! ¿Es con ésta con la que ha estado? Estoy por levantarme, cogerla de los pelos y arrastrarla por todo el restaurante hasta dejarla completamente calva, pero me contengo, respiro y sonrío a pesar de mis pensamientos asesinos.

—Quiero brindar por Paula —me sorprende Sandro al levantarse cogiendo su copa—, quiero que brindemos todos por una mujer que, sin ser modelo, se ha comportado de forma más profesional que muchas que presumen de serlo. Ha sido un verdadero placer trabajar contigo y espero hacerlo muchas veces en un futuro, diosa. Auguro un gran éxito a este *spot*, pero quiero que sepáis todos los que estáis aquí que gran parte del éxito será gracias a ella.

Y entonces, dirigiéndose solamente a mí, añade:

—La cámara te quiere, diosa, aprovéchate y encauza tus pasos a la publicidad, pero no detrás, delante. Te divertirás más y ganarás una pasta.

—¡Brindemos por ello, entonces! —dice Charlie sonriendo—. ¡Por Paula!

Y todos alzan su copa mirándome, pero, a pesar de todas mis promesas, a mí sólo me interesa él y, cuando nuestras miradas se encuentran, veo furia en la suya. ¿Por qué?

Acabamos de cenar y nos dirigimos a la discoteca del hotel. Es una cabaña en la playa, muy indígena, muy de aquí... Hay una actuación dentro de poco y está empezando a llenarse de gente. Evito mirarlo, pero eso ya no es ninguna novedad. Sale un nativo al escenario, con un pareo, un collar y una flor en el pelo, a pesar de ser hombre; lleva una guitarra y canta varias canciones. Supongo que estará haciendo tiempo. Los dedos me arden, lo que daría por ocupar su lugar; necesito sacar fuera todos los sentimientos que me ahogan y llorar no es una opción.

Finaliza su actuación y salen las nativas con sus faldas de colores, su pelo negro tan liso y sus movimientos de cadera, ¡qué guapas! A pesar de mi apatía, su actuación me seduce. Terminan y le sigue otra, esta vez de nativos vestidos únicamente con taparrabos que acaparan por completo mi atención. ¡Si mis amigas estuvieran aquí, la que se liaría! Ya me imagino a mi Raquel en medio del escenario bailando con ellos para acabar arrancándoles los taparrabos a moriscos y me río sin poder evitarlo.

—¿De qué te ríes, diosa? —me pregunta Sandro.

—De nada, cosas mías. —Philip está mirándome y paso de hacerle

partícipe de mis pensamientos.

Acabo mi consumición de un trago y me pido otra bien cargadita; estoy deseando olvidarme de todo y pienso ahogar mis penas en alcohol. Estoy achispándome y es lo que necesito. Los nativos están empezando a invitar a la gente a salir a bailar con ellos y un morenazo vestido con un minúsculo taparrabos viene directo a por mí, me tiende la mano y, cogiéndosela encantada, nos dirigimos al centro de la pista, donde están todos bailando.

Pone sus manos en mis caderas para enseñarme el baile y cómo debo moverlas. ¡Madre del amor hermoso! ¡Este hombre es guapísimo! Tiene una sonrisa perfecta y unos ojos negros como el carbón. Sonreímos y empezamos a movernos; sus manos no abandonan mis caderas, indicándome el ritmo que debo seguir y lo pillo en seguida; me empiezo a divertir como una loca y me olvido de todos. Me río a carcajadas sin dejar de bailar, ¡ojalá llevara ahora la minúscula faldita y las hojas puestas! A una canción le sigue otra y me doy cuenta de que todos los nativos cambian de pareja menos el mío, que ni sé cómo se llama ni me importa. ¡Ole ahí, tiarrón! Además, me está viniendo a huevo para ponerlo celoso. ¡Espabila, chato, que mira lo que puede pasar! Finaliza el espectáculo y comienzan a retirarse... ¡Nooooooooooooo! ¿Tan pronto?

—¿Cómo te llamas? —me pregunta sonriendo y acariciando mi brazo. ¡Uhhhhhh, que Philip esté mirando, por favor!

—Paula, ¿y tú? —Yo también le sonrío sin apartarme un milímetro.

—Hiro. ¿Vas a quedarte muchos días?

—No, me marcho mañana —le respondo con una mueca.

—¿Pasarías la noche conmigo? —me plantea directamente.

¡Madreeeee! Éste no va con rodeos. En otra situación me hubiera marchado con él de cabeza, pero es demasiado pronto, no puedo estar con otro que no sea Philip, mi cuerpo y mi alma todavía le pertenecen.

—Lo siento, pero no puedo.

—Hasta luego, entonces. —Y con todo su atrevimiento me acerca a él y me estampa un morreo en toda la boca que me deja temblando. ¡Joder! Apenas han sido unos segundos, ¡pero qué segundos!

—Si cambias de opinión, pregunta por mí en recepción.

Y sin darme opción a contestarle, se marcha dejándome en medio de la pista loca perdida. ¡Que Philip lo ha visto todo lo tengo más que claro! Respiro profundamente y me dirijo de nuevo a la mesa con el corazón

desbocado sin atreverme a mirarlo.

—¡Vaya, diosa! Veo que se me han adelantado —me dice Sandro sonriendo—. Te he hecho varias fotos bailando, espero que no te moleste, pero no he podido contenerme.

—No te preocupes, ¿puedo verlas?

Se sienta a mi lado y empieza a enseñármelas. ¡Uffff! Pienso en Philip y en lo mal que me hubiera sentido yo de ser él quien hubiera bailado así con una nativa; hay demasiada complicidad en esas fotos, por no hablar de la del beso.

—Joder, Sandro, lo has fotografiado todo —le recrimino acabando mi consumición de un trago.

—Defecto profesional, espero que no te moleste.

—Me da igual, estoy libre y puedo hacer lo que quiera. —Siento la mirada de todos sobre mí y lo digo con convencimiento a pesar de estar llena de dudas y remordimientos.

Me levanto y me dirijo a la barra a por otra consumición cuando lo veo hablando con la camarera de la cena. ¿Está invitándola a sentarse con ellos? No puedo creerlo y me siento en un taburete; ni de coña voy allí ahora. Le veo pasar el brazo alrededor de sus hombros acercándola a él y aprieto el vaso sin darme cuenta. ¡Vengativo hijo de puta! ¡Será cabrón! Me acabo la consumición de un trago y me bebo otra... Como continúe cabreándome así, no respondo, ¡lo juro! ¡Juro que me largo a buscar a Hiro! Sale al escenario otra vez el nativo de antes, empieza a cantar y me quedo en la barra escuchándolo.

—¿No vienes, preciosa? —me pregunta Charlie acercándose a la barra.

—No, gracias —le respondo en un siseo.

—¿Qué esperabas, Paula? Sólo te ha faltado tirarte a ese tío delante de él.

—Todavía puedo hacerlo —le digo rabiosa.

—¿Y te sentirás mejor?

—No —murmuro.

—Estáis haciendo el imbécil los dos. Habla con él, ahora ya lo sabes todo. ¿De verdad no le entiendes un poco?

—Entiendo que no quiera que me haga modelo, pero nada más; por mucho que me esfuerce, no puedo entender todo este dolor gratuito, Charlie. Se ha terminado... y ahora no porque él lo haya decidido, soy yo

la que no quiere estar más con él. Lo ha conseguido, ha conseguido que lo odie.

—No es cierto, Paula. Has bebido y estás enfadada, pero estoy seguro de que no hablas en serio.

—Pues te equivocas, precioso, por mí puede hacer lo que quiera, tirarse a ésa o a todas las tías de este hotel, menos a mí.

Veo al hombre abandonar el escenario dejando el taburete con la guitarra, total todos están pasando de él, y sin pensarlo dos veces y con todo mi atrevimiento, me levanto y subo al escenario, cojo la guitarra como si de un tesoro se tratase y compruebo los acordes. Está afinada y hago lo que llevo deseando hacer desde que la he visto. Necesito cantar y tengo el tema perfecto, *Desaparecer*; [\[12\]](#) mi Malú nunca me falla y tiene una canción para cada estado de ánimo... y hoy sí va a entenderla, ¡vaya que sí! Voy a cantársela en inglés para que le quede todo bien clarito, va a verme desaparecer de su vida.

Lo miro fijamente mientras se la canto; ya no tiene su brazo alrededor de esa mujer y su mirada está fija en mí, pendiente de lo que le canto. Todos están en silencio observándome, pero me da igual, yo sólo quiero que me escuche y me vea él.

Termino la canción y, entre aplausos, me bajo del escenario sin despedirme de nadie y me largo a mi cabaña. ¡Por hoy tengo suficiente!

—¡¡¡Paula!!! —me brama.

Pero no me detengo y continúo caminando obcecada hacia mi cabaña; el silencio nos envuelve y oigo sus pasos acercándose a mí.

—¡Que te pares, joder! —me grita cogiéndome del brazo.

—Suéltame, Philip, ni se te ocurra tocarme —siseo fuera de mí—. Por si no te ha quedado claro, no te soporto, estoy harta de ti y estoy deseando perderte de vista, nunca debí buscarte, ojalá nunca hubiera visto esa revista.

—No hablas en serio —me dice apretando la mandíbula.

—Nunca he hablado más en serio —le suelto sintiendo cada una de mis palabras—. Te quería más que a mi vida, pero has conseguido que no soporte ni tenerte delante; lárgate y desaparece de mi vista.

Me doy media vuelta y me dirijo a mi cabaña, donde vomito hasta la primera papilla. Me ducho y me acuesto hecha mierda.

A las seis suena mi despertador y me visto con vaqueros y una blusa fina de tirantes; cojo una chaqueta para cuando lleguemos a Sídney y me

dirijo al *hall* del hotel con mi maleta.

Cuando llego, ya están casi todos. Cargamos el equipaje en los coches y nos dirigimos al aeropuerto. Tengo un regusto amargo en la boca del estómago y me duele la cabeza y el alma. Ayer me pasé muchísimo, cada palabra que le dije fue fruto del alcohol y los celos, pero las dije y ahora no hay vuelta atrás.

Llegamos al aeropuerto y cogemos otra avioneta igual de vieja que la que cogimos cuando llegamos, que nos lleva directos a Papeete, pero esta vez me da todo igual. No miro el color del agua, no pienso en si se estrella o no; estoy tan hecha mierda que todo me resbala.

Llegamos a Papeete y, después de facturar el equipaje, nos dirigimos a una cafetería a desayunar. Como no quiero que Charlie coja de todo, yo misma me pido un café con leche y una tostada y me siento en la misma mesa que Sandro; después de lo de ayer, no puedo mirarlo. Si había una minúscula esperanza de volver con él, yo misma me encargué de cargármela. ¡¡¡Imbécil!!!

Me obligo a comer y Sandro me levanta el ánimo; siempre tiene algo que contarme que me hace reír y hoy lo necesito más que nunca.

Subimos al avión y vuelvo a estar sentada al lado de Philip. ¡Mierda!

Hacemos todo el viaje sin mirarnos, sin rozarnos y sin dirigirnos la palabra, peor que dos desconocidos. La oscuridad instalada en mi interior desde que me dejó se hace más negra y fría, pero me obligo a no demostrarle mi dolor y llego a Sídney hecha polvo, física y mentalmente.

Me despido de todos menos de él, mi trabajo en Virmings y para Promesses ha finalizado y en el momento en que salga del aeropuerto no creo que vuelva a verlo y lo último que recordará de mí serán mis palabras y el odio con el que las dije. Ahora más que nunca está todo roto y el dolor apenas me deja respirar. Me conozco y sé que no tardaré en ponerme a llorar, así que salgo del aeropuerto a toda leche para coger un taxi que me lleva a mi casa por fin.

Durante todo el trayecto cojo el disgusto del siglo y continuo dale que te pego durante toda la noche.

Miro el despertador, son las siete; ya llevo un rato despierta. Odio lo que voy a hacer pero tengo que aceptar que todo ha terminado, no tiene sentido alargar más la agonía. Cuanto antes me marche, mejor y, con eso en mente, me pongo a recoger mis cosas sin dejar de llorar. Cuando acabo con el equipaje, busco un vuelo que me lleve a Madrid lo antes posible;

tengo suerte y mañana sale uno a las once; hago la reserva y llamo a mis padres para decirles que vuelvo a España y la hora aproximada de mi llegada.

Mañana a las once estaré despegando de Sídney en dirección a Madrid y de nuevo es un billete de ida. Pero aún queda lo peor, despedirme de Katia, Charlie y Dani. He quedado con ellos a las seis en el Soho y me rompo cada vez que pienso en cómo se lo diré.

—Hola, preciosos —los saludo cuando llegan.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —me pregunta Katia dándome un abrazo. Supongo que Charlie ya le habrá contado el numerito del último día en la isla.

—Bien —le digo forzándome a sonreír—. Mañana regreso a España, a las once sale mi vuelo —les suelto de sopetón; cuanto antes, mejor.

—¿Ya? ¿Por qué esas prisas? —me pregunta Charlie.

—¿Para qué alargarlo? Cuanto antes, mejor —le contesto encogiéndome de hombros.

—Joder, Paula —me dice cabreado.

—Te echaré de menos —interviene Dani cogiéndome las manos.

—Yo también, a todos, he sido muy feliz aquí.

Katia, que ha empezado a llorar en el momento en que ha oído que me marcho, está cogiendo el disgusto del siglo y, al final y a pesar de mis esfuerzos, termino llorando con ella, desgarrándome por dentro.

—Iré a verte, iremos a verte —me dice entre sollozos.

—Por favor, hacedlo. Os voy a echar muchísimo de menos, os quiero muchísimo.

—Paula, ¿sabes que vas a tener que volver, verdad? Tienes un contrato de publicidad firmado, y tendrás que venir a inaugurar sus tiendas.

—Lo sé, me lo dijo Sam cuando lo firmé. Ese contrato me obliga a asistir a cualquier evento de Promesses —le explico intentando tranquilizarme y secando mis lágrimas.

—Entonces, ¿para qué te vas? Quédate hasta la inauguración. ¿Qué te suponen un par de meses más? No necesitas trabajar; con lo que te han pagado, puedes pasarte varios meses viviendo de rentas.

—No puedo, Charlie, prefiero mil veces coger un avión, a pesar de que los odio, a quedarme más tiempo aquí.

—Eres una cabezota, ¡joder!

—Lo sé, pero... créeme, es lo mejor.

—No lo creo —me dice mirándome fijamente—. Mañana te acompañaré al aeropuerto.

—No puedes, tienes que trabajar y no quiero ocasionarte más problemas con Philip, bastante has discutido ya con él.

—Me importa una mierda Philip. Mañana te acompaño al aeropuerto y no se hable más.

—Como quieras —acepto suspirando—. Te espero a las ocho y media. Tengo que irme, preciosos. Os echaré de menos.

Me abrazo a todos y salgo del Soho llorando.

Paso una noche de perros recordando todos los momentos maravillosos que pasé con él, rompiéndome de nuevo y durmiéndome entre lloros.

Me despierto temprano. Es mi último día en Sídney y me arrastro hasta la ducha dejando que el agua relaje mi cuerpo tenso. En Madrid es otoño ahora, así que me pongo unos vaqueros y una básica, mis bailarinas y un fular, cojo una chaqueta por si acaso y me maquillo un poco.

A las ocho llegan Charlie y Katia a mi casa.

—¿Tú también, Katia? Philip estará muy cabreado.

—Philip no está —me informa con seriedad.

—¿No? ¿Dónde está? —pregunto sin poder callarme.

—Se ha marchado a la delegación de Melbourne.

—¿Sabe que me marchó hoy?

—Sí, se lo dije ayer —me confirma Charlie.

No ha venido a impedírmelo, pero ¿cómo iba a hacerlo después de lo que le dije?

—¿Es cierto lo que me ha contado? —me pregunta Charlie conteniéndose.

—¿Qué te ha contado? —murmuro.

—¿Le dijiste que lo odiabas? ¿Qué estabas deseando largarte y perderlo de vista? ¿Qué te arrepentías de haber venido?

—¡¡¡Síiiii!!! ¡¡Se lo dije!! Porque estaba borracha, enfada y celosa. ¡Se lo dije y sentí cada palabra que salía por mi boca! ¡Te juro que lo odiaba con todas mis fuerzas en ese momento!

—¿Y ahora? —me pregunta tenso.

Lo miro derrotada mientras las lágrimas se deslizan silenciosas. ¿Qué pregunta es ésta?

—¿Tú qué crees, Charlie?

—¡Mierda, Paula! ¿Sabes que te creyó? Piensa que lo odias, ¡joder!
—grita enfadado.

—¿Y qué más da? Estaba todo roto antes de que se lo dijera —le comento secando mis lágrimas.

—¡Nooo! ¡No estaba roto! Cuando fue tras de ti quería recuperarte, el beso que te diste con el tío ese y la canción de los huevos le hizo reaccionar, se dio cuenta de que no quería perderte, él mismo me lo contó ayer... ¡pero la cagaste, joder!

—¿Qué? —murmuro sintiendo cómo se me hiela la sangre—. ¿Qué estás diciendo?

—No le dejaste hablar, ¿verdad?

—No... y ahora se ha ido —suelto en un susurro.

—Quédate, vamos a buscarlo, yo te acompaño a Melbourne si quieres y hablas con él.

—No, Charlie, le quiero y siempre le querré, pero he sufrido demasiado, y él no me quiere lo suficiente si es capaz de creer las estupideces que le dije y dejarme ir tan fácilmente —afirmo mirándolo fijamente—. Me ha hecho sufrir demasiado, Charlie, y no puedo más. Quiero irme. Vámonos, por favor.

—No puedes hablar en serio, Paula —interviene Katia—. Tienes una oportunidad de ser feliz de nuevo, ¿por qué no aferrarte a ella?

—Porque ya no tengo fuerzas, ya le busqué una vez y sufrí como nadie debería hacerlo. Dice que me quiere y que no quiere perderme, pero se marcha sin intentarlo siquiera... No, Katia, no seré yo quien lo busque de nuevo. Ayudadme con las maletas, por favor —les pido con serenidad.

Mi avión despegó puntual a las once y sé que he tocado fondo. La mujer que se sienta a mi lado me mira con compasión, pero no dice nada y se lo agradezco. Mis pensamientos no dejan de torturarme... Si me quiere, ¿por qué no ha luchado por mí?, ¿por qué me ha dejado ir tan fácilmente? Ojalá pudiera dejar de sentir, ojalá mi mente se callara de una puñetera vez.

Capítulo 31

Son las cuatro de la tarde cuando mi avión aterriza en Madrid. Me dirijo como una autómatas a recoger mi equipaje y, cuando salgo, allí están mis padres esperándome. Rompo a llorar nada más verlos, completamente derrotada.

—¡Hija mía! ¿Pero qué te pasa? ¿Qué son esos lloros? —me preguntan preocupados, pero no puedo hablar.

—Paula, me estás preocupando, haz el favor de tranquilizarte y decirme qué te ocurre —me ordena mi padre.

—Vamos a casa, por favor —les pido entre sollozos.

Hago todo el trayecto llorando; estoy acojonándolos, lo sé, pero no puedo parar. Por fin llegamos a mi casa y mi madre me obliga a sentarme en el sofá mientras me prepara una tila. A mí esas cosas no me hacen nada, pero ella se empeña y yo no tengo ganas de discutir.

—No vas a moverte de aquí hasta que nos cuentes qué ha pasado. Quiero saber si tenemos que ir a la policía a denunciar algo —me dice mi padre mirándome con seriedad.

Lo miro asombrada. ¡Madre mía, no quiero ni imaginar lo que está pasando por su cabeza! Así que me obligo a respirar profundamente y, cuando mi madre llega con la tila, empiezo a contarles todo desde el principio, omitiendo ciertas cosas que no necesitan saber, por supuesto; necesito proteger a Philip de la opinión de mis padres, le quiero demasiado.

Me miran con la boca abierta, estoy dejándolos flipados y, cuando les cuento que soy la imagen de Promesses y que he estado en Bora Bora rodando un anuncio, mi padre explota.

—¿Cómo has podido? Y no me malinterpretes, hija, estoy orgulloso de ti, pero tenías que habérselo contado. ¿Qué te parece si un día

enciendo la televisión y te veo a ti protagonizando un anuncio? Sé que eres una mujer adulta y no tienes que contarnos toda tu vida si no quieres, pero las cosas importantes sí, y esto lo es.

—Papa, el anuncio va emitirse en Australia, aquí no saldrá hasta primavera, todavía falta mucho.

—No me importa si lo emiten ahora o dentro de un año, deberías habérselo contado.

Mi madre, que no ha abierto todavía la boca, interviene por fin.

—Ojalá hubiese estado allí para poder apoyarte, hija. Has hecho bien volviendo a casa, cura tus heridas y reponte, no quiero volver a verte así y menos por un hombre... él se lo pierde, Paula. Eres una mujer asombrosa y me siento muy orgullosa de ser tu madre. Tómame tu tiempo, pero quiero verte feliz de nuevo, ¿de acuerdo?

Asiento; estar en casa con mis padres me da serenidad.

—Y respecto al anuncio —prosigue mi madre—, opino como tu padre: deberías habérselo dicho, pero, a lo hecho, pecho, que no vuelva a ocurrir.

Y me da un fuerte abrazo mientras lloro de nuevo.

Llevo dos semanas en Madrid. No he llamado ni a Laura ni a ninguna de mis amigas para decirles que estoy aquí; no tengo fuerzas para explicar de nuevo lo ocurrido. Mis padres me miran preocupados, pero no dicen nada.

Soy como un alma en pena. Me martirizo mirando las fotografías que tomé en Bora Bora; a Philip lo fotografíe varias veces sin que se diera cuenta, y cada vez que lo veo me rompo de nuevo. ¿He hecho bien marchándome? ¿Tenía que haberle hecho caso a Charlie y haber ido a Melbourne?

Lo echo tanto de menos que cada día es un suplicio para mí y me desespero cada vez que pienso que no volveré a verlo. Hablo casi todos los días con Katia o con Charlie; necesito esas llamadas, es el único momento del día en que puedo volver a respirar.

—¡Hola, Katia!

—¡Hola, cielo! ¿Cómo estás hoy?

—Igual, pero no te preocupes.

—No digas que no me preocupe, tienes que esforzarte por superarlo, prométeme que vas a intentarlo.

—Katia, hago lo que puedo, oye... Ya sé que eso ahora da igual, pero

necesito saberlo.

—¿El qué, cielo?

—¿Hablo Charlie con Philip cuando me fui?

—No. Cuando volví de Melbourne, Charlie intentó hablar con él, pero no hubo forma. Se cierra en banda cada vez que pretende hablarle de ti; no quiere saber nada, Paula, lo siento, cielo.

—No te preocupes, puede que sea lo mejor —le digo muerta de pena. Tenía la esperanza de abrir un día la puerta y encontrármelo mirándome con esa sonrisa de canalla tan suya...— ¿Y mi sustituta? ¿Cómo es? He mirado la página de Virmings y no está su fotografía. —Debo ser masoca... ¿A mí qué me importa?

—¿Tu sustituta? Más bien pregunta cómo han sido tus sustitutas.

—¿Pero cuántas ha tenido? —le pregunto sorprendida.

—Va por la tercera. La última le duró un día solamente; cualquier día Sam se despide de lo hartó que está.

—¿Pero por qué?

—Porque no eres tú, Paula... a todas les encuentra algo: o son unas incompetentes o no hablan bien el francés o cualquier chorrada que se le ocurra en ese momento... está siendo bastante complicado sustituirte, cielo.

—Me alegro, ojalá tarde mucho en encontrar una que le guste —afirmo con toda mi mala uva.

—¡Oye, guapita, que tú no tienes que aguantarlo!

—Ojalá tuviera que hacerlo, Katia, no te haces una idea de cómo lo echo de menos.

—Estoy segura de que él también lo hace.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto esperanzada.

—No sabría decirte nada en concreto, instinto femenino supongo. Está demasiado cabreado, Paula, trabaja hasta la extenuación y ya no es sólo por la presión que está ejerciendo Promesses, es como si necesitara tener la mente ocupada continuamente. Se ha alejado por completo de nosotros... con lo amigo que era de Charlie, y ahora, si no fuera por el trabajo, no tendrían ningún tipo de relación.

—Siento oírte decir eso —le digo con tristeza.

—Supongo que necesita tiempo, como tú, cielo; ambos os habéis equivocado, debisteis luchar más en lugar de rendiros tan pronto.

—Yo también lo he pensado... no dejo de preguntarme qué hubiera pasado si le hubiera dejado hablar en Bora Bora o si hubiera ido a

Melbourne como Charlie me pidió, pero ahora ya da igual, Katia, él no ha venido a buscarme ni yo voy a hacerlo tampoco.

—Es vuestra decisión, aunque pienso que os equivocáis. —Noto un puntito de enfado en su tono.

—Puede ser, pero es lo que hay.

Hablamos un ratito más y, cuando cuelgo, vuelvo a martirizarme mirando las fotografías de Philip. No quiere saber nada de mí... Lloro y me desgarró de nuevo.

Hace un mes que estoy en Madrid, un tiempo lleno de angustia y de tristeza, en el que todo me da igual, nada diferencia un día de otro. Hoy es sábado, pero como si fuera miércoles. Mi hermano, que ha venido a verme, está igual de preocupado que mis padres y al final explota.

—¿No tienes otra cosa que ponerte que siempre vas en pijama, coño? Estoy hasta los huevos de verte con ese aspecto.

—Déjame, Santi.

—No, no te dejes, o te vas a la ducha y te cambias o te meto yo a rastras.

—¿Para qué? —murmuro.

—Porque nos vamos a tomar algo. Te doy quince minutos para arreglarte o lo haré yo mismo.

—Santi, en serio, gracias por preocuparte por mí, pero no voy a salir.

—Paula, los minutos pasan y estás perdiendo un tiempo precioso.

—Ve tú a tomarte algo, yo estoy bien aquí.

—Muy bien, tú lo has querido, voy a ducharte yo —suelta y, cogiéndome del brazo, me arrastra hasta el baño y empieza a quitarme la camiseta.

—¡Para, idiota! Vete, ya me ducho yo sola.

—Muy bien, te quedan diez minutos, date prisa.

Al final tardo un poco más, pero por fin, después de un mes de encierro voluntario, salgo de casa.

Nos dirigimos a La Lola. Mis amigas están allí y corren a abrazarme nada más verme.

—¿Pero a quién tenemos aquí? —pregunta Laura llenándome de besos—. Jodida, ¡cuánto te he echado de menos!

—Veo que tienes buena compañía... cuidadla bien, chicas. Nos vemos, hermanita.

Nos sentamos y empiezan a bombardearme con preguntas sobre

Philip. A ellas no puedo ocultarles nada, son como mis hermanas, y desnudo mis sentimientos sin dejarme nada. Las dejo flipadas, alucinadas, cabreadas y en completa sintonía conmigo.

—Joder, tía, ¿te has tirado al follador perdonavidas y te has convertido en modelo?! ¡La madre que te parió! —me dice Raquel intentando levantarme el ánimo.

—Y me ha dejado y he sufrido como una perra —añado llorando.

—Estoy segura de que él estará sufriendo también lo suyo — sentencia Laura—. ¡Y deja de llorar, que al final me harás llorar a mí! — me pide secándome las lágrimas.

—Pudo retenerme, Laura, y no lo hizo, no movió un solo dedo.

—Puede, pero... si te quiere, ¿cómo crees que se sentirá viendo tus fotografías continuamente? ¿Montando un anuncio contigo en bikini sin dejar de mirarle con esos ojazos verdes que tienes? Se sentirá fatal, te lo aseguro, consuélate con eso.

—Si me quisiera, no me hubiera creído tan fácilmente, hubiera luchado por mí en lugar de largarse a Melbourne.

—¿Sabes qué? Que él se lo pierde, en su vida conocerá a otra mujer como tú... y que sea la última vez que estás pasándolo así de jodido y no nos llamas; a partir de ahora, todos los días vas a salir a correr conmigo —me dice Sandra—. Si vas a hacerte modelo, tendrás que empezar a poner ese cuerpazo más en forma.

—No voy a hacerme modelo, Sandra. —Qué harta estoy de repetir continuamente lo mismo.

—Eso ya se verá.

—Sandra tiene razón. ¿Cómo has podido tirarte un mes aquí y no decírnoslo? No te meto una hostia porque estás hecha polvo, porque, si no, verías —me dice Laura con todo su cariño.

—Más vale tarde que nunca —contesto encogiéndome de hombros.

—Tienes que ponerte las pilas, necesitas trabajar de nuevo para poder olvidarte de él —me propone Raquel.

—No soporto trabajar para alguien que no sea Philip. En Sídney mi vida era perfecta: tenía un trabajo que me encantaba, estaba con el hombre de mi vida, y tenía a Charlie y a Katia, ellos han sido más que unos amigos, han sido mi familia; fueron ellos los que me cuidaron cuando Philip me dejó. Lo echo todo de menos.

—Aquí nos tienes a nosotras y a tu familia, y seguro que

encontraremos un trabajo que también te encantará y, si no te gusta, buscaremos otro, pero no quiero verte así, promételo —me pide Laura.

Y prometo de nuevo que voy a intentar salir de este pozo donde sólo hay oscuridad.

Pasa otra semana; todos los días salgo a correr con Sandra y veo a mis padres más tranquilos. Sé que lo han pasado muy mal viéndome sufrir tanto y por fin me decido a buscar trabajo.

Suena mi móvil; sonrío, es Charlie.

—¡Hola, precioso! —lo saludo con una sonrisa.

—¡Hola, preciosa! Te oigo mucho más animada, ¿cómo estás?

—Mejor, poco a poco voy superándolo y por fin me he decidido a buscar trabajo.

—Me alegra oírlo, pero tendrás que posponerlo.

—¿Por qué?

—Porque vas a tener que volver a Sídney.

El corazón me da un vuelco, empiezo a marearme y tengo que sentarme.

—¿Para qué quieres que vuelva? —Mi voz apenas es un susurro.

—Preciosa, la campaña empezó a emitirse hace unas semanas y ha sido un éxito rotundo en todos los aspectos.

»La canción se ha posicionado como número uno. Eres famosa aquí, cielo, todo el mundo quiere saber quién es la chica de Promesses... por mucho que te cuente, no te harás una idea de la repercusión que ha tenido el anuncio.

—Me alegro mucho por vosotros, Charlie, a Virmings le vendrá bien para captar nuevas cuentas, pero no entiendo qué tengo que ver yo ahí.

—Como no trabajas con ninguna agencia de modelos, Pierre se puso en contacto con nosotros: tienen que inaugurar sus tiendas y te quieren allí. Además, van a hacer un desfile y tú debes ser quien lo abra y lo cierre.

—¿Yooooo? ¡Charlie, yo no soy modelo!

—Pero eres su imagen y, sin pretenderlo, un misterio para todos. La gente se muere por verte, Paula, es una pasada lo que están montando Pierre y Nicolas, te juro que están tirando la casa por la ventana.

—Madre mía... no sé si quiero continuar escuchándote —le digo temblando. ¿Yo desfilando? ¿Pero estamos locos o qué? ¿Qué puñetas pinto yo ahí?

—Paula, el anuncio se ha convertido en el éxito más rotundo desde

que Virmings inició su andadura en el mundo de la publicidad. Sabes que, cuando una cuenta tiene mucha repercusión, se expone un póster en la compañía y, a pesar de que este anuncio está emitiéndose desde hace muy poco, es tal el éxito que ha tenido que, aprovechando que vas a venir, hemos decidido adelantar la celebración; tienes la agenda repleta de eventos, preciosa.

—Charlie, estás dando por hecho que voy a ir, y no voy a hacerlo.. No estoy preparada para verlo tan pronto. Desde que llegué a Madrid he estado muriéndome de pena y, ahora que empiezo a ver la luz, no puedes pedirme que me enfrente de nuevo a él; no lo soportaría, de verdad.

—Paula, no tienes opción: por contrato estás obligada a asistir a todos los eventos organizados por Promesses.

—Pero no a los de Virmings, lo siento.

—¡No me jodas, Paula! Si hiciste el anuncio fue porque trabajabas en Virmings; para nosotros es importante, va a venir mucha prensa y necesitamos que estés aquí.

—¿Te ha pedido Philip que me lo digas?

—No, te lo pido yo, como amigo; además, eres tú quien hizo el anuncio y quien debe descubrir el póster.

—No puedo, Charlie, lo siento; hazlo tú por mí.

—No, Paula, vas a hacerlo tú. Es a ti a quien quiere la prensa, no a mí.

Tengo náuseas, estoy bloqueada y a punto del colapso nervioso con sólo pensar en volver a verlo.

—Lo pensaré, Charlie.

—No tienes que pensar nada, es algo que debes hacer y punto. Aunque creas que no estás preparada. Hazlo por Katia y por mí, preciosa, nosotros estaremos contigo en todo momento.

—No puedo soportar verlo de nuevo, Charlie. Lo he pasado muy mal y, ahora que vuelvo a ser un poco persona, no puedes pedirme esto. ¿Qué pasará cuando descubra el póster y la celebración termine? Virmings tendrá la fotografía de la modelo destapando el póster, la prensa me fotografiará y sabrá quién soy, pero ¿qué pasará conmigo?

»Déjame que te lo diga: que cogeré un vuelo con destino a Madrid rota de nuevo, hecha un mar de lágrimas, y no me veo capaz de volver a pasar por ello. Lo siento, no puedo.

—Paula, vas a verlo de todas formas. Philip está invitado a todos los eventos de Promesses... lo verás en el desfile y en las inauguraciones. Por

mucho que te empeñes, no vas a librarte de eso. ¿Qué más te da verlo una vez más?

—Porque allí puedo ignorarlo, pero en Virmings ¡¡no!! ¡Virmings es él! Sería demasiado doloroso; lo siento, asistiré a todos los eventos de Promesses, pero a ninguno de Virmings. Díselo.

—No, Paula. Ponte tantas corazas como necesite tu corazón, pero vas a venir.

—¡Mierda, Charlie! ¡No es justo lo que me pides! —le grito enfadada.

—Puede que no lo sea, pero debes hacerlo.

El suelo se abre bajo mis pies; voy a aceptar y no sé cómo podré superarlo después.

—¿Cuándo es?

—El desfile de Promesses, dentro de tres semanas; tendrás que estar una semana antes aquí para aprender a desfilar y probarte los biquinis. Luego es la inauguración de la tienda principal y, por último, la celebración de Virmings. ¡Estás a tope de compromisos!

—¡Qué ilusión!

—¿Eso es un sí?

—Sí, ¡mierda!, es un sí.

—Te quiero, preciosa, estoy ansioso por verte. Te quedarás en casa con Katia y conmigo, tenemos una habitación de sobra.

Y por fin sonrío.

—Me encantará quedarme con vosotros, os hecho mucho de menos.

—Y nosotros a ti. Sam te enviará la reserva del vuelo en unos días; no sabes la ilusión que nos hace tenerte de nuevo con nosotros.

—¡Charlie, estoy muerta de miedo!

—No lo estés, estaremos contigo todo el tiempo, no te preocupes.

Cuando cuelgo, tengo un conflicto de sentimientos en toda regla. Estoy feliz por volver, echo mucho de menos a Charlie, a Katia y a Dani... y por supuesto también a Philip, pero estoy aterrada por volver a sufrir.

Envío un WhatsApp a mis amigas contándoselo todo. Tengo que ir a comprarme varios vestidos para las inauguraciones y quedamos en vernos por la tarde para empezar a buscarlos. Por increíble que parezca, empiezo a estar emocionada, debo de estar loca...

Les cuento a mis padres el motivo por el que debo volver a Sídney. Mi madre se ofrece a acompañarme, pero, aunque la quiero un montón, rechazo su ofrecimiento, necesito ir sola.

Por la tarde me reúno con mis amigas para ir de tiendas; estamos inspiradísimas y me compro cuatro vestidos con sus respectivos zapatos a conjunto, todos monísimos y divinos de la muerte y, cuando terminamos, estamos hechas polvo pero ha valido la pena.

Paso la siguiente semana nerviosísima al pensar que voy a verlo de nuevo y por fin recibo de Virmings la reserva del billete; salgo el jueves y llegaré allí el viernes, pero es un billete sólo de ida... ¿y la vuelta?

Miro la hora, todavía puedo llamar a Charlie; creo que ha habido un error y necesito aclararlo inmediatamente.

—Hola, Charlie, estoy viendo la reserva del vuelo, pero es un billete de ida solamente, no hay vuelta...

—Lo sé, preciosa, cógete más ropa que menos, no vas a hacer un viaje tan largo para quedarte unas semanas solamente; cuando quieras volver, Sam te sacará otro de vuelta.

—¿Philip lo sabe? —desconfío al instante.

—Él está al corriente de todo, no te preocupes.

—¿Y le parece bien?

—Se lo he puesto como condición, o era así o no estabas en la celebración de Virmings. Katia y yo te echamos mucho de menos y queremos estar contigo todo lo que podamos.

—Yo también os extraño, tengo muchísimas ganas de veros, preciosos.

—Y nosotros a ti, preciosa. Nos vemos en unos días.

—Hasta dentro de poco —le digo y me despido con una gran sonrisa.

¡Qué ganas tengo de verlos de nuevo! Es lo único que me hace ilusión de este viaje; por lo demás, estoy aterrada. Cada vez que pienso en que tengo que abrir el desfile y cerrarlo, me acojono. ¿Qué puñetas hago yo rodeada de modelos?

Llega el jueves y me dirijo de nuevo al aeropuerto, estoy viajando más en avión en unos meses que en toda mi vida. Estoy impaciente por llegar. De repente no tengo miedo, me siento fuerte; pase lo que pase lo superaré. Lo sé.

Capítulo 32

Después de un viaje interminable llego a Sídney a las ocho de la noche, estoy molida; apenas he podido dormir en el avión. Cuando salgo, me encuentro con Charlie y Katia, ¡qué alegría!, y corriendo me echo en sus brazos y nos damos un millón de besos. ¡Cuánto los he echado de menos! Vamos directos a su casa; viven juntos desde hace unas semanas y están felices. A ellos les ha salido bien y me alegro mucho. Son unas bellísimas personas y se merecen todo lo bueno que les pase.

Cenamos sin dejar de charlar ni un momento; les hablo de mi vida en Madrid y ellos me cuentan el éxito de la campaña; me explican cosas de Virmings, pero no nombran a Philip ni yo tampoco.

—Paula, no te imaginas lo contenta que estoy de verte tan bien. Recuerdo lo hundida que estabas cuando te fuiste y me alegro muchísimo de verte por fin sonriendo —me confiesa Katia—, temía encontrarte mal.

—Me ha costado mucho, no creas que ha sido fácil... por eso no quería volver tan pronto; ahora empiezo a recuperarme y a sentirme fuerte de nuevo, aunque temo volver a hundirme cuando lo vea.

—Nosotros estaremos contigo todo el tiempo —me tranquiliza Charlie—; no te preocupes de nada, preciosa.

—¿Y el desfile, Charlie? ¿Qué hago? ¡Yo no soy modelo! Me estoy agobiando mucho con todo eso.

—Tampoco eras modelo cuando hiciste el anuncio y te salió cojonudo; no te lo pongo ahora porque quiero que esperes a verlo en la celebración de Virmings, pero confía en mí, por favor. Además, durante toda la semana van a estar contigo para enseñarte a desfilas, así que no te agobies por eso, ¿vale?

—¡Va a ser increíble, Paula! Han creado tanta expectación que lo han convertido en el evento social del año; estará lleno de prensa y famosos

—me cuenta Katia emocionadísima.

—Genial, estás tranquilizándome un montón; cállate, anda.

—No, preciosa, ¡tienes que disfrutarlo! Puede que nunca en tu vida vuelvas a experimentar algo así, ¡te prometo que será todo un espectáculo! Virmings está llevando parte de la organización y estamos todos alucinados; quieren ponerte en un columpio y subirte en alto mientras Emily canta la canción.

—Charlie tiene razón, ¡estamos emocionados con todo este follón! Vamos de culo, pero te juro que merece la pena. El lunes te acompañaré y empezarás con los ensayos. ¡Cielo, vas a desfilar con Jenny Clause y con modelos importantísimas!

—Es peor de lo que pensaba... —susurro cogiéndome la cabeza.

—De eso nada, ¡es una pasada! ¿Sabes quién va a actuar? ¡¡¡Coldplay!!! ¿Te imaginas? —me dice Katia casi en un chillido.

—¿Coldplay? ¿Voy a conocer a Chris Martin? —grito de repente emocionada.

—¡Sí! ¡Y a Taylor Swift también!

—¡Joder! ¿Pero qué me estás contado? ¡¡¡Dios mío de mi vida!!! ¿Pero estos franceses cuánta pasta tienen?

—Muchísima —afirma Katia con una carcajada.

—Te lo he dicho, preciosa, ¡va a ser todo un espectáculo!

—¿Y Philip? ¿Qué hago cuando lo vea? —«¡Ya está! Por fin lo he soltado.»

—Tardarás en hacerlo —me explica Charlie mirando a Katia—. Ayer tuvo que salir de viaje a Francia con Ben. ¡Joder, va a ser un desastre! Ben sólo chapurrea el francés, ¡no me gustaría estar en su pellejo!

—Me parece que va a acordarse muchísimo de ti —me dice Katia con una sonrisa—. Ben estaba que se subía por las paredes al pensar en el dichoso viaje.

—¿Mi sustituta no sabe hablar francés?

—¿Qué sustituta? —pregunta Charlie con ironía—, ¿la que echó hace unos días?

—¿Está sin secretaria?

—Sí, hija, y no te haces una idea del desastre que tenemos montado. ¿Por qué no vuelves tú, cielo? —me plantea Katia—, te echamos de menos.

—Me encantaría hacerlo, pero sabes que no puedo —respondo con

tristeza—. ¿A qué han ido a Francia?

—El éxito de Promesses nos está abriendo muchas puertas. Philip ha intentado llevarlo por videoconferencia, pero se han empeñado en reunirse con él y no ha podido posponerlo. ¡Con la que tenemos montada, coño!

—Nunca he visto a Philip tan cabreado, en serio —me confiesa Katia—. Si hubiera podido darles dos puñetazos a los franceses, te juro que lo hubiera hecho.

—¿Y por qué no han esperado a que pasara todo?

—Porque quieren cerrarlo cuanto antes... y ya sabes cómo funciona esto.

—Sí... lo sé... —murmuro pensando en el viaje a París—. Él se va y yo llego... ¿Llegará a tiempo para el desfile?

—Esperemos que sí, aunque lo tiene justo; creía que no querías verlo, preciosa —me dice Charlie.

—No sé lo que quiero, Charlie, lo mejor sería no volver a verlo, pero...

—Quieres hacerlo, ¿verdad? —me pregunta Katia con dulzura—; a pesar de todo, le quieres.

—Katia, nunca dejaré de quererle, por eso no puedo volver a trabajar en Virmings.

—Pues, si le quieres, lánzate de cabeza y lucha por él. ¡No sabes cómo me jode ver cómo dos personas a las que quiero muchísimo se niegan continuamente la felicidad! Philip sufrió mucho con Mia y, aunque ahora me ha dejado fuera, sé que contigo también se ha llevado su parte.

—Indagué en Internet. Este tiempo en Madrid me ha dado para mucho y me moría de curiosidad; busqué imágenes suyas y les encontré; eran muy jóvenes, Charlie.

—Sí, lo eran, pero se querían con locura. Philip lo dejó todo para seguirla y ella triunfó como siempre había deseado, se convirtió en la *top* de las *tops*, pero se le fue de las manos y él no pudo ayudarla. Lo pasó realmente mal; primero por no poder ayudarla con sus adicciones y luego, cuando murió, se sumió en tal depresión que pensé que nunca saldría adelante, pero se repuso y creo Virmings.

—Por eso no quería una relación.

—Nunca quiso volver a estar con nadie, hasta que te conoció y se enamoró de nuevo.

—Pero no lo suficiente como para superar sus miedos.

—No le diste tiempo, Paula. ¿Quién sabe lo que hubiera pasado si te hubieras quedado?

—Estoy cansada, voy a acostarme. —No puedo continuar con esto, me destroza hablar de lo que pudo ser.

Me acuesto totalmente hecha polvo y duermo de un tirón toda la noche y parte del sábado, por lo que me levanto casi a la hora de comer.

—¡Vaya, Katia! Pero mira a quién tenemos aquí, si es la bella durmiente —dice Charlie guasón.

—Buenos días, preciosos. La culpa es de esa cama, es comodísima —le contesto sonriendo

—¿Tienes hambre? Hemos hecho pasta para comer —me anuncia Katia.

—Comed vosotros, yo no puedo. —Tengo el estómago cerrado.

—¿Ya estamos igual? —me riñe Charlie—. Katia, no le hagas caso, va a comer y no se hable más.

—Lo mismo podría decirte yo a ti. ¡Charlie, que me acabo de levantar y no tengo hambre! —me quejo—. No seas pesadito, corazón, luego comeré.

—Charlie, déjala, que coma cuando quiera —interviene Katia sonriendo.

Empiezan a comer y yo me preparo un vaso de leche; es lo único que me entra ahora.

Pasamos el fin de semana empapándonos de desfiles por Internet, paseando, riéndonos y quemando la noche... y sin darme cuenta respirando de nuevo.

Es lunes y Katia me acompaña a los ensayos para el desfile y, pese a todos mis nervios, termino emocionada con todo el sarao que está montándose. ¡Madre mía de mi vida! Voy a desfilas con las más grandes. ¡¡¡Yooooo!!! Si me pinchan, no sangro. Eso por no hablar de los biquinis. Voy a lucir un biquini joya en la apertura del desfile; sólo el sujetador debe pesar un par de kilos seguro, ¡qué barbaridad!

Ponen a una de las organizadoras, que en el pasado fue modelo y ahora trabaja con Promesses, para explicarme cómo desfilas, cómo mirar a las cámaras, cómo sonreír, cómo girarme y, si la dejas, hasta cómo mear... Llevo unas sandalias que más que sandalias parecen zancos y me paso el día haciendo equilibrios sobre ellas e intentando no dejarme los

dientes sobre la pasarela.

Por suerte, a las cinco me da vía libre. ¡Gracias!, ¡gracias!, ¡gracias! Tengo rampas en los pies por culpa de las sandalias de los cojones y estoy saturada de oír a la Sargento, que es como la he apodado, decirme que camine erguida y que mire al frente. ¡Si miro al frente me la pego, coño! No puedo con ella, de verdad.

Mañana a las ocho me espera de nuevo látigo en mano. ¡Se ha propuesto convertirme en modelo en una semana y fijo que lo consigue! Está dándome un curso intensivo de modelaje a toda leche.

Miro el reloj. A Katia y a Charlie todavía les queda una hora y me muero por volver a Virmings; ahora que sé que él no está, estoy más tranquila y, como si de un imán se tratase, me dirijo abducida hacia allí, sin pensar en nada, sólo deseándolo más que respirar.

Llego y, como el primer día, me quedo en la acera de enfrente observando el edificio. Cuántas cosas han pasado desde entonces... Cruzo la calzada y me dirijo hacia allí con los sentimientos a flor de piel. Entro y siento que estoy en casa de nuevo; éste es mi lugar, él es mi lugar.

—¡¡¡Paulaaaa!!!! —oigo cómo me llaman, sacándome de mis pensamientos.

—¡Dani! —Y corro hacia ella feliz de la vida.

Nos abrazamos, nos besuqueamos y hablamos atropelladamente. ¡A ella también la he extrañado mucho! Pero el teléfono no para y tiene que volver a su puesto. Me despido y subo en busca de Katia y Charlie.

Nada ha cambiado, la misma actividad frenética, la misma pasión, el mismo entusiasmo... Katia y Charlie están reunidos y saludo al resto con cariño; he trabajado codo con codo con muchos de ellos y el sentimiento es recíproco; sin poder evitarlo, camino directa hacia su despacho, donde tantas horas he pasado.

Paso por delante del mío sin volver la vista y entro en el suyo. Todo continúa igual y me siento en su silla cerrando los ojos.

—Te quiero, Philip —murmuro mientras una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla.

La silla huele a él y dejo que los recuerdos invadan mi mente y mi alma. Tiene varias carpetas encima de la mesa y, como soy cotilla por naturaleza, empiezo a ojearlas. Me estoy pasando cuatro pueblos, pero me puede la curiosidad; quiero saber cómo han trabajado mis sustitutas... bastante mal, por cierto; aquí hay muchos puntos mal desarrollados, no

me extraña que las despidiera... con lo exigente que es estará que se subirá por las paredes... entre esto y el francés, sí que se acordará de mí... y tanto que se acuerda de mí, la última carpeta está llena de fotografías mías.

Son del reportaje de Promesses. ¡Qué bonitas! Las miro casi con veneración sin reconocermelo, como si estuviera viendo a otra mujer. Si tuviera que elegir alguna no sabría con cuál quedarme hasta que llego a la de la catarata: parezco una nativa de verdad, ¡qué preciosidad de foto! Charlie tenía razón, con esta foto se pondría de moda el bikini de hojas sin duda. Tengo de fondo la catarata y la exuberante vegetación y me quedo sin aliento. ¿Qué sentirá Philip cuando vea estas imágenes? Además, hay algo que me atormenta desde hace días. ¿Qué pasará cuando me vea desfilar? Si el anuncio nos separó, ¿qué ocurrirá cuando me vea sobre la pasarela? ¿Le recordaré a Mia y cómo terminó ella? ¿Lo alejará aún más de mí? Porque, si algo tengo claro, es que le quiero. Durante este tiempo en Madrid no he conseguido olvidarlo y necesito recuperarlo como sea, necesito que me quiera tanto como le quiero yo a él.

Paso el resto de la semana aprendiendo a ser modelo y, a excepción de los nervios, que no puedo controlar, todo lo demás lo tengo superado: caminar con los zancos mirando al frente y con la espalda erguida, girarme, sonreír, cómo subirme al columpio, qué gestos hacer cuando esté arriba y un largo larguísimo etcétera... y también echándolo de menos más que nunca. Paso por delante de su casa varias veces a pesar de que sé que no está, pero necesito sentir esa cercanía. Estar de nuevo en Sídney hace que sienta que todo es posible, a pesar de que tengo un miedo atroz a lo que pueda pasar cuando lo vea.

Me despierto nerviosa. Hoy es el día del desfile pero, más que por el desfile, estoy de los nervios por él, puede que hoy lo vea al fin. ¿Cómo me sentiré? ¿Qué haremos cuando estemos frente a frente? Respiro profundamente y me levanto, necesito rodearme de gente para dejar de pensar; además, he quedado con mi sargento para el último ensayo. Cuando llegue al recinto no saldré ya hasta que todo haya terminado y voy a disfrutarlo y a exprimirlo a tope a pesar de todos mis miedos.

Katia y Charlie tienen razón, nunca volveré a experimentar esto, nunca volveré a desfilar ni a estar cerca de Coldplay y Taylor Swift. ¡Joderrrr! ¡Es que es muy fuerte! Y, cuando lo vea, haré todo lo que esté en mi mano para que me quiera de nuevo, esta vez no volveré a Madrid sin haberlo intentado con todas mis fuerzas.

—Buenos días, preciosos —saludo a Katia y Charlie, que están en la cocina preparando el desayuno.

—Buenos días, Paula. ¡Hoy es el gran día! ¿Cómo van esos nervios? —me pregunta Katia con una gran sonrisa.

—Bueno, ahí están, pero lo llevo bien —le contesto sonriendo yo también.

—¡Claro que sí! Lo harás cojonudo, ¡ya verás! ¿Desayunas con nosotros, preciosa?

—¿De verdad crees que soy capaz de tragar algo?

—Por supuesto, el día es muy largo y te quiero bien alimentada para que desfiles con toda tu gracia. ¡A ver si te desmayas en medio de la pasarela por no comer!

—¡Anda ya! Te prometo que luego comeré algo, precioso, pero ahora me voy derechita a la ducha, que llego tarde... —pero me freno en seco, necesito saberlo—... Charlie...

—¿Sí?

—¿Ha vuelto ya?

—No, preciosa; llegará hoy, pero no tengo ni idea de a qué hora.

—¿Has hablado con él?

—Claro, había muchos temas que concretar y lo hemos hecho por correo electrónico o por teléfono.

—¿Y no te ha preguntado por mí? —«Así, Paulita, arrástrate más, que aún puedes», me digo enfadada.

—No, preciosa; ni él me ha preguntado ni yo le he dicho nada, no he querido ponérselo tan a huevo.

Suspiro y asiento mirando al frente.

—Voy a ducharme.

Lo hago y me visto hecha un lío. ¿Cómo puede controlarse tanto? Seguro que sabe que estoy viviendo con Charlie y Katia... y, aun así, ¿no siente una pizca de curiosidad?

Llego al recinto. Haremos un ensayo final; todo el *backstage* está cronometrado y con protocolos establecidos, tanto el maquillaje, como los peluqueros... los estilistas de Promesses y nosotras, las modelos, vamos en total sintonía, respondiendo a las órdenes de los organizadores. Nunca en mi vida hubiera pensado que un desfile arrastrara a tanta gente y exigiera tanto trabajo y organización.

En una parte del escenario está montado todo el equipo para Coldplay

y Taylor Swift. ¡Joderrr! Los veo y alucino, pero no me acerco a ellos, ¡me muero de vergüenza! Y de nuevo me pregunto qué puñetas hago aquí, rodeada de toda esta gente de tantísimo talento.

La adrenalina y el entusiasmo flotan en el ambiente y comenzamos. ¡Música, luces y acción! Y nunca mejor dicho. Katia y Charlie vienen a supervisar el trabajo que está desempeñando Virmings y alucinan tanto como yo con el resultado final. ¡¡Todo, todo es alucinante!! Abrir el desfile con la canción que escribió Philip para mí mientras Emily la canta en directo, desfilar con las más grandes, la actuación de Taylor Swift cantando *Shake It Off*,[\[13\]](#) ser yo quien cierre el desfile a ritmo de Coldplay... todo es tan increíble que me olvido de Philip por completo para disfrutar como una loca con todo este tinglado tan maravillosamente orquestado.

Capítulo 33

Se acerca la hora y comenzamos; primero el maquillaje, luego la peluquería y finalmente los biquinis. Tengo que abrir el desfile con el biquini de brillantes y, cuando ya lo tengo puesto, me miro en el espejo. ¡Ufff! ¿Pero quién es esta mujer que me mira sonriendo? ¡¡Ni en mis mejores sueños me he visto así!! Miro el ajetreo a mi alrededor y por un momento parece que todo transcurre a cámara lenta, ¡qué pasada!

—¿Preparada? —me pregunta uno de los coordinadores.

—Por supuesto —le digo con total convencimiento; aunque parezca una locura, no estoy nerviosa, estoy impaciente por salir y vivirlo a tope.

—Vamos entonces. ¿Lo tienes claro?

—Clarísimo, llevo toda la semana con esto.

—¡Paula! ¿Estás lista? —me pregunta Kelly la Sargento, mientras comprueba mi maquillaje, el pelo, el biquini... A esta mujer no se le escapa nada—. Recuerda: camina erguida sin dejar de mirar al frente; hay una pantalla enorme que captará todos tus gestos, así que sonríe y lánzales algún beso, guíñales un ojo... ¡¡¡Siente!!! Ahí arriba mandas tú y quiero que quede claro. ¡Tienen que desear ser tú, desear llevar lo que tú lleves!

—¿Quieres no preocuparte? Lo tengo más que claro —le digo sonriendo.

—¡Pues venga! —interviene Peter, uno de los organizadores, mientras atiende las indicaciones que están dándole a través del auricular.

Oigo la voz de Emily empezar a cantar la canción, cojo aire profundamente y salgo decidida. Sólo la pasarela está iluminada y me ayuda no ver la barbaridad de gente que hay. Camino erguida como llevo haciendo toda la semana sin dejar de mirar al frente, sonriendo con seguridad y, cuando llego al final de la pasarela, hago lo que mi sargento me ha pedido: les mando un beso a los miles de flashes que no dejan de

fotografiarme mientras les guiño un ojo... y siento que tengo el mundo a mis pies; los flashes centellean, la gente se vuelve loca aplaudiendo y me doy la vuelta dirigiéndome al precioso columpio creado especialmente para mí.

Dos hombretones me ayudan a subir y poco a poco lo elevan, dejándome suspendida en el aire mientras crean un espectáculo de luces a mi alrededor haciendo de mí la estrella más brillante del firmamento. La voz de Kelly me llega al alma; es mi canción, la letra dice tanto de nosotros, de él... que tengo que frenarme para no llorar. Una pantalla enorme retransmite cada gesto mío y miro al techo intentando serenarme, mordéndome el labio mientras subo los brazos sensualmente como me ha enseñado mi sargento, y sonrío finalmente a la cámara. Por muchos años que viva, nunca olvidaré este momento. La canción está terminando y poco a poco bajan el columpio mientras los aplausos amenazan con echar abajo el recinto. Y con los sentimientos a flor de piel, abandono la pasarela envuelta en ellos.

La música de Kesha da el pistoletazo de salida y comienza el espectáculo, ¡y menudo espectáculo! No son sólo los biquinis, son las luces, los bailarines, la música. Me cambio de biquini y, con una corona como si de una diosa de los mares me tratase, vuelvo a salir a la pasarela; la música llega hasta mis entrañas y disfruto como nunca en mi vida.

El ritmo en el *backstage* es frenético; nada se deja al azar y, sin darme cuenta, me meto en este mundo como si fuera el mío. Tengo a Taylor Swift a mi lado y le sonrío; lleva un vestido de la colección de verano precioso y va a cantar mientras desfila con nosotras. Iluminan una parte del escenario que hasta ese momento ha permanecido a oscuras y comienza a sonar la música de nuevo.

—Señoras y señores, ¡Taylor Swift!

Sale al escenario con una seguridad aplastante mientras empieza a cantar su canción *Shake it off* [14] a la vez que desfila con nosotras, dueña totalmente de la situación. ¡Qué mujer, por favor! Salgo yo también y dejo que su música me active; sonrío de nuevo sintiéndome la dueña del mundo y dejando que la adrenalina y la emoción me embarguen por completo.

Y, sin darme cuenta, el tiempo ha pasado volando y el desfile está a punto de finalizar. Me ponen un biquini y una corona espectacular y, a ritmo de *A Sky Full of Stars* [15] y rodeada de miles de estrellas, salgo de nuevo a la pasarela con el vello erizado por completo. Soy yo la que

cierra el desfile y lo hago sola, acompañada nada más que por la música de Coldplay. Llego al final de la pasarela y los flases se vuelven locos de nuevo; los aplausos me ensordecen y, guiñando un ojo con picardía, me dirijo al principio de la pasarela, donde están todas mis compañeras esperándome para salir y, de la mano del dueño de Promesses, encabezo de nuevo el cortejo para dirigirme al final de la pasarela mientras el resto de las modelos no dejan de aplaudir y caen del techo miles de papelitos brillantes de colores. ¡¡¡Alucinante es poco!!!

Llego al *backstage* y tengo que sentarme. ¡¡¡Dios mío de mi vida!!!, ¡¡¡por todos los santos!!!, ¡¡¡lo que acabo de vivir!!! ¡¡¡Si me pinchan, no sangro!!!, ¡¡¡nunca podré olvidar esto!!!

—Enhorabuena, Paula, ¡has estado increíble! —me felicita la Sargento; viniendo de ella, con lo cardo que es, debo de haberlo hecho genial.

—Gracias, Kelly, pero el mérito es todo tuyo; gracias a ti lo he conseguido.

—Déjate de bobadas, ¡has estado fantástica! ¡Divina! ¡Enhorabuena! —me dice dándome un abrazo—. Cámbiate y que te retoquen el pelo y el maquillaje, todo el mundo está deseando conocerte; te espero en la sala contigua.

—Voy —le digo feliz.

Los estilistas de Promesses han elegido para mi presentación un vestido espectacular. ¡Qué ilusa fui comprándome vestidos cuando ellos coordinan hasta el color de mis bragas! Es corto, de un color verde esmeralda todo de pedrería cerrado por delante pero con un escote de escándalo por detrás y, para variar, llevo zancos en lugar de sandalias; los pendientes son dos aros dorados a juego con los brazaletes. Me retocan el pelo y el maquillaje y, ¿qué puedo decir?, no me reconozco... Llevo toda la noche sin reconocerme; yo, que no quiero ser modelo, he disfrutado como una loca, he vibrado, sentido y disfrutado como nunca en toda mi vida. Ahora me miro y ¿a quién veo? A una mujer bellísima con un vestido que debe de costar una fortuna, pero... ¿ésta soy yo?

—¡Venga! ¿A qué esperas? Kelly está que se sube por las paredes. ¡Venga, chata, levanta el culo! —me apremia Cloe, mi peluquera, sacándome de mis pensamientos.

Llego a la sala donde están todos los directivos de Promesses esperándome y brindando con *champagne*. Kelly sale a mi encuentro nada

más divisarme y pronto me veo rodeada de gente que no conozco; me los presenta a todos e, igual de rápido que lo hace, olvido sus nombres. ¡Soy un desastre! Me presentan a Chris Martin y a todo su grupo, así como a Taylor Swift. ¡Madre del amor hermoso! ¡¡¡Estoy hablando con Chris Martin!!! ¡¡¡Uffffffff, si mis amigas me vieran!!! A ellos le siguen un montón de personalidades más. Sonrío e intento no demostrar lo descolocada que me siento; nunca me ha gustado ser el centro de atención y ahora estoy siéndolo más que nunca, todo el mundo quiere conocerme y me siento un poco fuera de lugar.

Salimos del recinto y en limusinas nos dirigimos hacia donde va a celebrarse la fiesta posterior al desfile. Voy con Pierre, Nicolas y Kelly la Sargento, que no deja de darme indicaciones, pero mi cabeza va a la suya... echo de menos tener a Charlie y a Katia a mi lado, echo de menos a Philip... «¿Lo veré ahora? ¿Habrá llegado a tiempo para presenciar el desfile?», me pregunto mientras oigo de fondo la voz de Kelly; espero que no haya dicho nada importante porque para el caso que le he hecho.

Llegamos y salgo de la limusina ayudada por Pierre, que me tiende la mano mientras una nube de fotógrafos capta cada uno de mis movimientos sin dejar de llamarme.

Voy flanqueada por los dos, que no se despegan ni un segundo de mi lado mientras camino sobre una alfombra roja. El letrero de Promesses brilla a ambos lados de la puerta y me siento como una actriz de Hollywood la noche de los Oscar. Poso en el *photocall* para los periodistas y, cuando entramos, me quedo con la boca abierta. Hay un póster mío a tamaño gigante con las letras de Promesses en negro dominando toda la sala. ¡¡¡Señor, ¿dónde me he metido?!!!

Siento las miradas de todos sobre mí y me ruborizo ligeramente, ¡qué vergüenza! Al igual que antes, Kelly empieza a presentarme a tanta gente que al final no sé a quién me han presentado y a quién no; todos intentan llamar mi atención haciéndome sonreír y lo disfruto, aunque no dejo de buscarlo disimuladamente. ¿Estará aquí?

—¡Preciosa! —oigo la voz de Charlie y de repente veo la luz, me estaba agobiando y no me había dado ni cuenta.

—¡Charlie, Katia! Qué ganas tenía de veros. ¿Dónde os habíais metido, preciosos?

—Cielo, llegar a ti ha sido realmente complicado —me confiesa Katia.

—¿Por qué? —le pregunto extrañada.

—Cuando hemos conseguido acceder al *backstage*, tú ya no estabas y ahora... ¿qué tengo que decirte que no sepas?

—Tienes razón, Kelly me tiene harta, en serio; no ha dejado de presentarme gente desde que ha finalizado el desfile, querrá superar alguna marca personal. Estoy por meter la cabeza en un agujero y no sacarla hasta que se larguen todos.

—Te lo dije, preciosa, eres su imagen y una estrella, y más que lo serás después de esta noche. ¡Has estado espectacular en el desfile!

—¿De verdad? Tenía muchas ganas de hablar con vosotros y saber qué os había parecido.

—Te las has comido a todas, cielo. Sabía que lo harías bien, pero nunca pensé que tanto; no es porque seas mi amiga, pero cuando estabas en la pasarela, eras tú a quien todo el mundo miraba —me dice Katia sonriendo.

—Me ha encantado, Katia, nunca pensé que diría esto, pero ha sido una de las mejores experiencias de mi vida.

—No me extraña, ¡ha sido todo un espectáculo! Ya te dije que lo harías cojonudo.

—¿Y Philip? —le pregunto en voz baja.

—Ha llegado a tiempo —me contesta Katia en un susurro.

—¿Ha visto el desfile?

—Sí, preciosa, y estoy seguro de que se le ha puesto más dura que una piedra —se anticipa Charlie a Katia.

—¡Pero bueno! ¡Qué bruto eres! —le recrimina Katia—. No le hagas caso.

—¿Qué pasa? ¡Es la verdad!

—¡Anda ya! —le digo con una carcajada nerviosa—. ¿Está aquí? —pregunto acelerada.

—Sí.

—¿Dónde? No lo he visto... —Mi mirada abarca todo el local, pero hay tanta gente que es como buscar una aguja en un pajar.

—No me extraña, esto está hasta los topes y a ti no te dejan ni a sol ni a sombra.

—Paula, acompáñame, quiero presentarte a una persona —me dice Kelly cogiéndome del brazo—. Disculpadme chicos, pero hoy es nuestra.

Conozco a *celebrities*, periodistas, actores y una larga lista de

personalidades; para ellos soy todo un misterio y me hace gracia. ¡Yo, un misterio! Intentan sonsacarme información sobre mi vida, pero por ahí no paso: mi vida es mía y a nadie le importa. Miro el reloj; llevo casi dos horas aquí y todavía no lo he visto. ¿Dónde puñetas está? Estoy empezando a impacientarme y necesito desaparecer aunque sólo sea durante unos minutos, así que, disculpándome con... ni sé cómo se llama, salgo disparada hacia los baños.

Llego y me miro en el espejo: pelo perfecto, maquillaje impecable, vestido de escándalo, guapísima como nunca... pero sola. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido a saludarme como ha hecho medio Sídney? ¿No me ha echado de menos ni un poquito siquiera? ¿Se habrá olvidado de mí o verme desfilando le habrá recordado demasiado a Mia? ¿Se habrá marchado ya? Miles de preguntas asaltan mi mente, llenándome de dudas. No tengo ganas de salir, pero esconderme en el baño tampoco es una opción, así que, armándome de valor, cojo aire profundamente y salgo con mi mejor cara dispuesta a continuar con el *show* que está siendo mi vida esta noche.

—Empezaba a pensar que tendría que entrar a buscarte. ¿Estabas escondiéndote?

Me giro de sopetón con toda la sorpresa y los nervios reflejados en mi cara. ¡Philip!

—Más o menos; me agobia un poco ser el centro de atención —murmuro atrapando su mirada... su voz no ha sonado fría, no está enfadado...

—Pues acostúmbrate, nena, porque los has vuelto locos —afirma acercándose a mí, quedando a escasos centímetros de mi cuerpo y excitándose de una manera casi salvaje. ¡Me ha llamado nena!

—Todo esto es muy superficial, hoy soy yo... mañana será otra —le digo intentando controlar la voz y las ganas irrefrenables de besarlo.

—Estás preciosa, Paula —susurra con voz ronca posando su mano en mi desnuda espalda—. ¿Cómo te va todo? —murmura sólo para mí.

—No me quejo. ¿Y a ti? —Tengo su mano acariciando mi espalda y no me muevo un milímetro por miedo a que deje de hacerlo.

—Sin duda podría irme mejor.

Veo deseo y decisión en su mirada. Estamos tan cerca que nuestros cuerpos están casi rozándose, llamándose a gritos.

—¿Te echarán mucho de menos si desapareces un poco más? —me

pregunta con voz ronca apretándome a su cuerpo.

—¿Tú qué crees? Kelly parece mi guardaespaldas, toda la noche detrás de mí —le digo casi en un jadeo. ¡¡¡Madre míaaaaa!!!

—Pues vamos a darle trabajo, entonces.

—¿Por qué?

—Porque voy a secuestrarte —me dice cogiéndome de la mano y arrastrándome hacia un pasillo—. Estoy hasta los huevos de no poder acercarme a ti.

¡¡¡Dios míoooo!!! Me lleva fuertemente cogida; miro su ancha espalda y mi cuerpo se tensa de anticipación. ¡¡¡Sí, por favor!!! ¡¡¡Secuéstrame!!! Entramos en una habitación y, tras cerrar de un portazo, nos aislamos del mundo. Su mirada me excita y, empotrándome contra la pared, me besa apasionadamente, con urgencia, con desesperación. Nuestras lenguas se encuentran y gemimos descontrolados, besándonos como si nunca fuéramos a tener suficiente del otro, dejándonos llevar. Enredo mis manos en su pelo y lo aprieto más a mí, no puedo creerme que lo tenga aquí conmigo, besándome así, y me aprovecho. ¡Lo he echado tanto de menos! Siento sus manos por todo mi cuerpo, haciendo que arda por él, pero entonces recuerdo por todo lo que he pasado y me aparto ligeramente sin separar mis manos de su pelo, con mi boca a escasos milímetros de la suya.

—¿Dónde nos deja esto? —murmuro sin poder callarme.

—¿Dónde quieres que nos deje? —me pregunta mirándome fijamente con sus manos apresando mi cuerpo, sin permitir que me aleje un centímetro de él.

—Eres tú quien pone límites, no yo —susurro muerta de miedo por su respuesta.

—Pero eres tú quien no me soporta —me responde con frialdad.

—¡Venga ya, Philip! Había bebido, estaba celosa y enfadada —le grito apartándome de él—. ¿Cómo pudiste creerme? —le espeto enfadada.

—Porque sentiste cada palabra que dijiste —me dice con seriedad.

—¡Sí! ¡Lo hice! Llevabas toda la noche tonteando con esa camarera y luego casi te la sientas encima —le recuerdo con furia—. ¿Cómo querías que me sintiera?

—Paula, no creo que estés en posición de echarme nada en cara: bailaste y te besaste con ese tío delante de mis narices. ¿Cómo crees que me sentí? Tuve que controlarme como nunca para no levantarme y darle

una paliza, por no hablar de la canción de las narices, toda una declaración de intenciones.

—Yo no lo besé, fue él quien lo hizo. Además, ¿ya no recuerdas todo lo que me dijiste? ¿Has olvidado todas tus palabras y cómo me hiciste sufrir?

—No, no lo he hecho, tengo grabado a fuego cada momento desde que te dejé y, después de lo de Mia, ha sido lo más doloroso por lo que he pasado.

—Entonces, ¿por qué no luchaste por mí? —le recrimino a punto de echarme a llorar.

—Porque necesitaba tiempo, nena; para mí no ha sido fácil ver cómo se repetían las mismas situaciones sabiendo cómo terminó ella. A pesar de que sois completamente distintas, cuando te he visto en la pasarela la he visto a ella, tan segura de ti misma, sonriendo a la cámara como si el mundo te perteneciera. Ella comenzó como tú, con un anuncio, y acabó muerta. No soportaría volver a vivir lo que viví con ella, me volvería loco; por eso preferí alejarme de ti y desentenderme de todo. Necesitaba ser frío contigo para que fueras tú quien se alejase de mí, porque a mí cada vez me resultaba más duro hacerlo. —Guarda un momento de silencio—. ¿Te ha gustado desfilar? —me pregunta mirándome fijamente y descolocándose.

—¿Es una pregunta trampa? ¿Qué se supone que debo contestarte ahora después de lo que acabas de soltarme?

—La verdad, siempre la verdad, no quiero más mentiras.

—Sí, me ha gustado, ha sido increíble, pero no es real.

—¿Qué quieres decir? —me demanda sosteniéndome la mirada, impidiéndome apartarla.

—Ahí arriba... te sientes invencible, todo el mundo mirándote, los miles de flashes, la música, las luces. Si para el que lo ve es un espectáculo, no te haces una idea de cómo es cuando lo vives, pero nada de eso es real; no soy más especial que otra mujer, aunque ese mundo pueda arrastrarte a creer lo contrario.

—Entonces, si te ha gustado, ¿por qué quieres negarte algo así? Te comerías el mundo si te lo propusieras.

—¿Me estás animando a hacerme modelo? —le pregunto alucinada—. ¿En qué momento de esta conversación me he perdido?

—Nena, el que yo esté lleno de miedos no tiene que frenarte a ti;

tenías razón cuando elegiste hacer el anuncio, pero no lo entendí hasta que fue demasiado tarde. Paula, ser modelo te llevará a vivir experiencias increíbles como la de hoy y a viajar a lugares maravillosos. ¿De verdad quieres negarte eso?

—¿Y qué hay de tus miedos?

—Estoy aprendiendo a gestionarlos, obligándome a entender que no tienes por qué cometer sus errores.

—Philip, podría hacerme cantante, podría hacerme modelo, pero no lo deseo, no quiero comerme el mundo —le digo acercándome a él—. Para mí, trabajar contigo es ya una experiencia suficientemente increíble, y me encanta viajar, pero prefiero hacerlo en vacaciones y mejor si es junto a ti —añado acariciando su cara en un dulce roce.

—Te quiero, no he dejado de quererte en ningún instante —susurra estrechándome entre sus brazos y besándome dulcemente.

—Yo también te quiero, más que a mi vida —murmuro sintiéndome la mujer más feliz del mundo.

—Pero necesito que me prometas que, si surge un trabajo que te apetece hacer, lo harás; dentro de unos años no quiero echar la vista atrás y pensar que te he frenado o, lo que es peor, no quiero que pienses que lo he hecho —me pide con su frente apoyada sobre la mía y sus brazos envolviendo mi cuerpo.

—Suena bien eso de dentro de unos años —musito entrelazando los míos en su cuello—. Te prometo que, si sale algo que me apetece hacer, lo haré... pero, mientras tanto, ¿me readmitirías de nuevo en Virmings? No te haces una idea de cómo echo de menos al tirano de mi jefe.

—Joder, y tú no te haces una idea de cómo echo de menos a mi secretaria y su genio del demonio. Menuda panda de incompetentes ha contratado Sam, no lo despedí de puro milagro —me confiesa sonriendo.

—¡Pobre Sam!

—¿Pobre Sam? ¿Cómo que pobre Sam? —me pregunta empotrándome de nuevo contra la pared—. No sabes cómo me ha torturado, cada secretaria que contrataba era peor que la anterior; dejaste el listón demasiado alto, nena, en todos los sentidos —murmura para dejar de hablar y empezar a besarme.

—Philip, tengo que irme: Kelly estará subiéndose por las paredes —le digo jadeando. Tengo su mano subiendo por mi pierna con un claro destino y, como no lo detenga, pronto seré yo quien no querrá parar.

—Que se vaya a la mierda, lleva toda la noche monopolizándote y yo te he echado demasiado de menos —sisea sin dejar de besarme. Siento su erección y gimo en su boca—. Nena, estoy deseando follarte. —Sus manos han llegado hasta mi tanga y está acariciándome por encima de la húmeda tela, no puedo más...

—Unas horas más y seré tuya —contesto en un jadeo apartando su mano de mi sexo—. Estoy deseando que me folles, pero tengo que irme —le confieso mirándolo fijamente pero sin sonar demasiado convincente.

Mis palabras lo encienden y me besa aguijoneado de deseo; lo recibo ansiosa, olvidando todas mis buenas intenciones y enredando mi lengua con la suya. Yo también lo he echado demasiado de menos y ahora somos incapaces de separarnos. Su mano está de nuevo en mi sexo, pero esta vez no se va con rodeos y, apartando la tela a un lado, introduce un dedo dentro de mi resbaladizo sexo.

—Oh... nena, estás empapada —murmura con voz entrecortada introduciendo un segundo dedo dentro de mí.

—Philip... Kelly va a matarme cuando me vea —le digo en un jadeo moviendo mis caderas.

—Que se joda, olvídate de ella ahora. —Incrementa el ritmo y abro más las piernas, jadeando.

—Philip, para, en serio —le pido haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad y separándome de él—. Si empezamos no podremos parar y tengo una responsabilidad con Promesses. —No sé cómo he sido capaz de apartarme; estoy tan excitada que hasta me duele, pero llevo demasiado tiempo ausente y no quiero ni pensar qué pasará cuando Kelly me vea, de verdad que esta mujer me acojona.

—Como quieras, aunque te aseguro que te divertirías más aquí conmigo —me suelta con una media sonrisa mientras se lame los dedos—. Cómo lo echaba de menos...

—Tengo toda la noche para hacerlo —le digo provocándolo—. Ve preparándote, chato, porque, cuando te coja por delante, no pienso soltarte hasta dejarte completamente exprimido.

—¿Vas a cogerme con ganas? —me pregunta acercándose a mí y apretándome de nuevo a él.

—No te haces una idea.

—Me encanta cuando me coges con ganas. —Me besa y siento el gusto de mi sexo en su lengua, excitándome aún más si es posible.

—¿Me acompañas? —le pregunto sonriéndole con picardía mientras me alejo prudencialmente de él; todo en Philip es una tentación y mejor marcar las distancias.

—Por suerte para mí, no tengo a esa mujer pegada a mi espalda —me dice con la sonrisa de canalla que me vuelve loca—; además, es tu noche, disfrútala, nena. Luego te busco.

Voy a abrir la puerta cuando su voz me frena y me giro.

—Paula —me mira demorando el momento—: te quiero, nena.

—No más de lo que te quiero yo a ti —le contesto sonriendo y sintiendo cómo la luz aleja la oscuridad de mi interior, sanándome por dentro.

Capítulo 34

—¿Dónde estabas? —me pregunta mi sargento cabreada llegando hasta mí. Llevo un buen rato buscándote.

—Kelly, aparte de toda la gente a la que quieres que conozca, también han venido amigos míos y no voy a dejarlos de lado; no te enfades, ¿vale? Me tienes de nuevo para ti para continuar luciéndome.

—Paula, esto es importante y no te estoy luciendo: eres nuestra imagen y hoy es la noche de Promesses, no vuelvas a esfumarte —me espeta enfadada.

—Entendido, no volveré a hacerlo —le digo sonriendo; estoy tan feliz que no creo que nada pueda afectarme.

Hablo y río con todos, centrándome en lo que se espera de mí, disfrutando de verdad. Ya no estoy ansiosa ni impaciente; estoy con él, con mi amor, y por fin, a las cinco y pico de la madrugada, la gente comienza a abandonar el local, ¡ya era hora! Empezaba a pensar que nunca se largarían; tengo los pies destrozados y me duele la boca de tanto sonreír.

—¿Nos vamos? —me pregunta posando su mano en mi espalda y excitándose.

Me giro lentamente; su mano no abandona mi espalda, pegándose más a él y humedeciéndome en cuestión de segundos. Sé lo que viene ahora: ¡sexo apasionado y salvaje!

—Por favor —le pido en voz baja—; me despido y nos vamos.

—Te espero fuera. —Su mirada me abrasa y, dándose media vuelta, lo veo alejarse.

Me despido de todos y por fin me marchó. Está fuera, de espaldas a mí, y se gira al oír el repiquetear de mis tacones haciendo que mi mundo se detenga. Camino hacia él sin despegar mi mirada de la suya y, cuando llego a su lado, nos cogemos de la mano entrelazando los dedos. Por fin

estoy en casa, porque él es mi casa, es mi hogar.

—¿Nos vamos a casa, nena? —me pregunta mirándome intensamente.

—Es lo que más deseo. —Me pierdo en sus ojos, en él.

Nos miramos en silencio y, sin soltarnos de la mano, nos dirigimos a su coche.

—Esta noche ha sido una locura —murmuro quitándome los tacones y acomodándome en el asiento—. Mmmmmm, ¡qué bien!

—Ha sido una locura desde que volvimos de Bora Bora —me confiesa sin dejar de mirar al frente.

—¿Por qué?

—Porque Pierre y Nicolas tenían mucha prisa por empezar a emitir el anuncio; hemos trabajado a un ritmo frenético antes y después, con todo esto del desfile.

—Y ha valido la pena: el anuncio no lo he visto, pero el desfile ha sido todo un éxito.

—¿Charlie no te ha enseñado el anuncio? Que huevos tiene. —Medio sonrío al decirlo.

—Se ha empeñado en que lo vea el día de la celebración en Virmings.

—¿No tienes curiosidad por verte? Lo tengo en casa, puedo ponértelo cuando lleguemos.

—Me muero de curiosidad, pero creo que esperaré; a mí también me gusta demorar los placeres —le digo mirándolo fijamente y sonriendo.

—No creo ser capaz de demorar los míos durante mucho tiempo —me confiesa con otra media sonrisa.

—Espero que no lo hagas, estoy deseando que me folles —le susurro provocándolo y acariciando su pene, que está duro como una piedra.

—Para, Paula, o no respondo —me pide en un ronco jadeo.

—No sabes cómo deseo tenerte dentro de mí —añado apretándoselo a través de la tela del pantalón.

—No creo que lo desees más que yo —replica aferrándose al volante—. No te follo ahora mismo porque temo que algún *paparazzi* nos fotografíe, porque si no, te juro que paraba el coche aquí mismo y lo hacía, llevo deseándote demasiado tiempo.

Llegamos a su casa en un tiempo récord y entramos por el parking.

—Vamos —me ordena cogiéndome la mano de nuevo y arrastrándome dentro de su casa. Como echaba de menos esa impaciencia...

Enciende la luz y me quedo de piedra. ¡Madre mía! Colgado de la pared de la entrada hay un póster a tamaño real en blanco y negro. Es una fotografía mía caminando por la orilla de la playa con el pareo que me compré y la flor en el pelo, mirando fijamente a la cámara. Recuerdo perfectamente cómo le puse la cara de Philip a Sandro, estaba seduciéndolo a él.

—Me paraste el corazón cuando te vi. Ese mismo día le compré los derechos de las fotos a Sandro; no quería que nadie las tuviese, él menos que nadie, me ponía rabioso de celos cada vez que te veía reírte con él. No sabes las horas que he pasado sentado en el suelo mirándote, como aquella noche en la isla cuando te dormiste en la terraza —me reconoce con una media sonrisa.

—¿Me acostaste tú, entonces?

—¿Quién si no? Volvía a mi cabaña y vi cómo te acostabas en la tumbona; iba a marcharme, necesitaba alejarme de ti, estabas volviéndome loco... verte todo el día en bikini, sin poder tocarte y sin poder decirte cuánto te quería y cuánto te echaba de menos... pero te vi bostezar y temí que te durmieras y alguien pudiera hacerte algo, así que esperé para ver qué pasaba.

—Me dormí —le digo con una sonrisa.

—Como un tronco. —Sonríe con ternura—. Esperé para ver si despertabas, pero estabas profundamente dormida y al final te acosté yo. Te lo dije una vez, nena, siempre cuido de las personas que quiero y a ti te quiero como nunca he querido a nadie. Por eso, cuando te dejé y a pesar de querer desentenderme de ti, no pude evitar cuidarte y todos los días iba al mismo parque que tú para vigilarte mientras cerrabas los ojos; me aterraba que alguien te hiciera algo.

—Te vi un día, pero pensé que pasabas por ahí.

—No, cielo; durante todo el tiempo que estuvimos separados, me preocupe por ti, aunque no te lo demostrase.

—Demuéstramelo ahora.

—No deseo otra cosa —susurra y, entrelazando sus dedos con los míos, subimos por las escaleras hacia su habitación. Lo deseo tanto como respirar y mi cuerpo se tensa de anticipación. Entro en su dormitorio y me quedo de nuevo sin respiración; delante de su cama hay un primer plano mío mirando fijamente a la cámara, sólo que no miraba a la cámara, lo miraba a él; fue al principio de la sesión en la segunda playa... no podía

relajarme, estaba tensa y, acercándose a mí, atrapó su mirada con la mía, con la misma intensidad con la que lo hacía antes de dejarme y creándose ese momento íntimo entre él y yo.

—Philip —murmuro.

—No sabía si volverías a mirarme alguna vez así, creía que te había perdido para siempre y por nada del mundo quería olvidar esa mirada. Esa fotografía no está en ningún catálogo porque es mía, es lo primero que veo cuando despierto y lo último antes de acostarme.

—Recuerdo cómo me ayudaste; te quitaste las gafas y me miraste como hacías antes de dejarme —le digo con un nudo en la garganta—. ¿Tienes más fotografías mías por ahí escondidas? —le pregunto intentando bromear, no quiero llorar más.

—Si por mí fuera, empapelaría toda esta casa. Nunca me canso de mirarte, nunca tengo suficiente de ti —me confiesa con la mirada cargada de deseo mientras sus manos desabrochan despacio mi vestido, que cae al suelo dejándome únicamente con mi conjunto de lencería.

Cierro los ojos mientras un gemido sale de mi garganta. ¡Cuánto he deseado esto!

—No cierres los ojos, nena, mírame —me pide acostándome en la cama y mordiendo mi labio inferior—. No te haces una idea de cuántas veces he soñado con tenerte debajo de mí como estás ahora, las veces que me he maldecido por haberte dejado marchar.

Sus labios descienden por mi cuello hasta llegar a mis pechos; los lame y succiona despertando todas mis terminaciones nerviosas y gimo, deshaciéndome.

—Ni te haces una idea de lo rabioso que me puse cuando Sandro te pidió que te quitases la parte de arriba del biquini.

—Me hago una idea —le digo jadeando mientras con su boca no deja de torturar mis pechos, humedeciendo mi sexo, que lo reclama a gritos.

—Ni las veces que he visto el anuncio, soñando con besarte, con lamerte todo el cuerpo, con hundirme dentro de ti —añade bajando hasta mi sexo palpitante y quitándome el tanga—. En el anuncio te arqueas en la arena y no sabes las veces que he fantaseado imaginando que lo haces porque tienes mi boca entre las piernas. —Hunde su boca en mi resbaladizo sexo lamiéndolo, me está volviendo loca, su lengua barre mi sexo succionando mi clítoris y me arqueo loca de placer.

—Sí, nena, déjate llevar, córrrete en mi boca —me dice hundiendo su

lengua entre mis resbaladizos labios.

—¡Síiii! ¡No pares! —le pido moviendo las caderas y retorciendo las sábanas entre mis manos completamente encendida y corriéndome en un orgasmo explosivo que me deja hecha polvo.

—Nunca tendré suficiente de ti, nena —me confiesa desnudándose—. ¿Fuiste al ginecólogo?

—¿Para qué tenía que hacerlo? —murmuro devorándolo con la mirada y ayudándolo a desvestirse—. Tú tampoco te haces una idea de cómo te deseo. —Miro su sexo, completamente erecto, dispuesto para mí. —Fóllame, Philip, necesito sentirte —le ruego en un jadeo.

—Joder, si por mí fuera, no saldríamos de aquí durante días.

Lo tengo encima, inmovilizándome, con su pene en la entrada de mi húmedo sexo, pero no se mueve. ¿A qué espera?

—¿Demorando los placeres, señor Jones? —le pregunto moviendo mis caderas buscando el roce con su sexo.

—Más bien esperando a que sea educada, señorita Ferreño.

Jadeo mientras me asaltan los recuerdos de nuestra primera noche juntos. Cuánto hemos vivido desde entonces...

—Por favor, Philip, por favor, fóllame —suplico en un gemido.

—¡Oh, sí, nena! —jadea accediendo por fin a mi interior—. Estás tan mojada... ¡cómo he deseado esto!

Y me folla como le he pedido, perdiéndose en mí y yo en él, entrando y saliendo de mi interior con fuerza sin dejar de mirarme, entrelazando sus dedos con los míos.

—Eres mía, Paula, me perteneces —jadea en mi oído sin dejar de moverse.

—Y tú mío, Philip, tú también me perteneces —murmuro apretando mi sexo contra el suyo en un baile que sólo nosotros podemos bailar.

Nos movemos completamente conectados y llegamos juntos a un orgasmo increíble.

—Nunca vuelvas a dejarme, Philip, no creo que pudiera soportarlo —le pido.

—¿Crees que yo podría hacerlo? Te prometo que he intentado olvidarte con todas mis fuerzas y lo único que he conseguido es quererte aún más si es posible.

—Estabas tan frío que llegué a pensar que ya no sentías nada por mí.

—Ya sabes que puedo llegar a ser muy imbécil —me dice

apoyándome sobre su pecho—. Cuando pasó lo de Mia, me volví loco. Por suerte Charlie y Claudia estuvieron conmigo todo el tiempo, y te aseguro que no fue fácil estar a mi lado... empecé a beber, no levantaba cabeza y, al final, caí en una profunda depresión —me confiesa abriéndose por fin a mí—. Este tatuaje y la cicatriz que tengo en la barbilla son el resultado de una noche de borrachera y descontrol, de la que apenas guardo recuerdos pero que fue el detonante para hacerme reaccionar. Por eso cuando aceptaste hacer el anuncio preferí renunciar a ti a sufrir de nuevo, pero sufrí y te perdí. En Bora Bora creí cada una de tus palabras y di por hecho que te había perdido para siempre; te había dado motivos de sobra para que te sintieras así, por eso no fui a buscarte y me largué a Melbourne.

—Yo también puedo llegar a ser muy imbécil —le digo acariciándole el pecho—. Has dicho Claudia, ¿es la misma Claudia a la que ayudaste? —pregunto atando cabos.

—Sí, cielo, y hermana de Mia también.

—¿Eran hermanas? —le pregunto incorporándome de repente.

—Sí; por eso nunca podría tener ningún tipo de relación con ella, es como una hermana para mí.

—¿Y quién es Phoebe? —Si no se lo pregunto, reviento.

—Mi cuñada —me dice sonriendo.

—Vaya, y yo pensando que tenías una cita.

—Paula no quiero que desconfíes más de mí, sé que no te lo puse fácil al ocultarte mi pasado, pero ahora que ya lo sabes todo necesito que confíes en mí. Te quiero y nunca estaría con otra mujer que no fueras tú. —Me aprieta a su cuerpo llenándome de felicidad—. Fue mi hermano quien me llamó, estaba preocupado por mí y se empeñó en que fuera a cenar. Estaba tan cabreado que me alejé de todos, ni yo mismo me soportaba.

—¿Por eso te alejaste también de Charlie?

—De Charlie, de Katia y de todos mis amigos.

—Pensaba que era porque se puso de mi lado cuando me dejaste.

—No; me tranquilizaba saber que ellos cuidaban de ti, que podías apoyarte en ellos.

—Lo hicieron, han sido la familia que no tengo aquí.

—Paula, sé que te he hecho mucho daño y no sé hasta dónde estás dispuesta a dar, pero me gustaría que reanudásemos lo nuestro donde lo

dejamos.

—Íbamos a vivir juntos —susurro.

—Sí, nena.

—¿Trabajar contigo y vivir contigo?... Mmmmm, suena bien.

—Suena más que bien —me dice besándome y perdiéndose en mí.

Y esta vez hacemos el amor, con todos nuestros sentimientos a flor de piel; durmiendo abrazados sin separarnos en toda la noche.

Me despierto feliz; estoy con él, me quiere, le quiero, la vida es maravillosa, mi sonrisa de lela enamorada hasta los tuétanos hace acto de presencia, pero no me importa. Miro la hora... las cuatro de la tarde... Teniendo en cuenta que la última vez que miré el reloj antes de cerrar los ojos eran las ocho, tampoco he dormido tanto, pero ¿dónde está Philip? Miro mi vestido junto a mi ropa interior tirado por el suelo. ¿Qué me pongo ahora? Tengo toda mi ropa en casa de Charlie... Lo tengo crudo para vestirme.

Me dirijo al baño desnuda y me lavo los dientes con su cepillo; espero que no sea escrupuloso. Me pongo unos *slips* y una camisa suya y, descalza, bajo a buscarlo. Oigo voces que llegan desde la cocina, es la voz de Charlie.

—¿Está todo preparado? —pregunta Philip.

—Vengo de allí ahora; a falta de la modelo, está todo listo.

—Gracias por traerle la maleta; iba a ir yo a recogerla, pero está durmiendo y no quería dejarla sola.

—¿Por si se despertaba y no te encontraba? ¡Qué nenaza te has vuelto! —le suelta Charlie descojonándose.

—¡En cambio tú continúas tan capullo como siempre!

—Un capullo que se alegra de ver que estáis juntos de nuevo. ¡Ven aquí que te dé un abrazo! ¡Joder si te ha costado!

—Gracias por cuidar de ella.

—Katia y yo la queremos mucho y no soportábamos verla así; nunca he visto a nadie sufrir tanto ni llorar de esa forma... la destrozaste, tío.

—Lo sé, yo también la veía.

—No, no lo sabes, no tienes ni idea. Tú solamente la veías en el trabajo después de que Katia la maquillase y cuando estaba más o menos tranquila, pero no la viste destruida como la vimos nosotros. Tienes una oportunidad, no la desaproveches.

—No tengo intención de hacerlo; para mí tampoco fue fácil, pero me

superaba imaginarla metida en el mismo mundo que Mia.

—¿Y ahora?

—Ahora quiero que elija su vida, que sea feliz y, si es junto a mí, mejor. Me ha pedido volver a Virmings, ¿te lo puedes creer? Tendría un futuro cojonudo como modelo pero ha elegido Virmings.

—Nunca dejó de repetirme que no quería ser modelo, sólo que tú no la creíste.

—Todavía no puedo creerme que esté aquí, acostada en mi cama.

—He visto el póster de la entrada, está preciosa...

No puedo continuar escuchándolos, tengo un nudo en la garganta y silenciosamente vuelvo a la habitación y me encamino al baño, me lavo la cara, cojo aire y vuelvo a bajar.

—¡Philip! —lo llamo desde la escalera.

—En la cocina, nena. Mira quién ha venido a verte —me dice asomándose.

Llego y veo a Charlie apoyado en la barra, sonriéndome.

—¡Joder, preciosa, que sexi estás! Estoy por llevarme la maleta y dejar que vayas así a la inauguración.

—¿Has venido a traerme la maleta, precioso? —le pregunto dándole un abrazo... ¡Cuánto le quiero!

—He venido a traerte la maleta y a comprobar que por fin mis dos mejores amigos han recuperado la cordura.

—Supongo que sí —digo sonriendo a Philip, que me mira con la misma sonrisa de enamorado hasta las trancas que debo de tener yo.

—¿Supones? —me pregunta acercándose a mí.

—No sabes cómo me alegro. Katia se pondrá como loca cuando se lo diga.

—Qué sexi estás, nena —murmura Philip en mi espalda rodeando mi cuerpo con sus fuertes brazos.

—Joder, tío, contrólate un poquito que estoy delante. Dile algo, Paulita, al hormonado éste.

—¡Lárgate Charlie, si no quieres ver lo que viene ahora!

—¡Philip! —le reprendo riéndome—. No le hagas caso, precioso. ¿El antisocial de mi chico te ha ofrecido algo? Voy a hacer café, ¿te apetece? ¿O prefieres una cerveza? —«Cómo me gusta decir eso de ¡¡mi chico!!», pienso mientras miles de corazones invisibles flotan a nuestro alrededor.

—No le ofrezcas nada, cielo, que se largue —interviene Philip

guasón—. Tú y yo tenemos muchas cosas que hacer antes de ir la inauguración.

—Y una mierda, no vas a hacer nada, nenaza. He hablado con los estilistas de Promesses y en una hora los tienes aquí para poner guapa a tu chica.

—Con una hora tengo más que de sobra; además, mi chica ya es suficientemente guapa, no necesita que nadie venga a nada.

—¡Gracias, Charlie! Eres un sol...

—¿Él? ¿Cómo que es un sol? —me interrumpe Philip besándome y apretándome a su cuerpo.

—Joder, qué empalagosos estáis. Déjalo Paulita, ya me hago el café en mi casa.

—¡No, Charlie! ¡Quédate, en serio! —insisto riéndome y, apartándome de Philip y dirigiéndome a él añado—: ¿Quieres parar?

—¿Viéndote así vestida? Imposible —afirma devorándome con la mirada.

Lo ignoro a propósito sin dejar de sonreír, saco un poco de todo para acompañar el café y nos sentamos en la barra sin dejar de hablar. Charlie y Philip han recuperado la amistad que habían perdido cuando lo dejamos y no cesan de bromear y hacerme reír. Estoy dentro de una burbuja de felicidad de la que no quiero salir nunca, pero todo lo bueno termina y tengo que ducharme antes de que vengan los estilistas. Me despido de ellos y me largo de cabeza a la ducha.

Cuando termino de ducharme, me cubro con un albornoz y bajo al salón, donde ya están esperándome para peinarme y maquillarme. Para la inauguración han elegido un vestido rojo ceñido que me recuerda un poco al que llevé cuando Philip y yo fuimos a París, sólo que éste es un Valentino y debe de costar una fortuna.

—¡Joder, nena! —Me giro y lo veo apoyado en el marco de la puerta—. Si alguien ayer no se volvió loco contigo, lo hará hoy; no sé si quiero compartirte con todos... estás impresionante.

Él sí que está impresionante. Lleva un traje negro que se ajusta a su cuerpo como un guante y está tremendo de morirse.

—Yo podría decirte lo mismo, Philip, voy a ser la mujer más envidiada de Sídney. ¿Cómo puedes estar tan bueno? —le pregunto sonriendo y mordiéndome el labio.

El sonido de su carcajada inunda mi pecho, llenándome de su luz.

—Tú sí que estás buena, te comería entera.
—Espero que lo hagas esta noche.
—¿Para qué esperar a la noche cuando ahora nos tenemos tan a mano? —me pregunta provocándome.
—¡Ni lo sueñes! Ya llegamos tarde y no tengo ganas de que Kelly me eche la bronca de nuevo.
—Kelly es una tocapelotas.
—¡Vámonos! —le digo riéndome y tirando de él.

Capítulo 35

Llegamos a la tienda de Promesses. La prensa está fuera esperando y aún no he puesto un pie en el suelo cuando me veo rodeada por ellos. Me hacen miles de preguntas y los flashes me deslumbran; sonrío y, ayudada por Philip, los dejo atrás accediendo al interior de la tienda.

Es una pasada, como todo lo que prepara Promesses. Hay una pantalla enorme que no deja de retransmitir imágenes del desfile de ayer; un servicio de cáterin ofrece continuamente comida y bebida; hay maniquís colocados estratégicamente luciendo los biquinis, las medias, los vestidos... y corto la cuerda inaugural mientras miles de fotógrafos captan cada uno de mis gestos. Es un poco más de lo mismo que ayer: de nuevo hay prensa, *celebrities*, actores y gente que no conozco de nada pero con la que hablo y río cumpliendo a la perfección con mi papel.

Me veo en la pantalla mientras desfilo con un biquini precioso y mi corona de diosa de los mares y no me reconozco. ¿Ésa soy yo?, tan segura de mí misma... Me veo llegar al final de la pasarela y lanzar un beso a los miles de flashes... recuerdo ese momento y cómo me sentí... Philip tenía razón cuando me dijo que podría comerme el mundo si quisiera... Lo busco con la mirada, ¿dónde está? Lo busco, lo busco y lo veo hablando con varios actores. ¿De qué los conoce? Todavía hay tantas cosas que no sé de él... Entonces se gira y, sonriéndome, hace que mi mundo se detenga; él es lo que quiero, solamente a él.

—¡Paula! ¡Por fin, cielo!

—¡Katia! ¡Qué ganas tenía de verte!

—Ya me ha dicho Charlie que estás con Philip —murmura en mi oído apretándome la mano.

—Sí, Katia, ¡soy feliz!

—Entonces, ¿vas a volver a Sídney para quedarte?

—Por supuesto, ¡vamos a vivir juntos!

—¿Volverás a Virmings también?

—¿Lo dudas? Estoy deseándolo.

—¡Y yoooooooo! —me dice abrazándome—. ¡Qué noticia! Esto es, sin duda, lo mejor del fin de semana.

Hablamos como cotorras, con prisas, antes de que alguien nos interrumpa, que es lo que ocurre a los pocos minutos cuando Calvin Miller, el presentador del programa estrella de la noche de los miércoles, se acerca a mí.

—¡Paula! ¡Ya tenía ganas de conocerte!

—¡Hola! —Él no necesita presentarse, es de sobra conocido y lo sabe.

—¡Estás divina! ¡Dime que vendrás a mi programa! Necesito entrevistarte, todo Sídney está deseando conocerte... ¿dónde mejor que en mi programa para dar el paso? Te prometo que te trataré bien.

—Vaya, no te andas con rodeos —le digo sonriendo.

—¿Para qué iba a hacerlo? Además, tú tampoco deberías hacerlo. Dime que vas a venir.

—No, no creo —suelto sin dejar de sonreír. Lo lleva claro si piensa que voy a contar mi vida en la televisión.

—¿No quieres pensártelo siquiera? No nos comemos a nadie.

—Eso lo tengo claro —respondo riendo—; aun así, muchas gracias por invitarme, es un verdadero honor.

—El honor sería mío si vinieras. Contéstame solamente una pregunta —y acercándose a mí en tono confidencial, me plantea—: entre tú y yo... ¿es cierto que eres la pareja de Philip Jones y que él escribió la canción para ti?

—Eso son dos preguntas. Calvin, perdona, pero tengo que irme; me ha encantado conocerte. —Y salgo pitando. ¡Qué miedo da este hombre! Como me descuide, me saca hasta la marca de tampones que utilizo.

Por suerte la inauguración está llegando a su fin y volvemos a casa juntos, como la pareja que somos. Me recuesto en el asiento, me quito los tacones y suspiro.

—Por fin libre —le digo sonriendo.

—De momento, nena. Esto no es nada comparado con lo que te espera. Cuando el anuncio comience a emitirse en Europa, se magnificará todo; todos querrán saber quién eres, posiblemente tendrás que asistir a

más desfiles y viajar muchísimo...

—Pero, para que eso ocurra, si ocurre... todavía falta mucho. Déjame ser sólo tu secretaria hasta que el mundo se vuelva loco de nuevo — respondo sonriendo.

—Loco por ti, como me tienes a mí.

—¿Estarás conmigo si la locura se desata?

—Siempre, nena, siempre estaré contigo; nunca te soltaré de la mano e intentaré guiarte para que no cometas los mismos errores que Mia, aunque estoy seguro de que, aunque no lo hiciera, tú no los cometerías, porque no eres ella, eres más y eres mía.

Lo miro sonriendo llena de amor.

—Te quiero, Philip, más de lo que nunca he querido a nadie.

—Yo también, nena, tanto que hasta me da miedo —me dice apartando la mirada un momento de la calzada para unir la a la mía.

—¿Por eso no quieres que vaya en metro de noche? —pienso de repente. Esa fobia suya es algo que no he conseguido entender nunca.

—Eres tan preciosa, Paula... el metro va medio vacío de noche y temo que alguien pueda hacerte algo; eres mi tesoro máspreciado y necesito saber que estás a salvo.

—Tú también eres mi tesoro máspreciado, Philip, porque no necesito nada si estás conmigo —susurro. Nuestros sentimientos son más fuertes que cualquier palabra que pueda expresarlos y le acaricio suavemente la mano.

Llegamos a casa y de la mano me lleva hasta nuestra habitación.

—Llevo todo el día deseando esto... —susurra bajando la cremallera de mi vestido. Voy con mi conjunto de lencería rojo, regalo de Promesses, y su mirada descarada recorre todo mi cuerpo humedeciendo mi sexo... desde que te he visto aparecer en la cocina, tan sexi con mi camisa... me gusta cómo te queda mi ropa.

—Y a mí me gusta llevarla, huele a ti —susurro.

Sus dedos rozan mis pechos, erizándolos; tengo los pezones como piedras.

—¿Sabes que no vas a salir de esta habitación hasta el lunes? Estoy deseando follarte de todas las maneras posibles —murmura con voz ronca deshaciéndose de mi ropa interior y dejándome desnuda ante él.

—Estoy deseando que lo hagas —musito desnudándolo yo también y besando cada centímetro que va quedando libre de ropa—, eres mi

obsesión.

Muerdo su labio inferior dulcemente, recordando el primer día que lo hice. Me aprieta a su cuerpo y siento su enorme erección; estoy húmeda y anhelante, siento mi sexo palpitar de puro deseo y de la mano lo llevo a la cama, donde nos volvemos locos durante toda la noche. Dormimos a intervalos para volver a encendernos, como si no hubiera un mañana, como si necesitáramos recuperar todo el tiempo perdido tontamente.

Es lunes por la mañana. Hoy vuelvo a Virmings a trabajar de nuevo. Toda la locura de Promesses ha pasado y éste es el principio de mi vida, por lo menos hasta que empiecen a emitir el anuncio en Europa. Pienso en mis padres y en la llamada que tengo pendiente; espero que lo entiendan, que entiendan que mi vida está aquí, junto a él...

—Buenos días, nena —me saluda sentándose en el borde de la cama. Lleva una camisa celeste con unos chinos azul marino, tiene el pelo mojado y es un escándalo para la vista—. ¿Preparada para soportar al tirano de tu jefe de nuevo? —me pregunta con esa sonrisa descarada y de canalla tan propia de él.

—¿Preparado para soportar a tu secretaria de genio endemoniado? —replico sentándome a horcajadas sobre él—. Mmmmm, qué bien hueles.

—Ahora que me has dejado completamente exprimido, es lo que más deseo —me dice sonriendo abiertamente—. ¿Puedes sentarte bien? —me pregunta socarrón.

—¿Todavía te funciona? —le suelto con una carcajada.

—¿Tienes alguna duda? —me pregunta con voz ronca. Siento de nuevo su erección y me froto con ella.

—Mmmmmm, sí... todavía te funciona —gimo echando la cabeza hacia atrás.

—Nena, tengo que irme —su voz entrecortada me excita aún más si es posible.

—¿No puedes llegar un poco más tarde? —le planteo mordiéndole el labio.

—Ya tendría que estar allí...

—¿Por qué? —le pregunto besándolo.

—Lo entenderás cuando llegues —me suelta apartándose suavemente—. Estoy deseando verte en Virmings.

—Tendré que darme prisa, entonces —respondo quitándome las braguitas y la camiseta y quedando desnuda ante él.

Veo deseo en su mirada, y lo provocho caminando sensualmente hasta el baño. Abro el grifo y me meto en la ducha; siento su mirada y me giro, está apoyado en el marco de la puerta.

—Verte desnuda es todo un espectáculo —susurra—. No sabes lo que daría por abrirte de piernas y hundir mi polla en tu húmedo coño, por follarte contra esa pared.

—Joder, Philip, hazlo. Te prometo que me visto volando y te acompaño a Virmings.

—Nena... soy insaciable contigo —murmura quitándose la ropa de prisa y corriendo y poniéndose un condón.

Entra en la ducha conmigo. El agua se desliza por su cuerpo perfecto; respiramos acelerados y, empotrándome contra la pared, se hunde dentro de mí con fuerza, empalándome hasta el fondo y follándome con rudeza... «¡Más!, ¡más!, ¡oh... sí!», chillo dejándome ir mientras sus acometidas amenazan con partirme en dos. Tiene el rostro contraído por el esfuerzo mientras el agua se desliza por nuestros cuerpos ardientes y juntos llegamos a un orgasmo increíble que nos deja hechos polvo apoyados contra la pared.

—Al final te has salido con la tuya —me dice besándome, todavía dentro de mí.

—¿Lo dudabas? —le pregunto sonriendo.

—Contigo no tengo voluntad alguna y menos viéndote desnuda.

—Entonces el truco es desnudarme...

—Como si no lo supieras, pero de nada va a servirte ahora. Has prometido venir conmigo y una promesa es una promesa —me dice con una media sonrisa—. Tienes diez minutos, nena.

—Me sobra tiempo, nene —respondo sobrada.

Salgo y me visto a toda leche. Cuando hice la maleta no cogí ropa para ir a trabajar y opto por unos pitillos azul marino con una camisa celeste; me calzo mis tacones marrones y cojo mi bolso marrón a juego con el cinturón; me seco el pelo y lo ato con una coleta ligeramente deshecha, me maquillo y salgo disparada hacia la cocina.

—¡Lista! ¿Nos vamos?

Me mira de arriba abajo con una sonrisa socarrona y caigo en la cuenta. ¡Vamos vestidos igual!

—¡Mierda! Habrá sido el subconsciente, ¡dos minutos y me cambio de camisa!

—¡No, nena! No te cambies, me gusta que vayamos igual.

—¿De uniforme?

—¿Y por qué no? Te he hecho café, por si te apetecía.

Me tomo el café y juntos bajamos al parking hacia su coche. Subo y cierro los ojos. ¿Se puede ser más feliz de lo que lo soy yo en estos momentos? Lo miro de reojo, miro ese cuerpo increíble que me vuelve loca y recuerdo cómo me ha follado en la ducha, acalorándome en segundos.

—Esa mirada... ¿En qué estás pensando, nena? —me pregunta sonriendo mientras se incorpora a la circulación.

—En el sexo tan increíble que hemos tenido. ¿Sabes que me estás malacostumbrando? No creo que vaya a querer renunciar a nada de esto.

—¿A qué exactamente? ¿Al sexo increíble, a desayunar conmigo o a que vayamos juntos a trabajar?

—A todo, Philip, no quiero renunciar a nada.

—Ojalá no lo hagas, porque yo tampoco quiero hacerlo. Nunca he sido tan feliz como estoy siéndolo estos días, pero siempre no será así —me advierte con seriedad.

—¿Qué quieres decir?

—En Virmings soy tu jefe y eso no va a cambiar aunque estemos juntos. Te saturaré de trabajo y te exigiré como he hecho desde el primer momento, pero cuando salgamos de allí, seré tu pareja y no quiero que te lleses los cabreos a casa, ni hacerlo yo tampoco.

—Podría prometerte que no lo haré, pero posiblemente te mentiría; sólo puedo prometerte que lo intentaré y que, a pesar de que me cabree contigo, te quiero y sé que ese sentimiento podrá con todo.

—Yo también te quiero, nena —me dice mirándome fijamente.

Hemos llegado a Virmings y de la mano subimos al ascensor. «Ahora puedo decir que mi vida está completa», pienso mientras caminamos de la mano hacia mi despacho... ¡Y tan completa!

—¿Qué es este desastre, Philip? —murmuro acercándome a mi mesa.

—Te lo dije. No despedí a Sam de puro milagro, tienes trabajo para no salir de este despacho durante semanas.

—Tendremos que priorizar, dime qué necesitas antes.

—¿Ansiosa por comenzar, señorita Ferreño?

—Más bien enferma de ver todo esto —le respondo un poco enfadada.

—Entonces podrás hacerte una idea de cómo ha sido mi vida desde que te fuiste; si a esto le sumas el estar rodeado de imágenes tuyas mientras supervisaba el anuncio, dudo que me hayas echado de menos más de lo que lo he hecho yo.

—Empiezo a creerlo... —le digo con la vista fija en las montañas de carpetas que abarrotan mi mesa.

—Ven, nena, acompáñame a mi despacho y te explico por dónde empezar. Cógelo con calma, ¿vale? Intentaré ayudarte en lo que esté en mi mano hasta que te pongas al día.

Y como en el pasado, me sumerjo en el trabajo sintiéndome la mujer más feliz del mundo. Como con Katia, Dani, Charlie y, para mi sorpresa, también con Philip; ya no es un secreto que somos pareja, ni él se molesta en disimularlo. De repente parece que no le molestan los cotilleos de la empresa y me besa a la menor ocasión sin importar quién esté delante.

Y dentro de esta vorágine, pasa la semana volando, trabajando codo con codo, como un equipo con un mismo objetivo y caminando en la misma dirección, para llegar a casa y ser la pareja más enamorada y feliz del planeta.

Capítulo 36

Es sábado y el día de la celebración en Virmings. Durante toda la semana he trabajado con Philip en la organización del evento, pero no he visto el anuncio ni el póster y estoy ansiosa, la curiosidad me puede; de hecho, varias veces he estado tentada de verlo, pues se que está en Internet, pero me contengo; Charlie tiene razón, verlo aquí lo hará más especial.

Estoy sola en casa, Philip ha tenido que ir a Virmings a supervisarlo todo y aprovecho que estoy sola para hacer lo que llevo demorando toda la semana. Cojo mi teléfono y llamo a mi madre, ella es más comprensiva que mi padre.

—¡Hija! ¡Ya era hora! ¿Cómo estás?

—Muy bien, mamá. ¿Has visto el desfile?

—Por supuesto. Santi nos lo puso y tanto tu padre como yo nos sentimos muy orgullosos de ti; también hemos visto el anuncio. ¡Estás preciosa, cariño!

—Gracias, mamá, la verdad es que estoy muy feliz.

—¿Has vuelto con él?

—Sí, mamá, y también estoy trabajando de nuevo en Virmings —susurro. ¡Pobrecita!

—¿No vas a volver, verdad? —me pregunta casi llorando.

—No para vivir, pero iré en Navidades, en vacaciones y siempre que pueda; además, vosotros también podéis venir a verme.

—No es lo mismo, hija, no podré verte siempre que quiera.

—¡Claro que sí! Por Skype podemos hablar y vernos todos los días. Mamá, mi sitio está junto a él, no puedo imaginar mi vida sin Philip.

—Lo sé, cariño. Nunca te he visto tan triste como cuando volviste; si estar con él te hace feliz, es lo que debes hacer. Vive tu vida y sé feliz, aunque te aseguro que tu padre va a liarla cuando se entere.

—Lo sé, por eso he preferido hablar contigo.

—Intentaré mediar para que lo tome de la mejor forma posible.

—Gracias, mamá, te quiero.

—Yo también, hija.

Cuelgo el teléfono y lloro sin consuelo. No me gustaría estar en la piel de mi madre, la que va a liar mi padre cuando se entere, y me doy cuenta de que mis padres se merecen algo más que una llamada, tengo que hablar con ellos cara a cara. Además, si voy a vivir aquí tengo que recoger mis cosas, por lo menos las indispensables. Por suerte, cuando Philip llega el disgusto se me ha pasado; hoy es un día importante y no quiero preocuparlo.

Me ducho y me visto sin dejarle que me vea, quiero que sea una sorpresa. Llevo un vestido con cuerpo de tul morado transparente y con abalorios bordados estratégicamente para tapar el pecho, unido a través de un finísimo cinturón a la falda del mismo tono morado; me recojo el pelo en un moño bajo y me calzo unos tacones que me recuerdan a los zancos que llevé el día del desfile, pero que me hacen unas piernas de infarto. Me miro en el espejo y sonrío ante mi reflejo, ¡qué pasada de vestido! Me costó una fortuna, pero ¡qué dinero más bien gastado! Cojo mi *clutch* y me dispongo a bajar; estoy nerviosa, esta noche va a ser especial y quiero disfrutarla a tope.

Me sujeto de la barandilla con la vista puesta en los escalones para no darme una leche, ¡llevo demasiado tacón! ¿En qué puñetas estaba pensando cuando los compré?

—Eres lo más increíble que he visto en mi vida.

Levanto la vista y lo veo al final de la escalera sonriéndome y mirándome descaradamente; él también está impresionante, ¡tiarrón!

—Gracias, tú tampoco estás nada mal —le digo sonriendo mientras llego hasta él.

—Mañana las revistas estarán llenas de fotografías tuyas, vas a deslumbrarlos cuando te vean.

—No sabía que habría prensa.

—Siempre la hay, nena; las celebraciones en Virmings son muy famosas. Además, sabes que va a venir gente conocida y eso siempre atrae a los periodistas. Tu mera presencia ya es motivo suficiente para que esté hasta los topes —me dice rodeando mi cintura con sus manos, mirándome fijamente—. No me habías contado que Calvin te había invitado a su

programa.

—No tiene importancia, no pienso ir.

—¿Calvin Miller te invita a su programa y no tiene importancia? Esto sí que es bueno. ¿Sabes que cualquiera que se precie de ser importante suplica por ir? Y a ti te lo propone y lo rechazas... y encima dices que no tiene importancia.

—Para mí no la tiene; por nada del mundo iría a la televisión para hablar de mi vida, y tú... ¿cómo lo has sabido? —le pregunto con desconfianza.

—Él mismo me lo ha contado. Me ha llamado esta mañana para que intentara convencerte.

—¿Lo conoces? ¿No te ha preguntado si estamos juntos y si la canción la escribiste para mí?, porque conmigo no se fue por las ramas.

—Claro que lo conozco, nena... por mi trabajo conozco a mucha gente, y claro que me lo ha preguntado, él es así, pero yo también soy como soy y nunca contesto a ninguna de sus preguntas.

—Me alegro, no quiero que mi vida se convierta en un circo.

—Escúchame, quiero que entiendas una cosa: en tu mano tienes parte del control de tu vida, lo que quieres hacer y lo que no, pero no puedes controlar lo que la gente dirá de ti. Te has convertido en un personaje público y, mientras dure la fiebre que siente el público por ti, vas a tener que oír de todo, bueno y malo, verdades y mentiras... y no debes dejar que nada te afecte, ¿vale? No quiero verte sufrir por eso, porque tu vida puede que sí se convierta en un circo y tienes que entenderlo.

—Mientras estés a mi lado, no me preocupa.

—Siempre, nena. ¿Preparada para ver el anuncio por fin?

—Impaciente más bien.

—Pues no lo demoremos más.

Esta vez no cogemos el coche de Philip: una limusina pasa a recogernos a nosotros y a Charlie y Katia y, entre risas y nervios, llegamos a Virmings. Fuera está lleno de prensa y de la mano de Philip salgo de la limusina; los periodistas me llaman, me hacen miles de preguntas, me fotografían, pero contesto las que quiero, las que no tienen importancia, y sonriendo me dirijo dentro de Virmings fuertemente cogida de su mano.

Dentro está hasta los topes. Un servicio de cáterin ofrece comida y bebida a diestro y siniestro. Saludo a Pierre y a Kelly, que han venido a la

celebración en representación de Promesses, charlo con mis compañeros, con Sandro, Dylan y su equipo, y empiezo a reconocer a actores, *celebrities*, presentadores y a gente famosísima que me conoce del día del desfile y posteriormente de la inauguración de Promesses. Hablo y río con todos, disfrutando de cada segundo. Si esto me lo hubieran dicho hace un mes, me hubiera caído de bruces y, en cambio, ahora estoy hablando con Orlando Sun, el actor de moda, como si lo conociera de toda la vida. ¡Qué fuerte! ¡Si me pinchan, no sangro!

—¡Orlando! ¿Qué tal? — le pregunta Philip acercándose a nosotros.

—¡Coño, Philip! ¡La que has montado con el anuncio! ¡Enhorabuena, tío!

—Gracias, la verdad es que ha sido todo un éxito. ¿Y tú? No sabía que estabas rodando aquí, capullo, que mierda de amigo estás hecho.

¿De qué se conocen estos dos? ¿Son amigos? Ahora sí que me he quedado muerta.

—Joder, si voy de culo con el rodaje. A ver si te llamo y quedamos para tomarnos algo antes de que nos larguemos.

—Sabes dónde estoy, pásate el día que quieras... y ahora, si me lo permites, me llevo a mi chica.

Y cogiéndome de la mano me acompaña hasta donde están Charlie y Katia. Lo veo subir a un pequeño escenario montado a propósito y babeo mirándolo, ¡qué hombre, Dios!

—Buenas noches y bienvenidos a la presentación de Promesses. Esta presentación es muy especial para mí por varios motivos y un éxito tremendo del trabajo en equipo.

»Desde el principio nos propusimos crear el anuncio perfecto. Creamos una canción que fuera el hilo conductor del *spot*, una canción que conectara también con la modelo, Paula Ferreño. A Promesses debemos agradecerle que nos la propusiese como imagen de la campaña; gran parte del éxito se lo debemos a ella, por el esfuerzo y profesionalidad mostrados desde el inicio.

»También quiero agradecerle a Promesses que nos dejara vía libre en el proceso de creación y, por supuesto, al equipo de Virmings por su implicación, ilusión y esfuerzo diario en un proyecto que no ha resultado fácil.

»Antes de mostrarles el anuncio que casi todos han visto, querría que vieran el *making off*. Disfrútenlo al igual que hicimos nosotros mientras lo

rodábamos.

Tengo que obligarme a controlar mi expresión; me tiene fascinada, no puedo apartar la mirada de él... y entonces oigo la canción y empiezan a emitir imágenes del rodaje.

Estoy alucinada. En ellas se me ve a mí riendo mientras me retocan el maquillaje, a Sandro dándome instrucciones en la orilla de la playa... se me ve feliz, disfrutando, y no puedo apartar la mirada de la pantalla completamente fascinada.

Estoy abrumada. Oigo la letra de la canción y recuerdo los días en la isla, mi situación con Philip, la última noche... y de repente tengo muchas ganas de llorar, pero entonces acaban de emitirlo y... empieza el anuncio.

Suena la canción, la más disco, y lo primero que se ve es a mí mirando a la cámara fijamente mientras el viento mueve mi pelo; detrás se adivinan las palmeras y el turquesa increíble del agua... voy caminando hacia la orilla y pum, pum, pum... suena la música llenando la pantalla de imágenes mías en el agua, en la orilla, tirándome de cabeza. Recuerdo la plataforma, el atardecer... salgo del agua mirando fijamente a la cámara y se ven las letras «Promesses nueva colección» llenando el plano. Cada imagen es más preciosa e increíble que la anterior, dejándome con la boca abierta... Comienza a sonar la canción lenta y de nuevo las letras, ahora «Promesses verano», pero esta vez con imágenes mías más sensuales, arqueándome en la arena mientras el agua moja mi cuerpo, o mirando fijamente a la cámara. Me veo sexi, femenina, preciosa. El anuncio es perfecto, no me extraña que haya sido un gran éxito, no puedo apartar mi mirada de la pantalla.

Entonces finaliza y todo el mundo aplaude entusiasmado. Oigo cómo Philip me llama, pero me siento incapaz de reaccionar.

—Paula, por favor, ¿puedes acercarte? Ha llegado el momento de descubrir la fotografía que presidirá nuestra recepción, el recordatorio de un gran éxito.

Charlie me da un ligero empujón y tengo que obligarme a caminar, a acercarme a él; me tiende la mano y se la cojo con fuerza, me tiembla todo el cuerpo.

—Adelante, Paula —me anima Philip—, tira del cordón.

Lo hago y sonrío...

—Las hojas no se venden —murmuro sólo para él mirando el póster.

—Sólo tú serías capaz de conseguirlo —susurra para mí.

Oigo los aplausos de fondo, pero tengo la mirada atrapada en el póster: es la fotografía que vi en su despacho, es un primer plano mío con las letras «Promesses» en negro en el lateral inferior, con la cascada de fondo y rodeada de exuberante vegetación.

—Me encanta, Philip —le digo mirándolo fijamente.

—Todas las fotografías eran preciosas, pero ésta tiene algo que no te permite apartar la mirada de ella y es lo primero que verá la gente cuando entre en Virmings.

—¡Capullo! ¡Suerte que no te hice caso! Pensaba que no ibas a utilizar esas fotografías —le espeta Sandro sonriendo y dándole un ligero puñetazo.

—Y no lo he hecho; en el anuncio no aparecen y aquí solamente se ve su cara —le contesta Philip descojonándose.

—Pero en el catálogo la has puesto en las dos páginas centrales.

—Era para que se viera la faldita de los cojones. Con lo corta que era, si no utilizamos una doble página, esa menudencia no se vería; además, fue idea de Pierre, no mía.

—Y una mierda, te ha encantado, tuve una idea cojonuda.

—El mérito no es tuyo, capullo, es de ella y de esos ojazos verdes.

—Lo que tú digas, pero a los hechos me remito —le suelta carcajeándose—. ¿Cuándo voy a hacerte el *book*, diosa? —me pregunta zalamero.

—Déjame que lo piense —le contesto sonriendo.

—No te lo pienses mucho, diosa.

—Ya hablaremos —le digo apurándome—. Perdona, pero tengo que hablar con Katia.

Salgo disparada. Me encantó hacer el anuncio y el desfile, pero me agobió un poco lo que vino después. Las palabras de Philip cada vez toman mayor fuerza y tengo que pensarlo seriamente; aceptar hacerme el *book* y rodar más anuncios implica meterme más de lleno en este mundo y no sé si es lo que quiero.

La celebración es todo un éxito y me siento orgullosa. Philip y yo apenas nos hemos separado en toda la noche; sin hacerlo a propósito, somos incapaces de permanecer mucho tiempo alejados el uno del otro. Si alguien albergaba algún tipo de duda sobre nuestra relación, esta noche las ha disipado, pero ¿por qué esconder algo que nos llena de felicidad? Cuando me doy cuenta, la noche ha pasado volando y la gente está

empezando a marcharse.

Nos despedimos de cada uno de ellos y, sólo cuando el último de los invitados se marcha, lo hacemos nosotros.

Estamos muertos y subimos a la limusina sin dejar de comentar las anécdotas de la noche. Charlie, a quien parece que le han dado cuerda, tiene para dar y tomar, y terminamos descojonándonos con él, como siempre; es el alma de la fiesta y una tontería la convierte en todo un acontecimiento sujeto a broma y pitorreo.

Llegamos por fin a casa y entramos cogidos de la mano.

—Estos zapatos estaban matándome —me quejo quitándomelos y camino descalza hasta la habitación; los pies me palpitan de dolor.

—Si te sirve de algo, estabas preciosa; he sido el hombre más envidiado de Virmings esta noche. —Me sonrío mientras se quita la pajarita.

—Voy a tener que volver a Madrid —murmuro de sopetón; cuanto antes, mejor.

—¿Qué has dicho? —pregunta con seriedad acercándose a mí con el rostro contraído.

—Philip, si voy a vivir aquí, mis padres se merecen una explicación por mi parte. Voy a alejarme de ellos para siempre, ¿no crees que les debo algo más que una llamada de teléfono?

—Joder, nena, pensaba que te referías a otra cosa —me dice respirando profundamente—. Espera unas semanas y te acompaño, me gustaría conocerlos. Si vas a casarte conmigo, quiero hacer las cosas bien.

—¿No me digas que vamos a casarnos? ¿Cómo he podido olvidar ese momento tan increíble en el que te arrodillas y me pides que sea tu mujer? ¡Philip, voy a tener que ir al médico! ¡He olvidado uno de los momentos más importantes en mi vida! —le suelto riendo exageradamente.

Me mira con socarronería y, dejándome con la boca abierta, se arrodilla mientras coge mi mano.

—Quiero ser tu ayer, tu hoy y tu mañana; no me imagino mi vida sin ti, sin tus risas y tu mal genio, por no hablar de cómo me gusta cuando me coges con ganas —me declara con una media sonrisa—. Mi vida te pertenece, quiero ser tu marido y el padre de tus hijos, quiero compartir cada segundo contigo. ¿Te gustaría compartir los tuyos conmigo?

—Sí... —respondo con los ojos llenos de lágrimas mientras me arrodillo yo también—. Quiero que seas mi ayer, mi hoy y mi mañana,

quiero que seas mi marido y el padre de mis hijos, cogerte con ganas todos los días y compartir cada segundo de mi vida contigo, no he deseado otra cosa desde que me miraste fijamente en esa revista; eres mi vida, Philip, nunca he querido a nadie como te quiero a ti.

—Ni yo tampoco, nena, eres lo más increíble que me ha pasado nunca y necesito atarte a mí de todas las formas posibles —afirma sacando un anillo precioso de una cajita—. Te quiero, Paula, y te prometo que, decidas lo que decidas sobre tu carrera, siempre te apoyaré; te prometo que jamás te soltaré de la mano —añade poniéndome el anillo, que encaja perfectamente en mi dedo, y haciendo que recuerde la letra de la canción; la escribió sin saber que estaba escribiendo nuestro futuro.

—Yo también te quiero, Philip, y te prometo que pase lo que pase nunca me soltaré.

Nos miramos emocionados y con los sentimientos a flor de piel unimos nuestros labios sellando nuestra promesa en un dulce beso con mi fotografía como único testigo.

Y aunque los caminos de rosas no existen, yo he aprendido a caminar sorteando las espinas, porque todo sufrimiento merece la pena si con él puedes alcanzar la felicidad más absoluta, y yo la he conseguido. Tengo al hombre de mis sueños conmigo y un maravilloso futuro por delante. Soy feliz.

Biografía

Mis estudios y mi trabajo poco tienen que ver con el mundo de las letras. Soy contable, por lo que me paso el día rodeada de números y peleándome con clientes y proveedores (la bomba, vamos). A pesar de que siempre me ha gustado leer y escribir, nunca me lo había planteado como opción laboral.

Todo cambió el día en que hojeando una revista vi un reportaje de un hombre guapísimo y sin darme cuenta empecé a escribir la historia en mi cabeza, hasta que llegó un momento en que necesité plasmarla en papel. Poco a poco lo que empezó siendo una idea loca terminó convirtiéndose en un libro.

No tengo ni idea de qué pasará después. Sólo sé que he descubierto que me encanta escribir y, aunque ésta es mi primera novela, espero que le sigan muchas más.

Notas

[1] *Vuelvo a verte*, Legacy Recordings, interpretada por Malú. (N. de la e.)

[\[2\]](#) Véase nota 1.

[3] *Ahora tú*, Ariola, interpretada por Malú. (N. de la e.)

[4] *Chandelier*, Monkey Puzzle Records, interpretada por Sia. (*N. de la e.*)

[5] *Animals*, Interscope Records, interpretada por Maroon 5. (*N. de la e.*)

[6] *It's Time*, KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons. (N. de la e.)

[\[7\]](#) *Wings*, Warner Music UK, interpretada por Birdy. (N. de la e.)

[\[8\]](#) Véase nota 7.

[9] *Demons*, KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons. (N. de la e.)

[\[10\]](#) *María*, Columbia, interpretada por Ricky Martin. (*N. de la e.*)

[\[11\]](#) Oh My God!

[\[12\]](#) *Desaparecer*, Ariola, interpretada por Malú. (N. de la e.)

[\[13\]](#) *Shake It Off*, Big Machine Records, LLC, interpretada por Taylor Swift. (*N. de la e.*)

[\[14\]](#) Véase nota 13.

[15] *A Sky Full Of Stars*, Parlophone Records Limited, a Warner Music Group Company, interpretada por Coldplay. (N. de la e.)

Elijo elegir
Anabel E. Forner

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Anabel E. Forner, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14500-4

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

Table of Contents

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)